

---

JUAN ESLAVA GALÁN



EL ENIGMA DE  
LA MESA DE SALOMÓN

*P*apiro  
ediciones Osuna

PRÓLOGO A  
LA SEGUNDA EDICIÓN

De la Mesa de Salomón es poco lo que se sabe y algo menos lo que de ella pueda afirmarse con certeza. Dícese de un receptáculo compuesto por un soporte de oro y piedras preciosas donde, en código secreto, estaría incrito el *Shem Shemaforash*, esto es el Nombre Secreto de Dios. Aunque las Escrituras no lo mencionan de modo expreso entre los objetos sagrados conservados en el Templo de Jerusalén, la tradición posterior es persistente en este sentido: La Mesa (o Espejo) de Salomón era uno de tales objetos de culto y su omisión se explica por el hecho mismo de garantizar su secreto, toda vez que los redactores de los Libros sagrados eran los propios sacerdotes encargados de su sigilo.

Es por ello que los avatares históricos de la Mesa de Salomón pertenecen a la leyenda. Los acontecimientos a ella atribuidos aparecen como un eco que se niega a extinguirse en las crónicas más variadas. Según éstas, la Mesa habría sido trasladada a Roma, entre los demás objetos de veneración del pueblo judío, a la destrucción del Templo por las tropas del general Tito en el año 70. Y allí en Roma se habría conservado, dentro de los muros del templo de Júpiter Capitolino, hasta que en el año 410 Alarico asola la ciudad de los césares, transportando a Tolosa, capital de su reino, este y otros tesoros. Un nuevo traslado sobreviene el año 507, en que Alarico 11, presionado por francos y burgundios, ha de plegarse a Hispania, atravesando los Pirineos. A partir de este momento, su rastro se hace cada vez más confuso.

La veneración de los pueblos islámicos a la figura de Salomón (presente, en grado de esplendor, en la sura 27 de El

Corán) explicaría la reviviscencia del tema coincidiendo con los siglos VIII y IX en Al-Andalus. Las referencias son numerosas por parte de los cronistas tanto bereberes como árabes. Las hallamos en autores muy tempranas como Ibn Qutaiba. No está de más consignar que sus alusiones a la Mesa vienen a ser inseparables del mito de la «pérdida de España», o sea la ruptura de los candados que sellaban un aposento de la cueva de Hércules en Toledo; éstos, al ser profanados por el último monarca godo don Rodrigo, habrían supuesto la ruptura de un antiguo sortilegio, acción que trajo consigo la desgracia para sus reinos. Es decir, se presenta la metáfora de los candados como signo del riesgo de invasión latente mucho antes. Con esta fábula nos hallamos, pues, situados en el territorio de los ensueños ciertos, las leyendas amnióticas que encubren algún hecho substancial, sólo transmisible en arquetipos. Piedra de toque en que éstas se fundamentan viene a ser el talismán, constituido en tótem colectivo. La Mesa de Salomón es el más poderoso transmitido por las culturas semíticas. *Las Mil y Una Noches* -los mil y un velos de Isis- da fe de ello (noches 202 y 203). Se incluye dentro del ciclo de la ciudad de Bronce. Este mito asombroso incidirá, con el tiempo, directamente en el Grial. Su significación es patente: Si Jerusalén es el centro del mundo, la Mesa es el centro de Jerusalén; es en el eje vertical del universo donde debe establecerse el nombre, ecuación o jeroglífico que lo explica y mediante el cual fue creado.

La ubicación, por tanto, en Toledo -segunda Jerusalén- del «palacio perdido del rey» justifica que buena parte de los cronistas sitúen en esta ciudad el destino final de la Mesa de Salomón. Pero otras versiones se decantan por Ceuta y por Jaén. Jorge Luis Borges (*Historia universal de la infamia*, 1935) parece ser de esta última opción. Es un tema, ya para la fecha, en donde habían abundado no pocos especialistas, siendo de destacar, por la firmeza de sus convicciones, el propio Menéndez Pidal (*Leyendas del último rey godo*, 1901). La nómina de autores preocupados por el tema se haría redundante. Fernando Ruiz de la Puerta ofreció hace unos veinte años una cuidada exégesis del mismo, en referencia a la cueva de Hércules y el palacio encantado de Toledo.

Es decir, el valor de la Mesa de Salomón no radica, claro está, en las materias preciosas que la componen. A semejanza del pectoral del Sumo Sacerdote -una lámina de oro cuadra-

da y doble, incrustada de piedras preciosas en número de doce, por las tribus de Israel, y entre ellas las denominadas Urim y Tummin, mediante las cuales era creencia se comunicaba con Dios-, la Mesa lo era de oro encharcado de gemas por ser materias estas que, por su alta condensación, representan y emiten una fuerza misteriosa. Su valor era, en consecuencia, el Shem Shemaforash, considerado el Nombre de Dios. Pertenece a nuestra cultura occidental, hereditaria en gran medida de la hebreas, atribuir 99 nombres a Dios, siendo el que hace 100 absolutamente secreto. El Shem Shemaforash sería este último nombre. Hace referencia a una fórmula primordial de la materia de lo que puede deducirse -en este contexto- que contiene la clave de la ordenación del mundo, basada no en la estructura de la substancia (o partículas), sino en la organización o disposición de sus formas (u ondas). Sus letras entonces, vendrían a ser receptáculos de energía, fases vibratorias de un mismo sonido cósmico. Ello explica que tal nombre sea en realidad denominado Poder. En la antigua tradición judía sólo el Sumo Sacerdote poseía conocimiento exacto del mismo, al tiempo que él solo estaba autorizado a pronunciarlo, una sola vez al año, con ocasión de penetrar en el sanctasanctorum del Templo, aquella cámara oscura donde estaba la Mesa junto al Arca que recobró de los jebuseos el rey David.

Estas letras o jeroglíficos que componían el Nombre del Poder representaban en su arcana geometría un mundo prolijo de atributos y esencias. Con el tiempo el Sumo Sacerdote se arrogó el derecho de confiar el secreto del Nombre a un acólito, para que en el caso que repentinamente falleciera no se perdiese el legado. El Shem Shemaforash, esto es el Poder que no puede mirarse (de ahí que a la Mesa también se le llame Espejo), viene a representarse en la *Suhá*, la estrella de ocho puntas, también denominada «ojo de Dios» o estrella de Salomón. La Alhambra de Granada es una prolongación geométrica y espacial de la misma. Y conviene aquí decir que el fundador de la dinastía que la erigió, el gran Alhamar, era oriundo del Santo Reino, así nombrado, santo, por alguna razón muy especial. Innecesario, a estas alturas de la presente digresión, es aludir a que Juan Eslava, nacido en Arjona al igual que Alhamar *el Rojo*, sitúa en algún punto impreciso del Santo Reino la ubicación de la Mesa de Salomón.

No estaba buscando Juan Eslava, entonces un joven escritor motivado por la arqueología y aficionado a los castillos medievales, nada concerniente a la Mesa de Salomón, cuando penetró en el archivo episcopal jienense aquel día de julio de 1968. Trataba de encontrar, si acaso, bulas de comunión entre las páginas de los libros de infolio. De pronto cayó en sus manos un libro. Nada tenía aparentemente de particular: una biblia vùlgata de finales del siglo XVII. Miró y remiró: no estaba el objeto de su pesquisa. Sin embargo, antes de reintegrar el volumen a su lugar correspondiente, reparó en que, en las páginas de guarda de la parte postrera de dicho libro, había, en letra redondilla, algo filiforme, habitual de finales del siglo XIX o comienzos del XX, un listado de nombres. La mentada nómina iba encabezada de un rótulo que decía: «Los que buscaron la Cava». Entre sus nombres figuraban el rey Alfonso X, el condestable Miguel Lucas de Iranzo, el arquitecto Andrés de Vandelvira, el obispo Alonso Suárez y el canónigo lectoral Muñoz Garnica; todos ellos reconocidos iniciados, vinculados de manera directa al Santo Reino. La Cava, es decir la cueva sobre la que se asienta la catedral jienense, o el santuario, en suma, que le precedió, su oculto sentido; cueva, o campana, o mesa, o dolmen. Cripta, en definitiva. La nómina -compuesta por una veintena de nombres escuetos, sin ninguna aclaración o escolio- venía a expirar en un José Ignacio de Carranza, del que Eslava supo vivió en el siglo XVIII. Por tanto, y a tenor de su grafía e incluso lo corrido de la tinta y su pigmentación, fijada con plumín duro de péñola, la lista había sido plasmada posteriormente, por alguien que, de una forma u otra, estaba al tanto del misterio. Tal vez «los que buscaron la Cava» habían persistido hasta su propia época, a través de alguna logia, masónica o no, tan proliferantes en aquel tiempo de entre ambos siglos. Sin embargo, daba la impresión de como si lo hubiese escrito precipitadamente. Abunda en este pormenor la circunstancia de que el listado se ofrezca inverso al orden vertical del libro. Es decir, quien fuese había cogido un libro, nada sospechoso, como tomado al azar, y había estampado la nómina sin apercibirse de que lo había abierto al revés. Tal libro, compacto ejemplar encuadernado en rústica, estaba allí arrumbado con otros papeles, salpicados de humedad y aun

deyecciones de paloma, en las galerías altas de la catedral, junto a una ventana que da a la calle Valparaíso.

Tal fue el comienzo, la primera simiente de El enigma de la Mesa de Salomón. Juan Eslava era por entonces ese «estudiante de bachillerato que hacía sus pinitos literarios colaborando en la prensa local de la pequeña ciudad provinciana», según se consigna, en novelesca tercera persona, en el primer capítulo del presente libro.

En los dieciocho años que median entre la idea germinal y la fijación del texto definitivo, Juan Eslava no cesó de investigar, hacer pesquisas, comprobarlas sobre el terreno. Se dejó los ojos, por pura afición, en revistas raras y curiosas entre las que espigar un solo dato. Nos lo imaginamos absorbido en la idea de contrastar, enfebrecido por el ímpetu de avanzar. Fue reuniendo indicios, en el propósito de perfilar el ingente rompecabezas que se le presentaba. Estos, en síntesis, son:

- Un emplazamiento sagrado conjalones megalíticos en la corriente telúrica que, en las inmediaciones de Jaén, une la población de Otíñar con el cerro Perulera. En tal eje se ubican los enclaves decisivos del manantial de La Malena, el castillo de Santa Catalina y la catedral, ésta inequívocamente asentada sobre un dolmen dedicado al culto ancestral de la Diosa Madre.

- La búsqueda afanosa en Jaén de la Mesa de Salomón por parte de distintas hermandades de carácter secreto y órdenes de caballería: los calatravos, entre éstas, herederos, como es sabido, de la tradición templaria y, entre aquéllas, la de cabalistas denominada «de Babilonia». Así como determinados miembros de la nobleza -las familias Torres y Rincón- y de la Iglesia. Algunos de ellos llegaron a enriquecerse de manera repentina.

- La constatación fehaciente de que el secreto de la Mesa de Salomón fue compartido, a partir del siglo XIII y desde el Santo Reino, por las casas dinásticas de Castilla (Trastámara) y Granada (Nazar).

- Restos materiales de su legado: oraciones autóctonas tradicionales, que la mencionan de manera críptica o velada, y a las que se creía investidas de poderes mágicos, algunas de ellas contenidas en grimorios perdidos, de trasmisión gitana, así como diversas leyendas locales extremadamente sintomáticas, como es la del «obispo a lomos del diablo»; la



sillería iniciática del coro catedralicio, con su tripleta repetida de esferas -mención de los atributos de la Diosa Madre-, junto con la moldura gótica, jeroglífica, y su bafomet, en una comisa que da a la mentada calle Valparaíso; el enigma que encierra el Santo Rostro, en realidad una efigie mariana; el caso peculiar de la capilla de San Andrés, los restos de la casa de las Almenas y del desaparecido palacio del Condestable.

- Toda una geografía sagrada envolvente, signada mediante castillos de alto valor iniciático o legendario; ejemplos (de entre 'un largo centenar): los de Martos -tercera columna de Hércules- y el prácticamente demolido de Víboras. A ello habría que unir los octógonos o «linternas de los muertos» y los emplazamientos de Vírgenes Negras que constelan el territorio, siguiendo ejes radiales con centro en la cripta o «cava» catedralicia.

Vengo en recordar aquel 1988, fecha de aparición del El enigma de la Mesa de Salomón, y no puedo por menos de reparar en que constituyó un hecho bastante aislado. En España eran pocos entonces quienes pudieran aquilatar la relevancia de este libro y menos aún los que, con su pertinencia en la materia, refrendarlo; entre éstos, muy señaladamente, Juan G. Atienza, máximo estudioso de los monumentos sagrados españoles, en su vertiente esotérica, y Fernando Sánchez Dragó, el mejor especialista en las corrientes de pensamiento heterodoxo. El primero prologó la primera edición con su habitual maestría. El segundo es reiteradamente citado en las páginas que siguen.

y constituyó a todas luces un hecho prácticamente insólito porque nuestro país vivía aún la resaca de su transición sociológica, que en lo cultural mostró su preferencia hacia un tipo de positivismo poco o nada proclive a supuestos ideológicos de índole esotérica. Es en este contexto, pacato y santurrón hacia el realismo estrecho, que apreció nuestro libro con sus enciclopédicos saberes, su descomunal aporte de datos y sus tesis sorprendentes. Nadie, hasta aquel instante, y en Jaén, se había preocupado en sistematizar tantos hallazgos, tantos cabos sueltos, como había dispersos por boletines y estudios parciales, aunque muchos de ellos exhaustivos. Ciertamente es que, subterráneamente a la cultura predominante, habían ido aparecien-

do en el mercado múltiples títulos de ocultismo, si bien lo más se ocupaban de temas externos al acervo autóctono. La materia mágica, inserta en lo antropológico, había dejado de pertenecer a la exclusiva minoría, sobre todo si tenemos en cuenta éxitos divulgativos de décadas anteriores, como fueron los de Jacques Bergier, Louis Charpentier, Fulcanelli y, claro está, Gárgoris y Habidis; también aquella colección admirable de la Biblioteca de Visionarios, Heterodoxos y Marginados, que dirigió Javier Ruiz. Pero lo desconcertante en este caso era que el misterio planteado en El enigma de la Mesa de Salomón estaba al alcance de cualquier lector, constatables sus enclaves y tangibles sus pistas con tal de visitar determinada ciudad y su entorno, a los que el estudio hace referencia. Con modestia poco habitual en los pioneros de algún conocimiento específico, el autor declara haber quedado preguntas sin respuesta, incluso tener más dudas que al principio. «Nos queda la esperanza de que alguien, algún día, pueda resolverlo», añade, Hace ocho años el autor de estas palabras ni siquiera podía sospechar que estaba refiriéndose a sí mismo sin saberlo. Pues siguió investigando, esta vez y desde entonces, agotadas ya las fuentes documentales de archivos, mediante la elaboración de datos muy precisos espigados en crónicas curiosas. La publicación durante este mismo 1996 -y en los días del verano de san Miguel, en que esto escribo- de La lápida templaria, de Nicholas Wilcox, lo confirma. Y es que yo mismo fui testigo del encuentro que en Cazorra tuvo lugar entre nuestro autor y el flamante novelista de origen galés, aunque nacido en Lagos allá por el año 1938. En el referido encuentro Juan Eslava suministró, con su habitual paciencia y entusiasmo, los datos en que basa su trama Nicholas Wilcox.

Este, ornitólogo y antropólogo de fuste, que había recorrido medio mundo trabajando en reportajes, para cadenas televisivas, autor él mismo de novelas de éxito, escritas más bien por entretenimiento, venía a ser una especie de alma gemela de Juan Eslava. Allí se estuvieron ambas horas enteras departiendo bajo el emparrado de la casa que una común amiga tiene en la calle Moreno Tallada. La ocasión había sido precisamente ésta: Había encontrado Esperanza -que éste es su nombre- un huevo en las cercanías, desprendido de un árbol; el nido no lo halló, así es que lo recogió y llevó consigo para cuidarlo. Esto había sucedido meses antes, de manera que el

pájaro, que resultó ser nada menos que un halcón, campaba ahora por el huerto. No sabía muy bien cómo tratarlo, dadas sus estrafalarias costumbres, y por más que procuró ilustrarse en antiguos libros de cetrería. Mister Wilcox, que supo del caso, y que andaba por allí empeñado en un documental, se presentó y, a vista del plumaje deslucido de la rapaz, le dio consejos tales que había que arrimarle un recipiente de agua, algo más grande que su bebedero, en que chapuzarse aun en invierno riguroso. Es así que los cuatro coincidimos, por una casualidad no del todo ilógica. El halcón resultó ser una criatura cautivadora, de extravagancia -diríamos- casi británica. Al galés le tomó no obstante confianza y mostraba una alarmante propensión a picotearle el lóbulo de la oreja, tras trepar a su hombro.

Es Esperanza una lectora fervorosa de Eslava, una excelente anfitriona, de manera que no tardó en improvisar aquella velada, sabiendo a Eslava en Cazorla por motivos de una conferencia. En la referida conversación bajo el emparrado, apenas yo hube de intervenir un par de veces, pues, aunque recurrían a mí para confirmar o no algún extremo, lo cierto es que andaban tan excitados que no terminaban de escucharme, razón por la cual atribuí sus buenas intenciones hacia mí como gestos afables de simple retórica. Nicholas tomaba notas incessantemente. Lo que Juan decía puede y debe leerse en *La lápida templaria*, fiel resolución de las interrogantes planteadas en *El enigma de la Mesa de Salomón*. Nicholas Wilcox no obstante advirtió: en su casa de la aldea galesa de Hay On Wie (donde vive recluido en medio de sus libros y su vasta colección de brújulas, con la sola compañía de un perro medio alcohólico -paladeador de sus buenas maltas- y un gato que tiene la manía de meterse en los archivadores con tal que los encuentre medio abiertos), se dedicaría a montar un auténtico bestseller sobre la base de datos adquirida a nuestro autor. La respuesta de éste fue concluyente: todos los datos habían de ser contrastables, nada de invención sobre la documentación precisa suministrada por él. Así lo acordaron con un apretón de manos, lo sancionaron con vino del lugar -célebre, por otra parte y siempre donde se asentaron los templarios, por sus viñas-, así se hizo y doy yo fe. Y no volvieron ya a referirse al asunto concreto de la novela; sí, por largo tiempo aún, a los pormenores del enigma planteado por la Mesa. A colación salió la logia de «Los Doce Apóstoles», una Piedra del Letrero

01

conocida también en la zona como Piedra del Miedo, varios monjes de la diócesis de Ossaria, la crípta de una iglesia en Arjona, una lápida séptima equivocada entre otras once, y mil cosas más que fueron ocupando su coherencia dentro de tan heteróclito conjunto. Terminaron, esto sí, refiriéndose a cierto cuadro, famosísimo entre esoteristas, de Nicolás Poussin. La novela de Wilcox no la hubiese escrito con más pasión y acierto el propio Eslava. Supongo que, con el tiempo, así éste lo reconocerá. Fue providencial aquel encuentro.

Por mi parte he de reconocer, entre todos los libros de Juan Eslava, una preferencia especial a éste. Ello es por varios motivos. En primer lugar porque aquí está el Eslava abundoso, pujante, desinhibido, independiente, libertario y cordial de su primera época. ¿De dónde le provenía aquella afición por lo oculto? ¿Tal vez por exceso de rigor, por insatisfacción íntima, o desconfianza, hacia la explicación del mundo, basada en unos criterios ingenuamente empíricos, oficiosamente dogmáticos? No es creíble la Historia, tal como nos la han contado. La Edad Media es brutal, todas las calamidades imaginables se abatieron sobre aquel milenio, pero nada es tan sabio ni tan bello, alegre incluso, como cualquiera de sus catedrales. Algo falla en tan rudimentario concepto, cuando lo que se nos quiere pasar por oscuro es precisamente lo claro. Juan Eslava, durante aquellos años, recorrió los territorios aledaños a Jaén midiendo castillos, indagando en las iglesias y, sobre todo, conversando con todos aquéllos que podían darle alguna luz, desde campesinos y pastores hasta esos eruditos perdidos en los pueblos que son quienes realmente saben de lo suyo. Esto provocó un sedimento, un silo de granos de saber, propicio a su oportuna referencia cuando se ofreciese. Y estimo que su método fue éste: primero saber mucho para luego ir afinando en lo parcial. De ello es buena prueba ese otro libro suyo, *Cinco tratados españoles de alquimia*, publicado un año antes a éste que nos ocupa.

En segundo lugar porque, paralelamente a estas inquietudes esotéricas y teosóficas, Juan Eslava, junto con su formación académica, iba acopiando una obra literaria de gran alcance. y es esto cosa que se perfila en este *El enigma de la Mesa de Salomón*: su pasión por contar. Incluso no se le pasa-

rá desapercibido al lector que su novela *En busca del unicornio*, redactada en unos veinte días, tuvo su origen en este libro, esto es en la atenta lectura que, con ocasión de sus investigaciones jienenses, hubo de hacer de la *Crónica del condestable Iranzo*, escrita probablemente por Juan de Olid (personaje central, como se recordará, de la novela que resultó galardonada con el Planeta en 1987). Y aquí la segunda cláusula, en mi opinión, de su método de trabajo: el deducir una conjetura a partir de datos tan lejanos en el tiempo como separados entre sí, tanto más firme cuando que la evolución de tales datos apunta convergentemente a lo intuido.

y en tercero, por lo que a este prologuista toca. Acababa de publicar el *Tratado de la Alhambra Hermética* (1989) y había quedado claro, para mí al menos, la relación arquitectónica de la Alhambra con el Templo de Salomón. Pero no me había sido posible documentar las relaciones entre los templarios y la dinastía nazarita. Así pues *El enigma de la Mesa de Salomón* me confirmaba en lo que para mí había sido una convicción profunda. Es cierto que mi método de trabajo había sido algo distinto -creo- al de mi admirado Juan. Yo había comenzado por una intuición reveladora y en apariencia absurda o extravagante. Al pasear día tras día por el Patio de los Arrayanes, yo había *sentido* que aquello era el Templo de Salomón; no debo ocultar que la elaboración -lentísima- del *Poema de la Alhambra*, razón por la cual subía casi todas las mañanas, y la impregnación física del monumento, me habían puesto en un estado permanente de hiperestesia. Como quiera que la bibliografía sobre la Alhambra es copiosísima y asequible en bibliotecas especializadas, deslindando el tema, sólo hube de tirar de documentación para ver confirmadas -o en buen camino- mis suposiciones. En unos cinco meses de aquel 1977 el libro estaba concluido. Ya en su segunda edición, ha sido para mí una alegría poder citar a Eslava como deuda providencial.

Y existe una cuarta razón, por la que prefiero este libro a otros -pasan de treinta- de Eslava, y es el sentido lírico que aquí se manifiesta gozosamente libre, tanto más y precisamente porque se entiende que un libro de estas características ha de venir desprovisto de toda emoción. Y no es cierto, sino que, muy al contrario, ésta, cuando se da, se potencia. Véase, si no, cuando se describe a esas aves -grajos, vencejos, golondrinas-, que simbolizan a la Diosa Madre. Durante siglos y milenios,

todos los años, en su estación propicia, retornaron hacia el dolmen de la Diosa. No existe ya, en su lugar hay un templo. Pero estas aves blancas y negras la siguen venerando, aunque nadie lo sepa. La siguen venerando, y tal vez buscando, entre aquellos aéreos laberintos de piedra.

Aludía al principio a copiosos saberes y a ingente aporte de datos, y deseo que no se tome a hipérbole. Mientras releía el texto de Eslava -lo cual ha supuesto una experiencia tanto o más satisfactoria que su primera lectura-, yo iba imaginando que el libro venía a ser un gran bosque. El autor nos lleva por senderos que solamente él conoce, pero en ocasiones estos senderos conducen a *caminos reales*, más asiduamente transitados. Me permito verlo así. Caminos reales son los alusivos a la Cábala (cap.S), las Vírgenes Negras (6), Hércules en Iberia (10), o el Arbol sefirótico (18), entre otros. Conforman, tales capítulos, digresiones a la manera de estribos para impulsar la ascensión a las diversas conclusiones. Templán el texto, lo robustecen y, en suma, por muy versado que se sea en estos temas, siempre viene bien su rememoración por tal de ir más seguros. En consecuencia, los capítulos por así decir específicos, que vertebran la tesis concreta del libro, constituyen, por acumulación de referencias, una especie de río, del cual pudiera decirse que, naciendo de bajo el dolmen sagrado sobre el cual se elevó la catedral de Jaén, atraviesa distintas comarcas míticas (Grial, Temple, Cábala...), como también emplazamientos topográficos constatables (casas, palacios, iglesias, cerros, castillos, fuentes, pueblos, todos con nombre propio). Así *El enigma de la Mesa de Salomón* permite una doble lectura, según el talante peculiar de cada lector: como una novela casi de intriga, asumiendo que el origen de la trama es el libro de un gitano que contenía una oración secreta, especie de criptograma que oculta en sus versículos la clave del misterio -empeño que Nicholas Wilcox ha plasmado sin dificultad posteriormente-, o bien como lo que verdaderamente es, un apasionante ensayo que revela un extraordinario, e insospechado, enigma histórico-legendario.

Dado este último supuesto, entiendo, sin embargo, que el libro no debe leerse tanto como mostración de una tesis -por otra parte yo me manifiesto convencido de ella- que como desarrollo de la misma. Y esto es porque su erudición y amenidad, exhaustiva una, fluidísima la otra, rayan el límite de la

i  
~  
,  
~  
l

ex-genci.a más rigurosa. Al margen de lo que diga, lo dice con meto do Incuestionable, y esto convierte su lectura en un verdadero placer. Por lo que hace a la erudición, abarca desde los textos más autorizados a los más raros y escondidos, y en una escala que va desde lo antropológico genérico a lo particular y monográfico: rinde tributo aquí a esos intelectuales perdidos en provincias que dedicaron su vida entera a la investigación de algún aspecto sea arqueológico, arquitectsmico o histórico; tal vez la publicación de sus trabajos hubieron de costearla ellos mismos, lo cual es una razón más para su homenaje. Sin estas raras publicaciones aspectuales, avanzar se hace tarea imposible. Seguro que capítulos como los dedicados al estudio de las «tres esferas» en los dólmenes, o a los entresijos del Santo Rostro, serán inolvidables. Por lo que respecta a la amenedad, los del «obispo insepulto» o el alusivo a la Peña de Martos se leerán poco menos que conteniendo el aliento.

De todas formas, y para el lector escéptico -el cual nos merece todo tipo de atención-, quiero insistir en que, aun en el caso de que la tesis central de Eslava (a saber, que la Mesa de Salomón fue a parar a Jaén) se manifestara, corriendo el tiempo, incierta, la elaboración habría merecido el esfuerzo de internarse en estas páginas. Demostraría que el azar se alía magistralmente a veces con la necesidad, la espontaneidad con la exactitud, la tradición con la historia, lo popular con lo secreto, el cero con el infinito. Demostraría, en suma, que unos hechos determinados bastan por sí mismos a configurar una cristalización semiológica perfecta. Pues acontece que si el resultado no obedece a la suma de los factores, siendo todos y cada uno ciertos, la operación por ello no sería menos válida; tal vez fuera error del contable y no del autor. Lo es -válida- en *otro sentido*. La vida, al fin, posee su propio lenguaje. Que no es tanto matemático como geométrico, lineal como dimensional!. La Mesa de Salomón -especie de Grial judío con menos fortuna histórica que el occidental- da paso a toda una concepción ontológica de la materia con la que este tiempo nuestro encara el porvenir. Es, en lo profundo, una variación sobre el tema de la Eternidad. Quién sabe si, al umbral de la nueva Era, esta ecuación cósmica del Tetragrámmaton, que Salomón metaforizó en un espejo, lámina o lápida, se nos revela en el futuro como el único lenguaje común en un universo cada vez más parecido a una aldea. En las autopistas del Espacio ciertos

lenguajes puede que sean conocidos. Sus letras son modulaciones de la luz. Brillan por sí. Suenan en armonía. Se unen y conjugan en órbitas astrales. Hubo un tiempo en que el lenguaje servía para algo más que para comunicarse. Servía para entender el mundo, con sólo utilizarlo. El mundo concebido como *axis* de lo que se ve con lo que no puede verse. Si esto se entiende, estamos ya en el camino.

*Antonio Enrique*  
4 de Octubre 1996

## PRÓLOGO

### EL DEVENIR HISTÓRICO: UNA LARGA Y MÁGICA CADENA

Cada día me siento más inquieto ante la progresiva y, al parecer, irrefrenable tendencia de los historiadores a especializarse en el estudio de una época determinada, de un reinado o de un personaje concreto del pasado. Esa académica especialización en períodos y edades, que marca aun la pauta de los estudios universitarios y los módulos mismos que determinan la adjudicación de cátedras, es, en sí misma, bastante aberrante; pone orejeras a una investigación que no sólo suele desconocer los antecedentes que marcan sin excepción los comportamientos del ser humano, sino que se despreocupa de las consecuencias a largo plazo de las mismas cuestiones en las que ha fijado su atención.

La limitación de objetivos es grave en cualquier disciplina del conocimiento. Es como establecer compartimentos estancos que impiden comprobar que la búsqueda del saber no se limita al conocimiento exhaustivo de la patología de una viscera o del grado de resistencia o de conductibilidad de unos determinados materiales. Tales fronteras podrán ser útiles en un concreto contexto cultural --como nuestra específica sociedad ordenada por el concepto del consumo competitivo--, pero jamás podrán proporcionar al ser humano deseoso de saber la posibilidad de vislumbrar la realidad en la que se mueve. Pero si tal cosa sucede y al parecer inevitablemente en el campo de los saberes tecnológicos, es decir, aquellos que sirven para avanzar presuntamente por los caminos del bienestar inmediato, resulta más inexcusable que pase también en el

campo de las disciplinas humanísticas, que son precisamente aquellas por cuya mediación podemos tener acceso al conocimiento profundo de nosotros mismos: de lo que realmente somos y de las metas de conciencia que podemos ser capaces de alcanzar.

Ciñéndonos de nuevo al campo de la Historia, se hace ya imprescindible contemplar el pasado de la Humanidad como un todo que, si por un lado evoluciona y marca distingos puntuales de épocas y períodos concretos, por otro arrastra gloriosamente evidencias esenciales que ninguna tendencia concreta pudo jamás anular. En este sentido, siempre cabrá mejor comprensión de nosotros mismos y de las metas de conciencia que nos hemos trazado si entendemos y asumimos los módulos de comportamiento de nuestros más remotos antepasados, que si observamos su lejano quehacer como algo que responde sólo a hechos! y sentires muertos e inanimados, propios de unas culturas que en nada pueden contribuir a la formación de nuestro actual paradigma existencial. Querámoslo o no -y más valdrá que lo queramos-, somos consecuencia de nuestra historia. Hacemos esto o nos comportamos así porque el pasado marcó las pautas de nuestras tendencias; y, si buscamos alcanzar una determinada meta, conviene que reconozcamos que esa búsqueda no la hemos emprendido desde la nada, pues el camino que creemos haber elegido se trazó ya, con todas sus sinuosidades, en instantes en los que la Humanidad ni siquiera soñaba con chips o con manipulaciones genéticas.

Viene al caso esta disquisición por el hecho, que ya comencé apuntando, de que puede ser altamente peligroso para el investigador de la Historia el limitar el campo de sus búsquedas a instantes puntuales del pasado, que no son más que eslabones de una cadena ininterrumpida de acontecimientos que serían letra muerta si no se les incardinase con sus causas

~temotas y con sus consecuencias a largo plazo. Tal limitación hará que claves y signos discretamente conservados a través del tiempo puedan pasar desapercibidos; y que, en consecuencia, tradiciones, símbolos y posturas existenciales celosamente mantenidas a lo largo de milenios sigan siendo ignoradas, impidiéndonos acceder a modos de conciencia que, todavía hoy, ordenan y conducen tendencias esenciales por las que nos regimos, sabiéndolo o no.

Si reconocemos la necesidad de emprender la investigación desde estas nuevas coordenadas metodológicas, no cabe duda de que el historiador tendrá que partir de un doble enfoque de sus propósitos. En primer lugar, deberá aceptar y hacer uso de su capacidad de asombro ante los hechos más aparentemente banales y cotidianos; nada podrá resultarle indiferente y todo cuanto se le manifieste tendrá que ser encajado en el contexto de la totalidad cultural del tiempo del que forme parte. Si no encaja en los módulos temporales al uso, o si responde a esquemas supuestamente anacrónicos, puede empezar a sospechar que allí existen eslabones de la ininterrumpida cadena de esa tradición soterraña que no se guía por las coordenadas que impone la cronología usual.

En segundo lugar, tendrá que hacer que afloren los símbolos escondidos, las intenciones que tan a menudo se expresan entre líneas o desde los rincones más oscuros o más recónditos del pasado. Pues es un hecho que los seres humanos han tratado siempre de transmitir un mensaje que no estaba presente tanto en las proclamas, en los discursos, en los documentos y, en general, en las tomas inmediatas de postura o en las declaraciones públicas de intenciones, como en la raíz misma de los paradigmas ideológicos o religiosos que han regido el comportamiento humano, más allá de las exigencias puntuales de cada instante histórico.

Naturalmente, el hecho de aceptar este método de Investigación implica la necesidad de que el investigador asuma la idea de abarcar en su intento la totalidad del proceso histórico de la Humanidad. Pero supone también la conveniencia de ahondar en otras ramas del conocimiento que, en apariencia al menos, son ajenas a los estrictos estudios históricos, aunque lo cierto es que han condicionado inequívocamente el devenir del hombre, marcando puntualmente sus esperanzas, sus tendencias y hasta sus terrores cotidianos.

Comprendo que no he expuesto una ruta de estudio fácil ni cómoda. Entiendo que, en la actual situación académica, pedir este tipo de esfuerzo a investigadores ya condicionados a ahondar con banalidades lo banal y superfluo puede suponer una exigencia inútil. Pues, sin duda, es mucho más sencillo y cumple con creces las metas impuestas por el academicismo imperante-trabajar sobre los plecos del celemin de trigo en la época de la Restauración o sobre las nimiedades espuestas

por una duquesa del siglo XVII en sus diarios íntimas, que calar en las intenciones trascendentales de un Felipe II, empeñado en cuerpo y alma en establecer el Axis Mundi escurialense, o en el ideario de un oscuro obispo jienense de principios del siglo XVI, entregado a la secreta tarea de dar testimonio de creencias y sapiencias supuestamente olvidadas desde la ya remota instauración oficial de la fe cristiana. Éste ha sido el punto de partida desde el cual Juan Eslava ha emprendido aquí, en este libro, una de las tareas más apasionantes con las que puede tropezarse hoy en día un investigador consciente de su responsabilidad ante la historia: la de calar en los orígenes de una tradición clave de la Humanidad, en su continuidad a través del tiempo y en su permanencia soterrana bajo los potentes cimientos de unos dogmas aparentemente inamovibles que regían la vida y la espiritualidad de los españoles del pasado.

Sin lugar a dudas razonables, creo que nos encontramos ante un modelo perfecto de método de investigación a seguir. Un método que sólo cabe alcanzar cuando se camina con los ojos muy abiertos por los vericuetos de la Historia y por entre los restos que nos ha ido dejando el pasado. Pues sólo así, viendo sobre lo mirado y escuchando sobre lo oído, se llegan a hacer patentes las claves de ese mundo que unas veces se escondió por propia voluntad esotérica y otras fue escondido concienzudamente para que nadie o muy pocos fueran capaces de descubrir su auténtico sentido, su profundidad radical.

Pero no me he propuesto trazar aquí un prólogo de encomios, ni Juan Eslava habría querido que así fuera. Por eso, sentados unos valores que, para mí al menos, quedan más allá de cualquier reticencia académica, pienso que vale más hacer el intento de analizar el esquema de trabajo seguido por un investigador que abre, con este estudio, un camino importante hacia el nuevo modelo de investigación en esa materia que, para bien o para mal, ha venido llamándose la Otra Historia, o la Intrahistoria.

Partiendo de una serie de descubrimientos fortuitos y distantes en el tiempo, realizados en su propia tierra, Jaén, Juan Eslava comienza confirmando la pervivencia de lugares ancestrales de culto a lo largo de la historia de aquella comarca. Algunos de estos lugares se mantienen vivos, enriquecidos por tradiciones seculares; otros, por el contrario, fueron copados en su día y re-santificados por los poderes eclesiásticos.

En cualquier caso, sin embargo, surgen claves, signos y llamadas de atención que obligan a establecer el origen común de las estructuras simbólicas que presiden ambas manifestaciones: la popular y la oficial. Una y otra se han venido valiendo secularmente de los mismos signos de reconocimiento; una y otra dan, desde tales signos, cuenta cabal de creencias y de ritos que se corresponden con instantes remotos y concretos en los que la Humanidad permaneció en íntimo contacto con las energías emanadas de la tierra y del cielo.

Las transformaciones sufridas por la evolución humana, desde el predominio esencial de sus poderes naturales, regidos por la intuición, hasta la progresiva desaparición de éstos en favor de los valores racionales, hacen que se sacralicen las potencias perdidas y que entren en los dominios de lo sobrenatural aquellos hechos que la inteligencia se sabe incapaz de explicar. En ese instante se divinizan los elementos de los que depende la supervivencia: la tierra misma, la luna y el sol, las aguas y las estaciones, sin contar con las corrientes energéticas que discurren bajo el suelo y que ya resultan imposibles de detectar por una Humanidad que dejó atrás sus facultades instintivas.

Con la aparición de las distintas formas religiosas y hasta la implantación del cristianismo, las primitivas intuiciones tienden a adecuar mitos y creencias que irán determinando los ciclos vitales de los pueblos según sus esquemas culturales. Tales adecuaciones se coronan con motivo del predominio político de la Iglesia como impositora de una forma religiosa que asume creencias y las transforma conforme a sus propios módulos rituales y dogmáticos, afectando directamente al pueblo, que acepta en principio los esquemas que se le imponen. Sin embargo, estas transformaciones no llegan a afectar a círculos siempre reducidos de iniciados, adeptos secretos de unos saberes que han sido fulminantemente prohibidos. Estos buscadores de la iniciación esotérica hacen todo lo posible por dejar claves de reconocimiento que habrán de servir para mantener la coherencia de los grupos que perviven en la clandestinidad, afrontando las reglas de juego del poder mientras, secretamente, seguirán los preceptos ancestrales emanados de la sabiduría oficialmente proscrita.

Por estas vías se desarrolla, en paralelo y a lo largo del tiempo, una doble tendencia de raíz pagana, iniciática y/o

heterodoxa. Por un camino discurre la resurrección visceral de las viejas creencias del ser humano, convertidas en devociones, mitos y costumbres populares que encierran sus orígenes en la noche de los tiempos. Por el otro, la transmisión de mensajes esencialmente esotéricos, producto de esa búsqueda incesante en las profundidades de una Tradición que tuvo acceso a saberes de los que reniegan con desprecio -y hasta violentamente-- tanto los poderes eclesiásticos como el dogmatismo racionalista. Tanto esa búsqueda oculta del antiguo saber sagrado como las manifestaciones populares fruto de la más remota memoria colectiva se convierten, para las ortodoxias religiosas y científica, en tabúes que tienen que ser perseguidos cuando no basta con despreciarlos. Por ello, el conocimiento esotérico y la base pagana del alma popular tienen que ocultarse, disimulándose entre santidades veneradas y símbolos camaleónicamente transformados en posturas estéticas. Sin embargo, basta a menudo con poner al descubierto los hilos que mueven las intenciones bajo la apariencia de meras coincidencias para evidenciar por todas partes la presencia de ese paradigma mágico, disconforme con todos los dogmas impuestos, que discurre en discreto silencio entre manifestaciones dogmáticas y certezas decretadas como inamovibles.

En tal situación, el investigador consciente, cuando llega a captar la presencia de esas otras devociones o la evidencia de esos otros movimientos ocultos, buscadores del conocimiento por la vía heterodoxa, no puede conformarse con expresar su convencimiento y con sentar en el vacío las bases de lo que tal vez sólo ha intuido. Por el contrario, se impone que sea más riguroso que el rigor mismo, más objetivo que los que pretenden basar sus principios en la objetividad y más crítico que un agnóstico convencido. Tiene que pensar, ante todo, que el dogmatismo religioso imperante y el cientifismo racionalista, con los que inevitablemente va a enfrentarse, han tenido siglos enteros para elaborar sus posturas y para fabricar las respuestas que las han consolidado. Demoler tal tinglado y sentar las bases para una conciencia nueva, tanto en lo filosófico como en lo científico, no es una cuestión de convencimiento íntimo, sino el fruto de una larga, seria y paciente indagación, capaz de minar con hechos y pruebas las artificiosas estructuras de unos paradigmas existenciales que ya no le bastan al ser humano para razonar la evolución del espíritu en su búsqueda de

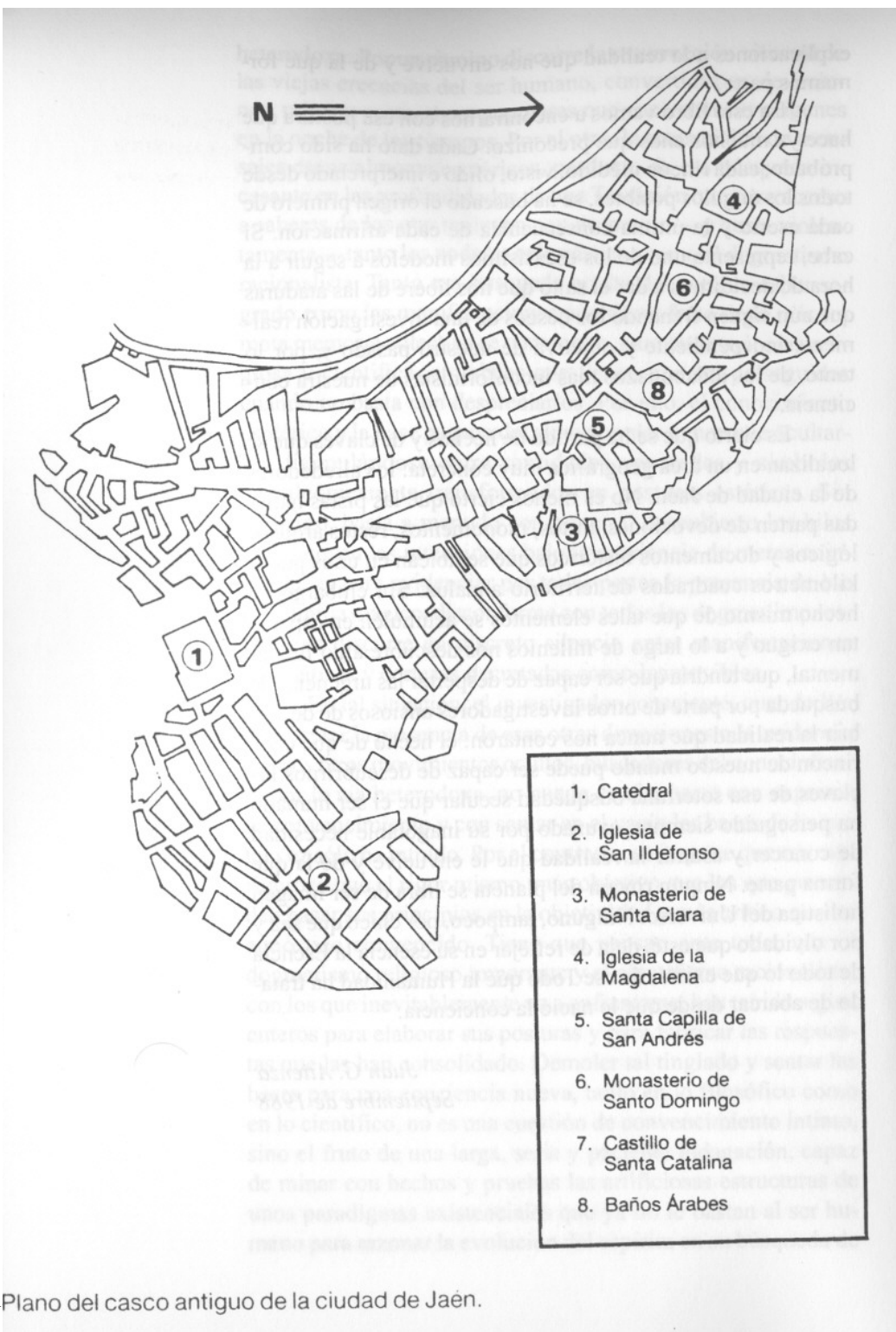
explicaciones a la realidad que nos envuelve y de la que formamos parte.

En este libro vamos a encontrar con esa postura que hace ya muchos años que preconizo. Cada dato ha sido comprobado, cada rincón medido, visto, olido e interpretado desde todos los ángulos posibles, se ha buscado el origen primero de cada aserto y la última consecuencia de cada afirmación. Si cabe, representa uno de los escasísimos modelos a seguir a la hora de decidimos a dar el salto que nos libere de las ataduras que aún siguen frenando los deseos de una investigación realmente independiente y objetiva de nuestro pasado y, por lo tanto, de los aldabonazos más inconformistas de nuestra conciencia.

Es cierto que se ha partido de hechos y de claves que se localizan en un área geográfica muy concreta: los alrededores de la ciudad de Jaén. No es menos cierto que las pistas halladas parten de devociones, mitos, monumentos, restos arqueológicos y documentos históricos que se ubican en unos pocos kilómetros cuadrados de territorio andaluz. Sin embargo, el hecho mismo de que tales elementos se acumulen en espacio tan exiguo y a lo largo de milenios nos descubre algo fundamental, que tendría que ser capaz de despertar las urgencias de búsqueda por parte de otros investigadores ansiosos de descubrir la realidad que nunca nos contaron: el hecho de que cada rincón de nuestro mundo puede ser capaz de descubrirnos las claves de esa soterrada búsqueda secular que el ser humano ha perseguido siempre, azuzado por su inagotable necesidad de conocer y asumir la realidad que le envuelve y de la que forma parte. Ningún rincón del planeta se libra de ser imagen holística del Universo. Ninguno, tampoco, por chico que sea y por olvidado que esté, deja de reflejar en su esencia la Esencia de todo lo que existe; de ese Todo que la Humanidad ha tratado de abarcar desde que le nació la conciencia.

*Juan G. Atienza*  
*Septiembre de 1988*





## EN EL PRINCIPIO. . .

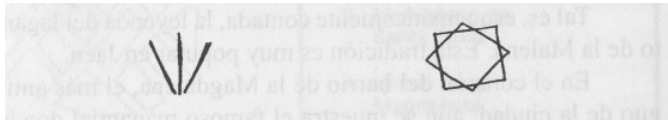
Hace ya muchos, muchísimos años, existió un lagarto monstruoso que habitaba en el manantial de la Malena y devoraba a las personas que acudían a buscar agua. Cuando le apretaba el hambre incluso se aventuraba fuera de la ciudad para atacar a los rebaños y a los animales del campo. La población estaba tan aterrorizada que nadie se atrevía a salir a la calle. Los campos quedaban sin labrar y había hambre. Entonces, un preso que estaba condenado a muerte se ofreció para matar al monstruo si, a cambio, lo indultaban. Se lo concedieron. El preso pidió un caballo, un saco de panes y un cordero. Provis-to de estos pertrechos fue al manantial y, en cuanto vio salir al monstruo, picó espuelas y huyó. El lagarto lo persiguió, pero el preso le iba arrojando panes, que el monstruo devoraba. Cuando se le acabaron los panes le lanzó la piel del cordero rellena de yesca bien seca, que previamente había encendido. El lagarto creyó que se trataba de un cordero vivo y se tragó la ofrenda, pero la yesca le abrasó las entrañas y reventó. Ahora la piel se exhibe colgada de un muro de la iglesia de San Ildefonso, porque fue enfrente de esta iglesia precisamente donde reventó el lagarto.

Tal es, esquemáticamente contada, la leyenda del lagarto de la Malena. Esta tradición es muy popular en Jaén.

En el corazón del barrio de la Magdalena, el más antiguo de la ciudad, aún se muestra el famoso manantial donde habitaba el mítico lagarto.

y ahora, antes de proseguir, haremos un inciso para contar una historia personal. Es la de un estudiante de bachillerato que, en 1968, hacía sus pinitos literarios colaborando en la prensa local de la pequeña ciudad provinciana. En el mes de julio le encargaron que entrevistara a don Ramón Espinosa, decano de los farmacéuticos de la provincia, que abrió farmacia en 1906. Don Ramón resultó ser un hombre cultísimo y encantador. Estaba ya jubilado, pero conservaba la viveza y

curiosidad que acompañan a la verdadera juventud. La conversación entre el joven periodista y el anciano se prolongó por los derroteros de la historia y arqueología locales, afición que compartían, así que se les pasó la tarde charlando y cuando se despidieron era ya de noche. Entre los muchos temas que trataron en su conversación estaba el de la leyenda del lagarto de la Malena. Hacía pocos días que el joven había publicado un artículo sobre la leyenda y don Ramón lo había leído'. Así que salió el dichoso lagarto a colación y don Ramón refirió, 'como curiosidad, que, en sus primeros años de boticario, había conocido a un gitano que, pretendía curar las llagas de las caballerías mediante aplicación de cierto libro santo, acompañado del recitado de una oración secreta. Don Ramón tuvo ocasión de examinar el libro, que no era tal sino sólo parte de él: una guarda de pergamino y diez o doce hojas adheridas. Por el tipo de escritura y papel empleados le pareció que su redacción se remontaría, como mucho, al siglo XVIII. El libro era apenas legible, porque estaba todo pringoso y emborronado de pomadas, por el oficio de emplasto mágico a que lo sometía su propietario. No obstante, don Ramón pudo sacar en limpio que se trataba de un galimatías en el que se mencionaba repetidamente la virtud de la Mesa de Salomón y que mayormente versaba sobre fórmulas mágicas y discursos de charlatán de feria. El gitano aseguraba que el obvio pergamino ovejuno de la portada no era sino un fragmento de la vera piel del legendario lagarto de la Malena. Entre las simbologías que contenía el opúsculo, don Ramón recordaba todavía las dos dibujadas a fuego sobre la portada que eran éstas:



Unos días después, el joven refirió esta conversación a un anciano tío abuelo suyo que, en sus tiempos, había ejercido los oficios de veterinario y herrador. El anciano le confirmó que, en efecto, antiguamente se fabricaba un unguento de lagarto, que se aplicaba a las mataduras de los caballos y que servía también para regenerar el cabello de las personas. Lo sabían fabricar algunos gitanos, seguramente a partir de cocimientos de lagartos. Este unguento se untaba al dictado de una oración que se tenía por secreta pero que él había aprendido de

tanto oírse la canturrear a caballistas y tratantes. La letra de la oración, que el joven copió al dictado, era la siguiente:

*Por la mesa del moro  
onde está el lagarto,  
que te cures pronto  
con este emplasto/pacto?  
La Tinaja la Tiña  
la piedra el macho,  
ellosón del veleta  
y el caño santo.  
Por el peñón de Uribe  
que está en palacio  
el peral de la era  
se está secando,  
que se seque esta pupa  
que estoy untando.*

Eran los años en que se empezaba a descubrir los ricos yacimientos arqueológicos de la Sierra de Otíñar, cerca de Jaén. El joven hacía frecuentes excursiones a la sierra en busca de vestigios prehistóricos. Por unos pastores le llegó noticia de la existencia de un dolmen en la meseta del Cerro Veleta. En torno al dolmen encontró grandes amontonamientos de piedras y la cantera de donde el hombre prehistórico había extraído los materiales de aquel dolmen y de algunos otros.

A un par de kilómetros del dolmen se encontraban los grabados y el relieve de una *venus* en el espléndido santuario prehistórico del Barranco de la Tinaja.

El joven anotaba el resultado de sus prospecciones en un diario donde iba registrando cualquier noticia de interés arqueológico. Además señalaba los hallazgos en un mapa.

En aquel mapa, la zona de Otíñar estaba marcada con dos cruces, una en el Barranco de la Tinaja y otra en el Cerro Veleta, que correspondían al dolmen, a las piedras y a los abrigos con grabados rupestres. Un día tuvo una inspiración contemplando aquel mapa. La asociación de aquellos nombres, que había anotado aplicadamente en tinta roja, le resultaba familiar. *Barranco de la Tinaja, Cerro Veleta... Tinaja, Veleta...* ¿Dónde lo había escuchado antes? En la oración del curandero de caballos. Buscó en sus carpetas.

... la tinaja la Tña  
la piedra el macho  
ellosón del Veleta...

Ellosón del Veleta podía referirse a la piedra superior del dolmen del Cerro Veleta que es, en efecto, lo que podría describirse como *losón*.

La Tinaja estaba clara: era el Barranco de la Tinaja.

La Tña podía ser corrupción de Otñar. Sería la Tinaja de atñar.

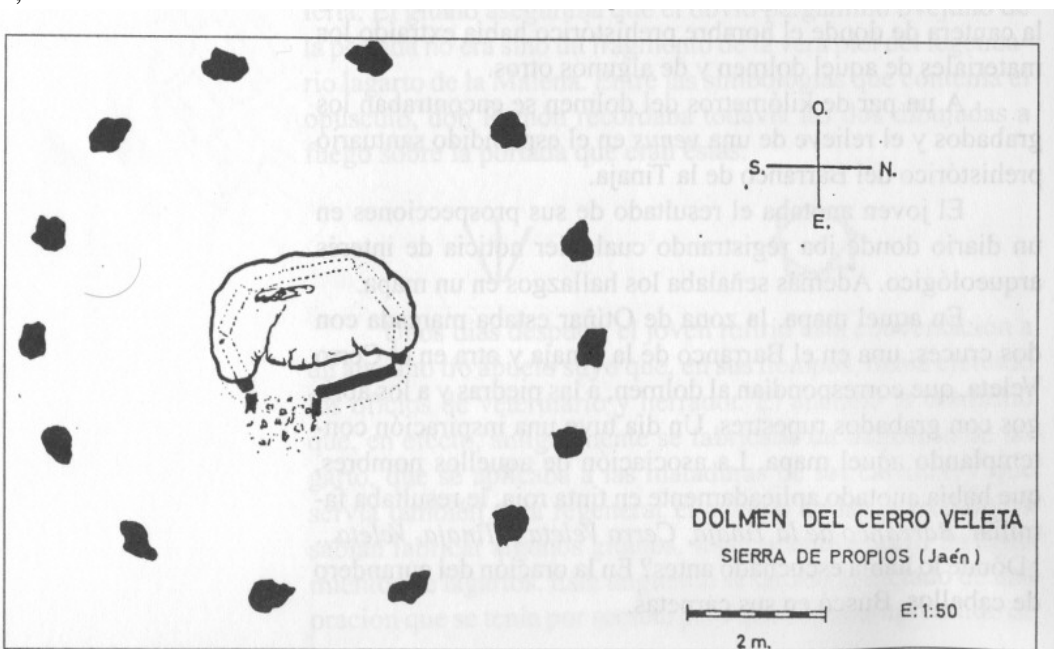
Podía ser.

Pero ¿y lapiedra del macho? ¿Se refería a la cantera del Veleta o a otro monumento megalítico todavía no descubierto o ya destruido? ¿Un menhir quizá?

El Peñón de Uribe era un peñasco que había existido hasta principios del siglo en la calle de los Uribes, barrio de la Magdalena, no lejos de donde estuvieron los llamados palacios de los reyes moros, que luego serían convento de santo Domingo.

Este peñón era popular en el barrio por haber sido testigo y depositario de una leyenda. Según los viejos del lugar que alcanzaron a verlo, el peñón consistía en un saliente rocoso que brotaba del suelo empedrado, a un lado de la estrecha ca-

El dolmen de Cerro  
Veleta, en la Sierra de  
atiñar.



lle. Estaba medio empotrado en la pared colindante. El peñón había sido parcialmente tallado para que asemejara un cubo y, en la parte de arriba, le habían labrado escotaduras. La roca natural, recortada para que no estorbara el tránsito de carros, formaba una especie de poyo o banco cerca de su base. Allí se sentaban los ancianos del barrio para hacer tertulia y allí se subía el pregonero para decir su pregón.

En cuanto al *CaLOSanto*, mencionado entre el *Peñón de Uribe* y *ellosón del Veleta*, era evidente que se trataba de algún manantial. Siendo *Santo* bien podría tratarse del manantial de la Catedral. Los antiguos atribuían carácter medicinal al agua de la Catedral. De este Caño Santo, cuya arqueta de registro existe todavía detrás de la puertecilla de hierro que hay adosada al muro del testero de la Catedral, en el calle Valparaíso, se surtieron, hasta hace pocos años, todas las casas del barrio.

La alusión al *Peñón de Uribe donde está el palacio* nos animó a seguir desentrañando el sentido de la oración sanadora. Era evidente que todos los lugares mencionados se integraban dentro de una línea recta y que el sitio *donde está el lagarto* se tenía que referir forzosamente al manantial de la Magdalena, escenario de la famosa leyenda.

Pero ¿y el *peral de la era*?

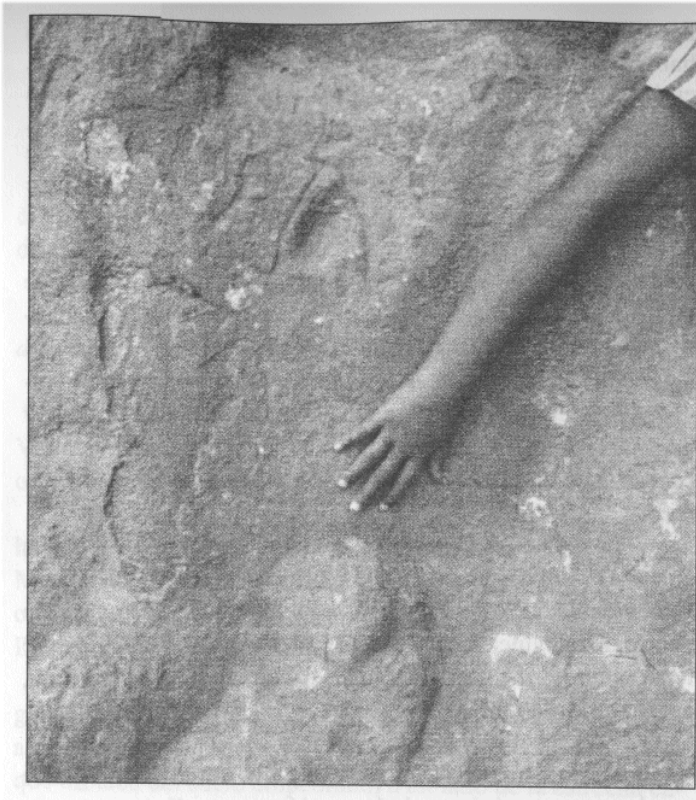
Nuestra hipótesis era que este *peral* tenía que integrarse con los otros topónimos de la oración en una línea recta que apuntase preferentemente hacia la parte del Norte.

*el peral de la era  
se está secando. . .*

Existía un Cerro Perulera hacia el Norte. ¿No podía tratarse del mismo «peral de la era» de la oración?

Fuimos a Perulera dispuestos a escudriñar cada rincón y a remover cada piedra en busca de un monumento prehistórico. Pero no fue necesario. Lo que buscábamos se nos vino casi a la mano, como si la suerte quisiera compensarnos por las dificultades pasadas.

Cerca de la cima del cerro, medio enterrada junto a una añosa encina, encontramos una piedra de gran tamaño, muy picada de cráteres, que parecían ser naturales. Formaba casi una esfera perfecta. Por más que la examinábamos no conse-



*Venus de Dañar, en el Barranco de la Tinaja.*

guíamos confirmar si en su origen había sido tallada o no. ¿Podía ser obra de la naturaleza una esfera tan acabada? Limpiamos el barro adherido a su superficie y encontramos al menos un indicio seguro de manipulación humana: le habían vaciado una escotadura cuadrada de unos seis centímetros de lado y algunos más de profundidad. ¿Quién y para qué?

Examinamos el mapa. Ahora el santuario de los Neveros, el Dolmen del Veleta, el Caño Santo de la catedral, el Peñón de Uribe, la mítica guarida del lagarto y la esfera de piedra del Cerro Perulera quedaban inscritos con toda exactitud en una línea recta de 12 kilómetros de longitud, tendida por encima de la ciudad en dirección sureste-noroeste.

En un principio no alcanzábamos a imaginar el sentido último de aquel curioso hallazgo.

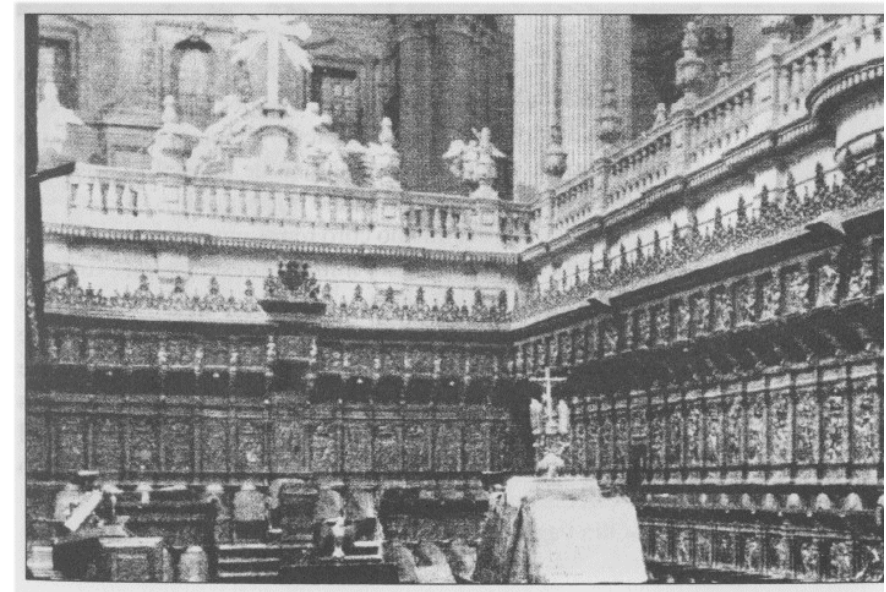
Al poco tiempo creímos estar de nuevo sobre la pista. En la sillería del coro de la catedral de Jaén, obra de principios

del siglo XVI, algunos relieves representaban enigmáticas figuras. Por ejemplo el que corresponde a la caída de san Pablo en el camino de Damasco...

Pero, antes de proseguir, no estará de más que recordemos la historia. Cuando san Pablo todavía se llamaba Saulo, era un fanático fariseo perseguidor de los cristianos a los que «arrastraba y metía en la cárcel». Comisionado por la suprema autoridad religiosa judía, Saulo fue a Damasco con el encargo de arrancar de raíz cualquier brote de Cristianismo que encontrase en las sinagogas. Se disponía a cumplir tal comisión cuando, en medio del camino de Damasco, tuvo una visión cegadora y Cristo le habló: «Saulo. Saulo, ¿por qué me persigues?». Llegado a Damasco, Saulo se convirtió al Cristianismo y fue bautizado.

El relieve de la catedral de Jaén en el que vemos a Saulo, en el momento de recibir su revelación camino de Damasco, muestra un exquisito gusto por el detalle. Hasta las lazadas de las sandalias de los criados que acompañan a Saulo pueden distinguirse con toda claridad. El suelo del camino de Damasco está empedrado con losas bien dispuestas y niveladas, como solían estarlo las calzadas romanas. Pero, en medio del camino, sobre las losas, en el ángulo inferior izquierdo del relieve, aparecen tres misteriosas esferas. No son frutos, ni piedras del campo, ni nada parecido que pueda interpretarse como un ob-

*Sillería del e  
Catedral de  
mandó tallar  
Suárez a prin  
siglo XVI.*





*a caída de Saulo en el camino de Damasco con las tres enigmáticas esferas en medio del camino. Detalle de un relieve del coro de la Catedral de Jaén. (Fotografía de Joaquín Galán Osa.)*

jeto natural. Son tres esferas aparentemente absurdas que no se integran en el conjunto de la escena, por otra parte tan minuciosamente realista, ni parecen tener función alguna. Claro que, bien mirado, alguna función han de tener. El tallista no pudo ponerlas allí por casualidad o por capricho.

Otro relieve del mismo coro representa a un obispo vestido de pontifical, con báculo y mitra, representación exotérica de san Nicolás. A su derecha hay una cuba y dentro de ella tres hombres en actitud orante. No son mártires echados en aceite hirviendo, puesto que la cuba es de madera y no se advierte debajo de ella representación de fuego. Son simplemente tres neófitos que acaban de recibir el bautismo. A la izquierda del obispo tres doncellas arrodilladas parecen presentar al obispo sendas esferas que portan en las manos.

Otra vez las enigmáticas tres esferas.

En otro relieve de la misma serie hay dos hombres. Uno de ellos debe de ser moro o judío puesto que se cubre la cabeza con un turbante. Le está mostrando al otro un grupo de estrellas del cielo. El otro es, evidentemente, un rey cristiano puesto que cubre sus hombros con una capa de armiño y levanta una espada. En la cabeza luce una corona. En los pies de los hombres hay una gran esfera, tan grande que les llega a la altura de las rodillas. Una esfera idéntica a la que habíamos encontrado en el cerro Perulera. ¿Sería coincidencia? Una esfera de piedra como aquélla, retratada en el relieve que tallaron hace cuatrocientos años. Era evidente que alguna relación había entre todos estos hallazgos, aunque todavía no sabíamos qué significado ni qué función podrían tener.

Otro relieve del coro representaba a san Martín cortando su capa para darle la mitad a un mendigo. En el ángulo aparece nuevamente un objeto esférico. Y en el relieve que presenta a Cristo en casa de Marta y María, vuelven a aparecer las tres enigmáticas esferas, esta vez disimuladas en forma de tres panzudas vasijas dispuestas a los pies del Maestro. . .

¿Qué significado tenían estas esferas?

Era seguro que no habían sido colocadas allí por azar. El tallista había recibido instrucciones muy precisas. ¿De quién? Evidentemente sólo cabía una respuesta: del hombre que le encargó aquel trabajo. Y este hombre había sido don Alonso

*El obispo, los tres niños y las tres Vírgenes portadoras de esferas. el relieve del coro de la Catedral de Jaén. (Fotografía de Joaquín Galán Osa.)*







*El hombre del turbante, el rey cristiano y la esfera. Relieve del coro de la Catedral de Jaén. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*

Suárez de la Fuente del Sauce, obispo de la diócesis de Jaén entre 1500 y 1520.

Dirigimos nuestras pesquisas hacia este curioso personaje. Supimos que antes de llegar a Jaén había sido inquisidor general. Hacia el final de su mandato como inquisidor, y aún después, tuvo ciertos problemas derivados de su benevolencia en el puesto.

¿Un inquisidor sospechoso de apiadarse de sus víctimas? De pronto el relieve de la caída de Saulo en el camino de Damasco pareció adquirir un nuevo sentido: san Pablo, inquisidor contra los cristianos, tuvo una revelación y se convirtió en el gran apóstol del Cristianismo. Don Alonso Suárez, inquisidor contra los herejes, tuvo una revelación y se convirtió en valedor de aquellos a los que antes había perseguido o, al menos, en valedor de ciertas doctrinas que antes había querido



*San Martín partiendo su capa para dársela al pobre en el relieve del coro de la Catedral de Jaén. En el ángulo inferior derecho se aparece la esfera. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*

erradicar. Don Alonso Suárez se sintió identificado con el Saulo evangélico e hizo colocar aquellas tres esferas en el relieve de la caída de Damasco.

Tres esferas que luego se repetirían, más o menos disimuladas, en otros relieves del coro de la catedral.

Tres esferas relacionadas con tres muchachas, porque en otro relieve aparecen tres muchachas que presentan sendas esferas al obispo. Tres muchachas de larga caballera que les llega a la cintura. En el simbolismo medieval esto significa que son Vírgenes. Es decir: tres esferas correspondientes a tres Vírgenes...

Comenzamos a investigar sobre las Vírgenes de la catedral, sobre las Vírgenes de la ciudad y sobre las Vírgenes en general. Nos topamos con un hecho chocante. Hubo una Virgen en la catedral que se llamó «del Soterraño», es decir, del

subterráneo, pero luego le fueron cambiando el nombre y acabó llamándose Virgen de la Antigua, que es un nombre bastante común entre las Vírgenes de España. ¿Cuál fue la razón de este cambio?

Evidentemente alguien trató de ocultar algo relacionado con el primer nombre de la Virgen. *Soterraño* significa subterráneo. A alguien no le interesaba que se recordase que aquella Virgen había estado primitivamente en un subterráneo. Era sólo una hipótesis. Pero el hallazgo, meses después, de un curioso documento en el archivo catedralicio vino a confirmárnoslo. Se trataba de una lista de nombres compuesta por una anónima mano de finales del siglo XIX. El encabezamiento de la lista era: «Los que buscaron la Cava».

¿La Cava? Lo que atrajo nuestra atención fue que entre los nombres de la lista figuraba el del obispo Suárez, el que ordenó tallar las enigmáticas figuras del coro de la catedral. Pero había otros nombres igualmente conocidos entre una mayoría que, en un principio, no significaba nada para nosotros.

¿Qué era la Cava? En su acepción antigua la palabra significa *cueva u hoyo*. La lista de los que buscaron la Cava parecía abarcar a una serie de personas que vivieron entre los siglos XIII y XVIII. Estaba, además, ordenada cronológicamente. Algunos nombres llevaban al final una leve indicación a lápiz.

*Detalle de uno de los fliebes del coro del bispo Suárez. El tallista a representado a Cristo ?sucitado en un paisaje leno de contenidos mbólicos: reiteración e la esfera dentro de la 'uta, el árbol hueco, c. (Fotografía de aquín Galán Rosa.)*



*Cristo en la casa de Marta y María. Obsérvense las tres esferas, distribuidas en los peldaños de la escalera, en forma de recipiente para vino. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*

La inclusión del obispo Suárez en la lista nos hizo sospechar que todos ellos, a juzgar por el epígrafe, habían buscado una cueva u hoyo, es decir, un subterráneo. Éste pudo estar relacionado con la Virgen del Soterraño y con las otras dos Vírgenes portadoras de esferas que aparecían en el relieve del coro. Supusimos, como hipótesis de trabajo, que alguna vez existieron esas esferas relacionadas con el culto a las tres Vírgenes, y supusimos que estas esferas serían parecidas en dimensiones a la que habíamos encontrado en Perulera. Pasarían muchos años antes de que la hipótesis viniera a confirmarse con la aparición de una de las esferas de piedra en una excavación practicada al pie del muro de la catedral; de un muro que precisamente había ordenado levantar el obispo Suárez.

Andábamos dándole vueltas al asunto de las enigmáticas esferas del coro cuando, en una de nuestras visitas a la

...es Vígenes del  
...e delcoro de la  
...ral de Jaén. (Foto-  
...d~ Joaquín Galán  
)



catedral, tuvimos la fortuna de hacer otro curioso descubrimiento. A escasos metros de allí, en la calle Abades, había una humilde hornacina que contenía un crucifijo. La obra carecía de valor artístico. Lo que nos llamó la atención fue que al pie de la cruz habían dibujado tres huevos, o algo muy parecido a tres huevos. Preguntamos a los vecinos y, en efecto, nos confirmaron que el Cristo de la hornacina se llamaba «el de los Tres Huevos» y que era muy milagroso. Solo en los libros aparecía como «Cristo de Burgos» con una leyenda postiza que justificaba la extraña inclusión de los tres huevos. Supimos también que la imagen databa sólo de 1939, pues la anterior había sido destruida durante la guerra, lo que era de lamentar puesto que era muy antigua<sup>2</sup>.

El inmueble paredaño se llamaba «Casa del Cristo». Nos pareció evidente que podría haber alguna relación entre aque-



El Cristo de los Tres Huevos  
en la hornacina recién  
desaparecida de la calle  
Abades. Los tres huevos  
esferas se observan a los  
del Cristo pintado, en la  
central del travesaño vert  
de la cruz. (Fotografía de  
Rafael García Serrano.)

llos tres huevos y las tres esferas de la vecina catedral. Aquellos huevos al pie de la cruz no tenían explicación lógica, a no ser que simbolizaran algo. Y, evidentemente, algo de contenido religioso. No nos fue difícil averiguar el significado simbólico del huevo puesto que aparece en todos los tratados de iconografía.

El huevo es uno de los raros símbolos universales en cuyo significado parecen coincidir todas las culturas antiguas. Es el germen del universo a partir del cual se genera toda la Creación<sup>3</sup>. Paralelamente, simboliza la renovación de la naturaleza, motivo por el cual adquiere alcance funerario y aparece en tumbas de muchos lugares del mundo.

Evidentemente, los tres huevos del Cristo de la calle Abades no era sino una pervivencia del símbolo cultural que en la vecina catedral representaban las tres esferas de piedra.



Esas esferas eran emblema de la Virgen, pero también eran huevos, es decir, eran centros del mundo a partir de los cuales se regeneraba la Creación<sup>4</sup>.

## LAS PIEDRAS DE LOS GIGANTES

En el Barranco de la Tinaja y en el Cerro Veleta el hombre prehistórico había dejado un mensaje para la eternidad. Había esculpido en la roca, había amontonado piedras, había construido una cámara con losas que pesan varias toneladas, había pintado signos enigmáticos en las paredes de las cuevas después de ascender hasta ellas trabajosamente por farallones casi verticales.

El peñón de Oribe también estaba esculpido. Aunque ya no era posible examinado, parecía razonable atribuido a la misma serie de piedras manipuladas por el hombre prehistórico. Lo mismo cabía decir de la enigmática esfera de Perulera, de las esferas de la catedral y de los tres huevos de la hornacina de la calle Abades.

En cuanto a la leyenda del lagarto de Malena, se trataba de un último vestigio del mito de lucha de un héroe contra el monstruo, mito cuyas raíces últimas también se hunden en la noche de los tiempos.

Todo ello podía razonablemente atribuirse a los hombres primitivos, pero ¿qué quisieron expresar? ¿Por qué se embarcaron en aquellos trabajos en apariencia inútiles cuando seguramente la necesidad de asegurar el sustento diario les daba ya sobrado quehacer? ¿Qué interés tenían en aquellas obras? ¿Por qué las relacionaron entre ellas y las inscribieron en una línea recta?

. Teníamos un puñado de claves. Si eran tan absurdas como a primera vista parecían, ¿cómo se habían transmitido a lo largo no ya de siglos sino de milenios? ¿Cómo habían sobrevivido al olvido y a la muerte para llegar hasta nosotros? ¿Qué sentido tenían? ¿Adónde conducían?

Intentamos proceder de modo científico. Ante todo debíamos buscar un denominador común. Tenía que haber un hilo conductor que, de algún modo, nos ayudase a desentrañar el enigma.

Así es que dirigimos nuestras pesquisas hacia la Prehistoria. Nos resistíamos a creer que la alineación de aquellos lugares prehistóricos y la supervivencia de una tradición que los relacionara fuesen fruto del azar.

No podía ser casual. Tenía que haber una razón.

¿Qué dicen los arqueólogos?

En la zona de Jaén hubo asentamientos humanos desde el Paleolítico. Empero, el poblamiento denso de la zona parece que se produjo a partir del Neolítico.<sup>1</sup>

Visitamos decenas de veces al Barranco de la Tinaja. Supimos que por aquel barranco desciende un caudal subterráneo de unos 40 o 50 litros de agua por segundo. El Barranco de la Tinaja ofrece un aspecto imponente. El lugar donde están los grabados es un abrigo rocoso de dimensiones catedralicias. Allí, en la roca parietal, se pueden contar hasta 27 círculos o series de círculos concéntricos, toscamente tallados en la roca viva.<sup>2</sup>

Además de los grabados, y a un nivel más bajo, hay una venus en relieve, preciosamente tallada y pulimentada. En ella sólo es posible distinguir, como si brotaran de la pared, el prominente vientre y los muslos hasta las rodillas. Presenta los típicos abultamientos de grasa que caracterizan a las *venus* paleolíticas.

Los relieves de Otíñar podrían datarse entre el 2000 y el 1500 antes de Cristo.

El dolmen del Cerro Veleta es como una caja compuesta de ocho grandes losas verticales que forman un octógono un tanto irregular. Sostienen otra mayor que las cubre y forma la techumbre.<sup>3</sup>

Este dolmen puede fecharse en la Edad del Bronce. Sus constructores debieron ser prospectores de metales, que practicaban el rito funerario de los enterramientos colectivos, adoraban a la Diosa Madre y se encaramaban hasta los abrigos rocosos para dejar sus pinturas propiciatorias de fecundidad.

En el Cerro Veleta existen otros hallazgos del período. Se han explorado un poblado neolítico y tres cuevas (llamadas de los Soles, del Poyo de la Mina y de los Herreros). Este cerro se asoma a un barranco por donde discurre el río. En la pared opuesta del barranco existen otras cuevas pintadas: la del Plato y la de la Higuera.

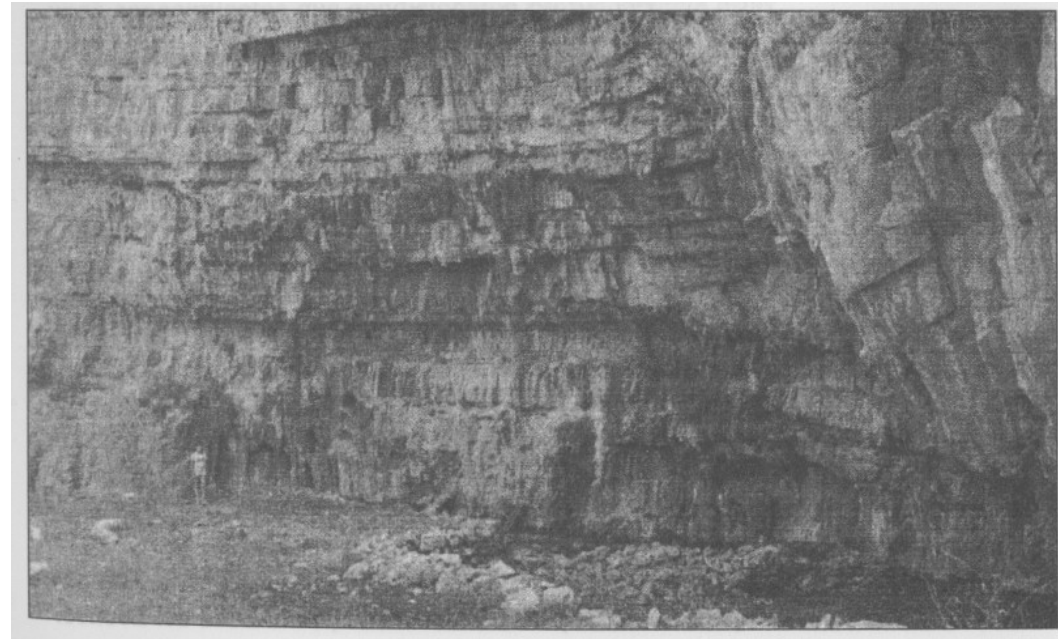
Esta rústica pinacoteca muestra una gran cantidad de pintura esquemática en rojo y negro: figuras humanas, cuadrú-

pedos, cérvidos y signos abstractos tales como círculos y puntos.

Las figuras humanas se han identificado con representaciones astrales.<sup>4</sup> Curiosamente este tipo de representaciones abunda más en estas cuevas que en sus otros paralelos peninsulares.<sup>5</sup> No puede tratarse de una simple coincidencia.

En agosto de 1969 se hicieron obras en el manantial de la Magdalena. En cuanto se excavó medio metro de suelo, se abrió una puerta al pasado de la ciudad. Por aquella puerta empezaron a brotar diversos testimonios arqueológicos. Entre ellos apareció una hermosa hacha neolítica, preciosamente pulimentada o, para ser más exactos, solamente una mitad de hacha puesto que había sido intencionadamente partida. En el Neolítico no era infrecuente que se partieran hachas en señal de exvoto.<sup>6</sup> Por consiguiente podría ser indicio de que en época neolítica aquel lugar hubiese sido una especie de santuario. Esta sospecha se vendría a confirmar tiempo después, cuando tuvimos noticias de que el hallazgo de este tipo de hachas es frecuente en lugares de la región considerados sagrados en la antigüedad como, por ejemplo, Martos,<sup>7</sup> Otíñar y Víboras, don-

*El Barranco de la Tinaja en Otíñar, lugar de los grabados rupestres.*



de encontramos otra hacha similar en 1980. Pero salieron a la luz más cosas en aquellas excavaciones: diverso utillaje paleolítico, dos espléndidas estatuas romanas, una basa... Pudimos recoger y conservar algunos objetos que no parecían tener interés arqueológico, particularmente un ladrillo muy desgastado por el agua, pero en el que se advertía claramente esta marca: √/ Era una de las que don Ramón Espinosa había observado en el manuscrito del gitano. Volveremos sobre ella más adelante.

Aparte del manantial de la Magdalena, los yacimientos prehistóricos explorados hasta entonces en la ciudad se reducían prácticamente a dos: las sepulturas en cuevas artificiales de Caño Quebrado y Marroquíes Altos, las dos a las afueras de la ciudad antigua.<sup>8</sup>

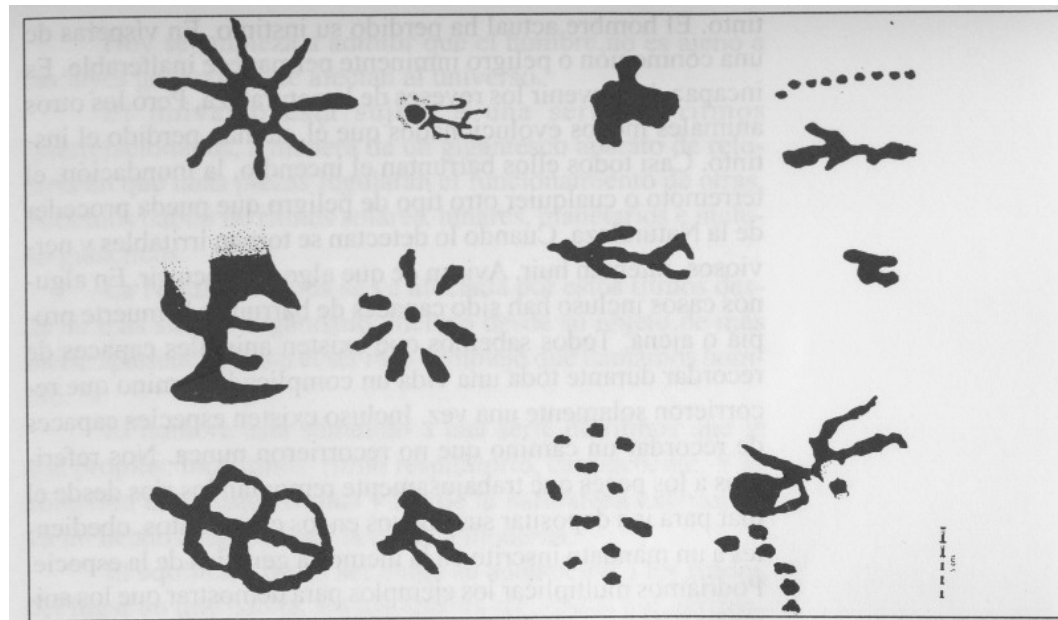
En Marroquíes Altos se encontraron cuatro cuevas artificiales que habían servido de enterramiento. Eran de las de corredor que acaba en cúpula, provistas de nichos laterales. El conjunto estaba dotado de pudridero de cadáveres y de osario. En una de las cuevas aparecieron dieciocho esqueletos flexionados y colocados en círculo, con la cabeza apoyada en la pared. Las paredes mostraban señales de pintura roja.<sup>9</sup> Las de Caño Quebrado eran cuevas naturales.<sup>10</sup> En una de ellas apareció una diminuta estatua femenina, una *venus*, que testimoniaba la devoción matriarcal del pueblo que usó aquellas cuevas. El hallazgo de esta figurilla nos traía a la memoria las otras *venus* de la región: la de Otññar, antes mencionada, y la de Torredelcampo. Esta última se encontró a principios de siglo en un lugar distante trece kilómetros de Jaén,<sup>11</sup> donde hubo en la antigüedad un poblado prehistórico sobre el que volveremos más adelante.

Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar.

Pero ¿cuál era el denominador común de todos estos yacimientos? En primer lugar la obsesión por el círculo: los relieves de Otññar, el dolmen y las pinturas del Cerro Veleta, las tumbas de corredor de Marroquíes Altos, la esfera de Perulera.

En segundo lugar la presencia de agua: en el Barranco de la Tinaja, en el Cerro Veleta, regado por el río Quiebrajano, en el Caño Santo de la catedral, en el manantial de la Magdalena...

También coincide la fecha: todo ello puede datarse en época neolítica y, más exactamente, en la Edad del Bronce.



*Las pinturas rupestres de la Cueva de los Soles, Otññar*

Nuestro próximo paso fue saber algo más sobre la gente que calculó, construyó, esculpió y pintó este enigma encadenado. ¿Quiénes eran? ¿Cuáles eran sus creencias?

Pero antes de analizar estas creencias, mejor será que digamos algo acerca de los conocimientos de aquellas gentes, unos conocimientos que condicionaron profundamente estas creencias.

#### *Las corrientes telúricas*

Es un hecho generalmente aceptado que la evolución de la especie humana ha supuesto al hombre una serie de sustanciosas ganancias y que estas ganancias lo han llevado a ser lo que titulamos, un tanto pomposamente, «rey de la creación».

Al evolucionar, el hombre se ha hecho aparentemente más complejo. Ha ganado en capacidad craneana, ha ganado en habilidad, ha ganado en inteligencia. Pero, paralelamente, esta ganancia ha supuesto una pérdida que a menudo ignoramos o despreciamos. Del mismo modo en que, desde que tenemos calculadora de bolsillo, hemos olvidado multiplicar, desde que desarrollamos la inteligencia hemos descuidado el ins-

tinto. El hombre actual ha perdido su instinto. En vísperas de una conmoción o peligro inminente permanece inalterable. Es incapaz de prevenir los reveses de la naturaleza. Pero los otros animales menos evolucionados que él, no han perdido el instinto. Casi todos ellos barruntan el incendio, la inundación, el terremoto o cualquier otro tipo de peligro que pueda proceder de la Naturaleza. Cuando lo detectan se toman irritables y nerviosos, intentan huir. Avisan de que algo va a ocurrir. En algunos casos incluso han sido capaces de barruntar la muerte propia o ajena. Todos sabemos que existen animales capaces de recordar durante toda una vida un complicado camino que recorrieron solamente una vez. Incluso existen especies capaces de recordar un camino que no recorrieron nunca. Nos referimos a los peces que trabajosamente remontan los ríos desde el mar para ir a depositar sus huevos en los cursos altos, obedientes a un mandato inscrito en la memoria genética de la especie. Podríamos multiplicar los ejemplos para demostrar que los animales están sincronizados con la Naturaleza, están integrados en ella. El hombre, evidentemente, no lo está. Y nunca más evidentemente que ahora en que se ha vuelto un peligroso agresor de la Naturaleza.

Pero hubo un tiempo en que el hombre estaba perfectamente integrado en la Naturaleza y era su colaborador. Aquel hombre primitivo, todavía no suficientemente desarrollado, conservaba aún la facultad especial que lo hacía capaz de percibir ciertas vibraciones de la Naturaleza, de la Tierra y del Cielo. Porque la Tierra no es un soporte inerte. Por el contrario, la Tierra está dotada de vida, es la matriz y el origen de la vida de las criaturas que sustenta, incluido el hombre. Las vibraciones de la Tierra eran especialmente intensas en determinados lugares recorridos por corrientes telúricas.

Las corrientes telúricas han sido definidas como «fenómenos de origen electromagnético que recorren nuestro planeta más o menos profundamente, según el relieve, la conductibilidad de los terrenos y la presencia de agua».<sup>12</sup>

«De esas corrientes telúricas las hay que nacen de los movimientos de las aguas subterráneas; otras de fallas de terrenos que han puesto en contacto suelos de diferentes naturalezas, que acusan diferencias de potencial en los cambios de temperaturas y otros más que vienen de lo más profundo del magma terrestre.»<sup>13</sup>

Hoy se empieza a admitir que el hombre no es ajeno a las leyes generales que afectan al universo.

El universo está sujeto a una serie de ritmos interrelacionados, a manera de un gigantesco aparato de relojería en que unas piezas regularan el funcionamiento de otras. podemos hablar de ritmos solares, lunares, planetarios e incluso galácticos.

La Naturaleza toda se ve afectada por estos ritmos desde su más simple organismo, incluso desde su objeto de más inerte apariencia, hasta el ser más complejo que llamamos hombre.

El hombre está sometido a una serie de ritmos que le son propios: biorritmos, ritmo respiratorio, cardíaco, etc. Y la conexión entre estos ritmos y los de la naturaleza exterior es ya un hecho aceptado por la ciencia moderna.

El equilibrio de un ser exige su adaptación a los ritmos del lugar en que habita. En los lugares recorridos por corrientes telúricas, la Naturaleza puede ejercer profunda influencia en el hombre.<sup>14</sup>

«En estos lugares las personas con facultades supranormales vibran como arpas, captan, transmiten mensajes, entran en comunicación con entidades y revelan más claramente los poderes de que gozan.»<sup>15</sup>

«El dolmen es piedra de religión. Está situado en un lugar donde la corriente telúrica ejerce en el hombre una acción espiritual; está situado en un lugar donde «alienta el espíritu». Recrea la caverna y es en el seno mismo de la tierra, en la habitación dolménica, donde el hombre va a buscar el don terrestre.»<sup>16</sup>

Los antiguos santuarios y lugares de culto suelen estar emplazados en lugares donde las corrientes telúricas son más evidentes. Esto presupone un cierto conocimiento de tales corrientes por parte del hombre primitivo, conocimiento que podría remontarse a época paleolítica.

«Los lugares donde a causa de sus naturalezas se juntaban las corrientes telúricas y las corrientes aéreas, originaban dragones, tarascas y Melusinas.»<sup>17</sup>

Algunas de estas corrientes eran positivas, pues favorecían la fecundidad de la tierra o de los animales. Éstas se señalaban con piedras enhiestas o menhires que, además, contribuían a fijarlas y a recoger las corrientes celestes. «Eran pie-

dras de fecundidad, pues acumulaban las propiedades fecundadoras de la tierra y del cielo.»<sup>18</sup>

La existencia de menhires y piedras enhiestas nos demuestra que el hombre primitivo tuvo conocimiento de los factores telúricos que condicionaban su entorno natural y aprendió el modo de modificarlos en su provecho. Podríamos comparar la influencia de los megalitos con una especie de acupuntura terrestre. «Igual que el cuerpo humano o animal, la tierra está recorrida por corrientes diferentes de las magnéticas y bastante mal conocidas en su naturaleza, pero que no pueden permanecer inactivas en las capas geológicas que atraviesan y, por lo tanto, no pueden quedar inactivas sobre la vegetación.»<sup>19</sup>

Para el campesino actual estos extraños monumentos prehistóricos tienen la virtud de atraer la lluvia y hacer la tierra más fértil.<sup>20</sup>

En el siglo X todavía se tenía conciencia en Jaén de la existencia de una poderosa corriente telúrica que recorría su territorio. El nombre que le daban entonces era «la carrera de las nubes». Encontramos noticia de esta misteriosa carrera en el historiador árabe Al-Himyar.<sup>21</sup> Este escritor menciona que el valor de una finca en Jaén dependía de su ubicación respecto a la carrera de las nubes. Si la finca estaba comprendida dentro de dicha carrera, alcanzaba un precio mucho más alto que si no lo estaba, puesto que su tierra se consideraba más fértil. La explicación científica que le daban a este hecho era que, por alguna razón desconocida, las nubes solían agruparse a lo largo de este corredor y descargaban allí su lluvia. Evidentemente se trata de una explicación forzada, porque a cualquier observador actual se le alcanza que a lo largo de aquella pretendida carrera de las nubes no llueve más que en sus contornos. Sin embargo, el agricultor de la época de Al-Himyar todavía estaba dispuesto a pagar mucho más por la tierra situada a lo largo de aquella línea misteriosa, que iba de atñar a Perulera. Al-Himyar no menciona estos topónimos, pero menciona la Sierra de Qastruh correspondiente a las actuales Peñas de Castro, un curioso cerro distante unos dos kilómetros de Jaén, al sur. Estas Peñas de Castro reciben también el nombre de Silla de la Reina, denominación que, como veremos más adelante, está relacionada con la esencia misma de la corriente telúrica que por ellas discurre.

En el curso de nuestras investigaciones hemos ascendido algunas veces a las Peñas de Castro. El cerro está partido cerca de su cima y forma dos núcleos rocosos parecidos a las tetas de una cabra. Por todas partes se descubren restos de población antigua, especialmente musulmana. En la cima quedan ruinas de una atalaya y de un lienzo de muralla, de dos eras y de un molino aceitero de época musulmana. A sus pies se levanta el impresionante paredón de la Torre Bermeja.

Pero no son restos árabes los que hemos venido a buscar a las Peñas de Castro, sino otros mucho más antiguos, restos de la época en que se pintaron los abrigos del Cerro Veleta y se esculpió el santuario del Barranco de la Tinaja, es decir, restos de época prehistórica.

En 1969 encontramos cerca de la cumbre del cerro, una diminuta hacha neolítica. No se trataba, evidentemente, de un útil de trabajo sino de un hacha votiva, donación de un devoto al santuario o lugar santo que aquel monte representaba. Con esta sacralización del lugar deben relacionarse los dos túneles de las Peñas de Castro. Uno es artificial y está tallado en la roca viva al pie de la Peña, enfrente de las ruinas de Torre Bermeja. En su interior se descubren restos de pinturas prehistóricas del mismo tipo que las de atñar y Cerro Veleta. Desgraciadamente sólo hay cinco o seis metros de túnel que sean practicables. Luego un amontonamiento de tierra nos corta el paso.

En la cima de una de las cúspides de las Peñas de Castro hay otro túnel, éste natural y de grandes dimensiones, que tras-pasa la roca de un lado a otro. En una de sus paredes descubrimos un grabado que tiene esta forma:

\11

Es decir los tres trazos convergentes que componían uno de los símbolos del libro del gitano sanador acerca de la Mesa de Salomón, y que luego volvía a aparecer en un ladrillo del manantial de la Malena. Signo sobre el que habremos de volver otras veces.

Los topónimos de la oración sanadora se localizaban, pues, inscritos en una línea recta de doce kilómetros de longitud. Esta línea seguía, evidentemente, el trazado de una corriente telúrica. En algún momento de la Prehistoria este traza-

## LA ESPIGA Y LA DIOSA

do quedó fijado por una serie de hitos, todos ellos de significado religioso. Probablemente los hombres que levantaron estos monumentos habían evolucionado tanto que ya no eran capaces de detectar por instinto la presencia de los fenómenos telúricos. Eran todavía conscientes de su influencia, pero no sabían ya explicada. Por lo tanto aquella sucesión de lugares fue adquiriendo para ellos un significado religioso. De este modo se explicaba la existencia de un Caño Santo, en un lugar todavía hoy sagrado de la catedral, y la leyenda del lagarto, un poco más lejos. Y no olvidemos que el lagarto no es sino el dragón, que resulta de la confluencia de una *corriente telúrica* y *otra aérea*.

En cualquier caso todo ello estaría relacionado con los cultos a la Fecundidad. Las piedras esféricas eran imagen del Huevo de la Creación. La Diosa Madre o Virgen, asociada a estas piedras, era imagen de la Naturaleza fecunda que da vida a ese Huevo. Para el hombre primitivo fecundar es crear, es dominar la Naturaleza, es hacer que la Naturaleza le someta a sus leyes y evoluciones recreándose.

La Fecundidad es el conocimiento de la clave de la Creación. Es la idea central en el primer atisbo inteligente de la especie humana.

La primera revolución de que tenemos noticia ocurrió hace unos doce mil años. Los arqueólogos e historiadores la han llamado «revolución neolítica» o «revolución agrícola».

¿En qué consistió esta revolución?

Hasta entonces, y a lo largo de los muchos miles de años que abarca la lenta evolución de la especie humana, el hombre había basado su subsistencia en una economía recolectora. Comía de lo que tomaba de su entorno: frutos, semillas, raíces, o de lo que cazaba o pescaba. Socialmente se organizaba en hordas poco numerosas. Cuando los alimentos comenzaban a escasear, la horda se trasladaba a otra región menos explotada.

Aquellos hombres eran simples depredadores. Pero, de pronto, la invención de la agricultura vino a alterar profundamente la vida y el destino de la Humanidad. De ser depredador de la Naturaleza, el hombre se convierte en su colaborador. El vagabundo recolector abandona su vida errante, echa raíces en su territorio, se convierte en productor.

Es un cambio que acarrea muchos cambios. El hombre tiene que inventarse el concepto *tiempo*. Tiene que pensar en el futuro, labrar y sembrar hoy para recoger mañana. Guardar 10 necesario para subsistir hasta que llegue la próxima cosecha, reservar la simiente. . .

Estos cambios implicaron una revolución en el pensamiento. El hombre toma conciencia de los ritmos superiores que rigen el cosmos y las más variadas facetas de la vida. Ritmos en los que también parece imperar el concepto tiempo.

También hubo un cambio social. Hasta entonces los hombres se habían ocupado de la caza y las mujeres de la recolección. La aparición de la agricultura, que viene a potenciar la tradicional tarea de la mujer, trae consigo una nueva valoración del elemento femenino. La recolectora pasa a un primer plano. Se instituye el matriarcado.

Cuando aumentó la población, la vida de los primeros agricultores se tornó más difícil. La obsesión por propiciar y asegurar la fecundidad de la tierra y de los animales, de la que dependía la supervivencia misma de la comunidad, empezó a concretarse en unas prácticas religiosas de contenido astral. Éstas se centraron en torno a la estrella Spica y a la Luna.

Veamos por qué.

En la profunda noche de los tiempos, el hombre primitivo contemplaba fascinado la bóveda celeste. El hombre adora aquello que no se explica y, al propio tiempo, se esfuerza en penetrar y dar sentido a aquellos misterios que adora.

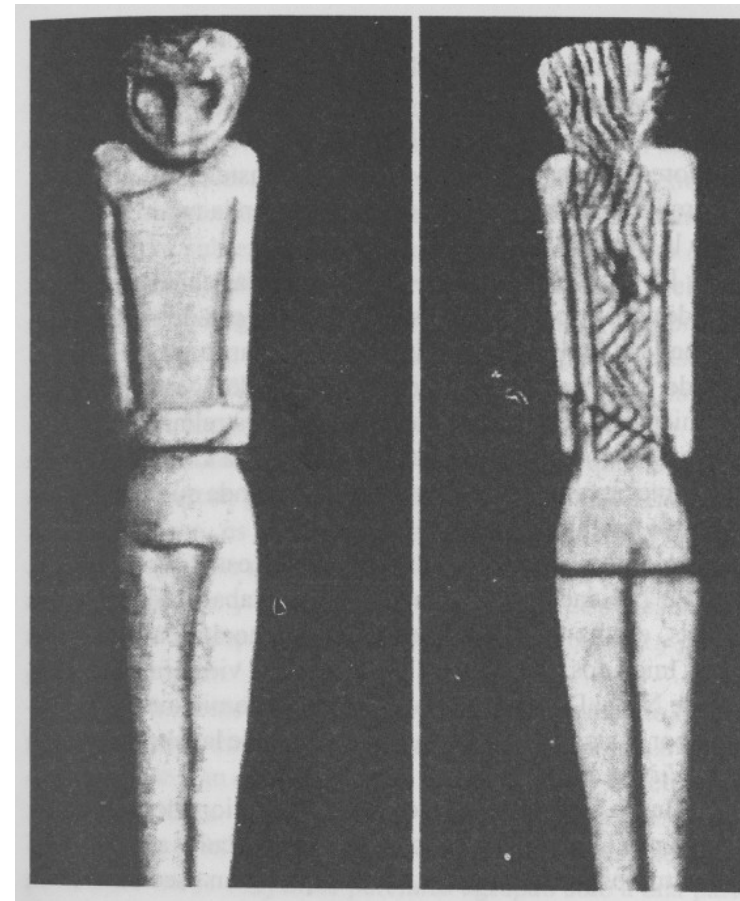
En los inicios de la revolución agrícola, hace unos catorce mil años, el equinoccio de primavera tenía su punto vernal (o punto del sol en el ecuador celeste), en la constelación que hoy llamamos Virgo. Y la llamamos así porque aquellos primeros agricultores la relacionaron con la diosa de la fertilidad, con la Diosa Madre que, andando el tiempo, ha venido a dar la Virgen o Madre Divina.

El hombre primitivo observó que el ocaso de la estrella Spica, la principal de la constelación de Virgo, es decir, el momento en que esta estrella desaparece en el horizonte del cielo nocturno, que es sobre el 15 de agosto, coincidía con el agostamiento de la vegetación. Era el tiempo de recoger el trigo ya seco y maduro. Por otra parte, el orto helíaco de la estrella, es decir, el momento en que vuelve a aparecer en el cielo nocturno, ocurre en torno al 8 de septiembre. Esta fecha coincidía con el tiempo de la sementera.

La mente primitiva asoció, por lo tanto, el ciclo agrícola, del que dependía la fecundidad de las cosechas, con aquel de la misteriosa estrena. De algún modo mágico la estrella Spica regía la alternancia estacional que hace crecer la espiga. Por lo tanto se la llamó Spica.

La fuerza fecunda de la tierra y de las hembras acabó concretándose en la Diosa Madre o Gran Diosa o Diosa Blanca. Aquellos agricultores comenzaron a venerar pequeñas figurillas de exagerados rasgos femeninos. (Aunque la evolución de estas figurillas arranca ya desde el período anterior, desde el paleolítico.) Los arqueólogos las han denominado, un tanto humorísticamente, como *venus*.

La *venus* más famosa, la de Willendorf (Austria) debe tener unos 30.000 años. La de Laussel (Francia) es diez mil



La Venus de marfil de Torredelcampo (Jaén).

años más joven y muestra un cuerno en la mano. La de Torredelcampo, cerca de Jaén, que perteneció a don Ramón Espinosa, era de marfil y medía 13 centímetros de altura. Tenía muy marcado el triángulo sexual'

Cada pueblo, cada religión del Mediterráneo, tuvo una Diosa Madre, concreción terrenal de la estrella Spica dispensadora de fecundidad. La Diosa Madre se asociaba a la estrella, era reina del cielo y madre de los otros dioses que fueron derivándose de ella.

La Diosa Madre recibe distintos nombres en distintas culturas aunque esencialmente sea la misma. Ella es la Sarrat Same de los babilonios; la reina de las espigas, Ishtar; la egipcia Isis y Hathor; la india Locksmi; la Cibeles de Asia Menor; la fenicia Astarté; la cartaginesa Tanit. . .

Hubo un momento en que el culto de Venus, Astarté e Isis se fusionó, ya en los albores de nuestra Era, cuando el imperio romano uniformaba el mundo conocido. Pero entonces llegó el Cristianismo que hizo tabla rasa de todos los cultos anteriores. Empero, la Diosa Madre, la constelación de Virgo, la estrella Spica, perduraron confundidas en la madre de Cristo, en la Virgen María.

La Diosa Madre tenía su fiesta en días señalados. Eran el 15 de agosto, ocaso de la estrella Spica. y el 8 de septiembre, orto heliaco de la estrella. No debe extrañarnos que la Asunción de la Virgen María se celebre el 15 de agosto y que su nacimiento se conmemore cuando nace la estrella, el 8 de septiembre. Y, como nota Richard Henning, «la coincidencia de los acontecimientos astronómicos es tan grande que puede considerarse excluido el azar».2

Hoy se ha perdido la memoria de estas asociaciones. Pero en la Edad Media, cuando se levantaban las catedrales góticas, estaba todavía presente en el conocimiento de unos pocos iniciados. Por eso en el zodiaco de la vidriera de la catedral de Notre Dame de París, el lugar predominante está ocupado por el signo de Virgo, que no es otro que la representación de la Virgen con el Niño.

Junto a la estrella Spica hemos mencionado a la Luna. También la Luna tuvo mucho que ver con el culto a la fecundidad entre los primitivos. De hecho aquel gran escenario de la noche parecía existir sólo para que la cambiante Luna ejerciera su fría fascinación. Noche tras noche cruzaba la bóveda celeste, crecía, decrecía, moría y resucitaba. El hombre primitivo que la observaba fue acumulando experiencia, siglo tras siglo, y pudo deducir los grandes ritmos del universo. Se percató de que el astro frío mandaba en las aguas. La Luna regía las mareas, por lo tanto también tenía poder sobre la lluvia de la que dependía el crecimiento de la espiga. La Luna era señora de la vegetación. Todavía hoy el campesino aguarda a que la Luna esté en cuarto menguante para recoger sus hortalizas o a que sea nueva para sembrar.3

Pero había más: el ciclo lunar de 28 días se relacionaba con el ciclo menstrual de la mujer. Por consiguiente, la Luna era señora de la fecundidad en sus más variados aspectos. Era femenina.

La Luna desaparecía del cielo, moría, y luego volvía a Pero el hombre también moría. Por consiguiente su resurrección,

su inmortalidad, debía ser otro poder mágico del astro frío.

Otro símbolo relacionado con la Luna es la serpiente. El agua no sólo proviene de la lluvia. También nace en la tierra, de los manantiales, y luego se desliza serpeando por entre las piedras. *Selpeando*, es decir, como la serpiente que abandona su escondite subterráneo y se desliza con movimiento ondulante, tan imposible de seguir por el ojo humano como el rápido curso de las aguas fluviales. Por lo tanto, la siempre húmeda serpiente se asocia a la Luna, señora de las aguas. Y la más antigua y difundida representación de las aguas, la línea ondulada, se hace también representación de la culebra.

El símbolo de la serpiente es tan antiguo que ha ido enriqueciéndose con gran cantidad de significaciones: es la «fuerza» de la Luna, es la inmortalidad por metamorfosis (puesto que la serpiente se renueva, pierde la piel vieja y renace), es la fecundidad lunar y es la ciencia y la profecía. Como es inmortal, encarna los espíritus de los muertos. La sabiduría y la magia le pertenecen.4

En la mente del hombre primitivo van tomando forma, por estos procedimientos, una serie de asociaciones o temas que luego se irán concretando en dioses y mitos. Un conjunto mayor podría ser el que relaciona los términos Luna-lluvia-fertilidad-muerte-serpiente-muerte-regeneración periódica. Otros conjuntos parciales agrupan sólo a una parte de estos términos.5

El sentimiento religioso de los primitivos va, pues, evolucionando hacia formas cada vez más complejas. Existe una creencia en «la continuidad de la vida más allá de la muerte, del eterno retorno, de una fuerza que se manifiesta en el ritmo de la fecundidad, en el revivir de la vegetación, en la armonía de un cosmos o mundo ordenado».6

### *El Rey Sagrado*

En los tiempos del matriarcado, el poder máximo estaba, lógicamente, en manos de una mujer a la que denominaremos *reina*. Pero, al igual que la Diosa Madre cuyo reflejo era, esta reina necesitaba del concurso del varón que la fecundase asegurando, a través de ella, la fecundidad de la tierra, de la que dependía la subsistencia del grupo. Así se instituyó la fi-



gura del Rey Sagrado. La ceremonia de su designación simbolizaba la unión del rey Sol con la reina Tierra y su muerte como miembro de la tribu o clan al que había pertenecido hasta entonces para resucitar como miembro de la tribu o clan de la reina. El ritual incluía el asesinato ficticio del rey durante la ceremonia del baño. El baño es imagen de la muerte, de renovación. Este es también el origen último del bautismo cristiano.

Tomemos nota de esto y recordemos que los tres Reyes Sagrados que reciben su baño iniciático en el relieve del coro de la catedral de Jaén tienen delante a las correspondientes imágenes de la Diosa Madre, en su acepción medieval de la Virgen, portadoras de sendas esferas. y recordemos que la esfera es el Huevo primordial, la señal de la Fecundidad, de la Creación.

En los tiempos más remotos el rey era asesinado en cuanto la reina quedaba embarazada. La preñez de la reina, y por lo tanto de la Diosa Madre, era imagen de la Creación del cosmos y el cosmos «sólo se crea por el sacrificio o autosacrificio de un dios».8

Cada Año Sagrado el rey era sacrificado al final de su mandato. Después consiguió que un sustituto, a menudo un niño, ocupase su lugar en tan desagradable rito,9 o que su castración o cojera simbolizasen su muerte. Finalmente se humanizó aún más la ceremonia y la cojera real dio paso a su mero fingimiento.10

El Año Sagrado debe ser interpretado no en su sentido del calendario moderno sino como Gran Año, o período en el que el año solar y el año lunar del solsticio de invierno se sincronizan y coinciden, lo que sucede cada diecinueve años. 11

### *Asesinato en el baño*

Los Reyes Sagrados eran asesinados en el baño. De este modo se cumplía el rito en los tiempos de la Diosa Madre. Y el reflejo de este rito prehistórico recurre en una serie de tradiciones referidas a época histórica. Asesinados en el baño vemos morir a Osiris, Hércules, Minas y Agamenón, por citar sólo algunos ejemplos.12

Había algo en estas historias que nos resultaba familiar. Entonces recordamos una antigua tradición de Jaén referida al asesinato de un rey en los baños de la Magdalena. Dan cuenta de esta tradición diversos autores musulmanes, tomándola por cierta. Incluso mencionan el nombre del infortunado rey asesinado, un tal Alí, y la fecha exacta de su muerte, el 22 de marzo de 1018.13 Pero la moderna crítica histórica niega toda veracidad a la leyenda. Nunca existió el tal Alí asesinado en el baño.14 Por lo tanto debemos buscar los orígenes de esta tradición en las brumas del antiguo mito. La leyenda popular lo ha recogido también. En nuestros días el pueblo señala el lugar exacto donde ocurrió el asesinato de este Rey Sagrado: en los baños árabes que existen en el subsuelo del palacio de los condes de Villardompardo, en el corazón de la Magdalena.

Pero no es ésta la única tradición medieval conservada por los magdaleneros. Existe otra referida al Peñón de Oribe, que está íntimamente ligada a la anterior. Es más, el mítico Peñón de Oribe distaba tan sólo veinte metros de los baños árabes antes mencionados.

La tradición es la siguiente: un hombre transportaba a la espalda a su anciano padre impedido. El hombre se iba a casar y llevaba al viejo al hospicio porque en su nuevo estado iba a constituir un estorbo. Antes de llegar al hospicio 10 depositó un momento sobre el Peñón de Oribe para tomar un descanso y despedirse de él. Entonces el anciano rompió a llorar. «¿Por qué lloras padre?», preguntó el hijo. «Porque me acuerdo del día en que llevé a mi padre al hospicio como ahora haces tú conmigo y también yo 10 senté en esta piedra para despedirme de él.» Entonces el hijo, arrepentido, cargó de nuevo con el padre y 10 condujo de vuelta a casa.

Esta tradición es inmemorial pero su primera aparición escrita data de 1935.15 A través de las distintas versiones de la leyenda se hace evidente su origen. El hombre joven es el Año Creciente; el viejo es el Año Menguante. La mujer con la que se casa el hombre joven es la Diosa Madre. Cada Año Sagrado se deshace del precedente hasta que un acto de piedad interrumpe la cadena. Se trata del cambio de religión, que acaba con el rito del sacrificio del Rey Sagrado. La localización del cambio de Año, precisamente sobre el Peñón de Oribe, nos señala el papel que el mítico altar de piedra tuvo en la ceremonia. Probablemente aquella piedra sería el altar de sacrificios.

Es posible que las incisiones y escotaduras que la singularizaban tuviesen algún papel específico en la ceremonia. Pero en cualquier caso, desaparecida la piedra, todas las preguntas que nos hagamos sobre su configuración están condenadas a quedar sin respuesta.

Lo que tenemos son dos tradiciones inmemoriales del barrio de la Magdalena evidentemente relacionadas entre ellas y que claramente aluden al sacrificio del Rey Sagrado en los tiempos matriarcales, cuando la Diosa Madre ordenaba el mundo desde su santuario dolménico y tenía oráculo en la fuente de la Malena.

A principios del segundo milenio antes de Cristo ocurre al cataclismo. Llegan al Mediterráneo y al Fértil Creciente una serie de tribus procedentes del Asia Central. Son los indoeuropeos. Estos no son agricultores sino pastores. Corresponden en la península Ibérica a las gentes que los arqueólogos han bautizado como pueblos del Vaso Campaniforme. Practican la trashumancia y viven en chozas.<sup>16</sup> Toros y moruecos dirigen sus rebaños, sumisamente seguidos por vacas y ovejas. Por lo tanto estos pueblos acatan como ley natural el predominio del principio masculino y solar. Se gobiernan por un sistema patriarcal.<sup>17</sup>

Los recién llegados se extienden por todo el Mediterráneo y Europa. Se imponen por las armas a los pueblos autóctonos, agrícolas y matriarcales. Finalmente acaban viviendo con ellos y, a veces, se fusionan. A los conflictos de las armas suceden los más sutiles pero no menos enconados de las creencias. Entre el Dios del Trueno que ellos traen y la Diosa Madre que encuentran en los pueblos sometidos, se establece una rivalidad que todavía perdura en las leves raíces de nuestra sangre o en eso que llamamos, de un modo un tanto impreciso, cultura europea.

Esta rivalidad entre los principios solares y lunares deja profunda huella en los mitos de lucha, tan característicos de las religiones mediterráneas de los últimos cuatro o cinco milenios. La leyenda del lagarto de la Malena es un mito de lucha. El lagarto es la serpiente que habita en la ruta del manantial para la religión matriarcal, lunar, del santuario jienense.

El preso que mata al lagarto es el héroe solar llegado con los pueblos patriarcales. Su prisión es el recuerdo del sacrificio de los Reyes Sagrados en los tiempos del predominio matriarcal. El caballo que monta el héroe es el animal solar más característico de los pueblos patriarcales, junto con el camero, representado por la piel de cordero que sirve de engaño y cebo para el lagarto. y el fuego que mata al monstruo es el directo traspunto del Sol.

Pero esta dicotomía solar-lunar no podía durar eternamente. Desde el principio el anhelo del hombre debió ser acercarse a los dos principios para sentirse protegido por ellos. El hombre necesita abolir dualismos, «intenta trascender su condición humana para reintegrarse en la unidad primordial». La unificación de los principios solares y lunares significa trascender la pluralidad impuesta y acceder a la unidad primordial.<sup>18</sup> Este hallazgo fue, como veremos más adelante, la gran obra de la sabiduría de Salomón.

Transcurrió casi un milenio antes de que se llegara a una solución de compromiso, a un armisticio entre los principios lunar y solar. La información que tenemos es fragmentaria, pero sabemos cómo resolvieron este dilema los pueblos que más han influido en la cultura europea, los griegos y los hebreos. En la misma época también se llega a un compromiso en el dominio ibérico de Tartessos.<sup>19</sup>

Son tiempos nuevos. Se hace necesario un dios nuevo que despose a la Diosa Madre. Los pastores han aportado su Dios del Trueno. Este dios desposa a la diosa matriarcal y engendra en ella a dos mellizos: un varón y una hembra.<sup>20</sup>

Así es como los griegos adoptan una religión ecléctica, capaz de satisfacer a las dos partes. El poder sería compartido por el principio solar, patriarcal (el Dios Trueno, Zeus), y el principio lunar, matriarcal (La Reina del Cielo, Hera). Zeus y Hera se casan y todos los dioses menores serán sus hijos.<sup>21</sup>

Veamos ahora el caso de los hebreos. Originariamente los hebreos fueron pastores. Habían estado divididos en doce tribus patriarcales y una matriarcal. Su devoción, o la de la inmensa mayoría de ellos, estaba con el dios-toro El, procedente de Asia. Durante su permanencia en Egipto, la religión

1::1

solar de Akenaton incorporó algunas de sus creencias al pensamiento de los hebreos. Pero cuando se asentaron en la tierra prometida, en Canaán, encontraron que los cananeos --Un pueblo de agricultores-- adoraban a la diosa Ashera, un principio lunar.

Durante un tiempo el conflicto entre autóctonos y recién llegados pareció insoluble. Hasta que Salomón, el sabio resolvió la pugna de modo pragmático: en la nueva capital de su reino, en Jerusalén, levantó su *famoso* Templo dedicado al dios solar Yavé, otro nombre de El, pero muy cerca hizo construir otro dedicado a la diosa Ashera.<sup>22</sup> Se suponía que Yavé estaba casado con Ashera, la Sabiduría, y con otra diosa de nombre Anatha.

Las noticias del tiempo de Salomón que nos transmite la Biblia han sufrido diversas manipulaciones posteriores para adaptarlas a las creencias religiosas de cada período. Pero, a pesar de este enmascaramiento, todavía podemos rastrear indicios sustanciosos del politeísmo original. Hubo otros dioses y otros templos en Jerusalén, además del de Yavé.

El matrimonio de conveniencia entre Yavé y Ashera, que aseguraba la pacífica convivencia de principios solares y lunares, no duró mucho. Después de la muerte de Salomón, en tiempos de Josías, se prohibió la adoración de Ashera y Anatha y el dios El-Yavé quedó solo, como Dios absoluto.

Las cinco diosas griegas tuvieron mejor *fortuna* pues, aunque acabaron siendo minoría *frente* a los siete dioses, mantuvieron su influencia hasta que el Cristianismo sustituyó a la religión olímpica para instalar, en el Mediterráneo y Europa, una religión patriarcal, solar y rígidamente monoteísta.

El establecimiento de esta sociedad patriarcal trae aparejado un reajuste de los mitos lunares. Cesa, como vimos, la muerte del Rey Sagrado. Nace el héroe solar vencedor de la Serpiente o de la Muerte, tan frecuente en la mitología de los pueblos pastores que originaron las naciones históricas (indoeuropeos, judíos y turcomongoles).<sup>23</sup>

El héroe solar es el salvador del mundo. Es Teseo, Dédalo, Sansón, Hércules, Osiris, Minos, Agamenón...<sup>24</sup> También Cristo lo es. Recordemos que el héroe solar es frecuentemente traicionado por una mujer y asesinado en el baño. Esto nos indica que la oposición de la mujer -luna-- y el baño lustral

donde muere el Rey Sagrado son elementos familiares desde el mito antiguo de la Diosa Madre.

No es mucho lo que sabemos de las primitivas religiones de Iberia. Lo poco que conocemos es, además, lo que nos transmiten algunos autores griegos o latinos o lo que deducen los arqueólogos. En cualquier caso sólo alcanzamos a iluminar débilmente cuáles fueron las creencias de los pueblos ibéricos unos siglos antes de Cristo. Pero, para entonces, las culturas patriarcales se habían asentado firmemente en la península y la antigua religión matriarcal se habla casi desconocida. No parecía ser más que una lejana pervivencia de antiguas supersticiones femeninas.

Si queremos averiguar algo sobre las creencias de los pueblos de Iberia, no unos siglos antes de Cristo sino más bien unos milenios, tendremos que recurrir no a los historiadores clásicos, que seleccionaban su información y sólo nos transmiten lo que les parecía importante a sus contemporáneos, sino a otras fuentes bien distintas. A unas fuentes cuya información es de naturaleza involuntaria y, por lo tanto, no está sujeta a la selección humana. Nos referimos a los mitos de las religiones mediterráneas y especialmente a los grecorromanos que son, por otra parte, los únicos que nos han llegado suficientemente documentados.

Pero ¿qué relación pueden tener los mitos griegos con las creencias de los antiguos habitantes de la península Ibérica? En seguida veremos que existen poderosas razones para creer que los mitos que informan el corpus religioso griego son elaboraciones de una serie de mitos básicos originados en el extremo Occidente, es decir en el sur de la península Ibérica. En este extremo Occidente, la tierra de Héspero, del Ocaso, del fin del mundo, sitúan los griegos tres regiones fundamentales de su mitología: los Campos Elíseos, el Hades y el Jardín de las Hespérides. En estas regiones estaban el Erebo y el Océano. Son los escenarios de los mitos primordiales, de la guerra entre los titanes y los dioses del bosque tartésico. Aquí está el Imperio de Urano y el reino de Cronos.<sup>25</sup> En estas regiones se situaban también una serie de mitos o de figuras mitológicas: las tres Hespérides, las tres Gorgonas, las tres Parcas, las tres

Moiras o hijas de la noche, los tres Cíclopes y los tres Hecátónquiros.

Mejor será que los contemplemos más pormenorizadamente. Las tres Hespérides son las hijas de Atlas, que custodian las manzanas de oro de la Sabiduría en un jardín o paraíso. Llega Hércules y se las roba. Pero ya analizaremos esta historia más adelante.

Las tres Gorgonas son Estero, la fuerte; Euriala, la que salta lejos, y Medusa, la reina. De esta última descenderá Gerión, el enemigo de Hércules. Las tres Parcas son Cloto, que hila; Láquesis, que mide, y Atropos, que corta. Son las hijas de la Noche, como también lo son las Moiras, (y la noche es Occidente, el Ocaso). Los tres Cíclopes son Brontes, Estéropes y Argos; los tres Hecátónquiros son Coto, Briarreo y Giges. Ecos del segundo de ellos alcanzarán a poblar los sueños febriles de don Quijote.

Fácilmente se puede ver que, en la persistente memoria del mito, se contienen datos importantes para nuestro estudio. El primero de ellos es el origen occidental de algunos personajes de la mitología clásica que, además, resultan ser los más arcaicos dentro de la cronología relativa del mito. Esto alude a su propia antigüedad relativa respecto a los otros personajes posteriormente elaborados en el oriente mediterráneo. Y algo más: los personajes mitológicos occidentales se presentan en grupos de tres y son femeninos, o gigantes resultantes de la elaboración negativa a manos de sociedades patriarcales de antiguos principio femeninos. Estas tríadas de personajes femeninos son claramente descendientes de la Triple Diosa imperante en los santuarios occidentales en los tiempos del matriarcado indiscutido, cuando todo el mundo acataba los principios de la Diosa Madre.<sup>26</sup>

Después de averiguadas estas cosas volvimos a contemplar los enigmáticos relieves del coro de la catedral de Jaén. Nos pareció que una nueva luz aclaraba ciertos aspectos de aquel jeroglífico.

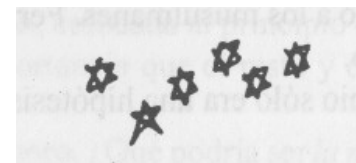
Había Tres Vírgenes relacionadas con tres esferas de piedra. La esfera de piedra no era sino imagen del Huevo primordial de la Creación. Y había tres Reyes Sagrados en un

baño, todo ello presidido por la imagen del obispo. Por consiguiente el obispo Suárez había sido consciente de estas asociaciones del antiguo santuario de la Diosa Madre que perduraban en el Cristianismo. Y no solamente había sido consciente de ellas sino que, evidentemente, las había acatado y se había ocupado de transmitir las.

Estaba también el relieve del hombre del turbante que mostraba un grupo de estrellas al rey. Volvimos a examinarlo. Arriba, las estrellas; abajo, la piedra esférica y a los lados las dos figuras humanas. Era evidente que existía una relación entre el mundo de arriba, las estrellas, y el mundo de abajo, la piedra.

La piedra ya estaba identificada. Era aquella misteriosa esfera, el Huevo primordial, que, de algún modo, se relacionaba con el culto a la Virgen. Pero ¿y las estrellas?

Las estrellas eran seis, dispuestas de este modo peculiar:



Seis estrellas. Sin embargo el grupo de estrellas quedaba tan limitado por el marco superior del relieve que quizá el artista había querido sugerirnos que estaba incompleto. Algunas estrellas habrían podido quedar excluidas por falta de material de espacio para representarlas.

La Diosa Madre se había identificado con la estrella Spica de la constelación de Virgo. ¿Serían estas estrellas representación de Virgo? En un atlas estelar buscamos la constelación de Virgo. La comparamos con las estrellas del relieve catedralicio. Estábamos en lo cierto. El grupo de estrellas representado en la catedral pertenecía a la constelación de Virgo. Si dividimos esta constelación a una cierta altura por una línea imaginaria que represente el marco del relieve, el número y la disposición de las estrellas coincide con las del atlas:

Es más, la mano del hombre del turbante parece dibujar U? arco ~ue enmarca la estrella Spica. Además, el tallista ha diferenciado esta estrella de las otras. En la tabla todas las estrellas ~ienen seis puntas, pero Spica sólo tiene cinco. El cinco es precisamente uno de los números sagrados de la DIOsa Madre, como más adelante veremos.

El mensaje del obispo Suárez está claro. La asociación entre la esfera de piedra, la constelación de Virgo y el culto a las Vírgenes queda, una vez más, confirmado. Un sabio moro o judío, el hombre del turbante, había transmitido el secreto de la Diosa Madre a un rey. El rey tiene la espada desenfundada y en alto. ¿Amenaza al hombre del turbante? No. El hombre del turbante no parece sentirse amenazado. Entonces, ¿qué sentido tiene la espada en alto? La espada es el símbolo de un rey que ejerce el poder de las armas. De un rey conquistador. ¿Qué rey conquistador pudo recibir el secreto del hombre del turbante en Jaen? Sólo uno. El rey cristiano que conquistó la ciudad y su territorio a los musulmanes. Fernando III de Castilla, llamado el Santo.

En principio sólo era una hipótesis...

## LA MESA DE SALOMÓN

Partiendo de la oración de los gitanos podía deducirse la existencia de un antiguo santuario asociado a una serie de lugares donde el hombre prehistórico dejó su impronta. Pero había en la oración otro elemento de oscuro significado, algo que no dejaba de intrigarnos. Era su comienzo:

*Por la mesa del moro  
ande está el lagarto. . .*

Esta evocación, colocada al principio de la oración, parecía tener más importancia que el resto y de algún modo lo condicionaba.

La mesa del moro. ¿Qué podría ser *la mesa del moro*? A primera vista parecía aludir a una de tantas leyendas de tesoros ocultos por los moros. Quizá un tesoro oculto en la guarida del mítico lagarto. No se nos ocurría que la aparición de Salomón en el libro del curandero gitano pudiera tener algún sentido.

Pasaron algunos años antes de que pudiésemos encontrar una pista. En 1974 comenzamos a reunir materiales con vistas a un estudio de la leyenda del lagarto de la Malena. Realizamos doscientas encuestas entre la población del barrio de la Magdalena. La mesa del rey moro volvió a aparecer, tímidamente, en algunas versiones de la leyenda. El lagarto custodiaba un tesoro consistente en una mesa de oro adornada con pedrería. Hubo tres encuestados que conocían el nombre del rey moro: se llamaba Salomón. Así que el lagarto custodiaba la Mesa de Salomón.

Pero la aparición del nombre del mítico rey de Israel era tan escasamente significativa en el contexto de las doscientas encuestas que no la tuvimos en cuenta en nuestro estudio sobre la leyenda. Durante años estuvo dándonos vueltas en la cabeza su coincidencia con la mesa de la oración del sanador hasta que, por casualidad, vinimos a saber que Salomón había teni-

do, efectivamente, una mesa mágica y que esta mesa había venido a parar a España.

Pero empecemos por el principio.

Según una antigua tradición oriental, al final de los tiempos aparecerá un animal monstruoso llevando el báculo de Moisés y el sello de Salomón. Esta tradición alcanzó los tiempos de Mahoma y dejó su impronta en el Corán.<sup>2</sup>

Así es que un animal monstruoso custodiaba los objetos mágicos de Moisés y Salomón y, en Jaén, el mítico lagarto custodiaba la mesa. Evidentemente se trataba de una misma tradición y esta tradición, hoy perdida, estaba bien viva en la memoria de los pueblos de Oriente en el año 711, cuando los árabes cruzaron el estrecho de Gibraltar y conquistaron el reino visigodo de España.

Las circunstancias de la conquista árabe de España son también legendarias. Tanto los historiadores árabes como los cristianos señalan que en una ciudad de la península había un palacio que siempre permanecía cerrado. Cada nuevo rey goda añadía un nuevo cerrojo a la puerta y ninguno se atrevía a abrirla. Es decir, se trataba de un espacio sagrado en el que nadie, ni siquiera el rey, podía penetrar. La tradición aseguraba que si un rey violaba aquel recinto, el reino estaría perdido irremisiblemente. El último rey goda, Rodrigo, desafió el tabú, hizo saltar todos los cerrojos y penetró en el palacio. Entonces los árabes invadieron la península y conquistaron su reino.<sup>3</sup>

Cuando los invasores llegaron a este palacio hallaron en su interior una serie de cosas maravillosas, que los historiadores árabes enumeran, entre ellas «un espejo mágico, grande y redondo formado por una aleación de metales y que en su tiempo fuera fabricado para Salomón, hijo de David (¡sobre ambos la paz!) y el que se miraba en ese espejo podía ver en él la imagen de los siete climas del Universo».<sup>3</sup>

Este espejo era a la vez espejo y mesa, puesto que estaba provisto de cinco patas. En Ben Abu al-Hakam leemos: «tenía tanto oro y aljófar como no se había visto cosa igual. Estaba valorada en doscientos mil dinares». En algunas leyendas orientales la Mesa es de «berilo verde con incrustaciones de rubíes y perlas, de 370 pies de diámetro».<sup>4</sup>

En cualquier caso, y a pesar de las contradictorias descripciones del maravilloso objeto, lo que está claro es que se trata de la famosa Mesa de Salomón.

Era inevitable que la posesión de la -Mesa provocara enfrentamientos entre los dos caudillos árabes de la conquista, Tariq y Muza. «Muza--escribe el pseudo Ben Qutaib--puso estos objetos (la Mesa de Salomón y otra de ágata encontrada con ella) bajo la custodia de personas de confianza, elegidas por él, Y los ocultó a los ojos de los suyos.»

A pesar de esta voluntad de secreto, el asunto de la Mesa trascendió, hasta el punto de que su celoso poseedor «le arrancó un pie con el oro y perlas que tenía y le mandó poner otro semejante».<sup>5</sup>

Una acción aparentemente absurda. Le arrancan un pie a la Mesa y a continuación la completan con otro semejante, se supone que también de oro y perlas, tan valioso como el original expoliado. Esto indica que no se hace por su valor material. ¿Por qué razón entonces? Sólo cabe una explicación: la Mesa está cubierta de signos. Su decoración son los signos del Péndulo de Salomón. Tariq lo sabe y quiere restringir el acceso a este material. Divide el Péndulo de Salomón en dos partes, igual que si rompiera un mensaje en dos mitades y las ocultara en lugares distintos como medida de seguridad. La Mesa sigue teniendo el mismo valor material, pero el desciframiento y lectura de su mensaje sólo será posible para el que además de la Mesa, tenga la pata original que es parte de ella.

La mutilación de la Mesa no pasó inadvertida. Otro historiador árabe, al-Maqqari, escribe: «ya sospechaba Tariq lo que después sucedió de la envidia de Musa, por las ventajas que había conseguido y que le habría de ordenar la entrega de todo lo que tenía por lo que discurrió arrancarle a la mesa uno de sus pies y esconderlo en su casa y ésta fue, como es sabido, una de las causas de que Tariq quedase vencedor de Musa ante el califa en la disputa que tuvieron sobre sus respectivas conquistas».<sup>6</sup>

El asunto de la captura de la Mesa de Salomón llegó a oídos del califa de Damasco. Era un secreto a voces. Hasta el más ignorante de los musulmanes podía comprender fácilmente que el valor de aquella Mesa excedía con mucho el del oro y piedras preciosas con que estaba fabricada. Porque hasta el musulmán más ignorante había escuchado y repetido miles de veces los versículos 11 y 12 de la Sura XXXIV del Corán: «... Salomón tenía espíritus que trabajaban entre sus manos por permiso del Señor... hacían para él lo que quería, desde estrados

de honor e imágenes y platos como fuentes de cobre y acetres sólidos...». Así que los espíritus divinos metidos a orfebre s hicieron para Salomón. «*trabajando entre sus manos*», es decir, inspirándolo, obedeciendo a su mandato, objetos de metal. Por ejemplo una mesa o espejo de aleación de metales o la Mesa de Salomón, que era ambas cosas a la vez: una Mesa en el aspecto físico y un espejo que sirve para *ver*, para *conocer*.

Los que querían conservar la Mesa para provecho propio se alarmaron por la notoriedad que había alcanzado su secreto. Demasiado tarde pusieron en circulación la historia destinada a ocultar el verdadero origen de la Mesa: ¿cómo va a proceder de Salomón, un profeta muerto hace tantos siglos al otro lado del mundo? En realidad se trata de una alhaja, donada a una iglesia por un rey cristiano, y sucesivamente enriquecida por otros reyes cristianos sucesores suyos. . .

Pero nadie creyó esta historia. De sobra sabían que la Mesa había permanecido durante años en una cámara que ningún rey godo se atrevió a abrir por el tabú que pesaba sobre el reino, y que el mismo hecho de la conquista del reino godo por un puñado de musulmanes venía a confirmar la exactitud de aquella tradición y el poder mágico de la Mesa.

El califa de Damasco dio orden de que la Mesa le fuese enviada inmediatamente. Con fuerte escolta, la Mesa volvió a los caminos... Y se perdió. Nunca llegó a Damasco ni nadie supo qué había sido de ella. Como si se la hubiese tragado la tierra. Como si hubiese regresado a la perfecta oscuridad de su subterráneo original.

Sólo nos falta plantear una última cuestión. ¿Dónde estaba la Mesa cuando la encontraron los árabes? ¿Qué ciudad era aquella en cuyo palacio se custodiaba el tesoro?

En el libro de *Las Mil y Una Noches* se dice que el país se llamaba Lebta y era de los francos, es decir, de los cristianos. Lebta es Ceuta. La conquista árabe empezó porque el señor de Ceuta, el conde don Julián, abrió las puertas del estrecho de Gibraltar a los invasores. Así es que Lebta o Ceuta debe ser interpretada como la España visigoda. Otros autores señalan Toledo, la capital del reino. Es un razonamiento lógico. Si el palacio pertenecía a los reyes visigodos y Toledo era su capital, el palacio debió de estar en Toledo. Pero hay otra candi-

datura. Jorge Luis Borges aglutina sus variadas lecturas y, al parafrasear la leyenda del palacio, habla de «una ciudad que tenía por nombre Lebtit, o Ceuta o Jaén».7 Así es que, descartada Ceuta, sólo nos quedan dos posibles candidatos: Toledo y Jaén.

Ahora bien, existe otra tradición, mantenida a lo largo de la Edad Media que va a emerger en una curiosa obra de finales del período, en el *Victorial* de Pero Díaz de Games. Según esta obra, el que edificó el misterioso palacio donde estaba la Mesa fue el mismísimo Hércules.

Amador de los Ríos identifica la cueva de Hércules con la cripta de algún templo romano y ciertamente como *cueva* y no *palacio* aparece mencionada en otras fuentes antiguas.

Cerca de Jaén hubo una cueva de Hércules y en la vecina Martos aún se mantiene una arraigada tradición hercúlea que, además, está, como tendremos ocasión de comprobar, muy relacionada con todo el asunto de la búsqueda de la Mesa de Salomón. Por lo tanto, el palacio o la cueva de Hércules pudieron estar en Jaén. La mención de la *cueva* nos recuerda inmediatamente a los que buscaron la Cava, «*los que buscaron la cueva*» que, en efecto, resultan ser personajes históricos, que han creído en la existencia real de la Mesa de Salomón y se han preocupado de buscarla.

La ubicación en Jaén del palacio o cueva de los reyes godos donde se guardaba la Mesa de Salomón viene refrendada por otros datos históricos.

Muchos autores antiguos aseguran que Tariq se desvió hacia la población de Mentesa Bastia, es decir, la Guardia, a diez kilómetros de Jaén, antes de ir contra Toledo. Y 10 que es más, a pesar de la urgencia que tenía de ocupar la capital del reino para evitar la previsible reacción de los godos ante su avance fulminante, llegado a Mentesa Bastia se entretuvo en expugnarla y asolarla, algo que no había hecho, ni haría, con ninguna otra población española.

Los historiadores no encuentran explicación lógica a esta actitud del caudillo musulmán. Tariq delega la conquista de Córdoba en un subordinado, un tal Mugit, para lanzarse en pos de una empresa aparentemente secundaria. «Nos hace sospechar que concedía mucha más importancia al hecho de apoderarse de Mentesa --escribe un autor-- que el hacerlo de Córdoba». y añade: «No encontramos una respuesta satisfactoria

a estas cuestiones que nos plantearía el paso de Tariq por Mentesa y su devastador ataque a la población».9

Tampoco tiene explicación lógica el itinerario que sigue Tariq. Para ir de Ecija a Toledo el camino más directo era la vía del Calatraveño, que pasa por Córdoba y el valle de los Pedroches. Por lo tanto, «si Tariq se desvió... hacia Martos es porque tenía manifiesta intención de dirigirse a Mentesa».10

Los modernos historiadores encuentran absurda la actitud de Tariq. Pero si admitimos que el caudillo consideraba más importante apoderarse de Jaén que de Toledo, todo parece tener sentido. La dificultad reside en que Jaén era entonces una ciudad minúscula, carente en absoluto de importancia. Es evidente que viniendo de Martos hacia la Guardia (Mentesa Bastia), Tariq tuvo que pasar forzosamente por Jaén, pero las crónicas ni siquiera se molestan en mencionarla. Seguramente sus escasos habitantes se habrían refugiado detrás de los muros de la vecina Mentesa que estaba fortificada. Pero ¿por qué se detiene Tariq a sitiar y tomar Mentesa, lugar sin valor estratégico, cuando tanta prisa le corre llegar a Toledo cuanto antes? Evidentemente no iba buscando botín. Y fuera del botín sólo las personas podían interesarle. Tenía que capturar a las personas, quizá sólo a una persona. ¿A uno de los refugiados de Jaén? Si aceptamos que se desvió por Jaén con objeto de apoderarse de la Mesa de Salomón, ¿para qué quería a ésta o a estas personas? Evidentemente porque no había encontrado lo que buscaba, pero sabía que alguien que podía mostrarle el camino hacia la Mesa se había refugiado en Mentesa. Es muy posible que la Mesa de Salomón no estuviese encerrada en una estancia del misterioso palacio de Jaén sino en una *cueva*.

La leyenda hace que el lagarto mítico de la Malena sea el custodio de la Mesa. Este lagarto habitaba en una cueva del monte de Santa Catalina. Es perfectamente plausible, por lo tanto, que el tesoro no estuviese exactamente en el palacio sino en algún escondite del monte *que está hueco* según la tradición. Un escondite al que es posible que se accediese a través del misterioso palacio, lo que conciliaría las dos versiones. Precisamente la tradición conservada en el barrio asegura que existe un pasadizo de comunicación entre el palacio de los reyes moros y el castillo de Santa Catalina, pero que nadie era capaz de seguirlo porque, dentro del cerro, había una especie de intrincado laberinto de túneles y cavernas donde se habían

perdido muchos hombres que se arriesgaron a explorarlo y no volvieron a salir nunca. ¿No iría buscando Tariq al hombre o a los hombres que estaban en el secreto de cómo acceder a la cámara secreta, donde estaba la Mesa de Salomón, a través de este laberinto?

Cuando Tariq llegó a Jaén en busca de la Mesa, que se encontraba, según sus informes, en el palacio de los reyes godos, la ciudad no era más que un pequeño caserío surgido en torno al antiguo santuario de la Diosa Madre y su oráculo. En cualquier caso, se trataba de un lugar sagrado y esta sacralidad habría determinado que la Mesa de Salomón fuese a parar a aquel lugar. El nombre de aquel santuario era Aurigi o Aurgi. Hoy existe poco acuerdo sobre el origen y significado de esta denominación, pero los antiguos estaban convencidos de que significaba «la que engendra oro». Así lo afirma Lucio Marineo Sículo en su obra *De Rebus Hispaniae Memorabilibus*. editada en 1530.11

En labios de los árabes recién llegados, la antigua Aurigi vendría a pronunciarse Yayyan o Xauen, de donde procede el actual nombre de Jaén. Por cierto que en el Rif marroquí el nombre Xauen designa a una ciudad santuario.

Pero en Jaén, «la que engendra oro», nunca hubo minas de oro. Sin embargo las hubo de plata. Los antiguos denominaban a esta tierra «la tierra de la plata» y al Guadalquivir, que en ella nace, lo llamaban «de raíces argéneas».Y Todavía en el siglo XVIII el río de Jaén, cuyo nombre árabe es Guadalbullón, se conocía también por su nombre antiguo, «el río de la Plata». Espinalt sostiene que esta denominación procede del vecino Cerro de Jabalcuz, donde nace el río, porque allí «existe una mina de plata».13

En cualquier caso tenemos una región de la plata y en su centro una ciudad que engendra oro. Evidentemente estamos percibiendo el eco lejano de antiguos mitos asociados al santuario de la Diosa Madre en Jaén. Los antiguos sabían que este tesoro de oro existía en el santuario. Si aceptamos que pudiera tratarse del tesoro de Salomón, traído a España por los godos, /!añipótesis parece reforzarse.

Ya hemos visto que la estrategia conquistadora de Tariq sólo puede explicarse si concedemos que este caudillo dio prioridad a la captura de la Mesa de Salomón, supeditando a este objetivo incluso la conquista de Córdoba y Toledo de las que,



en última instancia, dependía la de toda España. Lo que nos demuestra que Tariq estaba convencido de que la Mesa de Salomón se encontraba entre el tesoro que los reyes godos custodiaban en el santuario de Jaén, pero no demuestra que este tesoro existiese realmente.

Y, sin embargo, hay pruebas contundentes que confirman la existencia real del tesoro. La primera podría ser el hecho de que durante un milenio, a partir de la época de Tariq, una serie de personas relacionadas con la búsqueda de la Mesa de Salomón entren en posesión de riquezas aparentemente inagotables. Otra prueba más directa y decisiva es el hallazgo fortuito en nuestros días de parte de este tesoro. Nos referimos a lo que se ha dado en llamar Tesoro de Torredonjimeno. Se encontró, en extrañas circunstancias, en 1926, en las ruinas de la antigua iglesia visigoda que posteriormente había cobijado la ermita-santuario de san Nicasio. Nunca se pudo aclarar con exactitud el montante exacto del tesoro, ni el número de piezas de oro que lo componían, porque muchas de ellas desaparecieron en manos de intermediarios y especuladores y fueron fundidas para ocultar su procedencia... o al menos esto es lo que se explicó oficialmente. Las pocas piezas que se pudieron rescatar constituyen hoy uno de los más preciosos conjuntos conservados de orfebrería visigótica.

De la ubicación del escondite de estas joyas, a unos quince kilómetros del santuario jienense, puede deducirse que quizá los custodios de este santuario dividieron y repartieron el tesoro de los godos entre los diversos escondrijos de los alrededores de la ciudad ante la eventualidad de que las joyas acabasen en manos de los invasores.<sup>14</sup>

Otras leyendas de tesoros acompañan insistentemente a ciertos lugares de Jaén y sus alrededores: la de la Casa del Cristo de la Calle Abades, precisamente el lugar donde estaba emplazada la hornacina del Cristo de los Tres Huevos tan relacionada con el culto de las esferas del dolmen Sagrado. Allí se supone escondido un tesoro cifrado en ochenta mil onzas de oro, junto a la casa de los Salazares. Un vecino recién llegado a esta casa se enriqueció de la noche a la mañana mediado el siglo XIX.<sup>15</sup> Otros tesoros se suponen enterrados en las caserías de Mariblanca y Pilatos, cerca del Cerro Zumel y Valdecañas. Finalmente existe la persistente tradición de otro tesoro de los

godos oculto en el Cerro Pitás, a cinco kilómetros al norte de Jaén.

El Cerro Pitás. Un topónimo sobre el que vale la pena detenerse un momento. *Pita* es el nombre de la gallina. Una antigua creencia asegura que en la alborada del día de san Juan, el día mágico del solsticio de verano, las gallinas con pollos detectan los escondites del oro.<sup>16</sup> En la tradición de otros pueblos incluso pueden convertirse ellas mismas en oro y tienen su expresión astral en la constelación de las Pléyades, llamada también *de la gallina con sus pollos*. Por lo tanto el nombre del cerro pudiera tener alguna relación con el de su tesoro escondido.

Prosigamos nuestras averiguaciones.

La leyenda hablaba de un palacio donde los moros encontraron la Mesa de Salomón.

La leyenda se refería a la existencia de la Mesa de Salomón en el manantial de la Magdalena, en Jaén. La oración del sanador hablaba del *Peñón de Uribe / ande está el palacio*.

Pero ¿hubo en el Jaén medieval un palacio de los reyes?

Lo hubo, en efecto. Jaén nunca fue cabecera de un reino. No tenía por qué tener un palacio real. Y, sin embargo, desde tiempo inmemorial hubo un palacio real en el barrio de la Magdalena, muy cerca del manantial del mítico lagarto. El Peñón de Uribe, donde se sacrificaba al Rey Sagrado en tiempos del santuario dolménico, formaba parte de este palacio como luego veremos. Por consiguiente quizá, en su origen mítico, el palacio lo era sólo para albergar al Rey Sagrado. Esto explicaría la persistente tradición del palacio real asociada a aquel edificio. Cuando Fernando III conquistó la ciudad y repartió entre sus caballeros las casas y huertas se reservó este edificio para su casa. Sin embargo nunca lo habitó. El rey se mandó construir otra residencia en lo que luego sería convento de San Francisco. Esta extraña actitud del rey castellano parece confirmar el tabú de la leyenda del palacio de los godos, que acarrió la ruina del rey Rodrigo cuando éste se atrevió a explorarlo.

Como luego veremos el antiguo palacio real llamado de los moros fue transmitiéndose a los otros reyes de Castilla,

sucesores de Fernando nI, junto con los secretos de la Mesa hasta que, en 1382, Juan I cedió aquel edificio a los dominicos. Los frailes construyeron allí un convento que todavía existe. A juzgar por la extensión de este convento, el primitivo palacio era en Omle.

Hay un dato referido al palacio que conviene recordar. Estaba dotado de una mina de agua que procedía directamente del venero de la Malena. Un pasadizo subterráneo, hoy tapiado pero que estuvo abierto hasta hace pocos años, lo comunicaba con el palacio de los condes de Villardompardo en cuyos sótanos están los baños de Alí, el lugar donde, según los historiadores musulmanes, fue asesinado aquel mítico rey moro. Nuevamente nos encontramos con el recurrente tema del Rey Sagrado muerto en el baño. El baño existe, el palacio existe y el rey asesinado en el baño es reiteradamente citado en los papeles antiguos...

### *El rey Salomón*

Pero ya va siendo hora de que nos ocupemos de Salomón. La historia fáctica del gran rey de Israel es extraordinaria. Hereda de su padre, el rey David, un estado poderoso aunque poco evolucionado económica y culturalmente. Un pueblo de incultos pastores nómadas que él elevaría, en tan sólo treinta y nueve años de reinado, (del 961 al 922 antes de Cristo), a la categoría de gran imperio, cuyo prestigio e influencia se extendía por Oriente, desde Egipto al Éufrates. Este rey de un pueblo que sólo sabía construir chozas de paja y adobe y tiendas de piel de cabra, am la una flota espléndida capaz de navegar hasta los confines del mundo conocido en busca de metales y productos exóticos. Este rey reúne en su capital a los mejores artífices del mundo para que construyan templos y palacios.

En vida de Salomón se elevaron muchos templos en Israel pero su obra más famosa, la que dio testimonio imperecedero de su sabiduría, fue el Templo. Un Templo construido para albergar dignamente el santuario del Arca de la Alianza.<sup>17</sup>

Salomón quería construir un templo magnífico. Pero en el nómada pueblo de Israel no existían oficios tales como arquitecto, cantero, carpintero o fundidor que se precisan para

construir un edificio. Así es que Salomón tuvo que traer del extranjero técnicos y obreros especializados.

Salomón solicitó del rey de la vecina Tiro, Hiram, el personal y los materiales que necesitaba. Tiro era la más poderosa de las naciones fenicias y su flota mantenía contactos con todo el mundo conocido. A Hiram no le resultó difícil complacer a su poderoso vecino.<sup>18</sup>

El rey de Tiro designó como arquitecto a un tal Hiram o Abhirán (no es coincidencia que rey y arquitecto tengan el mismo nombre). El arquitecto convocó artífices de distintos países. Se fueron reuniendo los materiales. Se allanó el solar. Se orientó la obra. Finalmente comenzó la construcción del Templo de Salomón.

También comenzaron los problemas. Los trabajadores, como eran de tan variadas procedencias, hablaban lenguas distintas y no conseguían entenderse. El fantasma de la confusión de lenguas que dio al traste con la torre de Babel pesaría sobre el ánimo del rey. Pero Salomón era sabio y contaba con la inspiración de Yavé, a quien estaba destinado el Templo. Salomón ideó un sistema de signos, una especie de código, sobre la base del círculo. Con este código los obreros del Templo podían comunicarse perfectamente. Así nació el diagrama llamado Péndulo o Sello de Salomón, el primer lenguaje especializado del que tenemos noticia.

¿Un lenguaje especializado?

En efecto. Supongamos que se encuentran dos matemáticos que hablan idiomas muy distintos. No pueden conversar, no pueden comunicarse en sus respectivos idiomas. Pero, como son matemáticos, sacan papel y lápiz y empiezan a trazar números y signos y ecuaciones y fórmulas. En lo que se refiere a su disciplina matemática no encontrarán obstáculo alguno. Hablan un idioma común, un idioma ciertamente reservado a los especialistas, es decir, a los iniciados.

El sistema que llamamos Péndulo de Salomón era también un idioma reservado a los iniciados. La construcción del Templo convocó durante unos años, como si de un magno con~es~e tratase, a un grupo de iniciados procedentes de distintos puntos del mundo.

La construcción del Templo duró siete años.

¿Siete años para levantar una especie de granero rectangular de unos 55 metros de largo, por 28 de ancho y 15 de alto?

Ciertamente estaba construido de sillares de piedra caliza y forrado con planchas de cedro y ciprés y sus paredes estaban decoradas con figuras de querubines, palmas y flores, pero, en cualquier caso, siete años parece mucho tiempo para construir un edificio tan simple, particularmente si tenemos en cuenta los grandes recursos económicos y humanos que Salomón allegó para tal empresa.

Tiene que haber otra explicación. Quizá el congreso del rey y sus sabios especialistas anduvo trabajando en otras cuestiones y lo del Templo sólo era un pretexto o un símbolo.

A la entrada del Templo colocaron dos colosales columnas de bronce llamadas Jakim y Boaz.

Una tradición sostiene que entre los maestros que trabajaron en el Templo había uno llamado Jaquín. *Jakin* en vasco significa *sabio*. La palabra tiene derivaciones fonéticas en Jacques, lago, Santiago y sus equivalentes. Andando el tiempo diversas cofradías de masones se titularían «los hijos del maestro Jacques» y proclamarían haber sido los receptores de los saberes del Templo de Salomón y los inspiradores de la gran arquitectura europea a partir del románico.

Claro que, según otra versión, las dos columnas Jakim y Boaz fueron obra personal de Hiram. En sus remates inscribió el signo de la flor de lis. Retengamos este dato.



atura de un texto  
f?Omedieval. La  
lla de David se  
'ta en el lucero de  
puntas rodeado de  
seis estrellas, todo lo  
se inscribe en un  
ilo. En el centro  
lca un espacio  
?onal oscuro... Una  
lulación de símbolos  
/ísticos en torno a la  
ción salomónica.

Otra leyenda habla de unos obreros que hicieron mal su trabajo e incluso asesinaron al gran arquitecto. ¿Se referirá a que no supieron guardar el secreto o a que se rebelaron contra los planes de Salomón? Estos obreros díscolos fueron castigados con la lepra. Sus descendientes llevarían una *pata de oca* como señal infamante. Son los *cagots* del Pirineo.

La fama de la sabiduría y riqueza de Salomón atrajo a su corte a la reina de Saba. Se ha identificado Saba con un lugar al sureste de Arabia, el actual Yemen, pero probablemente se trate de una historia simbólica.

La reina de Saba quería probar al rey con enigmas. Cuando comprobó, satisfecha, que la sabiduría y riqueza de Salomón sobrepasaban todo lo que sus caravaneros contaban, se enamoró de él y juntos vivieron un apasionado idilio. En la tenaz tradición judía la reina de Saba no es otra que el demonio femenino Lilit, que se acercó a Salomón para tentarlo. Lilit es la diosa babilónica de la Luna, que aparece como primera mujer de Adán. Su árbol sagrado es sauce.<sup>19</sup>

Así es que la reina de Saba no es sino la Diosa Madre en la versión maléfica que el judaísmo, religión solar, ofrece del principio lunar del matriarcado.

La condición demoníaca de Lilit se manifestaba en que tenía los pies de palmípeda. Pies de pato. El Corán nos ha conservado el relato de cómo el astuto Salomón consiguió, mediante una argucia, examinar las piernas de la reina de Saba, cuya contemplación ella insistentemente le negaba. La introdujo en una cámara cuyo suelo estaba alfombrado de espejos. La reina de Saba creyó que se trataba de agua y con un gesto muy femenino, levantó sus ropas para evitar que se mojaran exponiendo con ello, involuntariamente, sus pies de pato a la curiosidad del rey.

La reina de Saba con pies de pato. Como los *cagots*, los malos obreros del Templo condenados a la lepra. Curiosa coincidencia. Es decir, que los malos de esta historia se caracterizan por un pie de palmípeda.

¿Qué sentido tienen todas estas leyendas?

La construcción del Templo de Salomón no es sino una historia que encubre el magno esfuerzo del rey judío por re-

unir a los sabios del mundo con objeto de hallar la fórmula del nombre del Dios Primordial o principio básico que conjugue, en admirable sincretismo, los principios solares y lunares hasta entonces en pugna.

La reina de Saba no es sino una sacerdotisa matriarcal que concurre a aquella asamblea. El secreto de la reina de Saba estriba en su pata de palmípeda, su pata de pato o de oca, marca de su pertenencia al culto de la Diosa Madre, puesto que la primera representación de la Diosa Madre es el Huevo que pone la palmípeda.

Entre los antiguos egipcios, Geb, dios de la tierra, se representa con una oca o pato en la cabeza. Su hembra pone el Huevo del Sol.<sup>21</sup> El mismo alcance tiene la transformación de Zeus en cisne para llegar a Leda y el pie palmeado de la Mere Lusine o Melusina francesa, última versión de la Diosa Madre.

La pata de palmípeda da origen a diversos símbolos universales del matriarcado: la flor de lis, la vieira o concha de Santiago y la mera representación de tres trazos convergentes. Todos ellos abundan en los escenarios jiennenses de nuestra historia.

La historia de los canteros malditos que asesinan a Hiram, el gran arquitecto de Salomón, y se ven obligados a llevar en su destierro el símbolo de la pata de la oca como emblema infamante, no parece sino una tabulación posterior a Salomón, cuando sus sucesores abolen el sincretismo que él había implantado y vuelven a los cultos patriarcales. Los constructores malditos que llevan la señal de la Diosa Madre son los que persisten fieles a la tradición matriarcal en un mundo dominado por dioses masculinos.

Encontramos la flor de lis en las columnas del Templo de Salomón, las sublimes Jakim y Boaz, y también lo encontramos en el tocado de la Diosa Madre Hathor. En el santuario jiennense de la Diosa Madre debieron ofrecer los peregrinos panecillos votivos con los tres trazos de la pata de la palmípeda. Este sentido parece tener el ladrillo encontrado en el manantial en 1969. El mismo tema adornaba la portada del libro santo del gitano sanador y vuelve a aparecer en una inscultura de las Peñas de Castro.

Otro símbolo universal reclama prosapia salomónica. Se trata del Nudo de Salomón o esvástica del Miño. Un nudo que

es la imagen del laberinto en tres dimensiones. Tres o más cabos de cuerda se atraviesan, sin que se les vean los cabos, para simbolizar la unión y la dificultad del conocimiento o la unidad esencial del triple principio de los santuarios matriarcales.

Es evidente que Salomón permite la construcción de templos a los dioses extranjeros de sus esposas de las que, por cierto, tuvo setecientas legítimas, amén de trescientas concubinas.

No parece que el Salomón devoto del celoso Yavé sea el mismo que costea la construcción de templos paganos en su territorio, lo que viene a confirmar nuestras sospechas: el Templo sólo fue un pretexto. La única justificación de su obra y el único desvelo del rey fueron la Sabiduría, el Conocimiento. En ello gastó los recursos de un próspero estado que controlaba las principales rutas del comercio de la región; para eso llegó a sacrificar incluso una parte importante de su reino cuando hubo de saldar su deuda con el rey de Tiro.<sup>22</sup>

Cierto que los desvelos de Salomón se vieron recompensados porque tuvo acceso a los saberes del mundo, incluyendo los más secretos y guardados: «Dios otorgó a Salomón sabiduría y gran entendimiento y anchura de corazón, como la arena del mar. La sabiduría de Salomón sobrepasaba la de todos los hijos de Oriente y la sabiduría toda de Egipto» Y

Egipto y Oriente. Los polos del conocimiento, según la Biblia, habían rendido su sabiduría secreta a Salomón.

Las tradiciones orientales recogidas por el Corán aluden a un Salomón al que están sometidos el viento tormentoso (XXI, 81), los genios o espíritus que «buceaban para él y obraban obra» (XXI, 82; XXVI, 17 Y 20), y que el rey conocía «el lenguaje de las aves» (XXVII, 16-17). Todos estos datos son muy importantes. Volveremos sobre ellos a su debido tiempo.

Ya está el Templo construido. Ya está el Arca de la Alianza en su sancta sanctorum. Volvamos a la Biblia (1 Reyes, 8-12,13): «Entonces dijo Salomón: Yavé has dicho que habitarías en la oscuridad. He edificado una casa para que sea tu morada eternamente».

Queda el Arca de la Alianza encerrada en la oscuridad. 1\Taaie volverá a verla jamás. Tan sólo el Sumo Sacerdote puede penetrar en el sancta sanctorum, y sólo una vez al año.

La oscuridad y el secreto engullen el Arca que ya no vuelve a mencionarse en la Biblia. Se torna tan inaccesible como el inaccesible Dios de Israel.

.. N~ pasaría mucho tiempo sin que diversos avatares histonco~ dlesen lugar a repetidos saqueos de los tesoros del T~m-plo. SIn embargo el Arca no vuelve a mencionarse. Como SIse la hubiese tragado la tierra.

¿Dónde estaba el Arca realmente?

El Templo que Salomón diseñó era muy simple: una gran sala rectangular en cuya cabecera se elevaba una escalinata que conducía a una sala más pequeña donde estaba el Arca. Por consiguiente había dos niveles de suelo y el sancta sanctorum estaba a un nivel más elevado, como levantado sobre un podio macizo. ¿Es posible que este podio ocultase una cámara subterránea suficientemente disimulada como para permanecer oculta a los apresurados saqueadores del Templo? El sabio Salomón debió preverlo todo, especialmente cuando, en sus últimos años de reinado, hasta el más torpe de sus súbditos comprendía que la grandeza de Israel no tardaría en pasar.

Para los egipcios cada pirámide se asentaba sobre otra invertida y subterránea. La exterior representaba la divinidad del faraón. La oculta la de la Gran Diosa o Diosa Madre, su esposa ritual.<sup>24</sup> Salomón, casado con la hija del faraón, se dejó influir por algunos rituales egipcios, como luego veremos al hablar de su Sello. Es probable que en Jerusalén el Templo exterior tuviese otro equivalente subterráneo. Quizá no debajo de él, lo que podría ser difícil dado que se asentaba sobre la roca viva, sino más bien en otro lugar resguardado y secreto.

Todas estas suposiciones vienen a ser confirmadas por una insistente tradición rabínica evocada repetidas veces por la literatura jurídica judía: la de que el Arca de la Alianza fue enterrada. Otra asegura que fue el profeta Jeremías el que la escondió en una caverna.<sup>25</sup>

La sabiduría de Salomón se confina, a su muerte, al reino de lo subterráneo. Es nuevamente un mito el que nos ofrece las claves de la interpretación. El más humilde animal subterráneo, el ratón, debe avisar a los espíritus que trabajan para el rey que Salomón ha muerto: «Salomón no les advirtió de su muerte sino un animal de la tierra (que) mordisqueó el extremo de su báculo y cuando el rey se desplomó (su muerte) se les manifestó a los espíritus» (Corán XXXIV, 13).

El báculo de Salomón es el cetro. Símbolo del poder real pero también la vara de medir, símbolo del sabio arquitecto, e incluso la vara de los antiguos prodigios de la magia que

Moisés y Aarón sacaron de Egipto. El ratón que roe el báculo es un animal sagrado de la Diosa Madre.<sup>26</sup> El significado de la alegoría es claro. Al final es la Diosa Madre la que triunfa, su ratón roe el poder de Salomón y da con él en tierra. Los espíritus que seguían trabajando para el rey creyéndolo vivo representan la continuidad de su obra que la Diosa Madre interrumpe. Apolo, que llega a Dios de la ciencia y del conocimiento, desciende también del demonio de una hermandad que tenía por tótem al ratón de la Europa matriarcal.<sup>27</sup>

A la muerte de Salomón, hacia el 922 a. de c., su obra se desmoronó. El reino se dividió en dos Estados distintos, Israel y Judá. Jerusalén y el Templo quedaron en Judá, un Estado que sobreviviría penosa y oscuramente durante diecinueve generaciones, hasta que en 587 cayó en poder de Babilonia. Judá era pobre, estaba aislado y sus gobernantes eran muy conservadores.

El tesoro del Templo sufrió continuas mermas. Ya en 918 el rey Roboam tuvo que entregar una parte sustanciosa al faraón Sesac (Sensok 1), que había invadido su reino, como rescate para que desistiera de atacar Jerusalén. En el año 800 ocurre otro tanto cuando el rey sirio Jazael planea atacar la capital y Joás se ve obligado a entregarle el tesoro del Templo.<sup>28</sup>

En 587 Nabucodonosor I Isitió Jerusalén durante año y medio. Cuando rindió la ciudad ordenó su destrucción. El Templo de Salomón fue incendiado. A los supervivientes que se atrevieron a echar un vistazo dentro de aquel recinto de muros calcinados, al que durante tres siglos y medio sólo el Sumo Sacerdote había tenido acceso, les parecería que el Arca de madera, que tan celosamente guardaran allí sus antepasados, se habría consumido en el incendio. Es tan lógico que hasta los más sesudos eruditos bíblicos han aceptado esta eventualidad.

El tesoro de las ofrendas del Templo fue a engrosar la tesorería del conquistador. Pero el tesoro esotérico, el de la sabiduría de Salomón, llevaba mucho tiempo en su sancta sanctorum secreto, accesible tan sólo al Sumo Sacerdote. Aun-  
~s de suponer que alguien más compartiría el secreto ante la eventualidad de una posible muerte repentina del Sumo Sacerdote.

Nabucodonosor deportó a los habitantes de Jerusalén. Los condujo a Babilonia y los asentó en nuevas tierras. Es la

llamada «cautividad de Babilonia». Allí permanecerían los judíos desde el 586 al 515 antes de Cristo cuando, ya bajo el dominio de los persas, les fue permitido regresar a Jerusalén y reconstruir el Templo.

Sería prolijo narrar los tres avatares históricos que todavía sobresaltaron a la vieja ciudad y a su nuevo Templo. Así es que saltaremos en el tiempo hasta el año 70 de nuestra Era, cuando las legiones romanas de Tito asaltan Jerusalén e incendian nuevamente el Templo.

¿Encontraron los legionarios de Tito el escondite sagrado del Arca que hasta entonces había permanecido inviolado? Es una pregunta de difícil respuesta. Desde luego los romanos encontraron en el Templo objetos preciosos del tiempo de Salomón que no habían encontrado anteriores saqueadores. Esto podría confirmar la existencia de una cámara secreta. Pero, por otra parte, ninguna fuente menciona que encontraran el Arca de la Alianza. Aunque, caso de que dieran con ella, ¿qué era el Arca de la Alianza para un rudo legionario romano? Un desvencijado baúl de madera, que contenía un revoltijo de antiguallas de barro, madera o piedra, cuyo significado ignoraba. Probablemente lo único aprovechable eran las planchas de oro que forraban el Arca. Los saqueadores pudieron arrancarlas y arrojar el resto al fuego.

Es posible que el Arca pereciera de este modo. Es seguro que con el Arca, dentro y fuera de su escondrijo secreto, los saqueadores encontraron una serie de objetos construidos en metales preciosos.

Cuando Tito regresó triunfante a Roma, exhibió este tesoro ante el pueblo que lo aclamaba. La procesión del vencedor ha quedado immortalizada en un relieve del Arco de Tito donde distinguimos el candelabro de siete brazos del Templo llevado triunfalmente a hombros de legionarios.

El tesoro de Salomón quedó depositado primero en el templo de Júpiter capitolino y luego en la tesorería de los palacios imperiales. Allí languidieron las piezas, junto con otros objetos de metales preciosos procedentes de los más distantes puntos del imperio, hasta que, en 410, el rey Alarico conquistó y saqueó Roma. El rey godó cargó los tesoros imperiales en sus carretas y los trasladó a Tolosa, la capital de su reino. Este sería el llamado *tesoro antiguo*. Pero en 507, Alarico II, presionado por francos y burgundos, se vio obligado a abandonar

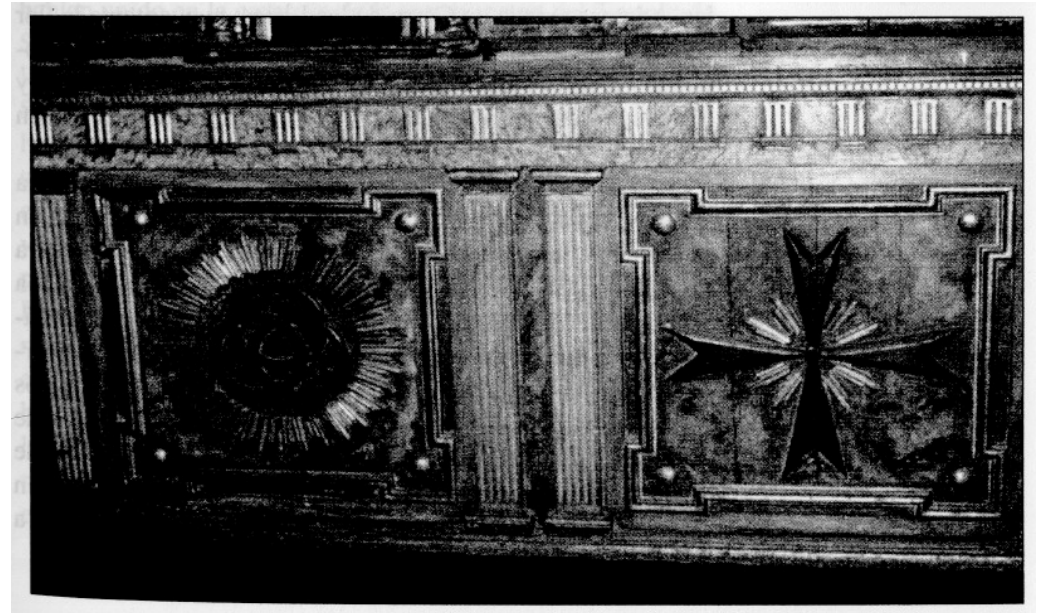
Tolosa replegándose a sus posesiones de España. El tesoro se puso nuevamente en camino y fue a parar a algún lugar de la península Ibérica, probablemente al mítico palacio o cueva de Jaén donde siglos más tarde lo buscaría Tariq.

La sugerencia era tentadora. La Mesa de Salomón pudo haber hallado su escondite definitivo en Jaén. Pero esta hipótesis levantaba un sinfín de preguntas de difícil respuesta.

En primer lugar, ¿qué relación existía entre la Mesa y el primitivo santuario de la Diosa Madre? La críptica oración de los gitanos establecía, sin lugar a dudas, esta relación. Pero había más detalles que la sugerían. Por ejemplo: en algunas portadas de casas antiguas de la Magdalena aparecían las tres circunferencias enlazadas que constituían el símbolo geométrico del *Nudo de Salomón*, emblema de su Sabiduría, del Conocimiento, y representación del triple principio de la Diosa Madre. En otros lugares de la Magdalena se repetía la estrella de David...

¿Y la flor de lis que adornaba las columnas del Templo y que es también emblema de la Diosa Madre palestina, Astarté? El esquema más simple de la flor de lis, los tres trazos convergentes, adornaba el libro del gitano sanador. Pero también apa-

*Programa iconográfico de un altar del siglo XVII. A la izquierda, representación esquemática del Nudo de Salomón, evolucionada en un triple anillo, símbolo cristiano de la Trinidad. A la derecha, la cruz de las ocho beatitudes, una de las variantes de la enseña templaria, que sirve como clave para la construcción de su alfabeto cabalístico.*





lón  
achadas  
as del  
gdalena.  
loaquín

recia la flor de lis en ciertos relieves de la catedral, concretamente en los adornos de la moldura gótica que da a la calle Valparaíso. ¿Quién ordenó tallar aquella cenefa? El obispo Suárez, el iniciado inspirador de los jeroglíficos del coro catedralicio...

Todas las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Además existía un Cerro de los Lirios, nuevamente la flor de lis, integrado en la telúrica línea recta que discurría por todos los lugares santos nombrados en la oración del gitano, y aquel cerro estaba colocado bajo la advocación de una Virgen antigua.

Una Astarté del siglo VII u VIII antes de Cristo se había encontrado en Cástulo, cerca de Jaén. Una Astarté tocada con su característica flor de lis y traída directamente desde la otra fachada del Mediterráneo donde, por aquel tiempo, reinaba Salomón.<sup>29</sup> El propio hallazgo de esta figurilla, contemporánea y coterránea de Salomón, en tierras de Jaén venía a confirmar incuestionablemente la existencia de contactos directos entre estas tierras fértiles en plata y otros minerales y las de Fenicia y Palestina de los tiempos salomónicos. Y el hecho de que el testimonio más típico fuese precisamente una imagen de la Diosa Madre tocada con la simbólica flor de lis venía a



*La flor de lis en los relieves de la cenefa gótica del obispo Suárez, en la Catedral de Jaén. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*

subrayar el intercambio de creencias existente entre estas tierras.

Evidentemente había una relación entre el culto de la Diosa Madre y los secretos de la sabiduría de Salomón. Nos aplicamos a indagar sobre esta relación.

Todos los secretos de Asia y del remoto occidente se habían unido en la empresa de la construcción del Templo de Salomón para que el sabio rey pudiese intentar la síntesis de los principios que constituían la esencia misma del mundo. Salomón intentó reconciliar los principios solares y lunares hasta entonces en pugna. Esta empresa queda reflejada en la superposición de triángulos que constituye la estrella de su emblema o Sello, la estrella de seis puntas. El triángulo con el vértice hacia abajo es, desde las primeras imágenes elaboradas por el hombre prehistórico, símbolo de lo femenino y de la Diosa Madre. En la *venus* de Torredelcampo vemos esquemáticamente dibujado para dar forma al pubis femenino. Por el contrario el triángulo que tiene el vértice hacia arriba sim-

lo masculino. En la superposición de estos dos triángulos se contiene la unión ideal de los dos principios, boda que el rey sabio celebra en su fascinante *Cantar de los Cantares*. En este poema se halla la esencia mística de la sabiduría de

Salomón para los primeros cabalistas, ya en la época de Jesús.<sup>30</sup>

Hasta Salomón la religión judía había sido predominantemente solar.<sup>31</sup> Pero Salomón alcanza la sabiduría suprema y rompe con esta tradición. Salomón consigue aglutinar, en una síntesis feliz, el poder de los principios solares y lunares. La boda mística de estos principios se refleja además de en el citado *Cantar de los Cantares*. en otros muchos símbolos salomónicos. Las columnas del Templo, Jakim y Boaz, repiten la unión y complementareidad de estos principios. Jakim es «yikkoO}}, es decir, «el que se establecerá}}, el Sol, mientras que Boaz es «en ella fuerza», la Luna.<sup>32</sup> Jakim es el dios del Año Creciente y el sol recién amanecido; Boaz es el dios del Año Menguante y de los vientos destructores.<sup>33</sup> Jakim descendiendo, es la dorada decadencia; Boaz asciende, es el verde crecimiento.<sup>34</sup>

Todo esto nos lleva a planteamos la cuestión de los medios de que dispuso Salomón para sistematizar y transmitir la sabiduría que allegó en sus obras. El secreto está en la palabra y más exactamente en la potencia que se esconde tras ella.

Según la Cabala cada objeto de la creación, tanto si nos parece vivo como si nos parece hecho de materia inerte, tiene una esencia, una fórmula precisa de la que depende su existencia y sus propiedades. Esa fórmula se contiene en su nombre verdadero o secreto. La palabra evoca la cosa designada, contiene la cosa misma. Borges lo ha enunciado poéticamente:<sup>35</sup>

*en las letras de rosa está la rosa  
y todo el Nilo en la palabra Nilo.*

El hombre moderno no se sustrae a la función mágica, evocadora, de la palabra. Entre nosotros, nietos del racionalismo, todavía persisten, sin embargo, palabras tabú. Son aquellas que designan lo indeseable: la culebra, por ejemplo. Casi nadie la llama *culebra*. Los campesinos emplean distintas palabras falsas, sustitutas, para evitar la verdadera. O la palabra *muerte* que evitamos pronunciar echando mano a los más curiosos circunloquios.

El poder que Dios concede a Adán sobre las criaturas antes de la caída, en los días felices del paraíso, depende precisamente de la capacidad de Adán de dar nombre a los animales, es decir, de conocer el nombre secreto de cada uno de ellos, lo que implica entenderse con ellos y dominarlos. Este es, también, el poder que alcanzará la sabiduría de Salomón. Salomón tiene el poder de hablar a plantas y animales y se hace obedecer por los espíritus.<sup>36</sup>

En la tradición oriental, ampliamente reflejada en el Corán, cada animal o cada objeto de la Creación está habitado por su propio genio o espíritu. Se trata en realidad de una concepción primero animista y luego panteísta del mundo. De acuerdo con esta tradición, Salomón, conocedor de los nombres secretos de las cosas, dominaba a estos genios o espíritus y los hacía trabajar para él como veíamos antes. El dominio de Salomón sobre estos genios es consecuencia de su conocimiento del *Shem ShemaJorash*. *Nombre del Poder o Grandísimo Nombre* como indistintamente lo denominan las fuentes orientales.<sup>37</sup> Este nombre o fórmula universal estaba grabado en el sello de Salomón, dentro de la estrella de seis puntas.<sup>38</sup>

Lo que nos conduce a la cuestión del principio de la Creación o de Dios.

El nombre de los dioses antiguos es siempre secreto. Al dios se le conoce por un nombre exotérico, postizo. Pero el verdadero nombre es secreto, esotérico. En el nombre de Dios reside la invocación y la invocación es creación, es poder. El poder del dios se concentra en la fórmula precisa de su nombre verdadero y esta fórmula es su nombre.

«En la antigüedad --escribe Graves-- una vez que se descubría el nombre secreto de un dios, los enemigos de sus seguidores podían utilizarlo para perjudicarlos con su magia».<sup>39</sup>

Esta creencia en el poder de la invocación del nombre perdura desde los tiempos más remotos hasta bien entrada nuestra Era. Los romanos, por ejemplo, ocultaban siempre el nombre secreto de su dios tutelar.

Salomón consiguió conjugar los principios de las religiones solares y lunares hasta entonces en perpetua pugna. Su dios, la fórmula divina por él hallada, resumiría a la divinidad toda del universo, al dios primigenio de la Creación, al principio esencial que aglutinara lo masculino y lo femenino. Por lo tanto el secreto de Salomón sería el secreto de la Creación, el





e  
jesela  
tocado.  
lellido.)

Nombre del Poder, la palabra todopoderosa *Dios* contenida en la palabra *Dios*; el nombre secreto del que se derivó la Creación, el *Shem Shemaforash*, el nombre cuyo conocimiento era equiparable a la posesión de todo su infinito poder.

Como siempre, el poeta 10 ha enunciado mejor que los filósofos:40

*Y, hecho de consonantes y vocales  
habrá un terrible Nombre, que la esencia  
c(fre de Dios y que la Omnipotencia  
guarde en letras y silabas cabales.  
Adán y las estrellas lo supieron  
en el Jardín. La herrumbre del pecado  
(dicen los cabalistas) lo ha borrado  
y las generaciones lo perdieron.*

A Salomón se le atribuye, en la tradición judía, el conocimiento del Verbo Divino del que el nombre IHVH, el Yavé o Jehová de nuestras Biblias, sólo sería un sinónimo permisible. Éste sería el Nombre del Poder o Grandísimo Nombre grabado en el sello de Salomón.

Precisamente el conocimiento de la lengua de los pájaros, que las leyendas judías e islámicas atribuyen a Salomón, no es más que el símbolo de su acceso a estas verdades fundamentales.41

El secreto de la sabiduría de Salomón era, por 10 tanto, su conocimiento del Nombre del Dios primordial. Una fórmula precisa que encerraba nada menos que el ideal de la Creación y su potencia. Esta fórmula estaba expresada en su Sello. En Oriente el SeBo acabó asimilándose al anillo, donde a veces se transportaba el Sello por motivos de seguridad. Pero este *anillo* de Salomón donde está inscrito su Sello es fruto de una tradición tardía. En la tradición más antigua el Sello de Salomón, el formulario del Nombre del Poder o Nombre de Dios no es otro que la Mesa. Así entendemos que la Mesa sea espejo de conocimiento donde se reflejan a un tiempo las siete *regiONES* del mundo.

Pero para entender cabalmente todo esto hay que decir unas palabras sobre la Cábala y ése será el tema del próximo capítulo.

La firme y universal creencia en la existencia de un legado salomónico, que desvelaba los secretos del mundo y que contenía la clave de la Creación fue firmemente compartida por intelectuales cristianos, musulmanes y judíos a lo largo de la Edad Media. Naturalmente esto dio pie a que, en distintas épocas y lugares, circularan documentos mágicos atribuidos a Salomón. Entre éstos cabría destacar, por la gran difusión que alcanzaron, los llamados *Mafteah Shalomoh* o «Clavículas de Salomón». En ellos el mago podía aprender a fabricar el Sello de Salomón y a trazar el círculo mágico o *Mandal* que concentra la energía divina sobre el mago en su operación más trascendente.<sup>42</sup>

Por citar algunos de estos libros de raigambre hispánica mencionaremos el *Llibre de Poridat*, manuscrito de la Barberina de Roma. Este libro contiene una serie de tablas o formularios de sabiduría oculta. La décima es «la que Dios enseñó a Adán en el Paraíso... con la cual se lograrán maravillas porque esta tabla es sobre todas las tablas en fuerza y en poder, y es el secreto de la sabiduría: donde hay 1360 caracteres que representan todas las cosas creadas, regenerables y corruptibles en este mundo».<sup>43</sup>

Otro libro llamado *Tabulae Salomonis*, que fue también popular entre los ocultistas de la Baja Edad Media, ofrecía otra versión del tema.<sup>44</sup>

Evidentemente existía una bien fundada tradición en la existencia de un legado secreto de Salomón.

## LA CÁBALA Y EL ALFABETO

Para los sabios antiguos la esencia de cada cosa del mundo está contenida en la palabra que la designa. La *rosa* está en la palabra *rosa*, la luz está en la palabra *día* y las tinieblas pueblan la palabra *noche*. Nombrar una cosa es iniciar el proceso mágico de crearla. Eso explica que a veces el instinto nos incline a no poner en palabras aquello que tememos.

Los fundamentos de la Cábala son relativamente simples; su desarrollo extraordinariamente complejo. Toda la mecánica de la Cábala se basa en la idea de que cada objeto creado tiene su nombre primordial, un nombre que engloba su esencia misma. El que domina la palabra domina el objeto, lo *entiende*. Y entender es la razón misma de la Sabiduría.

.. Pero Dios, el Dios Primordial del que se deriva, como de una fuente remota y necesaria, el caudal todo de la Creación, ha entregado algo más al hombre: le ha entregado una serie de textos revelados, es decir, directamente inspirados por Él. Para los judíos y cristianos estos textos son la Biblia o parte de ella. La causa remota de la Cábala hebraica será, por tanto, el concepto de la «inspiración mecánica del texto sagrado». En estos textos revelados no hay nada que sea obra del hombre: son emanación de Dios mismo. «Evangelistas y profetas son secretarios impersonales de Dios que escriben al dictado... Es Dios mismo el que dicta palabra por palabra lo que se propone decim.<sup>2</sup> «La escritura es, por lo tanto, un texto absoluto' donde la colaboración del azar es calculable en cero. La sola concepción de ese documento es un prodigio superior a cuantos registran sus páginas. Un libro impenetrable a la contingencia, un mecanismo de infinitos propósitos, de variaciones mágicas, de revelaciones que acechan, de superposiciones de luz ¿cómo no interrogarlo hasta lo absurdo, hasta lo prolijo numérico, según hizo la Cábala?»<sup>3</sup> «Burlarse de tales operaciones es fácil, prefiero procurar entenderlas». Hermosas palabras de Borges en 1931. Nunca un profano entendió mejor el

desvelo minucioso de tantas generaciones de cabalistas, que quemaron la cera de sus vidas en el esclarecimiento de una aparente quimera.

En la escritura revelada por Dios no puede haber nada que sea fruto de la casualidad. Una emanación directa y voluntaria de Dios tiene que participar de su propia perfección. Por lo tanto el libro, que es parte de Dios mismo, tiene que ser un sistema perfecto, cerrado, glorioso, a través del cual y por medio de cuyo estudio pueda el hombre remontarse a la comprensión de la obra divina trascendiendo sus propios límites. De este modo el hombre tiene la posibilidad de elevarse por un camino lleno de obstáculos, ciertamente, que lo levanta y lo acerca, por encima de las limitaciones de la condición humana, hasta la inteligencia de Dios. El Libro es una escalera para llegar a Dios. Él no puede repudiar ese acercamiento del hombre puesto que le ha legado las claves de su obra en el Libro sagrado.

La comprensión de la obra de Dios implica el conocimiento del mundo y de sus mecanismos. Conocer es poder. Luego la Cábala puede conducir al poder.

El problema es que entre la teoría y la práctica media un abismo. ¿De qué medios disponían los cabalistas para salvar ese abismo? ¿Consiguió alguno de ellos salvarlo o todo fue una mera ilusión?

Intentemos exponer los caminos de los cabalistas, caminos que ellos a menudo han explicado como el que explica los detalles de un prolijo mapa. Claro que conocer un mapa no es conocer el paisaje del trozo de territorio que representa.

La palabra Cábala es hebrea y significa *lo recibido*. Se han dado muchas definiciones de esta materia falsamente llamada ciencia, puesto que no es sistemática. Se la ha llamado «saber secreto», «matemática sagrada», «lenguaje místico» y de muchas otras maneras.

Para unos, la Cábala es un don de Dios al primer hombre. Otros creen que le fue revelada a Moisés en el Sinaí junto con la ley escrita. Lo cierto es que la primera codificación de materias cabalísticas data del siglo II de nuestra Era y se debe a un rabino galileo, un tal Simeón bar Yojai, que compuso la obra llamada *Zohar* (Libro del Esplendor). Es de suponer que la materia cabalística llevaría para entonces muchos siglos de callada evolución, incubándose entre los sabios judíos como sabiduría secreta, apta solamente para los iniciados. El texto

cabalístico *Lámpara Santa* establece que «el mundo sólo es estable en el secreto».4

En el siglo X comienza a circular otro texto fundamental de la Cábala, el *Raza Abba o Gran Misterio*. Empero, esta sabiduría secreta no empieza a denominarse Cábala hasta el siglo XII, que es cuando Yehuda ben Barzilai, de Barcelona, emplea por vez primera la palabra con la acepción que hoy le damos.

Podríamos definir la Cábala como química del espíritu divino. A partir de una serie de letras, que también son cifras, Dios creó el mundo dando nombre a las cosas. Nombrar es crear, es evocar y sacar de la nada. Esto nos sugiere el sentido mágico de la Palabra en su enunciación bíblica. En un principio fue el Verbo. La potencia divina era el Verbo, es decir, su propia Palabra y a partir de la Palabra existió todo lo demás.

Todo cuanto existe en el Universo está formado de acuerdo con su modelo ideal, superior, ideado por Dios. Escribe Rabí Ytsjak: «No existe ni el menor objeto en este bajo mundo que carezca de equivalente en el mundo de Arriba por el que es regido». Consecuentemente al entender la esencia del objeto de Abajo entenderemos la del objeto de Arriba. Y entenderlos es poseerlos. Por este camino Dios permite al hombre participar de su Sabiduría y de su Poder.

Las letras-cifra emanadas de Dios han sido recibidas por los hombres a través de ciertos textos revelados, es decir, compuestos por la propia divinidad. Si estos textos proceden de Dios mismo es posible deducir los secretos de la divinidad a través de ellos. Esta labor de análisis y deducción, esta química espiritual, es la materia sobre la que trabajan los cabalistas.

El conocimiento del Nombre verdadero de una cosa otorga poder sobre ella. El conocimiento del nombre de un dios da poder sobre él. El conocimiento del nombre del Creador, del principio máximo, da poder sobre su obra, es decir, sobre la creación misma. Es el Poder sin límite.

El material preciso sobre el que el cabalista hace sus cálculos es el alfabeto sagrado, el hebreo. El hebreo consta de veintidós letras de las que tres son *madres*, siete *dobles* y doce

sencillas. «Cada letra de fundamento --escribe Gra(.)- es un concentrado de energía divina.»<sup>5</sup>

A cada letra del alfabeto hebreo le corresponde un número. En el universo de lo creado todo puede reducirse a medidas y las medidas se expresan en números, es decir, en letras.

Tomemos por ejemplo la primera palabra de la Biblia, la primera que, para los cabalistas, sale de la boca de Dios. Es *Breshit*. Esta palabra empieza por la letra *Be*. Esta letra es de las llamadas «madre». También es la inicial de *Braja* o bendición. El libro sagrado empieza por una bendición.

Del mismo modo en que en el juego del ajedrez un número limitado de piezas es capaz de generar un número ilimitado de situaciones, así en el libro sagrado un número limitado de palabras es capaz, mediante el estudio de sus relaciones mutuas, de sugerir un número infinito de mensajes. Aquí está toda la sabiduría de Dios y todo su Poder. Cada letra puede reemplazarse por su cifra correspondiente y estas cifras pueden relacionarse entre ellas, sumándose y sometiéndose a otras operaciones. Veamos un ejemplo: La palabra *Yayin* significa vino. Las tres letras que la componen suman 10 más 10 más 50, es decir, setenta. También la palabra *Sod*, secreto, suma 70, (sesenta más seis más cuatro). Esto confirma el dicho cabalista que reza *Ninkhas Yayin farsa Sod*, «del vino sacarás el secreto».

Otro ejemplo: la palabra *Ahavah* significa Amor. Sus letras suman 1 más 5 más 2 más 5, es decir, 13. La palabra *Ehad* también suma trece (uno más ocho más cuatro) y significa uno. Es decir Amor equivale a Uno. Si sumamos Amor y Uno el resultado es 26. El nombre de Dios consta de cuatro letras que valen 10 más 5 más 6 más 5, es decir, 26. Luego Amor y Uno hacen la cifra de Dios. Y si vamos a la escritura revelada, en el versículo 26 del *Génesis* está escrito: «Hagamos al hombre a nuestra imagen».

Pero no se agotan aquí los sentidos de la cifra divina: 26 generaciones transcurrieron desde Adán hasta Moisés; 26 es la diferencia numérica entre el nombre de Eva, (que vale 8 más 6 más 5, es decir 19), y el de Adán (que vale 1 más 4 más 40, es decir 45).

Hacia el siglo VI de nuestra Era algunas doctrinas cabalísticas se habían sistematizado en el *Sepher Yetsirao* Li-

bro de la Formación. Según éste, Dios creó el mundo a partir de tres entes superiores o *Sepharim*: el *Sephar* (las letras-cifra), el *Sapor* (la letra oral) y el *Sepher* (la letra escrita).<sup>6</sup>

Los atributos de Dios, a partir de los cuales el cabalista intenta comprenderlo y remontarse a su poder, son los diez *Sephirot Belima*, (la corona, la sabiduría, la inteligencia, la misericordia, la severidad, la belleza, el triunfo, la gloria, la causa y la dignidad real). La formulación precisa de estos atributos se plasma en el llamado árbol sefirótico, del que hablaremos más adelante.

Pero acceder a la sabiduría divina no es empresa fácil. El número de combinaciones posibles de las veintidós letras del alfabeto sagrado es infinito, puesto que, además de letras, son cifras. La Verdad es única, pero los posibles caminos para acceder a ella son infinitos. Para reducir su objeto de estudio a una escala humana, es decir, manejable, los cabalistas han sistematizado una serie limitada de vías que son como las rutas del caravanero en el vasto desierto o las del marino en el inmenso mar.

La Cábala se contiene en 32 vías, que representan ideas absolutas y reales. Los radios de una circunferencia pueden ser infinitos, pero la Cábala ha escogido sólo 32 para llegar al centro porque la inteligencia del hombre es finita. También se señalan cincuenta puertas de acceso al conocimiento. Éstas clasifican a los seres en cinco series de a diez. Abrazan todos los conocimientos posibles mediante el estudio de cada serie por ella misma y por sus relaciones con las otras. En cuanto a las vías, están representadas por los diez números de la aritmética y las veintidós letras del alfabeto hebreo.

Evidentemente se trata de una compleja y absorbente actividad. El sabio puede dedicarle toda una vida de intensa meditación y trabajo sin tener nunca la certeza de estar acercándose a la meta. Es, en cierto modo una alquimia espiritual que puede destilar el alma del cabalista hasta hacer que el camino constituya toda la justificación de su viaje.

Vista desde fuera, la propuesta es descorazonadora. Pero quizá existan atajos en ese camino. Quizá existan guías secretas que puedan conducir a aquel que las posee directamente a la meta del viaje. La persistente tradición asegura que Salomón poseyó la sabiduría perfecta. Él sí accedió a la Sabiduría divina. Luego quizá exista un camino más corto y seguro para el

que encuentre el formulario secreto de Salomón. Este formulario está inscrito en su Mesa según unos y en el *Cantar de los Cantares* según otros. En eso consiste el secreto de la Mesa de Salomón. Rabí Simeón, una de las mayores autoridades cabalísticas, viene a confirmarlo indirectamente cuando escribe: «Todos los tesoros del Rey Supremo están encerrados en una sola Clave».

No habíamos adelantado mucho. Así es que la oración del gitano sanador relacionaba una serie de lugares identificables como santuarios de un culto a la Diosa Madre con la Mesa de Salomón, el sabio que había conseguido emular la Sabiduría, y por tanto el Poder divino, al hacer compatibles los principios femeninos y masculinos de la divinidad, remontándose al Nombre del Poder, esencia de Dios Creador.

Pero todavía nos quedaba un largo camino por recorrer.

#### *El alfabeto*

Ya hemos dicho que la Cábala se basa en los valores del hebreo. El hebreo era una escritura alfabética. Por lo tanto nuestro próximo paso fue informarnos acerca de los orígenes de este tipo de escritura

El alfabeto supone un esfuerzo por integrar al hombre y al cosmos en un mismo ritmo. Esto es aplicable a cualquier alfabeto en sus inicios. «En tal sentido las virtudes de sus sonidos pueden despertar centros de energía cósmica». Por lo tanto las letras pueden ser «la llave del hombre iniciado para acceder a los planos cósmicos».<sup>8</sup>

Antes de que el hebreo originase la rica tradición cabalística que dejamos expuesta hubo, por tanto, otros alfabetos sagrados integradores de la energía cósmica. Es más, el alfabeto hebreo procede, en última instancia, de éstos. Por consiguiente antes de la Cábala hebrea hubo otras Cábalas, procedentes de alfabetos anteriores, que se han perdido. Del mismo modo otros alfabetos antiguos coetáneos del hebreo pudieron originar otras Cábalas. Por ejemplo el griego. De hecho, «Pitágoras fue iniciado en el misterio alfabético de los Dáctilos

y es posible que debiera a ellos su teoría de las connotaciones místicas de los números».<sup>9</sup>

Hoy se piensa que el alfabeto fue ideado por los pueblos cananeos, entre ellos los fenicios que son los que se han alzado con la gloria del invento, hacia mediados del segundo milenio antes de Cristo. De éstos pasó a los hebreos y a otros pueblos semitas y luego a los griegos, a través de los cuales alcanzó al resto del mundo mediterráneo.

Pero Estrabón, un autor nacido 63 años antes de Cristo, nos informa de que en la España de su tiempo los turdetanos sabían escribir y conservaban poemas y leyes en verso que tenían más de seis mil años de antigüedad. <sup>10</sup> Si estas obras estaban en verso, es evidente que tenían que basarse en algún tipo de escritura alfabética. Luego aquí tenemos un firme candidato a la invención del alfabeto, anterior, como mínimo, en 4.500 años al que nos propone la ciencia oficial, es decir, al fenicio. No obstante es posible que la ciencia oficial tenga razón. Que los cananeos inventaran el alfabeto hace casi cinco milenios del mismo modo en que Colón descubrió América en 1492. Es cierto que América pudo recibir visitantes europeos anteriormente, pero fue Colón el que divulgó en Europa la existencia del nuevo continente. Del mismo modo el alfabeto pudo ser inventado en la península Ibérica, pero fueron los fenicios los que divulgaron su uso.

Pero ¿por qué no se divulgó el alfabeto de la península Ibérica?

Una explicación puede ser que sus inventores lo utilizaran como medio de transmisión de conocimientos sagrados cuyo conocimiento y uso estaría restringido, por lo tanto, a unos pocos iniciados. De este modo su escritura no se confiaría a materiales duros, como la piedra o la arcilla cocida, sino a papiros, madera y otros soportes fáciles de *borrar* en caso necesario.

Los cananeos pudieron hacerse con este invento, o con la simple mecánica del invento, en uno de sus múltiples y bien documentados contactos con el sur de la península Ibérica. DeSPUEspudieron divulgarlo y explotarlo en provecho propio. Porque lo cierto es que en Canaán el alfabeto surge casi de pronto, sin apenas evolución previa, como sería lo normal.

Muchos siglos después, una forma de ese alfabeto de origen fenicio, abierto y comercial, arribaría a nuestras costas

y sería imitado y empleado por los pueblos ibéricos. Pero ésta es ya otra historia.

Son muchos los datos que parecen apuntar al origen ibérico del alfabeto. Una leyenda señala que el fenicio Cadmos, mítico inventor del alfabeto, recogió de España un sistema de escritura fonética. Luego fue a Grecia, llamado por el centro iniciático de Delfos, y acabó fundando Tebas. Desde esta ciudad se divulgó la nueva invención por toda Grecia. Otra leyenda griega señala a las Parcas como inventoras del alfabeto o de parte de él. Y ya vimos anteriormente que la morada de las Parcas se señalaba en el sur de España." A ésta cabría añadir la leyenda irlandesa que asegura que el alfabeto fue llevado a Irlanda por un heroe que procedía de España.<sup>12</sup>

Estas leyendas vienen a corroborar nuestra sospecha del origen occidental y, más concretamente, ibérico del alfabeto.

Pero más allá del testimonio de los antiguos, ¿cuál puede ser el origen del alfabeto?

Mircea Eliade señala que las fases de la luna dieron lugar a correspondencias complicadísimas. Sus relaciones con los signos del alfabeto llegan hasta los árabes. En efecto, entre babilonios y hebreos existen diez o doce letras que designan fases lunares. En un escolio de Dionisio de Tracia los sonidos del alfabeto se asimilan a las fases de la Luna: las vocales son la luna llena; las consonantes sonoras son los cuartos de luna y las sordas la luna nueva. <sup>13</sup> Es un hecho aceptado, pues, que el alfabeto tiene su origen remoto en el calendario sagrado y éste en las observaciones astronómicas.

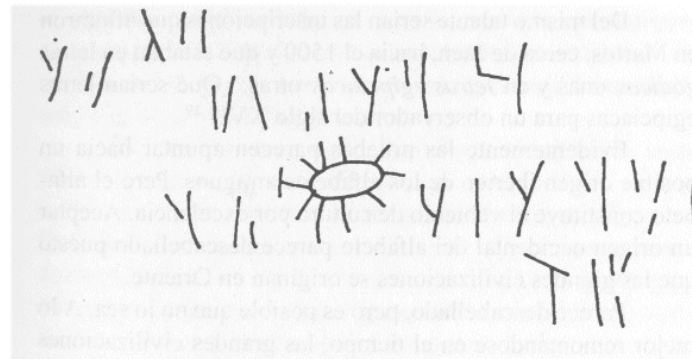
Si la Luna es, en última instancia, la inspiradora del alfabeto y la luna es la misma concreción celeste de la Diosa Madre, es evidente que el alfabeto tendrá, en su origen, un sentido sagrado y que además estará restringido al ámbito de los cultos matriarcales, será dominio de la Diosa Madre y de sus iniciados.<sup>14</sup>

Muchas leyendas y creencias antiguas vienen a corroborar esta idea. Si para los antiguos egipcios y griegos, de los que parece partir toda nuestra cultura, el Conocimiento procedía de Occidente y este conocimiento se transmite por medio de la escritura, es evidente que esta escritura también debería proceder de Occidente.

Los hallazgos arqueológicos apoyan esta conclusión. En distintos lugares del extremo Occidente se producen hallazgos

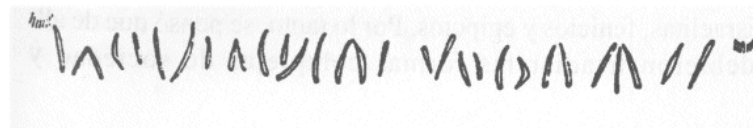
de escrituras indescifradas, quizá simples balbuceos o imitaciones de personas analfabetas que han visto la escritura sagrada de los iniciados e intentan imitarla torpemente como medio de alcanzar sus virtudes mágicas.

Mencionaremos, tan sólo, algunas inscripciones alfabéticas relacionadas con los santuarios de la Diosa Madre que venimos estudiando. La más espectacular de ellas se encontró a finales del siglo pasado en una tumba de la necrópolis del santuario de Santa Ana en Torre de Icampo, a pocos kilómetros de Jaén.<sup>15</sup> A otro famoso santuario matriarcal, al de la Virgen de la Cabeza, parecen pertenecer las misteriosas inscripciones de las llamadas *pedras letreras* de Sierra Morena, también en la provincia de Jaén, en unos parajes, no es casual, donde abundaron poderosos santuarios dolménicos de la antigüedad. La propia denominación de la Sierra *Morena* alude al negro color de la Diosa Madre ya la Virgen negra de Sierra Morena, Nuestra Señora de la Cabeza, se le llama *la Morenita*. Tomemos como ejemplo una de las inscripciones de estas *pedras letreras*, la de la finca los Conejeros vecina del santuario de la Cabeza. Está sobre una roca de 2,50 metros de alta por 3,50 metros de larga.<sup>16</sup>

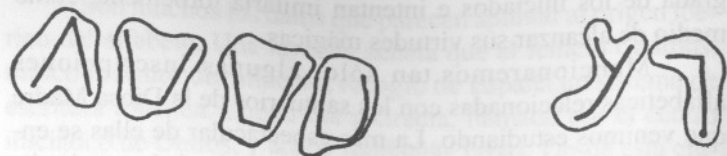


, Exceptuando el posible ideograma de la figura del sol, que se intercala en la tercera línea, el resto es evidentemente una escritura alfabética o su burda imitación.

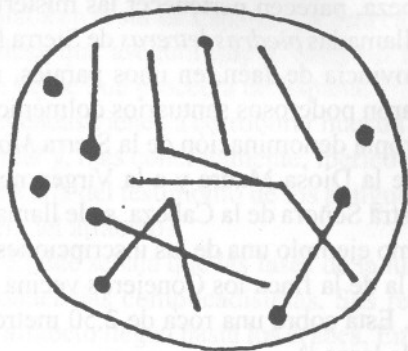
~etras parecidas a las de estas inscripciones son las del misterioso anillo de cobre que encontró Schulten en sus excavaciones en busca de Tartessos: <sup>17</sup>



Otros signos de esta índole se parecen más a los alfabetos orientales antiguos:<sup>18</sup>



En la misma categoría cabría clasificar la inscripción del misterioso sello de bronce de Montealegre:



Del mismo talante serían las inscripciones que afloraron en Martos, cerca de Jaén, hacia el 1500 y que estaban en letras *gódicas* unas y en *letras egipcias* otras. ¿Qué serían letras egipcias para un observador del siglo XVI? <sup>19</sup>

Evidentemente las pruebas parecen apuntar hacia un posible origen ibérico de los alfabetos antiguos. Pero el alfabeto constituye el vehículo de cultura por excelencia. Aceptar un origen occidental del alfabeto parece descabellado puesto que las grandes civilizaciones se originan en Oriente.

Parece descabellado, pero es posible que no lo sea. A lo mejor remontándose en el tiempo, las grandes civilizaciones históricas se nutren de la prehistoria occidental.

Tradicionalmente se ha venido aceptando que las primeras sociedades desarrolladas surgen en Oriente y, más concretamente, en el llamado Fértil Creciente o territorio comprendido entre los ríos Tigris y Eufrates, la región de Palestina y el Nilo. Allí se ubica, efectivamente, el solar de los grandes pueblos de la antigüedad: sumerios, babilonios, akadios, asirios, israelitas, fenicios y egipcios. Por lo tanto, se pensó que de allí debieron irradiar las formas complejas de sociedad y

conocimiento que hoy conforman lo que llamamos «cultura occidental». A este credo básico se llama «difusionismo».

El difusionismo es la visión tradicional de la Prehistoria respaldada por la arqueología del último siglo. O, por decirlo con las palabras de un prestigioso prehistoriador moderno, Colin Renfrew: «La presunción fue que las principales innovaciones de la Europa prehistórica fueron resultado de influencias del Cercano Oriente, traídas por oleadas emigratorias de aquellos pueblos o bien por contactos entre regiones adyacentes».<sup>20</sup>

Basándose en las teorías difusionistas, los prehistoriadores aseguraban que la arquitectura megalítica llegó a España desde el Este Mediterráneo.

Pero desde 1949 un nuevo procedimiento de análisis se incorpora al gabinete del arqueólogo: el análisis de radiocarbono o Carbono 14, en virtud del cual es posible calcular, con un mínimo margen de error, la edad exacta de cualquier vestigio vivo, por ejemplo un hueso o un trozo de madera. El perfeccionamiento de este sistema y la incorporación de otros tales como la dendrocronología, ha venido modernamente a dar al traste con todas las cronologías antiguas demostrando, por ejemplo, que «las culturas neolíticas tardías de España son mucho más antiguas de lo que se creía, bastante más antiguas que sus supuestos antepasados mediterráneos orientales».<sup>21</sup> Es decir, que si hubo difusionismo no fue de Oriente a Occidente sino más bien de Occidente a Oriente.

Esta nueva visión de la Prehistoria, considerada hasta hace unos pocos años revolucionaria, se abre ahora camino incluso entre los arqueólogos más aferrados al inmovilismo de las teorías tradicionales. Y precisamente al hilo de esta nueva comprensión de los fenómenos culturales de la antigüedad comenzamos a tener en cuenta algunos mitos y tradiciones hasta hace poco considerados meras fantasías sin la menor base histórica. Nos referimos a las distintas tradiciones que señalaban a Occidente y más concretamente al sur de España o a su entorno marítimo, como la cuna del Conocimiento.

La más famosa de estas tradiciones es, sin duda, la de la Atlántida. La noticia de la Atlántida nos llega a través del filósofo griego Platón.

Solón, el más sabio de los Siete Sabios de Grecia, había visitado la ciudad egipcia de Sais, en el delta del Nilo, y allí conversó con los sacerdotes del templo de Isis, la Diosa Madre

e?ipcia. En los archivos de este templo se custodiaban las islas de la Atlántida, una poderosa civilización que habita en el Extremo Occidente en una isla del Atlántico, nueve mil años antes de Platón. Los atlantes eran descendientes de Poseidón y eran metalúrgicos, ganaderos, agricultores y constructores. Pero «hubo unos terremotos espantosos y muchos cataclismos. En el espacio de un solo día y una noche terrible, la isla Atlántida se hundió en el mar y desapareció».22

Un cálculo somero realizado en 1938 reveló que se han escrito al menos mil setecientos libros sobre la Atlántida. En los últimos cuarenta años es presumible que esa cifra se haya cuadruplicado. De la Atlántida se ha dicho y se ha escrito de todo, unos en favor de su existencia real y otros en contra. Pero nosotros no vamos a analizar aquí si el relato de Platón tiene base real o si se trata de una fábula. Lo que es cierto, y no se puede rechazar, es que los sacerdotes de la Diosa Madre de Egipto estaban convencidos de que el conocimiento procedía del Extremo Occidente y que allí había existido una antigua civilización anterior a las del Cercano Oriente y matriz de todas ellas.

La otra gran civilización del Mediterráneo Oriental es la griega. También los griegos tienen su mito. Hércules, el héroe solar griego, viaja hasta el sur de España para cumplir dos difíciles trabajos: robar los bueyes del gigante Gerión y robar las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Estas Hespérides eran las hijas de Atlas: Hespértusa, la negra; Eritia, la roja y Egle, la blanca. Las manzanas que custodiaban eran el fruto del Conocimiento. El mismo sentido tiene la manzana prohibida que Eva ofrece a Adán en el paraíso.

En cuanto a los fenicios y los hebreos, ya hemos visto cómo Hiram y Salomón envían sus barcos a Tartessos, que es el Sur de España, en busca de refinados productos y metales.

Los historiadores antiguos parecen apoyar estos mitos. Nos dan noticia de la existencia de un poderoso reino en el sur de España. Durante mucho tiempo Tartessos, el Tarsis bíblico, resonará en los oídos mediterráneos como sinónimo de abundancia y riqueza, será el país de la plata y del oro regido por Argantonio, el rey venerable, longevo, hospitalario y generoso.

Vemos que los mitos y fuentes históricas antiguas coinciden en señalar la existencia de una civilización en el extremo

Sur de Europa que es fuente de riqueza y conocimiento, de una civilización desde luego superior a la suya.

¿Qué habíamos averiguado hasta este punto?

El secreto de la Mesa de Salomón es que contiene las claves para deducir el Nombre del Poder, es decir el verdadero nombre del Dios primordial de la Creación. Este nombre es la fórmula de la sabiduría absoluta que, a su vez, entraña el poder absoluto.

El Nombre del Poder y la Cábala, que lo tiene por último objetivo, se basan en los mecanismos del alfabeto sagrado. Este alfabeto procede de Occidente y más concretamente del sur de España. Era el secreto celosamente guardado de los santuarios de la Diosa Madre.

Después de muy diversos avatares históricos, la Mesa de Salomón, formulario del Nombre del Poder, regresó a uno de estos santuarios, el del Dolmen Sagrado de Jaén. Pero regresó en la Edad Media, miles de años después de que el santuario perdiese vigencia.

En los capítulos siguientes nos ocuparemos de demostrar que el santuario seguía vigente en la Edad Media y aún después.

~



## CIERTAS VÍRGENES NEGRAS

Aunque el principio solar, patriarcal, acabó imponiéndose a lo largo del segundo milenio antes de Cristo, la Diosa Madre continuó existiendo tenazmente. Por todo el ámbito mediterráneo la encontramos bajo diversas advocaciones locales: Isis, Astarté, Tanit, Rhea, Cibele o la Virgen María.!

Aunque el patriarcado la relegó a un papel muy secundario, la mujer, lógicamente, se resistió a ser anulada. Los principios lunares acabaron suscitando sospechas y fueron sistemáticamente desprestigiados por el clero de la religión solar. Muy pronto los relacionaron con la hechicería y con el mal.

La institución y los dioses del patriarcado, ya universalmente impuestos, eran contestados a nivel familiar y local. La tradición matriarcal mediterránea había sido tan fuerte que no podía suceder de otro modo. A la sombra de un dios masculino, inflexible y absoluto fue medrando el principio femenino de la Sabiduría. *Sofía*, sabiduría en griego es palabra femenina. Para alejarla de toda sospecha se le dio carta de naturaleza como sabiduría de Dios y más adelante el Cristianismo la asimiló a la Virgen María. De este modo el culto a la Diosa Madre y su Hijo perduro -y aún perdura- en el Cristianismo en forma de mariolatría. Bajo esta forma alcanzó su máxima difusión en la Europa medieval. Así fue cómo por los intrincados vericuetos de la historia humana aquellas ostentosas figuras de las *venus* paleolíticas, que representaban principios de fecundidad, vinieron a transformarse en las diminutas imágenes de nuestras Vírgenes Negras medievales, algunas de las cuales todavía atraen a sus fieles a los antiguos santuarios del culto lunar hoy sustituidos por ermitas o iglesias. En cuanto a la Serpiente que acompañaba a la Diosa Madre su suerte fue peor puesto que pasó a ser el Demonio del Cristianismo. El Rey Sagrado, por su parte, aquel que se sacrificaba según el mito antiguo, se transformó en distintos mártires cristianos, especialmente san Sebastián.

¿Cuántas advocaciones de «Nuestra Señora» existen hoy en España? Sin duda muchos miles. No sólo cada pueblo tiene la suya sino que es frecuente que haya enmitas campestres no adscritas a población alguna sino a lugares sagrados precristianos. El nombre de la Virgen, en sus distintas advocaciones, suele imponerse a las mujeres de su jurisdicción. Ellas son, de un modo muy especial, sus fieles adoradoras. Son pervivencias del culto lunar que se resiste a morir.

Esta multitud de Vírgenes que pueblan nuestra geografía no son otra cosa que *obosoms* de la Diosa Madre. Llamamos *obosom* a la manifestación de la fuerza vital de la divinidad en un objeto visible. El *obosom* es la plasmación concreta, material, de un principio abstracto. Tiene un nombre personal, próximo, íntimo y familiar, que el creyente puede invocar en su oración. Todas las imágenes son trasunto de la Virgen, y el clero se esfuerza por recordar su identidad esencial, pero las devotas -¿qué es de extrañar si en el fondo se trata de un culto femenino y matriarcal?-no le rezan a la Virgen en abstracto: le rezan a la Virgen de la Macarena o de Montserrat o a la de Covadonga. Puede haber incluso pugnas entre devotos de distintos *obosoms* sobre las excelencias de sus respectivas advocaciones.<sup>3</sup>

Ahora vamos a ocuparnos de las Vírgenes que suceden en toda la Cristiandad a las últimas versiones paganas de la Diosa Madre, es decir, a todas aquellas Isis, Tanit y Astarté de los cultos mediterráneos en los albores de nuestra Era.

Entre los siglos XI al XIII triunfa en toda la Cristiandad, pero especialmente en el Occidente de Europa, un repentino fervor hacia la Virgen María. Por doquier se adora a Nuestra Señora en detrimento del culto debido a Jesucristo y a sus santos. Prosperan por todas partes los santuarios marianos, que en la época inmediatamente anterior habían llevado una existencia mucho más discreta y en ocasiones casi apagada. A estos tiempos suelen hacer referencia las leyendas de apariciones de imágenes de Nuestra Señora dentro de campanas, cuevas o troncos de árboles. Estas leyendas intentan atestiguar un origen mucho más antiguo para sus veneradas Vírgenes. Algunas imágenes incluso aspiran a ser verdaderos retratos de la Madre de

Cristo copiados del natural por las manos artesanas de san Lucas.

La realidad es muy distinta. Estas imágenes son, todas ellas, copias de una serie de modelos bizantinos de la *Agia Theotokos* o Santa Madre de Dios, que estaban rígidamente codificados en sus más mínimos detalles desde siglos atrás por las autoridades religiosas de Constantinopla. De estos modelos los más importantes son:

La *Kiriotissa* o Trono de la Sabiduría. Esta Virgen simboliza el Trono de la Sabiduría divina, representada por el Niño que sostiene directamente sobre su regazo. El Niño está de espaldas a la madre, que mantiene las piernas abiertas en la actitud del parto. Jesús descansa sobre el vientre de la madre. La indicación del ámbito femenino donde crece el infante enlaza directamente con los orígenes del culto a la Diosa Madre, y viene a ser la versión cristiana de la concavidad del dolmen sagrado donde reposa el Huevo primordial que es la Piedra.

Esta relación viene corroborada por otro arquetipo de Virgen bizantina, el de la *Blanquenitissa*, derivada de un icono que existió en la capilla del palacio de Blanquernas. En ésta el vientre materno estaba claramente indicado. Tenía los brazos levantados de las parturientas y en su seno, dentro de un círculo que representaba al Huevo primordial, se dibujaba el Niño. De este modelo se derivaron todas las Vírgenes de la Expectación, Vírgenes de la O y Vírgenes Inmaculadas de Occidente, en las que observamos que el vientre constituye el motivo central de la imagen.

De la *Kiriotissa* o Trono de la Sabiduría se derivan todas las imágenes románicas de Occidente. La ausencia de comunicación entre la Virgen y el Niño no se debe achacar a la torpeza de los tallistas sino al deliberado propósito de diferenciar a dos personas haciendo de la Virgen un simple soporte, un trono de la Sabiduría. Todavía la Virgen no es la madre de inspiradora de ternura de la época siguiente. Es, simplemente, un principio abstracto, es la Sabiduría, la *Sofía*, y a ello se debe que sea Negra.

Porque todas estas Vírgenes son, cosa extraña, negras. Vírgenes Negras en unos santuarios cuyos fieles no han visto

en su vida a un negro y en muchos casos ni siquiera saben que existen. Evidentemente, el color negro de estas imágenes no intenta reducir el tono de la piel de la madre de Jesucristo. Se trata, simplemente, de un color emblemático. En el Jeroglífico medieval, el negro es el color de la sabiduría porque la raíz de las palabras árabes *negro* y *sabio* es idéntica y, para la Cristiandad occidental de los siglos XI al XIII, los musulmanes son sabios. Ellos representan el Oriente, tan superior en conocimientos y cultura a Occidente.

Pero estas Vírgenes son negras por más antiguas razones. La primera y principal porque éste es el color de la alegórica esposa de Dios en el *Cantar de los Cantares*. Recordemos esta composición que es, en su forma externa, un sublime poema de amor y, en su lectura secreta, el testamento cabalístico de Salomón. Empieza así:

*Soy negra pero hermosa  
hijas de Jerusalén...*

El equivalente indio de la Diosa Madre es la diosa Kalí. Curiosamente la palabra *sánskritakdla*, con la que parece relacionarse el nombre de la diosa, significa negro. Y todavía existe otra palabra relacionada con la misma raíz: *caló*, que es la que utilizan los gitanos para nombrar a su raza. No es coincidencia, puesto que los gitanos proceden de la India y en su primera aparición en Occidente se relacionaban de algún modo con los ancestrales cultos de la Diosa Madre. Aún hoy Sara la Negra, la críptica Virgen de Santa María del Mar, en Provenza, es la Virgen de los gitanos.

La negrura es, pues, un elemento fundamental de la Virgen iniciática. En ocasiones su nombre primitivo era simplemente «la Negra» como en el caso de la mentada Sara de los gitanos o en el de la Virgen de Fuensanta de Martos, a veinte kilómetros de Jaén. La fuente que mana junto a su ermita se llamaba todavía en el siglo XVIII «de la Negra». Curiosa pervivencia de la primitiva denominación de la Diosa tutelar.

Pero regresemos a los modelos bizantinos de Nuestra Señora. El segundo prototipo, que llega a Occidente algo más tarde que el anterior, es el de la *Odegitria*. Ésta tiene al Niño

sentado sobre su pierna izquierda y lo señala con la mano derecha. De ahí su denominación: *Odegitria*, «la que señala el camino de la Salvación», es decir, a Cristo. Por cierto que en esta imagen el Niño suele sostener una esfera en la mano izquierda. La explicación tradicional es que esta esfera representa al mundo. Más probable es que se trate del Huevo primordial de la Creación. Creación que, ya hemos visto, según la Cábala, depende del Conocimiento. Por este motivo otras veces lo que lleva el Niño en la mano es una manzana. Recordemos que la manzana es el símbolo del Conocimiento, es lo que Hércules busca en el occidental jardín de las Hespérides. Y, a veces, el Niño no lleva esfera ni manzana sino flor, con idéntico sentido.<sup>6</sup>

Esta *Odegitria* anuncia ya un tercer modelo de Virgen en el que se establece plena relación efectiva entre el Hijo y la Madre. Nos referimos a la *Theotokos* o Virgen Madre que tiene al Niño a su izquierda en actitud de bendecir mientras que ella le ofrece una flor o una manzana. Indicación de que, a pesar de la actitud maternal, la Virgen sigue siendo el vehículo de la Sabiduría divina, de la *Sofía*.

Finalmente cabe señalar otros dos prototipos: la *Galactotrofusa* y la *Glicoflusa*. La primera es la Virgen de la Leche, la que amamanta al Niño, modelo que tiene su prototipo en un icono caiota que, a su vez, se inspiró en la tradicional imagen de Isis amamantando a Horus. Ésta se había transmitido, sin apenas cambios, en la estatuaria egipcia desde los tiempos de los faraones. Lo que viene a confirmar el estrecho vínculo existente entre la Virgen medieval y sus antecesoras paganas.?

La ternura de la *Galactotrofusa*, de la Virgen que amamanta, es engañosa puesto que esa leche que da al Niño sigue siendo la imagen de la Sabiduría, la misma cualidad que la parturienta *Kiriotissa* quería sugerirnos con su hieratismo. Tan sólo ha cambiado el medio. El mensaje sigue siendo el mismo: la Virgen es el manantial de la Sabiduría Divina, sea porque asienta a Dios en sus entrañas, sea porque le ofrece la leche del Conocimiento.

La sabiduría medieval estuvo en manos de los benedictinos. Hubo entre ellos muchos iniciados que impulsaron la Cábala cristiana, entre los que cabría citar primero a san Ber-

nardo que pasó mucho tiempo consagrado a la actividad típicamente cabalística de desentrañar el oculto sentido del *Cantar de los Cantares*. Pues bien, su leyenda medieval nos explica que en una ocasión la Virgen Negra se apretó el pecho para que tres gotas (de nuevo el número tres con relación a esta Virgen), fueran a caer en los labios de su devoto. Evidentemente, san Bernardo recibe de la Virgen la sustancia del Conocimiento, es decir, la iniciación en los secretos de la Diosa Madre.

A partir del siglo XI, como queda indicado, una invasión de modelos bizantinos de Nuestra Señora viene a instalarse en los antiguos santuarios de la Diosa Madre. Sería prolijo citar los dólmenes y subterráneos sagrados que pasan a ser iglesias o ermitas consagradas a Nuestra Señora en sus más variadas advocaciones. Algunos santuarios franceses han sido objeto de recientes estudios, entre ellos los de la catedral de Chartres y los de Clermont, Guincamp, Marsella, Saint Michel, Rocamadour. En España este trabajo está por hacer. No obstante, por vía de ejemplo citaremos los casos de las Vírgenes de Abra, san Esteban de Briteiros (la piedra formosa), Nuestra Señora de la Barca (la piedra abaladoirau oscilante), el de Santa Cruz en Cangas de Onís,<sup>9</sup> y el dolmen sagrado de la catedral de Jaén en el que ya, sin más dilación, invitaremos a penetrar al amable lector.

## TRES PIEDRAS EN LA CATEDRAL DOLMÉNICA

Donde ahora se alza la Catedral de Jaén existió, en los tiempos del matriarcado, un santuario donde se rendía culto a la Diosa Madre en su triple advocación.

Los hallazgos arqueológicos de la región corroboran la gran importancia que este santuario tuvo desde épocas remotas y la continuidad del culto a la Diosa Madre en aquel lugar. Bástenos citar la ya mencionada *venus* de Torredelcampol o la de Otñar o la Astarté de Cástulo.

Los peregrinos y devotos, algunos de ellos llegados de lejanas tierras tras afrontar fatigas y peligros, accedían al santuario por tres entradas diferentes. El peregrino escogía una u otra según el aspecto de la divinidad que convenía a su devoción particular o a su fraternidad, hermandad o clan.

El santuario era un gran dolmen rodeado de otros dólmenes votivos de menor entidad.

¿Por qué un dolmen?

El dolmen es la imagen de la caverna. Las cavernas son lugares sagrados, lugares donde, en palabras de Jung, «lo numinoso se produce o es acogido». <sup>2</sup> El dolmen es la alegoría de la Diosa Madre. Quizá respondan «al intento de reproducir en el escenario y la escenografía de la procreación húmedos y angostos túneles de acceso a la celda uterina rematada por Cúpula». <sup>3</sup>

Dentro del Dolmen Sagrado, en su soterrada cavidad uterina, a la débil luz que se filtraba del exterior, se podía columbrar la forma imprecisa de tres grandes piedras esféricas

que estaban a la Diosa. También había un manantial que brotaba entre las piedras, en el centro mismo del dolmen. Es posible que el agua se derramase en tres regatos distintos que saldrían al exterior por los tres caminos de acceso. El camino del Toro era ascendente. El color de su fraternidad era el negro. Los caminos de las fraternidades blanca y roja eran descendentes. Por

todas partes en el exterior del dolmen, sobre el collado artificial que lo cubría, sobre los árboles sagrados, a lo largo de los caminos de acceso, sobre las chozas y sobre los cielos se espesaba la neblina azulada de miles y miles de golondrinas, grajos y vencejos, las aves sagradas de la Diosa Madre protegidas y alimentadas por los devotos y peregrinos. A estas aves se ofrecían los frutos de la tierra y unas tortas votivas hechas de harina cocida en las que se dibujaban los emblemas de las fraternidades. Estas tortas de harina se adornaban a veces con un huevo. Esta tradición perdura aún hoy en Jaén. En la vigilia de Navidad es tradicional comer sopa de huevo.<sup>4</sup> No olvidemos que la Navidad es, antes que cristiana, una festividad pagana, la del solsticio de invierno, correspondiente a las saturnales romanas, en las que se exaltaba la fecundidad. En el Jaén medieval, un ilustre iniciado, el condestable Iranzo, organizaba en fechas señaladas combates rituales de huevos y los lunes de Pascua repartía hornazos al pueblo. El hornazo, tradicional aún hoy de la Pascua, se remonta a aquella torta con huevo del santuario dolménico. El huevo es símbolo universal de generación y de vida. Esto explica que aparezcan huevos de distintas aves, incluida la exótica avestruz, en algunas tumbas de corredor de Jaén y la vecina Guardia.<sup>5</sup>

Los peregrinos accedían al dolmen por la puerta de su fraternidad pero, en cualquier caso, el camino que luego recorrían era el mismo. Por tres veces habían de entrar y salir del dolmen. El dolmen constaba de ocho grandes monolitos verticales que servían de soportes a la impresionante techumbre: una gran losa horizontal. Los ocho soportes habilitaban otros tantos huecos intermedios por los que una persona podía entrar o salir. Cada dos soportes señalaban una puerta de entrada iniciática. Los espacios siguientes, a uno y a otro lado, quedaban invalidados, pues una misma piedra no podía servir de dintel a dos puertas contiguas. Por lo tanto tres puertas ocupaban seis piedras. ¿Y las dos restantes? Las dos restantes constituían una cuarta puerta, pero ésta no era de entrada sino sólo de salida y era común para los peregrinos de cualquier fraternidad que hubiesen completado el recorrido iniciático en el interior del dolmen y hubiesen bebido agua de la fuente.

De este modo quedaba establecida la unidad fundamental de la Diosa a pesar de sus diversas advocaciones trinitarias. El peregrino accedía, por la puerta de su fraternidad particular, pero

luego había de entrar y salir por las puertas de las otras fraternidades y su camino iniciático se confundía con los caminos de los miembros de las otras fraternidades. Finalmente la puerta de los Iniciados, la cuarta, era común para todos. Todos eran hijos de la Diosa Madre y aquel acto los hermanaba.

La fraternidad del Negro tenía como símbolo el Toro; la del Rojo tenía como símbolo el Arco; la del Blanco tenía como símbolo el Agua. Algunos vestigios de las ceremonias particulares de cada una de estas fraternidades deben de haber perdurado en el folklore de la ciudad moderna. Por ejemplo, en el Jaén medieval los ballesteros, descendientes de la fraternidad del Rojo, tenían por patrón a san Antón y celebraban la fiesta del santo haciendo grandes hogueras. El condestable Iranzo, uno de los iniciados de la lista de la Cava, quemaba cera en honor del santo. La hoguera simbolizaba a la fraternidad del Rojo. Además su origen matriarcal y agrícola queda de manifiesto en los muñecos que se asocian a la fiesta de san Antón.<sup>6</sup>

.. Pero regresemos al santuario y acompañemos a un peregrino de cualquier fraternidad. Escogemos a uno de la del Negro. Penetra en el dolmen por la puerta Negra y sale por la Blanca, vuelve a entrar por la puerta Roja y sale de nuevo por la Negra. A continuación penetra por la Blanca y pasa al centro del dolmen. Allí, entre los tres monolitos esféricos, está la fuente. Después de beber agua y cumplir sus ritos en el manantial sagrado, el peregrino sale por la cuarta puerta, la de los iniciados. En su recorrido ha descrito una curiosa figura geométrica: tres arcos de circunferencia que se cortan y forman, en su trayecto: "una por el interior del dolmen, un triángulo esférico. Este triángulo encierra las tres piedras de la diosa y la fuente sagrada. Es un recorrido preciso que tiene relación con el laberinto iniciático de otros santuarios similares del mundo mediterráneo y con el Nudo de Salomón, ese enigmático emblema que marca todavía las portadas de algunas casas del barrio de la Magdalena.

El fundamento de este rito descansa en una forma de culto más arcaica que consistía en que el iniciado diera la vuelta a la Piedra sagrada para contemplarla en todas sus facetas. Artemidoro nos transmite el testimonio de un santuario en el que «se ven de trecho en trecho y de tres en tres o de cuatro en cuatro unas piedras a las que dan la vuelta los que se allegan al lugar siguiendo una costumbre propia del país».<sup>7</sup>

Los que salían por la puerta de los iniciados recorrían un tramo serpenteante de poco más de un kilómetro de longitud, jalonado de piedras votivas, que los llevaba a un gran manantial «tan recio como el cuerpo de un buey», cuyas aguas brotaban impetuosamente del costado de la montaña, en medio de un bosque sagrado.

A lo largo de este camino se establecía una serie de estaciones cuyo sentido explicaban a los recién llegados las sacerdotisas y los bardos. Había un altar de sacrificios, el Peñón de Uribe, donde, cada cierto tiempo, se inmolaba al Rey Sagrado. Después de cumplir una serie de ritos a lo largo de este camino, se accedía al manantial donde estaba el oráculo y allí se recibía la respuesta de la Diosa Madre, la dispensadora de fecundidad y bien.

Cuando los pastores patriarcales llegaron al santuario, expulsaron a las sacerdotisas del Dolmen Sagrado e intentaron desarraigar los cultos. Pero todo fue en vano. Pasado un tiempo se llegó a una solución de compromiso. Volvieron las sacerdotisas y la religión matriarcal perduró bajo las nuevas formas del patriarcado. Pero los sucesivos colonizadores patriarcales -los pueblos históricos- no sólo aportaron divinidades solares. A veces llegaban influidos por los persistentes principios lunares, por las diferentes Diosas Madre del ámbito mediterráneo. Los romanos, por ejemplo, aportaron los cultos de Isis que tan sólo se superpusieron a los más antiguos de Tanit o Astarté llegados poco antes con fenicios y cartagineses. El terreno estaba abonado.<sup>8</sup>

Desde entonces han transcurrido milenios. Las religiones patriarcales se han sucedido en aquel lugar. Han acabado por hacer suyo el santuario. Cultos solares de Iberia, el paganismo grecorromano, el primer Cristianismo, el Islam, el Cristianismo castellano de los conquistadores, han incidido sucesivamente erosionando y apagando los ritos matriarcales del Dolmen Sagrado. Pero a pesar de ello, la Diosa Madre se aferra tenazmente a su santuario.

#### *Dólmenes y campanas*

Llamamos *dolmen* al monumento megalítico consistente en una losa horizontal sostenida por una serie de piedras verticales. La palabra es de origen bretón y significa «mesa». Su uso, que han extendido los arqueólogos, es bastante reciente.

Pero los dólmenes abundan en muchos lugares fuera de la Bretaña francesa. ¿Cómo llamaban a los dólmenes los campesinos de estos lugares?

A distintas regiones y a distintos idiomas corresponden distintas denominaciones: *mesa, caja, tumba de gigante, horno, cueva* e incluso *campana*.

En tierras de Jaén el dolmen recibía el nombre de *campana*. Es posible que el dolmen pareciera comparable a la sólida oquedad de la campana. En las aparentemente simples denominaciones que dan los campesinos al mundo de su entorno suele haber mucho sentido común. Quizá las primeras campanas les parecieran instrumentos destinados a emitir vibraciones mágicas. Desde luego estaban convencidos de que los dólmenes las emitían puesto que, efectivamente, se asociaban a las corrientes telúricas. El caso es que dólmenes y campanas fueron objetos cargados de significado religioso.<sup>9</sup>

Si echamos mano de documentos medievales y tradiciones, la relación de identidad dolmen-campana se confirma. La imagen de la Virgen de la Cabeza, cuyo santuario en Andújar es el más famoso de Andalucía oriental, fue hallada en 1227 en la *conca de dos peñas, junto a una campana*.<sup>10</sup> La campana es el dolmen, las dos peñas pueden ser las *cabezas* o monolitos esféricos que, con la propia Virgen completaban la tríada de Diosas Madre, según después veremos.

La otra gran Virgen del Jaén medieval, la de la Coronada, se encontró hacia 1270 *bajo una campana* extramuros de la Puerta de Martos.<sup>11</sup> La Virgen del Collado, patrona de Santisteban del Puerto, se encontró también *en el interior de una campana enterrada*.<sup>12</sup> La Virgen de Fuensanta de Martos se encontró en una «caxa de piedra» donde, según la tradición medieval, la habían enterrado los mozárabes en 894.<sup>13</sup> Una antigua calle del Jaén medieval, situada en el camino iniciático que iba del Dolmen Sagrado al manantial de la Malena, se llamaba *campanas de Santiago* unas veces y *horno* de Santiago otras. *Horno* y *campana* son dos denominaciones del dolmen. Era lugar sagrado y allí se instituyó la Cofradía de Sant~ los Caballeros. Volveremos sobre este lugar y sobre estas denominaciones.<sup>14</sup> Otra Virgen iniciática, la de la Consolación, se encontró en 1458 a dos kilómetros de Torredonjimeno, cerca de Jaén, en lo que sus primeros devotos describieron como una *cueva*.<sup>15</sup>

yernos pues que, según la tradición, las negras y diminutas Imágenes medievales de la Virgen de esta tierra se descubren todas dentro de *campanas o cajas o cuevas*, es decir, de dólmenes.

Al lado de la Catedral de Jaén y por su costado norte discurre la calle de las Campanas, la calle de los dólmenes. En época medieval se abría en ella una monumental entrada a la ciudad llamada Puerta de Santa María, la puerta de la Virgen.

La Catedral descansa sobre el collado del Dolmen Sagrado. Antes de la llegada de curas y cabildos era ya un espacio sagrado. Lo había sido durante milenios. Nada tiene de extraño que en aquel lugar se establecieran sucesivamente un templo pagano, una mezquita musulmana y una catedral cristiana. Pero dólmenes y santuarios abundan en la región. Son las ermitas de hoy. En algunos casos la insistente actividad constructora de los devotos ha acabado por destruir o modificar el antiguo dolmen y su espacio sagrado, pero otras veces esta relación se conserva. Si hacemos una excursión a Río Cuchillo y buscamos el lugar donde fue ermitaño fray Juan de la Miseria, el animoso carmelita que pintó a santa Teresa, encontraremos un dolmen --ésta era su cueva-- sobre el que luego se construyó una casa que ya se arruinó.

Pero son tantos los dólmenes, cuevas y peñas sagradas de esta región de ermitas que intentar mencionarlos sería cosa de nunca acabar. Regresemos al Dolmen Sagrado. Hay una hipótesis fundamental que los datos que exponremos después corroboran: el dolmen de la catedral de Jaén fue el más importante santuario de la Diosa Madre en la región.

El apresurado turista que hoy llega a admirar la catedral, obra maestra de Andrés de Vandelvira, repara en seguida en que el templo ha sido ideado como santuario de una reliquia singular: el Santo Rostro. Se trata del lienzo con el que, según la tradición, una piadosa mujer, la Verónica, enjugó el rostro de Cristo cuando lo llevaban con la cruz a cuevas camino del Calvario. El rostro atormentado, manchado de sangre y de sudor de este Rey Sagrado quedó plasmado sobre el lienzo.

Cristo es un Rey Sagrado y la piadosa intervención de la mujer Verónica, más importante aún que el propio Cristo en

el culto primitivo de este santuario, revela un compromiso entre la Diosa Madre titular y el nuevo Dios del Trueno que traen los conquistadores patriarcales. ¿Debe extrañarnos, pues, que el más venerado Cristo de San Francisco, junto a la catedral, fuese precisamente llamado «el Cristo del Trueno»?

### *Blanco, Negro, Rojo*

En el coro de la Catedral de Jaén aparecían tres Vírgenes que sostenían tres piedras esféricas. En el camino de Damasco, donde Saulo recibía la revelación divina, había tres piedras esféricas. Luego en el santuario del Caño Santo, en la catedral de Jaén, hubo tres Vírgenes.

La Diosa Madre se adoraba en muchos lugares en forma de trinidad. Una trinidad que, al propio tiempo, era una e indivisible, al modo mágico de algunas religiones más tardías, incluida la cristiana.

La trinidad de la Diosa Madre se explicaba mejor considerando los tres aspectos de la Luna que constituye, como vimos, el primer símbolo universal del matriarcado y su fuente de inspiración primera. Había una luna *nueva* que era el crecimiento, otra *llena* que recordaba el amor y la batalla y una tercera *negra o vieja*, la de la muerte y la adivinación. A la primera se asimilaba el color blanco, a la segunda el rojo y a la tercera el negro; <sup>16</sup> Éstos son los tres colores que la luna adopta en su deambular por el cielo.

En sus asociaciones agrícolas la luna blanca era la cultivadora, la roja la segadora y la negra la aventadora.<sup>17</sup> En su proyección femenina, la luna blanca es la doncella, la Primavera; la roja es la mujer, el Verano y la negra es la bruja, el Invierno.<sup>18</sup>

El color de la vida era el de la sangre, el del amor y la batalla, es decir, el rojo.<sup>19</sup> Por eso se teñían de rojo los cadáveres, para que prolongasen su vida en la de ultratumba. Éste era también el color del Rey Sagrado, el amante de la Diosa Madre de ~tmadp al sacrificio.<sup>20</sup>

En las antiguas lenguas ibéricas, *rojo* se decía *gor*. En vasco se dice *gorri*. El color sagrado de la vida pervive en muchos topónimos de raigambre ibérica: Calahorra, Ilíberis, por ejemplo.

No es casual que en los campos de Gor-gorafe, en el Guadiana Menor, se hayan encontrado tantos dólmenes. Todo está relacionado. Tampoco es casual que el mítico rey que enseñó la agricultura a los pueblos ibéricos fuese Gargoris. Sería un Rey Sagrado o *el Rey Sagrado* por excelencia, en los lejanos días del matriarcado.

En los tiempos de Cáncer, (es decir, en la era heraclea del 8750 al 6600 antes de Cristo),<sup>21</sup> Hércules, el héroe solar vino a Occidente, a España, en busca de manzanas del jardín de las Hespérides.

La manzana es el símbolo universal del conocimiento, de la iniciación. Es la imagen evolucionada de la esfera de piedra. En su camino, Hércules pasó por Martos y dejó un santuario al pie de la peña. Así, como en Calpe, la montaña se hace betilo del héroe solar, su menhir sagrado, el monolito de su fundación.

Volvamos a las manzanas de las Hespérides. La historia es bien conocida: Gea, la Tierra, dio las manzanas maravillosas a Hera como regalo de boda y encomendó su vigilancia a las tres Hespérides, hijas de Atlas y de la Estrella Vespertina. Las Hespérides vivían en el Océano y eran de diferente color: blanca, roja y negra.<sup>22</sup> Ya tenemos aquí los familiares colores de la luna.

Las Hespérides no son sino los tres aspectos de la Diosa Madre en cuyo jardín o espacio cultivado estaban las manzanas de oro, símbolos del conocimiento, de la regla, de la fórmula del saber. Llega Hércules y les arrebató sus secretos y todo ello ocurre en los tiempos del neolítico, de la revolución agrícola. Por consiguiente aquellos míticos secretos eran, en su versión más antigua, los referentes a la agricultura.

Naturalmente los tres aspectos de la Diosa Madre se proyectarán en el Cristianismo en la forma de las tres Marías. «Los coptos incluso se atrevían a combinar las tres Marías, que eran espectadoras de la crucifixión, en una sola persona con María Cleofás, la Virgeny María Magdalena».<sup>23</sup> En Arlés (Provenza) sobrevive aún hoy el culto a la tríada de diosas. Los gitanos veneran a las «tres Marías del mar» a las que a veces agregan Marta y Sara para formar un revelador quinteto.<sup>24</sup> En la ermita de Piedras Santas, patrona de Pedroche (Córdoba), también se venera a tres Vírgenes.<sup>25</sup> Son pervivencias del culto a las tres Marías que todavía era firme

en el Jaén del siglo XVI, cuando una devota encargó ponerlas en su capilla funeraria.

En el Dolmen Sagrado de Jaén había un santuario de la Diosa Madre en su triple aspecto. Cada color --blanco, rojo, negro-- tenía su puerta y su camino. Estas puertas sagradas perduraron, como veremos más adelante, cuando la Catedral vino a sustituir al dolmen.

El Negro era el color de la fraternidad del Toro, posiblemente la que llegó a ser más importante. La calle del Toro era precisamente la que en época medieval seguía el trazado que lleva hoy la puerta del Perdón de la Catedral. Es la actualmente llamada Calle del Obispo.<sup>26</sup> En un documento fechado en 1534 se menciona un lugar denominado «corral de los Toros» lindante con la casa del Deán, frente a la actual Catedral.<sup>27</sup>

La fraternidad del blanco dejó su recuerdo en el nombre de una torre de la vieja muralla musulmana, que se estableció cerca de la entrada correspondiente del Dolmen Sagrado. Se trata de la torre del Alcotán o torre del algodón.

Finalmente la fraternidad del rojo quedó conmemorada por la *famosa puerta bermeja*, que era la que comunicaba la primitiva Catedral con su claustro.

Más persistentes que la memoria de los hombres, más persistentes incluso que la misma piedra, las aves sagradas de la Diosa Madre vuelven cada primero de marzo a la catedral dolinénica. Bandadas y bandadas de golondrinas, grajos y vencejos llegan al templo y lo invaden, se cuelan por sus desvanes y galerías altas, se refugian en las molduras barrocas de la fachada, arman sus nidos en aleros y galerías y remueven cada año la desesperación del cabildo que no sabe ya qué medidas tomar para que las negras aves abandonen la extraña querencia del templo. Lo han probado todo, desde terroríficos espantapájaros a cebos envenenados, pero el ciego instinto milenario hace que las aves de la Diosa persistan en su tozuda cita anual con el lugar del santuario.

Pero esto que ocurre en la catedral de Jaén no es excepcional ni único. Hace miles de años hubo otros santuarios de la IJiO Sa. Madre donde se daba el mismo fenómeno. Algunos de ellos incluso perduraron, disfrazados como éste, hasta hace poco tiempo. Por ejemplo el del Cabo de San Vicente. Estrabón lo denomina *cabo Sagrado*. También habla de él Artemidoro que lo visitó personalmente hacia el año 100 antes de Cristo. En



aquel santuario el recinto dolménico sagrado contenía unas piedras sobre las que los devotos hacían libaciones de agua.<sup>28</sup> En la época musulmana el antiguo santuario de la Diosa Madre se había transformado en un lugar de culto que era, asombra decirlo, monasterio cristiano y mezquita musulmana. No es que hubiera una mezquita aliado del monasterio. Es que monasterio y mezquita eran una misma cosa. El santuario estaba dedicado a san Vicente, pero es evidente que aquel curioso ejemplo de hermandad y fusión de dos creencias de ordinario enfrentadas a muerte, se basaba en un convencimiento muy anterior a las creencias mismas y al propio san Vicente tutelar cuyas reliquias se veneraban allí. Como dice Hagerty, «en el monasterio-mezquita de san Vicente se encerraba el secreto mismo de al-Andalus».<sup>29</sup>

Pues bien, en aquel santuario, que finalmente destruyeron los fanáticos almorávides, habitaba una bandada de cuervos que revoloteaban sin cesar por encima de la cúpula. Se decía que habían llegado a Valencia siguiendo a las reliquias del santo. En cualquier caso nunca se apartaron del lugar o de sus alrededores.<sup>30</sup>

Este curioso fenómeno de los pájaros negros que parece haberse perdido en el cabo San Vicente, persiste hoy en el solar del Dolmen Sagrado Jiennense.

Volvamos ahora la mirada a sus grajos y golondrinas. Antes las llamábamos «negras aves» pero esto no es del todo cierto. Aunque a los ojos poco avezados del moderno habitante de la urbe lo parezca, las aves no son exactamente negras. Observemos de cerca a una golondrina, que es la más sagrada de todas ellas. El plumaje superior es negro, en efecto, pero tiene la garganta rojiza y la pechuga blanca. Negro, rojo y blanco son los colores de la Diosa Madre que persisten en sus aves consagradas.

La golondrina es todavía sagrada en esta tierra. Su vuelo es un vuelo oracular. Si se acerca al suelo volando es que anuncia lluvia vivificante para la fecundidad de los campos. Un oráculo propio del matriarcado agrícola.

A las golondrinas no se las mata si uno quiere evitar la ira de la Diosa. La piadosa leyenda cristiana ha disfrazado la antigua prohibición inventándole un origen: las golondrinas quitaron con sus picos las espinas a Cristo crucificado. Por eso hay que respetarlas.

Nuevamente los paralelos mediterráneos son reveladores: en Grecia, «las grullas eran sagradas para la Luna, probablemente porque combinaban los colores lunares: el blanco, el rojo y el negro».<sup>32</sup>

## LA VIRGEN QUE PASEÓ POR JAÉN

El Dolmen Sagrado donde se adoraba a la triple Diosa Madre vino a convertirse, con la mudanza de los tiempos, en una Catedral cristiana que es relicario de una singular reliquia: el Santo Rostro.

El Santo Rostro es un icono que representa la *faz* de un hombre delgado y barbudo, un enigmático rostro en el que destacan unos enormes y almendrados ojos de hermosas pupilas. Es un rostro que evoca en sus detalles los artificios de la pintura bizantina medieval. Para cualquier observador imparcial se trata de una pintura. Sin embargo sus devotos se empeñan en sostener que es una genuina imprimación del rostro sudoroso y ensangrentado de Jesucristo cuando lo llevaban camino del suplicio.

*Un hombre delgado y barbudo de ojos melancólicamente ausentes. Éste es el Santo Rostro que vemos hoy. Pero ¿fue siempre así?*

En época medieval no se llamaba Santo Rostro. Su único nombre era «la Verónica». Es decir, su primer nombre era nombre de mujer. Lo de Santo Rostro se impuso muy tardíamente, sólo a partir del siglo XVIII y en dura pugna con la denominación tradicional *ql:læs*, por cierto, la que sigue utilizando Cervantes: «Por ahora voy a la gran ciudad de Toledo a visitar a la devota imagen del Sagrario, desde allí me iré al Niño de la Guardia y dando una punta, como halcón noruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaén.» «Verónica o Santa Faz como indiferente se le nombra» escribe, ya a finales del siglo XVIII el deán Mazas.<sup>2</sup>

-Lo que los fieles adoraban con el nombre de la Verónica era un rostro lampiño en el que sólo se distinguían unos ojos de penetrante mirada, una nariz y una boca.

Regresemos a los documentos. Fue el obispo Sancho Dávila el que, mandó «pegar en una tabla el rostro». Después «se mandó pintar toda la parte exterior de la cara, lo que se

I  
I  
I  
I  
I

hizo con muy poca premeditación e inteligencia)).<sup>3</sup> Lo de poca premeditación no acaba de convencernos. Quizá sobró premeditación. De este modo el lampifto rostro de la Verónica quedó travestido en la hierática faz barbuda que hoy vemos. Se perdió para siempre aquel casi esquema de rostro femenino que los peregrinos acudían a adorar el día de Nuestra Seftora. Aunque ellos siguieron llamándolo «la Verónica»).

Unos grandes ojos eran la representación más esquemática de la Diosa Madre en las pinturas rupestres y en los idolillos prehistóricos. La Verónica era unos grandes ojos en un lampifto rostro de matrona. Es decir, el Santo Rostro fue, en su origen, una mujer. Una mujer más venerada incluso que Cristo. Una mujer distinta a la Virgen María, cuyo culto se extendió en la Edad Media, particularmente a partir del siglo XII. Una mujer venerada ininterrumpidamente desde antes de este siglo pero de la que, a la postre, el clero cristiano supo apropiarse hábilmente para que sirviera a sus propios intereses. La Verónica de las fuentes medievales es, evidentemente, una Diosa Madre. Para confirmarlo examinemos las leyendas concernientes a esta curiosa reliquia.

La reliquia de la Verónica se mostraba a los peregrinos una vez al año, el quince de agosto, día de la Virgen. Cuando se acercaba este día afluían al templo, desde tiempo inmemorial, sus devotos. Algunos de ellos venían en peregrinación desde lejanas tierras. Los moros de Granada aprovechaban esta fecha para perpetrar sus incursiones en busca de botín y esclavos, sabedores de que encontrarían los caminos abarrotados de indefensos peregrinos, según atestigua la *Crónica* de Iranzo.

Más adelante la reliquia se mostró dos veces al año: el tradicional día de la Virgen de Agosto y en Viernes Santo. Obsérvese cómo la autoridad eclesiástica procura asociar la reliquia, ya falsificada burdamente para que represente a Cristo, con la fecha culminante de la Pasión del Crucificado. El próximo paso en el enmascaramiento de la imagen de la Diosa Madre era previsible: suprimir la ceremonia de agosto, en el día de Nuestra Señora, de claras raíces matriarcales precristianas y astrológicas, y mostrada tan sólo en Viernes Santo.

En su antiguo papel de diosa de la fecundidad y de las aguas, los devotos seguían acudiendo a la Diosa Madre, cuyo verdadero origen ignoraban bajo las pilosas veladuras del Santo Rostro, cuando las sequías de 1653, 1655, 1658, 1661, 1668,

1737 y 1824. También en los terremotos acudían, sin saberlo, a la seftora del mundo subterráneo, como hicieron en 1712 y 1755.<sup>4</sup>

¿Por qué se atrevió aquel obispo Sancho Dávila a convertir en Verónica al Santo Rostro, falsificando a sabiendas aquella venerada reliquia que sus antecesores habían respetado en la forma antigua? Quizá porque Sancho Dávila se hizo preguntas que sus antecesores no se habían formulado y acabó averiguando cosas que convenía ocultar. Sabemos que este obispo ordenó en 1600 una rigurosa encuesta sobre el origen de la reliquia. Es evidente que los verdaderos resultados de la encuesta nunca se hicieron públicos, pero oficialmente se estableció que había dos versiones distintas sobre el origen de la Verónica. Veámoslas.

Primera versión: la Verónica vino de Tierra Santa traída por los legendarios siete varones apostólicos que evangelizaron la península Ibérica. Uno de ellos, san Eufrasio, portaba por todo equipaje una caja llena de reliquias. A este san Eufrasio le cupo establecer su diócesis en tierras de Jaén. A su muerte legó a la diócesis la más preciosa de las reliquias, es decir, el Santo Rostro.

Pero una persistente leyenda popular --que el informe de Sancho Dávila cuidó de pasar por alto-- señala que la reliquia estaba en Roma y de allí la trajo un obispo volando por los aires.

Examinemos esta curiosa historia. Tenía el santo varón tres diablillos encerrados en una botella. Un día, uno de ellos le propuso un trato: le llevaría por los aires a Roma si el obispo se comprometía a entregarle cada noche las sobras de su cena. Al prelado le gustó el negocio, fue volando a Roma a lomos del diablo, consiguió el Santo Rostro del Papa y regresó también por los aires. El diablillo volvió a su botella y cada noche recibía puntualmente las sobras de la mesa episcopal. Sólo que, a partir de entonces, el prelado tomó la costumbre de cenar nueces y por lo tanto al diablo sólo le correspondían las cáscaras.<sup>5</sup> En esta leyenda observamos, además, la identificación de tres diablos de la botella con las tres advocaciones de la Diosa Madre en el Dolmen Sagrado. Volveremos sobre ella.

Cuando los árabes invadieron la península, un grupo de fugitivos cristianos trasladó las reliquias de san Eufrasio a las montañas de Astorga o a las de Oviedo y allí las ocultaron

'ájico de  
como  
1a la  
ade  
~tado



dentro de un cofre de madera incorruptible. Pasaron muchos años, tantos que casi se perdió memoria del contenido de aquella caja, ya que nadie se atrevía a abrirla. Hasta que don Ponce, obispo del rey Ramiro III. no pudo refrenar su curiosidad y quebrantó los sellos del arca. En cuanto levantó la tapa se quedó ciego. La memoria de este ejemplar castigo disuadió a otros posibles curiosos. Fue el piadoso rey Alfonso VI el que, finalmente, tuvo el valor necesario para abrir de nuevo el arca después de haberse preparado espiritualmente con ayunos y oraciones. Como lo movía un limpio deseo de adorar las reliquias, esta vez no hubo castigo divino. El rey tomó para sí el más precioso de los objetos, es decir, el Santo Rostro. De él se fue transmitiendo a los reyes sus sucesores y así llegó a Fernando III que lo ofreció al templo de Jaén, devolviéndolo de esa manera a su primitivo lugar.

Hasta aquí la primera versión. Pero hay una segunda. Según ésta el Santo Rostro fue traído a Jaén por el obispo don Nicolás de Biedma. El prelado lo trajo de Sevilla, adonde lo había dejado Fernando III. Pero ¿cómo había llegado a Fernando III? Pues bien, él la había encontrado en Jaén después de la conquista de esta ciudad. Pero ¿en el Jaén musulmán una reliquia cristiana? Pues sí. Resulta que cuando los moros invadieron la diócesis de san Eufrasio, los cristianos habían ocultado la reliquia en unas catacumbas del Barranco de los Escuderos, no lejos de la Catedral.<sup>6</sup>

El obispo don Sancho Dávila consiguió disfrazar aquel enigmático rostro de mujer y hacerlo pasar por varón barbudo. Consiguió que el nombre de Verónica fuese cayendo en desuso a base de potenciar el del Santo Rostro desde los púlpitos y las imprentas. Consiguió incluso proveer a la reliquia con un origen cristiano y consiguió que los falsos cronicones lo propalaran... Pero no consiguió silenciar una serie de ritos ni borrar todas las pistas que insistentemente señalan cuál es el verdadero carácter de la reliquia. Porque la sufrida Verónica no es otra cosa que una representación de la Diosa Madre. Y algo más. Es la representación de la Diosa Madre más importante del principal santuario de la región donde estuvieron los más venerados lugares sagrados del antiguo matriarcado peninsular.

Hemos hablado de una triple Diosa Madre de la 'lue la Verónica sería una mera representación. ¿Dónde están las otras dos? Con el advenimiento del Cristianismo otra se convirtió en la Virgen de la Antigua y la tercera en la Virgen de la Capilla.

Pero vayamos por partes.

*Nuestra Señora de la Antigua*

En la capilla mayor de la Catedral de Jaén, por encima del relicario donde se guarda, bajo siete llaves, el Santo Rostro hay una hornacina que contiene una diminuta imagen de Nuestra Señora. Es la Virgen de la Antigua.

Según la tradición, fue Fernando III el que trajo esta imagen a Jaén. Pero un ligero examen pericial revela que la talla es posterior a la época de Fernando III. Se trata de una

talla gótica del siglo XIV que representa una Virgen sedente de poco más de 70 centímetros de altura. En su brazo izquierdo sostiene al Niño, al que está dando de mamar.

Algo no concuerda. La *Crónica General* asegura que lo primero que hizo Fernando III al entrar en la Jaén conquistada fue dirigirse a la «mezquita mayor (la actual catedral) y poner altar y urna a santa María».8

Es evidente que la Virgen de la Antigua no pudo ser aquella imagen que Fernando III colocó en la urna. Pero, si hubo otra, ¿cómo es que a ésta se le llama «la Antigua»?

Quizá la Santa María del *rey* no fue otra que el Santo Rostro, es decir, la Verónica en su primitiva imagen de mujer antes de que se le añadiesen las sacrílegas barbas. Ello explicaría, en efecto, que esta talla del siglo XIV pueda llamarse con propiedad «la Antigua» puesto que es la primera que se hizo de Nuestra Señora propiamente dicha. La otra existía ya y era la enigmática Verónica, asimilada ahora convenientemente a la Virgen María. Ello explicaría, además, el propio carácter de santuario de los templos que se han sucedido en aquel espacio sagrado y la continuidad de su dedicación primero a Nuestra Señora y luego al Santo Rostro, sin perder por ello su identidad formal, puesto que ambas han seguido siendo la primitiva Verónica.

Pero la Virgen de la Antigua tuvo antes dos nombres distintos. Aunque el clero procuró desarraigados y sepultados en el olvido, no ha podido evitar que alguna mención de ellos se deslizara hasta nuestros días. El primitivo nombre de la Virgen de la Antigua es el de Nuestra Señora del Soterráneo, es decir, Nuestra Señora del Subterráneo. Así se desliza en un escrito del siglo XVII. «Pero ¿por qué le cambiaron el nombre primitivo? Evidentemente porque deseaban erradicar cualquier mención del subterráneo, es decir, del Dolmen Sagrado. Después de destruido físicamente, o de cegado, quisieron borrado también de la memoria de sus fieles. Y cuando estaba recién sacada del subterráneo, en el siglo XV, se llamaba Virgen de la Consolación.

Examinemos ahora la Imagen.

Lo primero que llama la atención de esta Virgen *Galactrofusa* es su pedestal. Tiene una peana en forma de nube vagamente esférica que es tan alta como la propia imagen. Esta peana no es la original sino un añadido del siglo XVII. ¿Cómo sería la original? Nuestra hipótesis, que más adelante razonaremos, es que la original era una piedra esférica de las llama-

das *cabezas*. Cuando la arrumbaron, porque les pareció torpe y pesado soporte para tan liviana imagen, tan sólo procuraron sustituida por algo parecido. Una nube tallada en forma casi esférica cubría perfectamente el expediente. Pero ¿y los fieles? Los fieles devotos no suelen ver con buenos ojos ningún tipo de alteración en las imágenes objeto de su veneración.

Los fieles no se enteraron de nada. Hacía ya mucho tiempo que la imagen de la Antigua estaba vedada a la contemplación de sus devotos. Podían ir a rezarle, eso sí, y cuando le dirigían sus preces sabían que estaba allí, escuchándolos desde su alta hornacina de la capilla mayor, a casi tres metros del suelo, encima del cofre de la Verónica, pero no podían verla. Una cortina perpetuamente corrida delante de la imagen, lo impedía. Extraña disposición.

Esta cortina sólo se descorría cuando pasaba el Cabildo en pleno por delante del altar camino de la Sala Capitular, con el templo vacío de fieles, en privado. ¡ La contemplación de Nuestra Señora de la Antigua, como la del Arca de la Alianza del Templo de Salomón, quedaba reservada al Sumo Sacerdote, a los iniciados.

Es curioso que se pueda mantener durante siglos la devoción por una imagen que no puede ser contemplada por sus fieles. Hoy tal restricción ha caído en desuso, quizá porque tampoco quedan fieles ya. La Virgen de la Antigua se ofrece a nuestra curiosidad negra, remota, enigmática e inaccesible. Mejor diríamos que no toda la imagen sino tan sólo su rostro oscuro y diminuto, puesto que el resto sigue oculto debajo de la espesa cortina de sus ropajes y adornos, como sucede también con el *resto* de las Vírgenes Negras repartidas por nuestra geografía. Allí está la Virgen. Con el pulgar y el Índice se oprime el pezón izquierdo para que la leche llegue a la boca del Niño. Pero no lo mira. Mira de frente a sus oferentes.

¿Y la tercera Diosa Madre? La historia de la tercera Diosa Madre podría parecer increíble pero, afortunadamente, existen actas notariales que apoyarán nuestros argumentos.

La *Virgen que paseó por Jaén*

El día diez de junio de 1430, poco antes de la medianoche, ocurrió el prodigio. En medio de un resplandor *tan vivo*

que iluminaba la calle como si fuera de día los atónitos siete testigos del milagro vieron que una fantasmal comitiva descendía por la calle maestra del arrabal de San Ildefonso, en el barrio extramuros de la ciudad medieval. Delante iban siete hombres portando sendas cruces. A continuación un grupo de unas veinte personas. Después una hermosa señora con un niño en brazos a la que acompañaban un hombre y una mujer. La seguían hasta trescientos hombres y mujeres. Finalmente cien hombres armados que escoltaban la comitiva y la cerraban. Toda la fantasmal procesión vestía de blanco.

El blanco cortejo rodeó el cementerio de la parroquia de San Ildefonso y fue a detenerse junto a los muros de la iglesia. Allí había un palenque revestido de paños blancos y rojos. El hombre que acompañaba a la señora sostuvo ante ella un libro abierto que la Señora parecía leer. A las doce en punto, cuando las campanas de la ciudad tocaron a maitines, la milagrosa visión se esfumó, se apagó el resplandor y la noche volvió a borrar los perfiles de la ciudad dormida.

Tres días después, el trece de junio, comparecieron los testigos ante los notarios Juan Rodríguez de Baena, Álvaro de Villalpando y Fernando Díaz. Los testigos que habían presenciado el milagro eran Pero, hijo de Juan Sánchez, casero de la mujer de Rui Díaz de Torres y Juan, hijo de Usanda Gómez. Estos dos dormían en casa de Alonso García, a espaldas de la iglesia de San Ildefonso; María Sánchez, mujer de Pedro Hernández, moradores de la calle maestra del arrabal y Juana Hernández, casada con Aparicio Martínez, que habitaba junto al cementerio del templo. Comparecieron, para atestiguar las declaraciones, Pedro de Palencia y Alfonso Pérez. El documento notarial se ha conservado hasta nuestros días y ha sido examinado por peritos. Es verdadero. Es legítimo. Los notarios y los testigos son, en efecto, personas que vivieron cuando se hizo el documento. Las firmas son válidas. Todo es legal.

¿Qué podemos pensar?

Una de dos: o se acepta que verdaderamente la Virgen y otros cuatrocientos y pico seres celestiales se dieron un paseo por las polvorientas calles del Jaén medieval aquella calurosa noche de junio o se piensa que todo el asunto del Descenso fue un montaje.

Nosotros respetamos profundamente a los que defienden la primera posibilidad, pero nos inclinamos por la segunda.



*La Virgen de la Antigua Catedral de Jaén. Obsérvese la peana esférica en forma de nube que sustituyó a la cabeza de piedra.*

¿Un montaje? ¿Para qué y por quién?  
Examinemos los hechos.

A raíz del milagroso Descenso la iglesia de San Ildefonso, una iglesia de arrabal, fuera de las murallas, en un barrio todavía poco importante, se convirtió en santuario elegido por la propia Virgen y atrajo profundas devociones. Se instala una capilla y en ella una imagen de la Virgen. No se trata de una imagen nueva, hecha para la ocasión. Ponen una imagen que ya existía antes del milagro. La talla es de finales del XIV o poco posterior. La tuvieron que aserrar de un retablo del que ~ba parte para exponerla aislada a la devoción del pueblo.

El celestial paseo de la Virgen por Jaén se inició en la calle maestra del arrabal, actual Llana, que bajaba desde la torre del Alcotán, (recordemos que allí estaba una de las puertas sagradas del Dolmen), junto a la capilla mayor de la Cate-

draI. Por consiguiente puede decirse que fue la propia Virgen la que manifestó su deseo de trasladarse desde la Catedral a la iglesia de San Ildefonso. Cuando sus fieles devotos tuvieron noticia del milagro a ninguno le parecería mal que la autoridad eclesiástica se hiciese eco de la voluntad de Nuestra Señora y dispusiese el traslado de su imagen al nuevo santuario por ella elegido.

Así fue como la tercera Diosa Madre de la Catedral, probablemente la correspondiente a la *ft*atría del blanco, abandonó el lugar de su antiguo santuario para mudarse a su nueva residencia trescientos metros más abajo.

¿Quién decidió este cambio?

La máxima autoridad era el obispo Gonzalo de Stúñiga. Él fue el que encargó la información testifical. Pero este obispo no era hombre muy ducho en cuestiones religiosas. Procedía de una casa noble, le habían educado para la guerra, había estado casado. Lo suyo era el estruendo guerrero y la gloria de la pelea, no el cabildeo de las sacristías y la insidiosa procura de las canongías. Dejaba las teologías y los encajes para sus subordinados. El, al decir de los romances, «decía misa armado». En los treinta años de su pontificado al frente de la diócesis sólo se preocupó de guerrear contra los moros vecinos. Dos veces cayó prisionero de sus enemigos y finalmente murió cautivo en las prisiones de Granada.<sup>2</sup>

No, no es posible que el asunto del descenso de la Virgen fuese cosa de este obispo. Aunque él lo aprobara, la invención tuvo que venir de otra parte. De colaboradores suyos que han quedado en la sombra. Quizá del Cabildo catedral o de un grupo del Cabildo. La existencia del tal grupo, que obraba en la sombra, de un grupo suficientemente poderoso como para inducir al obispo a un montaje de tal magnitud, es una evidencia insoslayable.

Ahora bien, los que decidieron el cambio debieron de tener razones importantes para organizar tan grandísimo tinglado sólo para mover de lugar una imagen sin incurrir en las iras de sus devotos. Pero, desgraciadamente, sólo podemos conjeturar sobre esas razones.

Quizá quisieron separar a las tres Vírgenes, las tres Diosas Madre de la Catedral, para debilitar y eventualmente acabar con arcaicas pervivencias de cultos matriarcales, que de algún modo escapaban al control de la iglesia oficial.

## Quizá.

Esto explicaría también el travestismo de la Verónica en Santo Rostro que ocurriría poco después.

Pero volvamos a la Virgen de la Capilla. La imagen es de una dama sedente, sobre una extraña peana formada por dos abultados almohadones superpuestos. En esto ha quedado la *cabeza* de piedra de la primitiva Diosa Madre. La peana está oculta por el manto. Señora y peana miden 0,57 centímetros. La pierna izquierda de la Virgen se adivina rígida debajo de sus vestiduras que sólo dejan ver la punta del pie. La pierna derecha está algo flexionada. La postura del cuerpo parece indicada para llevar un peso en el lado derecho, no en el izquierdo. Pero los Niños de estas Vírgenes, sean originales o no, están siempre en el lado izquierdo. El Niño es añadido posterior, así como el brazo y la mano izquierda que lo sostienen. La imagen primitiva no tenía niño.

En la cabeza tenía una corona o adorno que ha desaparecido. Lo aserraron cuidadosamente dejando como único rasstro una especie de anillo a manera de diadema.<sup>13</sup>

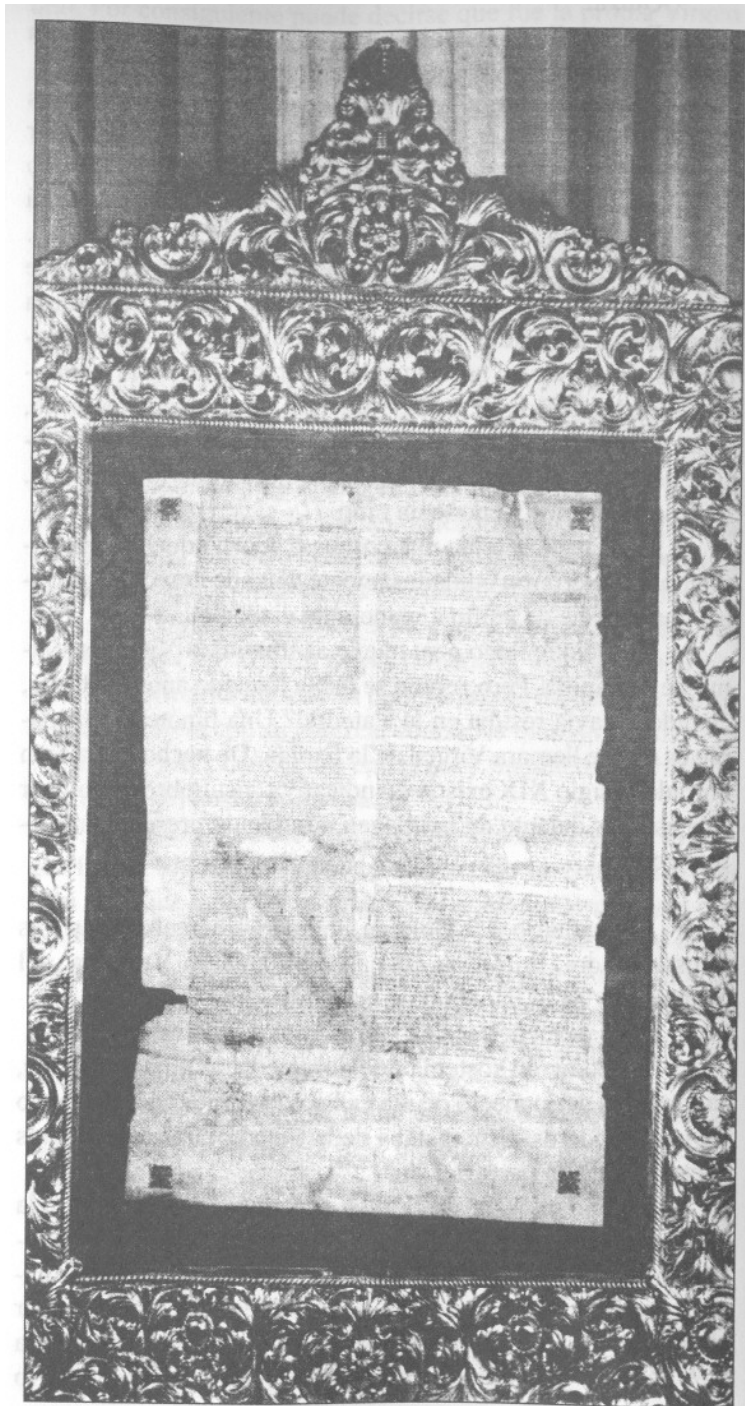
Desde que llegó a su nuevo santuario, la Virgen se llamó de la Capilla. Pero ¿cómo se había llamado anteriormente, cuando todavía residía en la Catedral? Una hipótesis razonable es que se llamara Virgen de la Espiga. De hecho hasta bien entrado el siglo XIX existió la indicativa costumbre de colocar seis espigas delante de la imagen a modo de presente emblemático.

El santuario del Dolmen Sagrado albergaba a las tres Diosas Madre. En época cristiana se llamaron Verónica, del Soterraño y de la Espiga o de la Capilla.

Pero es menester que regresemos a la Verónica.

La tradición sostenía que durante la dominación árabe, la Verónica permaneció oculta en las catacumbas del Barranco de los Escuderos. Éste distaba de la Catedral unos trescientos metros, hacia la parte del sur.

La tradición señala el lugar exacto donde se encontró la Verónica: junto al manantial de Santa María. Pero este manantial sólo data del siglo XVI. Antes de esa fecha sus aguas nacían en lo que hoyes capilla mayor de la Catedral o, mejor dicho, en su subsuelo, en lo que antes fuera cavidad sagrada del Dolmen. Cuando se edificó la Catedral renacentista lo



ontiene  
 ~stifical  
 la Vzrgen  
 Jaén. Se  
 academia  
 rriana de  
 l Orte-

encañaron y llevaron sus aguas al Barranco de los Escuderos, como veremos en detalle más adelante. Una vez allí el pilar donde vertían las aguas se llamó, en recuerdo de su origen, de Santa María, denominación que compartiría más adelante con la de Fuente de Don Diego. Ya su pie se construyó la ermita de San Felix de Cantalicio.<sup>14</sup> Por lo tanto, las catacumbas en las que estaba oculta la Verónica cuando la encontraron los cristianos no eran sino el Dolmen Sagrado de la Catedral. Los musulmanes habían edificado su mezquita en el collado, pero habían respetado el santuario subterráneo, esto es evidente.

#### *Una esfera de piedra*

Las imágenes de Nuestra Señora que hemos mencionado tenían un curioso rasgo común. Todas ellas estuvieron provistas de una descomunal peana esferoide del todo desproporcionada si consideramos la mínima estatura de la imagen propiamente dicha.

La primera versión de estas peanas fue simplemente una monumental esfera de piedra que representaba a la Diosa Madre en el útero del Dolmen Sagrado. En el Cercano Oriente esta piedra sagrada se denominaba abadir.<sup>15</sup>

¿Por qué esféricas? Es posible que la redondez de estas piedras esté relacionada con el culto iniciático de la propia redondez de la Tierra por cuya divulgación fueron castigados Anaximandro, Esquilo y quizá Sócrates.<sup>16</sup>

En los santuarios más importantes las esferas eran tres, representando a la tríada de Diosas Madre. Son las *dracontiae* inicialmente consagradas a la Luna o a la Serpiente.!?

No obstante, la adoración de piedras sagradas es universal. En cualquier caso estas grandes piedras que evocan la presencia de la Diosa Madre fijan en el santuario el centro del mundo, el *betel* o el *omphalos*. Son *baityli*, «la casa del Dios». Por una parte protegen contra la muerte dado que al ser incorruptibles, el alma puede subsistir en ellas sin degradarse.<sup>19</sup> Por otra parte influyen en la fertilidad de los campos y las mujeres por «la fuerza que su naturaleza espiritual les confiere». <sup>10</sup>

En la antigüedad, estas piedras sagradas de la Diosa Madre fueron muy numerosas en todo el ámbito mediterráneo.



En Tempe, Delfos y otros lugares de Grecia, por ejemplo, «la gente bailaba alrededor de un «herm» o pilar de piedra a la espera de que la diosa tomara posesión de uno de ellos y le provocara el canto poético».21

En Roma los primeros dioses Penates familiares se representaban por piedras redondas. A Gea-Cibeles, diosa de la Tierra, se la veneraba en diversos templos «bajo la forma de un meteorito negro y de superficie pulida». También se afirmaba que Gea pulió la piedra y se la dio a comer a Urano.

Piedras sagradas son los *si/ex religiosa* de que habla Claudiano y los *mirificae moles* de Cicerón.23 Lo es la piedra negra de Pessinonte, la imagen de la Diosa Madre frigia que los romanos llevaron a Roma.24

Con el advenimiento del cristianismo, los sacerdotes de la nueva religión hicieron todo lo posible por desarraigar los ritos relacionados con piedras sagradas. En 681 y 682 los Concilios de Toledo tuvieron que anatematizar a los *veneratores lapidum* o adoradores de piedras.25 A la postre el clero fracasó y tuvo que admitir una solución de compromiso puesto que el pueblo continuaba aferrado a aquellas toscas representaciones de la Diosa Madre. Lo mejor era cristianizarlas y adaptarlas a las nuevas creencias. El fenómeno no es privativo de España. Incluso es posible que se generara en otros lugares muy distantes de nuestras costas. En Éfeso, donde la histórica madre de Cristo vivió sus últimos años y falleció, existía una piedra negra muy venerada. Los turcos la denominaban *karatchalti*. Según la tradición desde allí subió la Virgen al cielo. En el mismo lugar existió un templo de la Diosa Madre latina (Magna Mater) con su efigie morena y menuda como las de nuestras Vírgenes medievales.26

En cualquier caso a las piedras consagradas a la Diosa Madre les colocaron encima una imagen de la Virgen o, más raramente, una cruz. A veces una oportuna leyenda justifica la asociación: la Virgen del Pilar se apareció *encima* de un pilar de piedra o columna. De este modo no había reparo en que los fieles adorasen la piedra que era sustento y peana de Nuestra Señora. Los sacerdotes confiaban en que, con el tiempo, la adoración se transmitiría a la imagen superior, humana y maternal, mucho más atractiva que la arcaica e inexpresiva esfera. No andaban equivocados. Sin embargo el monolito esférico siguió siendo parte muy esencial de la nueva representación



Vese  
ligas

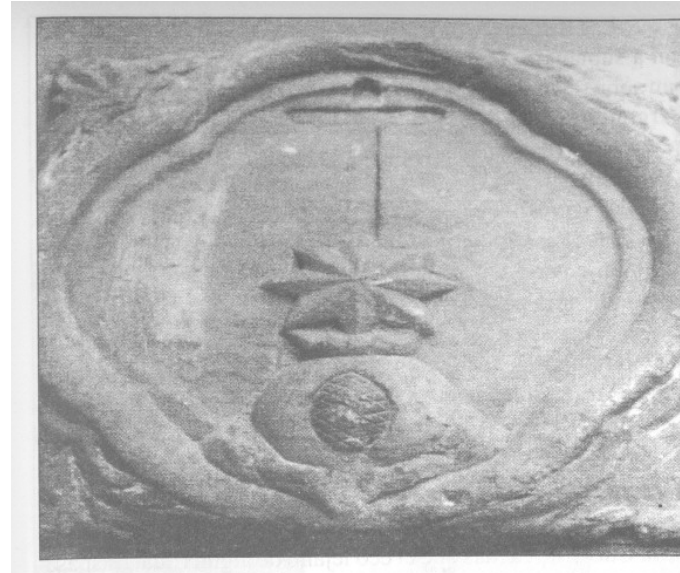
de la Diosa Madre convertida ahora en Madre de Cristo. Y como tal, más o menos disimulada, perdura la piedra hasta nuestros días.

En su afán de acabar con el culto a la piedra, los sacerdotes consiguieron que su contemplación se vedara al pueblo. Unas veces le pusieron velos y cortinas, como en el caso de la Antigua, otras veces la taparon con un frontal de plata, como en el caso de la Virgen de la Cabeza de Andújar. Con el tiempo incluso lograron deshacerse de la molesta y, en apariencia, absurda piedra de la peana que al fin y al cabo ya llevaba siglos oculta de la vista de sus devotos. Pero en cualquier caso algún temor reverencial les aconsejó no prescindir del todo de las formas de la piedra. Perduraron esas enormes y antiestéticas peanas esferoides que son la nube de la Virgen de la Antigua, o los dos almohadones de la de la Capilla, o el barroco frontal de plata de la Cabeza.<sup>27</sup>

En algunos casos el monolito esférico ha desaparecido pero existen estampas o cuadros antiguos que atestiguan su pasada existencia.<sup>28</sup> Hubo, finalmente, casos en que el monolito perdió todo su significado excepto el sagrado y fue condenado a usos serviles.<sup>29</sup> Sería el caso de la esfera de Perulera que nosotros encontramos abandonada y olvidada en medio del campo que fue su antiguo santuario.<sup>30</sup>

¿Qué se hizo de las tres esferas de piedra del Dolmen Sagrado de Jaén? Es evidente que los sacerdotes del Cristianismo las hicieron desaparecer. Pero no es tan fácil hacer desaparecer una esfera de piedra que mide más de un metro de diámetro.

A principios de los años ochenta se demolieron los edificios que estaban junto a la catedral de Jaén, entre las calles Ramón y Cajal y Valparaíso. Las máquinas profundizaron en el solar para completar la remoción de escombros. Naturalmente estuvimos atentos a lo que apareciera en la excavación. Fueron aflorando algunos sillares y mampuestos, trozos de fuste y otros materiales procedentes de los edificios que han ido sucediéndose en aquel solar en distintas épocas. Un poco más abajo aparecieron grandes cantidades de escoria de piedra, signo evidente de haber sido usado el lugar como taller por los canteros que trabajaron en la Catedral. Finalmente, a muy poca profundidad respecto al nivel de la actual calle de Valparaíso y



*La esfera matriarcal se identifica a veces con una granada abierta, símbolo precristiano asimilado con las manzanas de las Hespérides (la manzana era llamada "manzana púnica"). Sobre la granada, el lucero de ocho puntas y, cristianizando estos dos elementos, una cruz tau.*

a la altura de la antigua puerta de la Catedral hoy tapiada, apareció una gran esfera de piedra de más de un metro de diámetro en cuya superficie buscamos ansiosamente (y hallamos) la entalladura que permitiría el ensamblaje de una imagen de Nuestra Señora, tal como teníamos observado en la esfera de piedra de Perulera. Alguien rescató de los escombros la esfera de piedra y la depositó en lugar seguro.

Volvamos al Dolmen Sagrado. Si el dolmen es la campana, como veíamos al principio de este capítulo, ¿cómo denominar a ese monolito esférico que a veces se encontraba en el interior del dolmen? Los campesinos que penetraban en los dólmenes olvidados tenían un nombre para esas piedras. Por ejemplo se podrían llamar *badajo* o cualquiera de los sinónimos de badajo que describen la esfera percutora que hay en el interior de la campana: cigüeña, espiga, lengua, mazo o cabeza.

### *¿Cabeza?*

En muchos lugares al badajo se le llama *cabeza*. Es sinónimo que aparece incluso en los diccionarios modernos.<sup>31</sup>

En Jaén el badajo es *cabeza*.

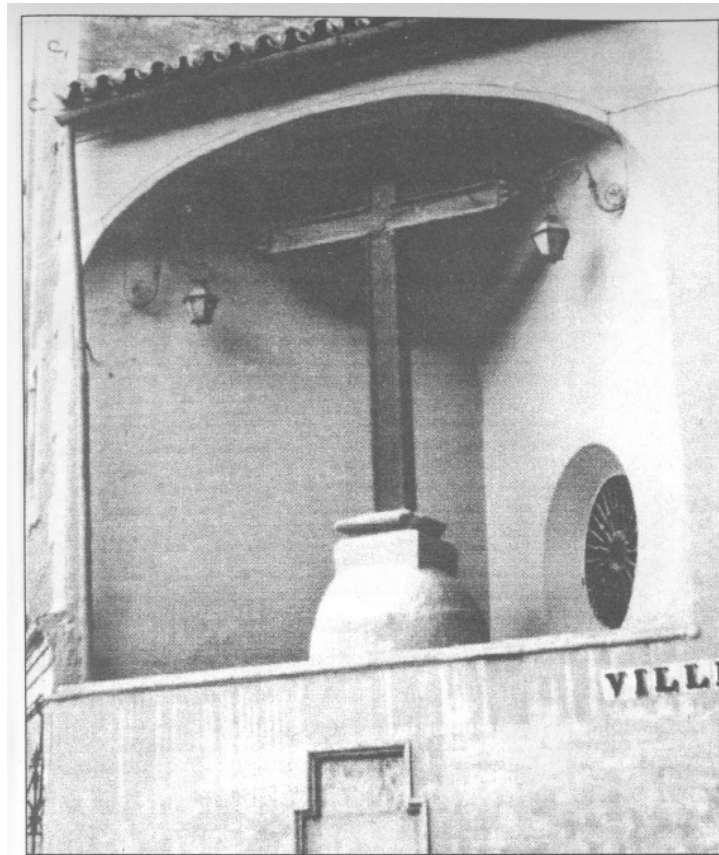
Las Vírgenes antiguas, las Vírgenes dolménicas que fueron a suplantar al monolito esférico de la Diosa Madre, estaban sobre el badajo del dolmen, es decir, sobre la *cabeza*. Eran Vírgenes de la Cabeza. Éste es el origen de la famosa advocación mariana de Andújar y de las otras muchas Cabezas que jalonan el nomenclator mariano español.<sup>32</sup> Claro que no en todas partes llaman *cabeza* al monolito sagrado. En otros lugares los describieron, mucho más prosaicamente, como *pie-dra* (Virgen de Piedras Santas en Pedroche, provincia de Córdoba), o como *peña*.<sup>33</sup>

No acaba aquí el rastro de los dólmenes sagrados. El estado natural de estos dólmenes es el subterráneo. Después de acabarlos solían cubrirlos de tierra, formando un montículo artificial o collado. En algunos lugares, como Santisteban o Segura de la Sierra, por citar sólo los cercanos a Jaén, existen Vírgenes del Collado, es decir, Vírgenes del dolmen o Vírgenes de la Cueva. La canción infantil que pide lluvia a la Virgen de la Cueva no es más que el eco lejano de algún ritual traspasado al folklore. Curiosamente, el lugar donde se encuentran los dos mayores santuarios ibéricos de nuestra península, en Sierra Morena, al norte de la actual provincia de Jaén, se llama también *Collado* de los Jardines.

En cualquier *caso,peña o cabeza o collado*, la Virgen se relaciona con un monolito esférico a menudo encerrado en un dolmen, y con un manantial. A veces la tradición local explica esta relación: la romería de Guarromán, el 15 de mayo, va al lugar denominado la *Piedra Rodadera* (= esférica). En este caso la imagen de Virgen o santo ha perdido toda importancia. Importa sólo el lugar, la piedra rodadera.<sup>34</sup>

¿De dónde proceden estas curiosas piedras esféricas soporte de Virgenes o santos? La tradición popular lo indica claramente: puesto que son sagradas proceden del cielo. Si visitamos la bella localidadjiennense de Pozoalcón el nueve de mayo y nos unimos a la alegre romería de San Gregario, nos llevarán al lugar conocido como «la cruz». ¿Por qué es Sagrado este lugar? Porque aquí cayó una piedra del cielo. Era redonda y llevaba grabada una cara que se da a besar a los romeros.<sup>35</sup> Lo que viene a confirmar la tesis de Eliade referente a la representación de la Diosa Madre en estas piedras.<sup>36</sup>

Presencia de la piedra sagrada venida del cielo, de la cara milagrosa --como el rostro de la Verónica de Jaén-- e



*Esfera de piedra cristianizada en la Iglesia del Salvador de Sevilla*

incluso de algo más. La patrona de Pozoalcón impuesta por el clero es la Virgen de los Dolores, pero a nivel popular se le tiene poca devoción. A la que de verdad veneran los sencillos campesinos es a santa Ana que, como veremos en otro lugar, suplanta al culto de la Diosa Madre incluso en una etapa anterior al florecimiento de la devoción a Nuestra Señora.

La misma piedra venida del cielo es lo que un arqueólogo definiría como menhir prehistórico, que está plantado junto a la ermita nueva en el Cerro del Camello, cerca de Alcalá la Real.<sup>37</sup>

~o~oincidencias no existen. Por todas partes las antiguas imágenes y cruces se yerguen sobre monolitos a veces disimulados por el tiempo o transformados en pesados pedestales cúbicos o fustes de columnas que sostienen cruces o imágenes de santos, pero nunca completamente vencidos.



No debe extrañarnos que estas esferas de piedra perduren incluso en la iconografía cristiana que no tendría por qué ser tributaria de las antiguas tradiciones. Por ejemplo, en el escudo del Cabildo catedral de Jaén, aquella Catedral santificada por el Dolmen Sagrado que respira en sus cimientos, representa a la Virgen sobre una esfera que unas veces es de piedra y otras se convierte en el dragón o lagarto de la heráldica jiennense. La sierpe es la fuente, el manantial de aguas santas de la Diosa Madre.<sup>38</sup>

Los vestigios de la mutilación ritual del Rey Sagrado que acompañaban a las arcaicas festividades de la Diosa Madre han perdurado también en el folklore mariano. Juan de Rivas, el pastor que encontró la imagen de la Virgen de la Cabeza de Andújar, era manco;<sup>39</sup> el príncipe que halló la de Rus era ciego;<sup>40</sup> en cuanto a la de Fuensanta de Villanueva del Arzobispo, la reina que la encontró había sufrido la mutilación de sus manos y ojos.

Pero no es todo. Existen otros vestigios que muestran que, a pesar de los dos mil años transcurridos, el clero cristiano no ha logrado acabar con las antiguas formas del culto a la Diosa Madre. Están también en la presencia del agua, los ritos



*Virgen de la Cabeza de Sierra Morena (Andújar, Jaén). Obsérvese el gran frontal de plata que ocultaba la piedra esférica.*



femeninos, la exaltación de la vegetación que atestigua la fecundidad de la tierra en los matriarcados agrícolas. Pero vayamos por partes.

### *El agua*

En casi todas las ermitas de Nuestra Señora, y en gran parte de las de los santos o Cristos que en algún momento las sustituyeron, existen pozos o manantiales sagrados. Son las Fuensantas o Aguas Santas que tanto abundan por la geografía nacional.

En el Dolmen Sagrado de la Catedral había un manantial. Sus aguas, que nacerían dentro del propio dolmen, se repartían en varias direcciones. Algunas iban hacia la actual ca-



*Esfera de piedra aparecida en el subsuelo próximo al muro del obispo Suárez y antiguo emplazamiento del Dolmen Sagrado al que seguramente perteneció. Obsérvese la entalladura donde en tiempos ya cristianos se encajaba la imagen de la Virgen.*



He Pilarillos, precisamente donde estuvo la primitiva comunidad de monjas de Santa Clara. En 1409 el rey Enrique I otorgó aguas de esa fuente «que está ante la iglesia de Santa Mana» a las monjas de Santa María de Gracia.<sup>42</sup> Agua sagrada de la Diosa Madre para una comunidad religiosa femenina. Aunque, por supuesto, ni el rey ni las monjas serían conscientes de la pervivencia de estas asociaciones. ¿O lo eran?

Como ya señalamos anteriormente, en época renacentista este manantial se encañó. A la muerte del último iniciado que trabajó en la Catedral, Andrés de Vandelvira, el Cabildo dispuso que se encauzara y llevarse al templo «el venero del testero del brazo sur del crucero».<sup>43</sup> Así fue cómo el manantial sagrado se llevó al pilar de la actual ermita de San Félix de Cantalicio.

Visitemos esta apartada ermita.

En su interior hay una Virgen Dolorosa acompañada, en los laterales del recinto, de otras doce mujeres. Estos doce cuadros representan a las Sibilas. Curioso tema para una sencilla ermita cristiana. Cada una de las Sibilas ostenta su nombre en una cartel: Pérsica, Ubica, Delfica, Cumea, Samia, Cumana, Helespóntica, Frigia, Europea, Tiburtina, Egipcia y Eritrea.

Doce cuadros que corresponden a doce Sibilas. Pero en tres de ellas una misteriosa y anónima mano ha raspado los nombres de las cartelas. Son los que corresponderían a Ubica, Cumea y Pérsica.<sup>44</sup>

¿No es extraño que tres Sibilas, precisamente tres, el número de las Diosas Madre del santuario dolménico, tengan tachado el nombre? ¿Quién lo hizo y con qué sentido? Otras preguntas de las muchas que tendremos que dejar sin respuesta.

Pero ¿quiénes eran las Sibilas?

Las Sibilas constituyen una pervivencia grecorromana del antiguo sacerdocio femenino de la Diosa Madre. En este sentido podemos afirmar que la reina de Saba era una Sibila.

Las Sibilas habitaban en los antiguos santuarios de la Diosa, en lugares, recordémoslo, recorridos por corrientes telúricas. Estaban dotadas del don de la profecía, que ejercían en forma de oráculos, con los que respondían a las consultas de los devotos de la Diosa.

La más famosa de las Sibilas fue la de Cumas. De este célebre oráculo se derivaron las colecciones de profecías de-

nominadas *Recopilaciones sibilinas* que gozaron de gran autoridad entre los romanos. Estas recopilaciones se guardaban en el Capitolio, junto con la Mesa de Salomón y el tesoro antiguo.

Evidentemente no es casual que en la ermita que conmemora el manantial sagrado del Dolmen tengan asiento estas representaciones de adivinas paganas, sacerdotisas de la Diosa Madre. Pero tampoco debe extrañarnos puesto que la lista de los que buscaban la Cava es larga y esto indica que, en distintas épocas, existieron personas que estaban interesadas en transmitir, por medio de signos e imágenes que los iniciados venideros pudieran entender, el legado de Conocimiento que ellos habían buscado o simplemente heredado.

El culto de la Diosa Madre en el Dolmen Sagrado estuvo acompañado de alguna forma de sacerdocio femenino, matriarcal, que perduró hasta bien avanzado el período cristiano. En tomo a la catedral que suplantaba al dolmen se establecieron antiguas comunidades religiosas. La primera de ellas, la Real de Franciscanas Clarisas de Santa Clara, tuvo su asiento entre las calles Abades y Pilaricos. En su propiedad se encontraba el famoso «huerto de las monjas» por donde se encañara el agua del manantial dolménico de Santa María. Estas monjas reclamaban para su comunidad el tradicional escondite de la Verónica.<sup>45</sup> Andando el tiempo aquel huerto de las monjas fue absorbido por el caserío de la ciudad medieval y quedó englobado en las manzanas de casas de las calles Abades y Pilaricos.<sup>46</sup>

--~

## DE VÍRGENES Y DESHONESTIDADES

Hasta ahora nos hemos referido a la tríada de Vírgenes Negras de la Catedral de Jaén. Pero existieron otras antiguas representantes de la Diosa Madre que recibieron culto en diversos lugares cercanos al Dolmen Sagrado y por tanto estuvieron relacionadas con él.

La más famosa de estas Vírgenes fue la Coronada. Su historia oficial, tramada por el clero, remontaba su imagen al *tiempo de los godos*. Como las otras Vírgenes Negras, había estado oculta dentro de una *campana enterrada*. Nuevamente topamos con el monolito esférico de un dolmen. Un *labrador que hacía un hoyo para plantar un árbol* encontró la campana y la imagen hacia el 1270.<sup>1</sup> La alusión a la relación de la Diosa Madre con la actividad agrícola es transparente. Pero veamos qué ocurrió. El hallazgo se produjo extramuros de la ciudad, muy cerca de la famosa Puerta de Martos, la más importante de las murallas almorávides. Sobre el dolmen de la Coronada se construyó una ermita y después, en 1511, un monasterio.<sup>2</sup> En aquel monasterio se fundó una Cofradía llamada del Santo Sepulcro. En ella se admitían cofrades de «azote y luz, lutos, gallardetes y banderillas». En esto no era una Cofradía distinta a las otras de la época. Además se dividía «según los nombres de las tribus y sibilas» y sus signos, además de los tradicionales alusivos a la pasión de Cristo, eran «planetas y signos eclipsados».<sup>3</sup>

Pero no era el *paso* del Santo Sepulcro el que atraía la devoción popular sino una Virgen de los Dolores, imagen actualizada de Isis, cuya fiesta se celebraba el tercer domingo de septiembre.<sup>4</sup> Era una fiesta eminentemente femenina y tenía masdeorgía pagana que de manifestación cristiana. Los sacerdotes se sentían incapaces de atajar las relajadas costumbres de las cofrades. Ilustrémoslo echando mano a documentos de la época: «salen a ver dicha procesión muchas mujeres enamoradas y compuestas y llevan meriendas... y las mujeres hacen

señas a los cofrades... y hay mucho regocijo en un día tan triste y en cuanto anochece hay muchas deshonestidades».5

Tan grave era la cosa que había «personas devotas que no Ingresaban en la cofradía por las deshonestidades que pasaban en Viernes Santo».6 La Iglesia intentó repetidas veces atajar el daño que tan extrañas costumbres suponían para la grey cristiana. Hubo informaciones e interrogatorios. Un testigo declara sobre ciertos cofrades que «habían concertado un Viernes Santo a dos rameritas muy hermosas que salieran a la procesión en el egido de la Coronada y que saldrían con ellas a las huertas y se las llevaron a una acequia y allí se habían metido y habían tenido acceso carnal con ellas, pues en cuanto anochece hay muchas deshonestidades». 7

El texto casi no necesita comentario. No obstante haremos notar que copular, de noche y dentro de una acequia, es decir, en el agua, en pleno mes de marzo, con el frío, es refinamiento que debe tener alguna explicación ritual antes que venérea.

En otro documento queda claro también que, además de los excesos carnales, la procesión de la Coronada se caracterizaba por los alcohólicos.8 La autoridad eclesiástica, ignorante de las verdaderas raíces rituales de aquel aparente desenfreno, hizo cuanto pudo por erradicarlo. El obispo cardenal Moscoso ordenó que las Cofradías de Semana Santa «salgan de día quitándose así muchas inquietudes y ofensas a Dios Nuestro Señor».9

No se borraron por completo los vestigios matriarcales de ciertas Cofradías. Todavía en 1726 el obispo se veía en la necesidad de prohibir a los disciplinantes de las Cofradías que llevaran «roquete y ni enaguas de mujer» para evitar irreverencias.10

Esta curiosa presencia de hombres vestidos con ropas de mujer en la fiesta de la Virgen se da también por la misma época en la romería de la Virgen de la Cabeza, la patrona de Sierra Morena.

¿Qué sentido pueden tener tales prácticas escandalosas asociadas al culto de las Vírgenes? La explicación es relativamente simple: no son sino una pervivencia más de los cultos a la Diosa Madre de sus ancestros. En todo el mundo mediterráneo se repite el mismo fenómeno. En una determinada etapa histórica, el sacerdocio del matriarcado pasa a ser desempeña-

do por hombres, y estos hombres al principio vestían atuendo femenino. Son los «hieródulos» de que hablan los escritores clásicos particularmente al referirse al culto de Afrodita (otra Diosa Madre) en Ascalón.

También en la romería de la Virgen de la Cabeza se cometían desmadres sexuales que escandalizaban a los píos cronistas del siglo XVIII: «La turba de devotos no repara en nombrar a la purísima Madre de Dios con aquellas mismas expresiones rústicas e insolentes que ha inventado el amor profano y la licenciosidad del vulgo... hay feria abierta en donde lo que más se comercia es el libertinaje y las palabras deshonestas... hay impuros movimientos y bailes desconcertados delante de las mismas sagradas imágenes que adornan con este fin con ramos, flores, luces y buenas alhajas...».12

Llovía sobre mojado. Ya en 1628 el obispo Moscoso y Sandoval había ordenado, sin éxito, «que se excusen los desórdenes y ofensas a Dios causados por el concurso de gente, hombres y mujeres que acuden a la fiesta de Nuestra Señora».13

Lo que aquellos piadosos y escandalizados sacerdotes no alcanzaban a ver es que precisamente aquellas imágenes y aquellas romerías eran más materia de amor profano que del amor divino tal como ellos lo entendían. Porque antes de que el Cristianismo intentase amordazar a la Diosa Madre, evidentemente sin conseguirlo, aquel amor profano que exalta, a través del sexo, la fecundidad, había sido precisamente uno de los atributos de la Diosa Madre que ahora la Virgen María, con todo su acento puesto en la pureza, no conseguía erradicar.

Pero regresemos al lugar del dolmen de la Coronada. La comunidad del convento terminó trasladándose a otro edificio de la calle Maestra, la principal de la ciudad, donde hoy está el Barranco de la Coronada, precisamente en el antiguo sendero que iba del Dolmen Sagrado al manantial oracular de la Malena.14

En cuanto a la imagen de la Virgen de la Coronada hay que lamentar que no haya llegado hasta nosotros. En 1936 la trastaaaron en un carro junto con otras imágenes, a un cortijo cercano al dolmen en donde, según la tradición, se había encontrado y la quemaron para alimentar el fuego de una chimenea. 15

Lo que se ha conservado ha sido un bajorrelieve renacentista de la Virgen Coronada que procede de la cárcel



vieja, es decir, del convento del antiguo dolmen de la Coronada. Está en el museo provincial de Jaén. Más adelante tendremos que volver a él porque encierra una de las claves de esta historia.<sup>16</sup>

### *La Virgen Blanca*

La ermita de la Virgen Blanca está situada a tres kilómetros de Jaén cerca del antiguo camino de Martos. El lugar se conoce como Cerro de la Virgen Blanca o Cerro de los Lirios. Anotemos estas denominaciones. Estas tierras pertenecieron a la iglesia desde tiempo inmemorial hasta que, con las desamortizaciones del siglo XIX, pasaron a manos particulares.!?

El lugar se denominaba La Imora o Daymora en la época de la conquista. Es admisible que esta palabra fuera corrupción de toda una frase: «La que i mora», *la que vive allí*, curioso circunloquio para soslayar la mención del nombre secreto de la divinidad. Una divinidad femenina en cualquier caso. Más tarde se obvió tan difícil denominación y sólo queda vestigio de ella en el topónimo actual: Imora. La divinidad, convenientemente convertida en Virgen María, pasó a llamarse Virgen Blanca.

La ermita actual es moderna y la hermosa imagen de la Virgen que alberga también lo es. La imagen antigua fue destruida en 1936. Pero tampoco ésta era la imagen original. La original se llevó a Jaén, al amparo de sus murallas, durante el siglo XIV o quizá en el XV. Esto explica que no aparezca mención alguna de la ermita en la *Crónica del condestable Iñigo* aunque sí se mencione la fuente de agua que había en el primitivo emplazamiento de la imagen, fuente que se denominaba, significativamente, «de Santa María». <sup>18</sup>

Después de la conquista de Granada una ermita volvió a edificarse en el lugar sagrado y albergó distintas imágenes, *todas de piedra*, como la original había sido. En 1507 un devoto deja su fortuna para que se pinten en los muros de la ermita las imágenes de la Virgen, el Niño y santa Ana. Esta aparición de santa Ana es, como veremos en seguida, un indicio significativo. <sup>19</sup>

¿Qué se hizo de la primitiva imagen de la Virgen Blanca? La primitiva imagen tenía un nombre diferente, aunque

equivalente. Se llamaba Virgen Alba. Así aparece citada, en tercer lugar, en la lista de devociones jiennenses del siglo XVIII, junto con las otras Vírgenes de la catedral dolménica.

Después de su traslado a Jaén en tiempos de los moros se hizo cargo de esta imagen la familia Rincón vecindada frente al templo de la Magdalena. De la familia Rincón pasó esta primitiva imagen a la compañía de Jesús que la colocó en lugar preferente de su iglesia de la calle Compañía hacia 1611.

Por descripciones antiguas sabemos que la imagen medía «media vara», es decir, apenas 40 cm de altura, que aparentaba ser «muy antigua», que se representaba con el niño «mamando de su pecho» y que a pesar de que su nombre significa blanca, estaba hecha de negra «piedra de alabastro». <sup>21</sup> Ya es curioso que una Virgen *negra* se denomine Alba o Blanca. Además la imagen estaba elevada sobre una peana de media vara, tan alta como ella. <sup>22</sup>

En el mismo altar donde se veneraba esta imagen colocaron los jesuitas un raro objeto: «una pirámide de vidrio verde con remate de azofar, labrada» que contenía una reliquia del primer obispo de la diócesis venido de Oriente, de san Eufrasio. <sup>23</sup>

La descripción de la Virgen Alba coincide punto por punto con la de una de tantas imágenes de Isis que circularon por el Mediterráneo hasta los primeros siglos del Cristianismo.

En cualquier caso la imagen se perdió, no sabemos cuándo ni cómo. Todavía a mediados del siglo XIX hubo un buscador de la Mesa de Salomón que hizo grandes obras en la antigua iglesia de los jesuitas, ya arruinada, con la esperanza de dar con la imagen. Pero tampoco sabemos si la encontró.

### *La Asomada*

Nuestro paciente rastreo de Vírgenes y lugares sagrados acerca a fuentes o manantiales en tomo de Jaén nos condujo a la ermita de la Asomada, un sencillo edificio sobre la loma que domina el puente de la Sierra, en el antiguo camino de Otiñar.

La Virgen que dio origen a la ermita ha desaparecido ya, pero todavía queda memoria de su existencia entre los hortelanos.

nos de aquellos contornos, si bien ninguno de ellos alcanzó a conocerla 'en sus días, Curiosamente, en esta ermita hubo un manantial en tiempos de la Virgen. Su nombre actual deriva del *árabesallada* que significa «fuente de agua caliente». Esto indica que el culto es anterior al establecimiento de los cristianos en la región. Por consiguiente se ha venido transmitiendo. como ocurre con otras ermitas de los alrededores de Jaén, desde los tiempos del santuario matriarcal.

### *La Virgen de la Peña*

Los cultos de la Diosa Madre propiciaban la fecundidad de los campos, de los animales y de las personas. Estas fiestas de mayo o de primavera iban acompañadas de grandes despliegues florales. Actualmente perduran trazas de tales ceremonias en los actos que acompañan a la romería del Cristo de Chircales. Este Cristo suplanta uno de los santuarios matriarcales de Jaén, el de la Virgen de la Peña, a tres kilómetros de la ciudad. Por cierto que, a pesar de la suplantación, el pueblo sigue conociendo el lugar como Fuente de la Peña. La antigua imagen de la Virgen ha desaparecido así como la *peña* que le daba el nombre. Aunque la ermita albergue un Cristo su fiesta continúa siendo típicamente matriarcal: «se lleva en procesión hasta la glorieta para regresar de nuevo a su ermita, que este día tiene arcos triunfales de pino y yerbas silvestres y altar de capullos y rosas de 010m.<sup>24</sup>

### *Santa Ana*

Nos queda, finalmente, hablar de la última Virgen que en rigor debiera ser la primera: santa Ana.

En idiomasumerio el cielo se llamabaan.<sup>25</sup> Los pelasgos adoraban a una Diosa Madre o Diosa Luna llamada Ana, nombre que significaprecisamente«reina o Diosa Madre». En época romana le estaba consagrado un bosque en la Vía Flaminia, junto al Tíber. Ovidio la identifica con la Minerva lunar «por-

que lleva el año con sus meses». Su iconografía la representaba como una mujer anciana.<sup>16</sup>

Esta remota Diosa Madre mediterránea se transmite a los cultos cristianos conservando el nombre de Ana y su figura de anciana.<sup>27</sup> Los teólogos medievales definían a la Inmaculada como «la Concepción de santa Ana».<sup>28</sup>

Santa Ana es patrona de Torredelcampo, lugar a once kilómetros de Jaén. Su santuario, plantado sobre un cerro que domina la población, se inscribe como hito intermedio entre el Dolmen Sagrado, de Jaén y el santuario de Hércules en Martos. En tiempos prehistóricos el santuario de Ana estuvo protegido por uno de los más antiguos recintos amurallados de Europa. Todavía se descubren sus imponentes restos cerca de la actual ermita y fuente. En época árabe seguía existiendo como santuario según atestiguan los azulejos de su revestimiento interior hace tan sólo unos años.

En torno a este santuario se han efectuado interesantes hallazgos. Por ejemplo una *venus* o Diosa Madre de marfil hoy lamentablemente desaparecida. También han desaparecido los «numerosos objetos metálicos y de piedra» que unos misteriosos prospectores encontraron cuando buscaban una «fantástica mina cercana»,<sup>29</sup> así como las inscripciones en un alfabeto desconocido, pero desde luego distinto al ibérico, que se encontraron en algunas tumbas del santuario. Es una suerte que al menos tengamos una copia de alguna de las inscripciones.

El reciente folklore consumista que la vida moderna impone ha desvirtuado el culto de esta Diosa Madre, pero todavía pueden rastrearse vestigios del primitivo ritual y de las creencias a él asociadas. En muchos pueblos de la región hay ermitas de santa Ana o, al menos, altares. Y en muchas de ellas aún queda recuerdo de la antigua denominación de la santa que no era otra que *santa Ana Triple*. ¡Triple Ana! ¡Extraña manera de llamar a la Madre de la Virgen! Extraño al menos para sus actuales devotas que han ido olvidando lo que ya no comprenden. Sin embargo esta significativa denominación ha dejado huella documental en algunos lugares de esta diócesis. Por ejemplo en Alcalá la Real donde santa Ana Triple abogada contra la sequía en su papel de Diosa de la Fecundidad tuvo ermita que luego daría nombre a una aldea. Cerca de la ermita está la Fuente del Rey, donde está documentado que Alfonso IX fundó un oratorio dedicado a la Virgen Coronada.<sup>30</sup>

¿Qué sabemos de las enigmáticas imágenes medievales de la Virgen?

No sabemos mucho: que suplantaron a las Diosas Madre en los dólmenes sagrados y santuarios; que eran imágenes diminutas plantadas sobre los enormes monolitos de la Diosa Madre; que eran negras; que «aparecen» casi todas ellas en el siglo XIII, coincidiendo con un súbito renacimiento de los cultos a Nuestra Señora en todo el Occidente cristiano; que suelen presentarse en posturas sedentes, con el Niño sostenido por el brazo izquierdo; que en seguida quedaron tapadas por elaboradas vestiduras que sólo permitían a los fieles verles el rostro.

Pero ¿es que no hubo Vírgenes más antiguas, es decir, anteriores al siglo XIII?

Seguramente sí.

Veamos: la Virgen gótica o románica que conocemos es una imagen cristianizada y tardía, importada de Bizancio. Si suplanta a la antigua Diosa Madre sería de esperar que perdurase en ella alguno de los rasgos propiciadores de fecundidad con que se dotaban las antiguas representaciones femeninas de la Prehistoria, también relacionadas con los ritos matriarcales de la Diosa Madre, con aquellas *venus* o con las Astarte que las sucedieron.

Entre la Antigüedad y la Baja Edad Media, en el espacio de ese milenio, ¿hubo imágenes que puedan representar el eslabón perdido?

Sí las hubo. Pero el clero cristiano las consideraba tan irreverentes y provocativas que prefería ocultar sus cuerpos detrás de veladuras, vestidos y adornos. Por eso se tapaban tanto las imágenes actuales, que al fin y al cabo son tallas vestidas y tardías, lo que explica precisamente que se salvaran de la quema.

Lo de «la quema» no es una frase hecha, aunque podría parecerlo. Lo que queremos decir es que hubo imágenes primitivas de la Diosa Madre, asimiladas a la Virgen María, que fueron destruidas por el clero.

Existe un documento revelador que puede testimoniar lo que estamos diciendo. Se trata de una resolución del Sínodo diocesano, celebrado en Jaén en 1624 bajo la presidencia del

cardenal-obispo don Baltasar Moscoso y Sandoval. Bajo el título quinto, cuyo epígrafe es «Sobre veneración de imágenes», dispone: «que no se hagan imágenes de barro o cartón (se refiere evidentemente a los exvotos populares que los fieles llevaban a los antiguos santuarios) y que se entierren o consuman dentro de la iglesia o en otra mejor forma las imágenes viejas y deformes que más provocan a risa que a devoción».31

El documento es revelador. Así que, efectivamente, existieron imágenes «viejas», es decir, antiguas, y «deformes», ¿Cómo definiríamos si no a una *venus* prehistórica o su copia, con aquellas exageradas redondeces y sus michelines de grasa en el trasero, en las caderas, en el vientre y en el pecho? En efecto, perdido ya el genuino sentido de tales manifestaciones, las imágenes, aunque eran veneradas por tradición, provocaban «más a risa que a devoción» no a sus fieles de toda la vida, evidentemente, sino a los sacerdotes venidos de fuera como el obispo-cardenal firmante y la gran mayoría de sus colaboradores. Ya sabemos que en 1624 fueron condenadas al fuego. Sólo se salvaron aquellas tallas suficientemente modernas como para estar en la línea de la estética oficial de la Iglesia. Y de éstas también es de lamentar que casi ninguna sobreviviera a los nuevos inquisidores de 1936.

. Pero ¿hubo algún tipo de resistencia ante esta medida? La disposición sinodal deja claro que hay que deshacerse de tales imágenes «dentro de la iglesia», es decir, a puerta cerrada y en secreto. Siendo así, los devotos nunca sabrían lo ocurrido o lo sabrían demasiado tarde, cuando ya no hubiera forma de evitarlo. Además, puesto que estas imágenes hacía ya tiempo que sólo mostraban el rostro, nunca advertían que el resto del cuerpo, «provocante a risa» había desaparecido por orden del señor Obispo.

Claro que no en todas partes pudo aplicarse la medida con igual sigilo.

Muchos conventos de religiosas seguían siendo fieles a tradiciones matriarcales precristianas cuyo origen y sentido hasta las propias monjas ignoraban. Uno de estos conventos, el más-antiguo, el de Santa Clara, el que floreció primero junto al Dolmen Sagrado catedralicio, el convento que se vanagloriaba del mítico hallazgo de la Verónica en su huerto, había sido finalmente trasladado a otro emplazamiento, traslado que tampoco fue fortuito como luego veremos.

Pues bien, la medida del obispo enfureció a las monjas. ¿Qué ocurrió? Con ocasión de una inspección del prelado, las monjas atrancaron la puerta del convento y recibieron a la comitiva episcopal arrojándole aceite hirviendo desde las ventanas. Las marcas del aceite en la puerta del recinto perduraron largo tiempo para recuerdo de tan singular acontecimiento.<sup>32</sup>

Es posible que las monjas guardasen como oro en paño una de aquellas imágenes «provocante s a risa»; es posible que el obispo intentase hacerse con ella por las buenas. Lo cierto es que el asunto llegó demasiado lejos y estuvo a punto de convertirse en otro Fuenteovejuna..

Si tenemos en cuenta la antigua relación existente entre estas monjas y el Dolmen Sagrado, nos es lícito sospechar que quizá lo que las religiosas guardaban y defendían con tanto empeño no era sino las primitivas imágenes, las «provocantes a risa» de las dos Vírgenes del dolmen que, junto con la Verónica, ahora convertida en un Cristo barbudo, componían la triple Diosa Madre catedralicia. Abona nuestra teoría el hecho de que las imágenes actuales de las Vírgenes Antigua y de la Capilla sólo se remonten al siglo XIV cuando la documentada tradición sostiene que por lo menos ya existían, aunque fuera con otros nombres, a principios del XIII.

#### *Tres Vírgenes*

Páginas atrás veíamos cómo la Diosa Madre solía representarse en forma de trinidad o Diosa triple. Era el resultado de la mera multiplicación por tres del principio esencial, para representar cada una de sus tres facetas. En efecto, en el Dolmen Sagrado de la Catedral no hubo una Diosa Madre sino tres distintas, que dieron lugar a las tres Vírgenes históricas del período medieval hasta que la Iglesia decidió suprimir a dos de ellas, haciendo de una un Cristo y trasladando la otra a distinto santuario.

En la tradición cristiana de otros lugares estas tres diosas se convirtieron en las *tres Marías* alusivas a tres personajes evangélicos que acompañaron a Jesús.

La tríada de la Diosa Madre perdura actualmente en muchas imágenes de la Virgen en cuyo pedestal vemos tres rostros angélicos. A veces estos rostros se tallan sobre la peana

esferoide de la Diosa Madre. También queda rastro de esta trinidad en el cancionero popular. Examinemos la famosa cancioncilla de las *tres /11orillasde Jaén*, extrañamente fascinante por su sencillez y por la obviedad de su argumento. Pero bajo el prado florido del zéjel discurren oscuras las corrientes subterráneas del Dolmen SagradoY

La versión más antigua que nos ha llegado de esta composición fechable hacia el siglo XV es la recogida por Barbieri en su cancionero musical. Dice así:<sup>34</sup>

*Tres morillas me enamoran  
en Jaén*

*Aixa, Fátima y Marién.*

*Tres morillas tan garridas  
iban a coger olivas*

*y hallábanlas cogidas  
en Jaén*

*Aixa, Fátima y Marién.*

*y hallábanlas cogidas*

*y tornaban desmaidas*

*y las colores perdidas*

*en Jaén*

*Aixa, Fátima y Marién.*

*Tres morillas tan lozanas*

*iban a coger manzanas*

*en Jaén*

*Aixa, Fátima y Marién.*

*Una a uno y uno a una*

*se quieren bien*

*Aixa, Fátima y Marién.*

¿Qué denso mensaje nos quiere transmitir la aparentemente intrascendente cancioncilla de las tres morillas? Supongamos que las tres morillas de Jaén son las tres Diosas Madre de su santuario dolménico. El argumento de la cancioncilla es una contrariedad de las protagonistas: van a coger olivas y alg̃Ülen se las ha robado. Lo mismo les sucede con las manzanas. ¿No nos trae esta anécdota a la memoria lo que ocurrió a las tres Hespérides? También éstas eran tres hermanas y vino un héroe solar, Hércules, que les robó las manzanas que custodiaban. El manzano es el árbol de la ciencia, del Conocimien-

to, no sólo en el jardín de las Hespérides del mito griego sino también en el jardín del Paraíso (paraíso significa «jardín») del mito bíblico de la historia de Adán.

El manzano y el olivo representaban respectivamente al solsticio de verano y al de invierno en las ceremonias del Gran Año, según demuestra Graves.<sup>35</sup> Por lo tanto la anónima cancioncilla alude a los ritos agrarios del santuario dolménico donde vivían las tres Diosas Madre o, por mejor decir, la Diosa Triple.

Otra crítica cancioncilla, descendida como la anterior al folklore infantil, conjugaba los mismos míticos elementos en el juego del tejo que hacían las niñas de la plaza de la Malena hasta hace unos años

*A la verde, verde,  
a la verde oliva  
donde cautivaron  
a las tres cautivas.  
De oro dorada,  
dorada manzana  
a las tres cautivas  
cautivas llevaban.*

En la literatura popular abundan los crípticos mensajes matriarcales deslizados bajo formas en apariencia intrascendentes. Siempre están relacionados con lugares donde existieron santuarios de la Diosa Madre. En Galicia, por ejemplo, lo encontramos en un pliego de cordel recogido en Manceira:<sup>36</sup>

*Ela eran tres comadres  
e de un barrio todas tres  
fixieron a merendiña  
para ir ao san Andrés.*

Pasemos revista nuevamente a los elementos que hemos detectado hasta ahora.

Existe un santuario dolménico que alberga una trinidad de Diosas Madre. Sus fieles acceden a él por un camino iniciático que traza cierto esquema geométrico, que después será llamado Nudo de Salomón, símbolo del Conocimiento.

La Mesa de Salomón, el formulario preciso de la Sabiduría absoluta, el acceso al Nombre del Poder o identidad de Dios mismo que es alma de la Cábala, se relaciona con este santuario.

Salomón había conseguido reconciliar los principios solares y lunares. Se había remontado a la esencia misma de Dios. Había trascendido el desgarramiento bipolar del alma humana. Ésa fue su Sabiduría. Pero sus sucesores lo arrojan todo por la borda y vuelven a imponer una religión exclusivamente solar. La Sabiduría de Salomón quedaría restringida a ser la preciosa herencia de un reducido grupo de iniciados, Será la materia de la Cábala aún antes de que tal palabra *fuese* acuñada.

Nuestro siguiente paso fue intentar comprobar si algún vestigio de la religión matriarcal del santuario se había mantenido en la tradición cabalística.

Tuvimos suerte. En los textos cabalísticos más importantes aparece un concepto abstracto, la *Shejina* que equivale, literalmente, a la Madre Suprema. La *Shejina* se compone a su vez de tres almas o ángeles. He aquí, claramente formulada, la trinidad de la Diosa Madre. Ésta era la prueba que necesitábamos. Pero había más. Esta *Shejina* o Madre Suprema estaba adornada con una serie de atributos cuya enunciación precisa se asemeja a una especie de letanía. Entre ellos figuran los siguientes:<sup>37</sup>

*La Piedra Maestra.  
La Piedra Integral.  
La Columna Central.  
El Montón de Piedra.  
El Pozo.*

No cabía mayor claridad.

En el *Bereshit Rabba*, otro texto cabalístico antiguo, aparecen también sorprendentes afirmaciones. Sorprendente es la cuenta del carácter radicalmente solar y masculino del judaísmo, del que comúnmente se cree emanada la Cábala:

*Todo depende de la Mujer.*<sup>38</sup>

Luego, efectivamente, dentro de la Cábala persisten los elementos fundamentales del culto lunar a la Diosa Madre, que Salomón recibió de Occidente traídos por aquel mítico Hiram y su hermandad de iniciados constructores del Templo.

*Volverán las oscuras golondrinas*

Han transcurrido milenios. ¿Qué queda hoy de todo aquello? ¿Qué resta del Dolmen Sagrado, de las tres cabezas que encerraba, de la Trinidad de Diosas Madre, de los cultos y antiguos ritos iniciáticos?

Nada.

Algunos devotos persisten en adorar al Santo Rostro. Están convencidas de que se trata de una reliquia de Jesucristo. Nadie se acuerda de Nuestra Señora.

Por la Catedral, sumida en su penumbra silenciosa, discurren los canónigos al cuidado de la grey cristiana.

Milenios de fe y de antiguos secretos reposan dormidos entre sus piedras, en sus cálidos cimientos.

En nuestra primera juventud solíamos pasear por el interior de la Catedral. La sentíamos sin llegar a comprenderla. Tampoco hoy la comprendemos.

Pero existen unas criaturas que sí la comprenden. En su instinto persisten antiguas tradiciones milenarias. Una y otra vez vuelven a la Catedral como antaño volvían al Dolmen Sagrado. El curioso turista que regresa de su paseo se para, al atardecer, en la plaza de Santa María y las ve arriba, espunteando los relieves barrocos de la fachada del templo, arrebuajadas en ventanas y comisas, en el regazo de los santos de piedra y en los remates de los pináculos.

Son las aves.

Las aves cuyo lenguaje, el lenguaje de los iniciados, comprendía Salomón.

Son los vencejos y las golondrinas. Las aves negras de la Diosa Madre. Ellas siguen en la Catedral, saben que suplanta al dolmen, pero la piedra es piedra y el dolmen es el dolmen, aunque ahora tenga las formas de un templo extraño. Nada ha cambiado para las aves. El

incienso de hoy les parecerá igual que el humo de las viejas hogueras.

Todavía en el siglo XVII existía en Jaén, y en otras partes donde hubo santuarios matriarcales, un temor reverencial hacia vencejos y golondrinas. Eran aves respetadas. Eran las aves que volaban a ultratumba. Las aves negras no se podían matar. Su carne es tabú. Eran aves sagradas.

Vencejos, grajos y golondrinas siguen allí. Ve, lector, a Jaén y siéntate en un banco de la plaza de Santa María al atardecer. Contempla cómo las aves guardan la memoria que perdieron los hombres. Mira cómo, a pesar del veneno que les pone el Cabildo, regresan puntualmente cada atardecer de primavera al Dolmen Sagrado de la Diosa Madre.

HÉRCULES EN ESPAÑA

SEGUNDA PARTE

LOS QUE BUSCARON LA CAVA

Llegados a este punto debemos hablar de Hércules,  
el más popular de los héroes solares mediterráneos.  
Hércules es el héroe glorioso que libera a la tierra

## HÉRCULES EN ESPAÑA

Llegados a este punto debemos hablar de Hércules, el más popular de los héroes solares mediterráneos.

Hércules es el héroe glorioso que libera a la tierra de sus monstruos. Se trata de un Rey Sagrado que a la llegada de los pueblos patriarcales se transforma en rey agrícola y pastoril. Por este motivo entre sus advocaciones destaca precisamente la de pastor (Neulos Eumelos).

Aunque hubo muchos Hércules, la figura del griego es la mejor conocida, así es que diremos cuatro palabras sobre ella. Era hijo de Zeus y Alemena. Nació justamente en el equinoccio de primavera,<sup>2</sup> que era el año nuevo de los babilonios y otros pueblos de la antigüedad.

Toda la vida de Hércules es un puro conflicto con la Diosa Madre. Cuando todavía estaba en la cuna, Hera -la Diosa Madre-- envió contra él a dos serpientes, pero el niño las estranguló. Años después, Hera tomaría cumplida venganza de este fracaso haciendo que el héroe matase a sus seis hijos en un rapto de locura. Cuando recobró el juicio acudió al oráculo de Apolo en Delfos. Allí se le impuso como penitencia que obedeciese al rey de Micenas, Euristeo. Solamente cumpliendo los trabajos que éste le encomendara alcanzaría Hércules la inmortalidad.

Los trabajos de Hércules fueron doce. El primero consistió en matar al león de Nemea; el segundo fue dar muerte a la Hidra de Lema, especie de serpiente de cien cabezas a la que Hera protegía. Después tuvo que capturar al jabalí de Erimanto y a la cierva de Cerinía. Luego limpió de aves malignas el lago Estínfalo (otra vez las aves asociadas a un santuario acuático). A continuación aseó los establos del rey Augias de Elide, para lo cual desvió el curso de los ríos. También capturó al toro, padre de Minotauro, y domó las yeguas antropófagas del rey de Tracia. El noveno trabajo consistió en conquistar el cinturón de la reina de las Amazonas, a la que hubo de matar.



El décimo *fue* arrebatarse los bueyes del gigante Gerión, un monstruo de tres cuerpos al que también dio muerte. El undécimo trabajo fue robar las manzanas de oro del jardín de las Hespérides después de dar muerte a su vigilante, el dragón Ladón. Finalmente descendió al infierno y capturó al perro Cerbero.

Todos estos trabajos discurrieron en Grecia o en sus vecindades con la curiosa excepción de dos, el décimo y el undécimo, que tuvieron por escenario el extremo Occidente: Andalucía y el Magreb.

Hércules es evidentemente un héroe solar y patriarcal. Como héroe solar es a menudo pastor y se ve obligado a luchar contra una serie de monstruos serpentiformes o derivados de la serpiente que es, como sabemos, el animal lunar de la Diosa Madre.

Examinemos más cuidadosamente las hazañas en Occidente. El gigante Gerión era rey de Tartessos, aquel mítico reino que correspondió a gran parte de la actual Andalucía. Hércules tuvo que atravesar toda la Europa mediterránea para llegar hasta allí. Por el camino fue matando monstruos. El mito quizá aluda al avance de los pueblos pastores patriarcales derrotando a las poblaciones autóctonas matriarcales y agrícolas. La Diosa Madre, Hera, ayudaba a Gerión, pero a pesar de ello Hércules consiguió acabar con él. Gerión, un gigante de tres cuerpos, corresponde evidentemente a la Triple Diosa de los santuarios matriarcales. Rematada su hazaña, Hércules levantó dos columnas conmemorativas a uno y otro lado del estrecho de Gibraltar. Estas columnas míticas son reflejo de las simbólicas dos columnas que hubo ante la puerta del santuario del Hércules fenicio en Cádiz (Melkart). Robert Graves las relaciona con los secretos del alfabeto pelásgico y nos recuerda que los irlandeses atribuían la invención del alfabeto a un héroe procedente de España.

Hércules mató, pues, a Gerión y recogió sus rojos bueyes y los condujo a Micenas. Al regreso, transformado ahora en pastor de un considerable rebaño, trajo al héroe algunas aventuras adicionales, entre ellas la especialmente desagradable de compartir el tálamo de un monstruo femenino, mitad mujer mitad serpiente, al que, no obstante, hizo concebir trillizos. No cabe duda de que, como galán, Hércules debió de ser hombre de buenas tragaderas. Tampoco cabe duda de que

esta historia marginal nos revela la concordia de un pueblo patriarcal con otro matriarcal adorador de la Diosa Madre, representada en ese monstruo serpentiforme que Hércules desposa.<sup>4</sup>

En las formas del mito notamos que Hércules es vestigio de un Rey Sagrado que, como tal, tiene que vencer una serie de pruebas rituales para escapar de su propio sacrificio, venciendo a las serpientes simbólicas de la Diosa Madre. Los mitos corresponden, por lo tanto, a un estadio cultural en el que los pueblos pastores patriarcales se han impuesto a los agrícolas y buscan fórmulas de entendimiento que hagan posible una fusión cultural entre unos y otros. No olvidemos que, a la postre, el héroe va buscando ser aceptado como esposo de la reina o diosa.

Lo anteriormente expuesto se confirma si analizamos el undécimo trabajo de Hércules. El héroe tuvo que conseguir las manzanas de las Hespérides «regalo de bodas de la Madre Tierra a Hera».<sup>5</sup> El manzano sagrado estaba guardado por el dragón Ladón. Hércules le dio muerte y consiguió el trofeo. Pero ¿dónde estaba exactamente el jardín de las Hespérides? No existe localización precisa. Su propia denominación indica que se trataba del lugar donde se pone el sol que, para los griegos antiguos, estaba en Occidente, al sur de la península Ibérica. La puesta de sol sería un *símbolo de la muerte del Rey Sagrado*; para luego resucitar en el Año Nuevo.<sup>6</sup> Para unos este jardín estaba en el país de los Hiperbóreos, para otros en las laderas del monte Atlas, en el Magreb, o en una isla del Océano.

Hércules mató al dragón Ladón, consiguió las manzanas y las llevó a Euristeo, su patrón, que a su vez las devolvería a la furiosa Hera, quizá para consolarla por la pérdida del dragón.

Es curioso que dos trabajos de Hércules tengan como escenario tierras del sur de España. También es revelador que el primer trabajo consista en robar unos rebaños de bueyes y el segundo en robar unas manzanas. En cualquier caso el héroe solar llega de tierras lejanas para arrebatarse los secretos de la agricultura y la ganadería, los dos grandes hallazgos del neolítico, de aquella «revolución agrícola» que cambió radicalmente el destino de la humanidad. Y es evidente que el héroe es un hombre neolítico, un héroe desconocedor todavía de los metales, un hombre que lucha con arco y flechas y con una

clava de madera de olivo. Recordemos que el olivo es el árbol del festival de primavera, el símbolo que lleva la paloma al arca de Noé, el que acompaña a Cristo, Rey Sagrado y héroe solar él mismo, en su entrada a Jerusalén y en su pasión y resurrección.

Pero ¿por qué viene Hércules a Occidente en busca de los secretos agrícolas? La explicación es relativamente simple: porque para los neolíticos orientales en el extremo oeste de Europa y África existía una civilización superior a la suya.<sup>7</sup> Para ellos el conocimiento procedía de Occidente. Recordemos que de Occidente llegan precisamente muchos artífices míticos del Templo de Salomón; en Occidente se sitúa la Atlántida, aquella áurea y civilizada tierra cuya noticia transmitieron los sacerdotes egipcios; en Occidente estuvo Tartessos, de cuyas compilaciones alfabéticas, con más de seis mil años de antigüedad, hablaba Estrabón. A esto hay que sumar el dato, que ya examinamos en su momento, de la nueva visión de la arqueología antidifusionista. Todo ello viene a explicar, entre otras cosas, la extendida tradición antigua de que el conocimiento y la iniciación procedían de Occidente. En este sentido Hércules alcanza la sabiduría para los griegos como Salomón la alcanza para los hebreos. Y ambos la obtienen de santuarios de la Diosa Madre imprecisamente situados en el sur de España.

Existe un estrecho paralelismo entre el anónimo héroe que da muerte al lagarto de la Malena y el Hércules mítico. Los dos están privados de libertad y realizan su hazaña para obtenerla. Los dos se enfrentan con un monstruo serpentina que habita en una cueva. En los dos casos aparecen claros símbolos solares, (caballo, oveja, fuego), asociados al héroe que mata a la serpiente. Este paralelo podría, naturalmente, hacerse extensivo a todos los héroes solares mediterráneos matadores de serpientes o dragones. A la postre, asistimos al viejo tema de la simbólica derrota de los poderes de la Diosa Madre y del matriarcado agrícola a manos de héroes solares que representan al patriarcado pastoril. Es inevitable que el mito nos remita continuamente a la Historia.

Pero la hegemonía de los pueblos solares, observable en un determinado momento histórico, no consiguió desarraigar el culto a la Diosa Madre en algunas regiones donde estaba fuertemente implantado debido a la existencia de grandes san-

tuarios y lugares de peregrinación. Tal es el caso de Jaén. Por lo tanto, los jerarcas de la nueva sociedad hicieron todo lo posible por imponer los modelos de culto solar en detrimento de los lunares. Crearon a su vez santuarios solares en dura competencia con los de la Diosa Madre. Uno de estos santuarios fue el de Hércules en Martos a tan solo dieciséis kilómetros del Dolmen Sagrado.

En el período al que nos estamos refiriendo Martos era un impoliante núcleo ibérico llamado Tucci. En época romana crecería aún más y llegaría a ser una importante colonia con el nombre de Augusta Gemela.

En Martos existió un santuario de Hércules tan famoso como el que los fenicios levantaron en Cádiz. Probablemente todavía persistan los cimientos en el subsuelo de la iglesia de Santa Marta. Recordemos que esta santa, sucesora de Hércules en la titularidad del lugar, es también una matadora del dragón.

Hércules vino a España, según la narración mítica, con objeto de robar los rebaños de Gerión. Para conmemorar su hazaña levantó dos columnas, en Ceuta una y la otra en Gibraltar. Pero esto no fue todo. Además levantó una tercera columna en Martos. Nos transmite esta noticia Francisco Delicado refiriéndose a los hallazgos arqueológicos de 1524 en Martos: «Allí puso Hércules la tercera piedra o columna que al presente es puesta en el templo. Hallase en 1504», y añade: «Al pie de la Peña se han hallado ataúdes de plomo y marmóreos escritos en letras góticas y egipcias». <sup>8</sup> Diego de Villalta abunda en lo mismo en un escrito de 1579: el templo de Hércules «era de muy fuerte y gruesa argamasa que las paredes tienen más de tres varas y media de gruesas... se halla a más de un estado debajo de tierra en la misma iglesia de Santa Marta y en su cementerio y en toda la plaza desta villa». <sup>9</sup>

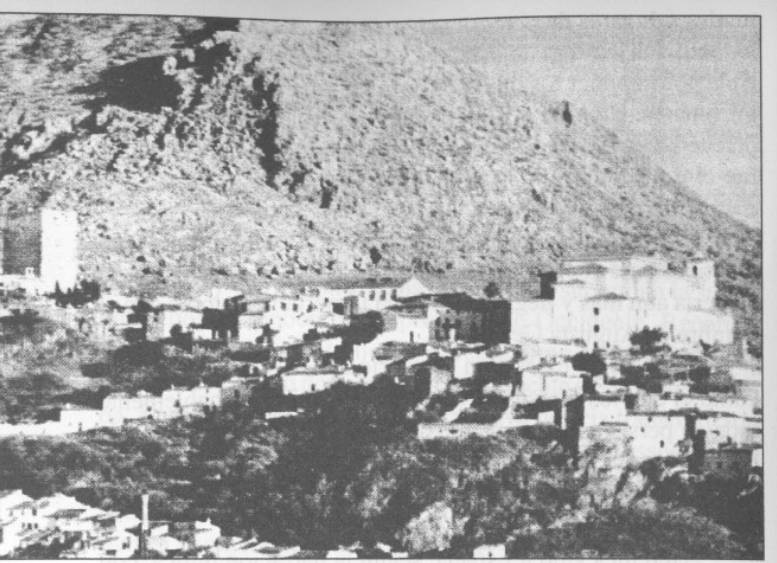
La riqueza arqueológica de Martos es tan notable que seguramente su subsuelo reserva grandes sorpresas a futuros investigadores. Villalta habla de «más de cien piedras letradas», es decir, escritas, que en su tiempo quedaron sepultadas en los sótanos de la iglesia de Santa Marta, donde estuvo el antiguo santuario. <sup>10</sup> Del mismo modo que las míticas columnas del estrecho de Gibraltar son dos promontorios rocosos, en Martos la tercera columna no sería otra que la impresionante Peña de Martos, una roca que se eleva majestuosamente hasta

Con la llegada del Cristianismo, Hércules cede su puesto como héroe solar a un santo cristiano, a san Cristóbal. El Hércules grecorromano había transportado al dios Dionisio a través del río. Recordemos que Dionisio es un dios lunar<sup>13</sup> y que en Delfos, santuario oracular, es desmembrado por su sucesor.<sup>14</sup> Se trata por consiguiente de un Rey Sagrado. San Cristóbal cruza también el río llevando al niño Jesús.<sup>15</sup>

El báculo que sirve de apoyo a san Pedro, y que simboliza su herencia iniciática dentro del Cristianismo, no es sino una transformación del bastón de medidas del Hiram salomónico, que después representará la sabiduría iniciática de los arquitectos medievales. Procede de la vara de Moisés y Aarón que se tenía por el origen de la iniciación cristiana. Pues bien, en san Cristóbal esta vara o báculo estará doblemente representada en la palmera que descuaaja y utiliza como apoyo para poder cruzar el río con Jesús a la espalda. La palmera es un árbol tutelar de la Diosa Madre y por tanto en la iconografía cristiana se relaciona con la Virgen. San Cristóbal, héroe solar, se apoya en la palmera matriarcal. Este sincretismo anhelado es el mensaje que nos transmite la iconografía del santo.<sup>16</sup>

No es casual que al monte más representativo de los entornos donde hay santuarios de la Diosa Madre (o las ermitas de la Virgen o santa Ana que los sucedieron), se le imponga el nombre de san Cristóbal. Es el residuo de la dedicación al héroe solar que hacen los pueblos patriarcales para contrarrestar el poder de los santuarios de la Diosa Madre que encuentran a su llegada. Tampoco es casual que en la nave de la derecha de nuestras iglesias y cerca de la entrada encontremos gigantescas representaciones de san Cristóbal, costumbre que parece impuesta en esta tierra por Alfonso X el Sabio, otro iniciado.

El obispo Suárez conocía bien el significado de san Cristóbal. Por esto debió de dar instrucciones muy precisas al tallista que representó al santo en su coro de la Catedral de Jaén. --En-el(elieve vemos al gigante barbudo cuyo rostro es copia de las representaciones clásicas de Hércules. Está en medio del río con el Niño sobre el hombro izquierdo. En las representaciones marianas y en las de san Cristóbal, el Niño siempre queda del lado de la izquierda del que lo lleva. En la orilla



los 1003 metros de altura. En su cima barrida por los vientos construyeron los calatravos un castillo. Desde sus torreones se atisba una extensión de muchos kilómetros a la redonda. Probablemente el primer santuario de los pueblos pastores, que adoraban a dioses uránicos como el Trueno, fuese la montaña misma y de ahí proceda la sacralización de estas «columnas» que el héroe solar levanta. (También, por supuesto, las pirámides, esquemáticas montañas artificiales que levantan los faraones, dioses de una religión solar ellos mismos.)

Pues bien, en la misma Peña de Martos y en su contorno los hallazgos arqueológicos son especialmente reveladores. Existe un llamado *Cerro del viento* donde se encontraron, hacia 1700, muchas sepulturas cuyos cadáveres «todos miraban el oriente del sol». <sup>11</sup> Existe en el pueblo una *puerta del sol* al pie de la Peña, donde se encontraron sepulturas neolíticas.<sup>12</sup> ¿Qué significado pueden tener las figuritas de barro cocido que tanto abundan en Martos y los santuarios de su entorno, en Jamilena y Víboras? La interpretación que hasta ahora se les ha dado es funeraria pero no nos parece muy satisfactoria. Estas figuritas continúan modelándose hoy día para conmemorar la fiesta de la Virgen de la Cabeza en Sierra Morena. Su sentido ritual es bien patente.

## Conclusiones

Salomón buscó el conocimiento en Occidente, en Tarsis, en el sur de España a donde enviaba sus naves y de donde recibía a los maestros que construyeron su Templo.

Hércules buscó el conocimiento en Occidente, en el jardín de las Hespérides, en el sur de España, donde robó las manzanas de oro de la Sabiduría después de derrotar a los repetidos símbolos de la Diosa Madre que las custodiaban.

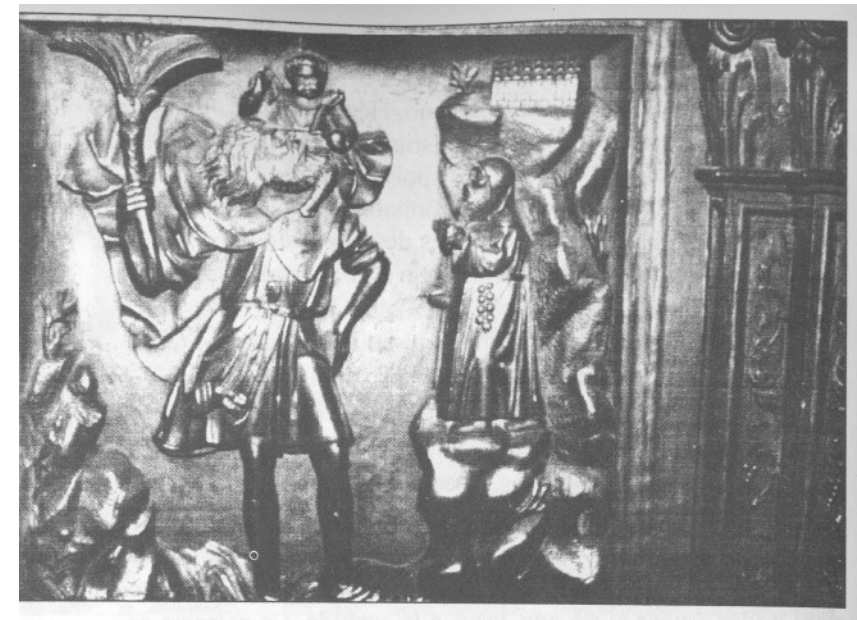
Los pueblos patriarcales buscan el Conocimiento conservado en los santuarios matriarcales del sur de la península Ibérica.

Pero los mitos de Hércules aluden a acontecimientos ocurridos unos ocho mil años antes de Cristo, y Salomón existió realmente unos 900 años antes de Cristo. Esto nos plantea otra pregunta: ¿buscó alguien el Conocimiento absoluto después de estas fechas?

Evidentemente sí. Lo buscaron, por ejemplo, los cabalistas que intentaron e intentan desentrañar el secreto del Nombre del Poder que se supone hallado por Salomón y dejado como herencia en el jeroglífico de su Mesa.

A lo largo de la Edad Media algunos hombres creyeron que esta Mesa había ido a parar a Jaén, a uno de los mayores santuarios de la Diosa Madre en la antigüedad.

De los hombres que entonces y después de entonces buscaron la Mesa de Salomón vamos a ocuparnos seguidamente.



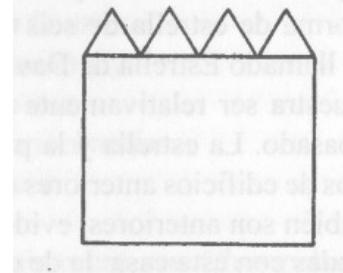
ando  
resús a  
la  
'ral de  
de  
~a.)

derecha del río un ennitaño contempla la escena. Hasta aquí todo parece normal, todo responde a la tradición iconográfica del santo. Pero hay detalles que no pueden ser fortuitos, que reclaman nuestra atención. Por ejemplo: la capa o manto de san Cristóbal y las ropas del Niño ondean poderosamente movidos por el viento. Además la tranquila corriente fluvial está agitada por las olas. Sin embargo, misteriosamente, el viento no sopla en la cercana orilla puesto que el sayal del ennitaño cae con toda naturalidad.

En la orilla izquierda, sobre la pelada loma rocosa, vemos un lagarto, el mítico lagarto de la Malena custodia del tesoro que arrebató el héroe solar Hércules-san Cristóbal. En la misma orilla, cerca del lagarto, hay una rara planta que da por toda flor o fruto una esfera. Pero no es ésta la única esfera del entorno. En la parte superior de la palmera que sirve de báculo al santo hay tres dátiles, representación evidente de las tres esferas. El Niño Jesús lleva otra esfera en la mano. ES la -que la iconografía cristiana identifica tradicionalmente con la bola del mundo. El ennitaño que contempla la escena desde la orilla derecha lleva a la cintura un rosario de nueve cuentas, ostentadamente tallado sin respeto a las reglas de la proporción. Ya sabemos que el número nueve pertenece a la Diosa Madre.

## EL PERIPLO DE LOS BABILONIOS

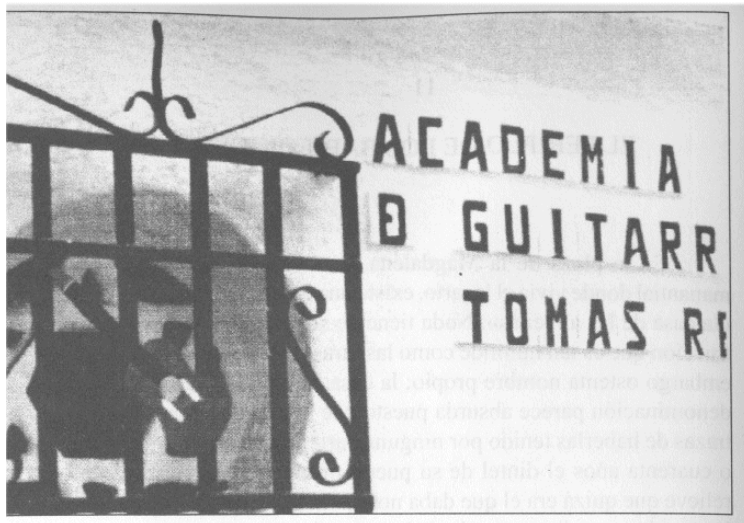
En la plaza de la Magdalena, a un tiro de piedra del manantial donde vivía el lagarto, existe una casa conocida como «la casa de las almenas». Nada tiene de significativo la construcción que es tan humilde como las otras de la vecindad. Sin embargo ostenta nombre propio: la casa de las almenas. Esta denominación parece absurda puesto que no tiene almenas ni trazas de haberlas tenido por ninguna parte. Hasta hace treinta o cuarenta años el dintel de su puerta presentaba un curioso relieve que quizá era el que daba nombre a la vivienda. Según los que lo conocieron y todavía lo recuerdan era así:



Es decir, un rectángulo coronado por una línea quebrada que podía, en efecto, representar un parapeto almenado. Debajo del rectángulo parecía haber otras dos líneas onduladas, pero sobre este punto no hay acuerdo unánime ya que esta parte de la piedra estaba algo deteriorada. Además dentro del rectángulo había unas letras o números ilegibles.

Antiguamente se creía que los espíritus habitaban ciertas fuentes, ciertos árboles y ciertos edificios. La parte del edificio donde residía el espíritu era precisamente el dintel de su puerta.<sup>1</sup> Por lo tanto, el curioso relieve del dintel de la casa de las almenas tenía un sentido más profundo de lo que parecía a primera vista.

«La casa de las almenas» que hoy vemos no presenta señales del referido dintel. O lo han suprimido en alguna reforma del edificio o lo han enfoscado o cubierto de cemento. Pero

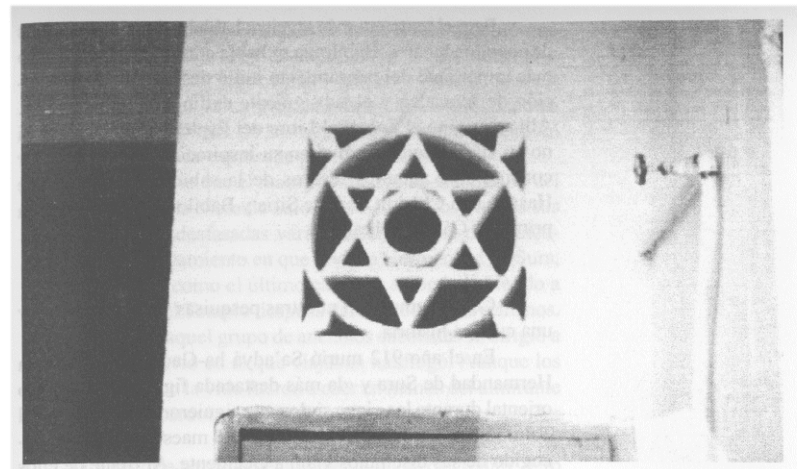


a la derecha de la puerta existe aún hoy una curiosa ventana de yeso, que tiene forma de estrella de seis puntas, el Sello de Salomón también llamado Estrella de David.

La casa muestra ser relativamente moderna, quizá de finales del siglo pasado. La estrella y la piedra del dintel debieron ser vestigios de edificios anteriores que ocuparon aquel mismo solar. También son anteriores, evidentemente, dos tradiciones relacionadas con esta casa: la de que allí vivió un famoso sanador al que expulsaron las autoridades por ser judío y la de que allí se hospedó un rey de España.

En la época del califato hubo un famoso médico judío oriundo de Jaén. Se llamaba Hasday ben Chaprut. Su familia era de las más notables de la ciudad. Por lo tanto esta casa, emplazada en lugar preferente del núcleo medieval, podría haber sido la suya. Aunque se podría argumentar que a lo largo de aquel dilatado período debió de haber muchos médicos judíos en Jaén, lo cierto es que existe otro indicio que, a nuestro juicio, refuerza la hipótesis que acabamos de exponer. Es una de las oraciones que los curanderos gitanos decían a sus pacientes:

*San Champrún bendito  
que lees en la mesa.*



*La tierra y el aire  
y el fuego en la artesa,  
el pan camarado (?)  
la paja en la era,  
que se me cure el mulo  
de esta manera.*

A nuestro juicio ese san Champrún, inexistente en el santoral cristiano, no es otro que el Chaprut médico de Jaén, cuya fama debió de ser imperecedera en la judería jiennense por la preeminencia y prestigio que alcanzó.

Mosé Ibn 'Ezra en su *Libro de Poética* escribe de él: «En su tiempo se despertaron los ánimos adormecidos... él supo extraer para su país las aguas de las fuentes de la ciencia oriental e importar los tesoros de la sabiduría desde todas las ciudades lejanas, él fortificó las columnas de la ciencia, rodeándose de sabios procedentes de Siria y Babilonia».

Este texto nos pareció singularmente revelador. No cabe mayor claridad. Así es que este enigmático personaje había traído «los tesoros de la sabiduría» de Siria y Babilonia.

Siria era para los contemporáneos de Ibn 'Ezra toda la fachada Oriental del Mediterráneo, incluida Israel. ¿Qué tesoros de sabiduría podían venir de allí y de Babilonia?

*La estrella con círculo  
inscrito, en el patio de la  
casa citada, hoy desaparecida.*

Pero el texto era más preciso: hablaba de sabios venidos de aquellos lugares. Babilonia se había convertido en el centro más importante del pensamiento judío después de la destrucción de Jerusalén y el subsiguiente exilio de sus habitantes. Allí se originó el *Zohar*, el Libro del Esplendor cabalístico, si no en su redacción final sí en su inspiración doctrinal. Por consiguiente aquellos tesoros de la sabiduría oriental que Hasday ben Chaprut trajo de Siria y Babilonia no eran sino la primitiva Cábala hebrea.

Continuamos con nuestras pesquisas y vinimos a saber una curiosa historia.

En el año 912 murió Sa'adyá ha-Gaón, maestro de la Hermandad de Sura y «la más destacada figura del judaísmo oriental durante los cinco siglos que siguieron a la clausura del Talmud babilónico».3 A la muerte del maestro, un grupo escogido de sus discípulos viajó a Occidente. Al frente de ellos iba Ben Hanok, el sucesor del maestro en la jefatura espiritual de la Hermandad. Oficialmente el motivo del viaje era recabar ayuda económica de los judíos de Occidente. Pero esta explicación no nos parece hoy muy satisfactoria para justificar que cuatro ancianos se arriesgaran a hacer tan largo y difícil viaje. En primer lugar existían prósperas comunidades judías en Palestina y Egipto que hubieran podido socorrer a la de Babilonia. Por otra parte, hubiese sido más lógico comisionar para esta embajada a los miembros más jóvenes de la Hermandad y no a los más ancianos y sabios, cuya pérdida tenía que resultar forzosamente irreparable para la comunidad, puesto que las enseñanzas cabalísticas se transmitían principalmente por vía oral.

Otra era la misión que traía a Occidente a los ancianos cabalistas de Sura. Estos sabios buscaban algo.

Hoy contemplamos la Cábala como una actividad inmaterial que no precisa más apoyatura textual que la que le da la Biblia. A partir de la palabra revelada ella desarrolló sus ecuaciones espirituales. En la judería babilónica no faltaban códices de la Biblia. No era menester buscarlos en Occidente. Los de Occidente eran idénticos a los babilónicos, repetían incluso sus mismos enigmáticos presuntos errores.

¿Qué misión traían entonces aquellos ancianos portadores de la ciencia cabalística?

Recordemos que el tesoro de la Mesa de Salomón no residía tan sólo en su valor material, en su oro y piedras preciosas, sino más bien, y principalmente, en su contenido espiritual, en el código de su precisa proporción, en los valores numéricos de sus líneas, de las letras de sus inscripciones y en la geometría mística expresada por sus ricas taraceas.

Ignoramos lo que el maestro Sa'adyá ha-Gaón supo del paradero final de la Mesa de Salomón. Es muy posible que sus últimas noticias, desfasadas varios siglos a causa de la incomunicación y aislamiento en que vivía la Hermandad de Sura, señalaran Roma como el último caladero a donde había ido a parar el tesoro del Templo después del saqueo de los romanos. Lo cierto es que aquel grupo de ancianos cabalistas se dirigió a Italia. Pero el navío en el que viajaban naufragó. Aunque los ancianos salvaron la vida fueron a caer en manos del almirante de la flota de Córdoba, un tal Rumalis, que los hizo vender como esclavos.4

La historia procede de una fuente digna de crédito, pero hay en ella algo que no acaba de convencernos. ¿Qué hacía tan al norte del Mediterráneo, cerca de las costas italianas, un navío de Rumalis, un barco de guerra del califa de Córdoba? ¿Cómo pudieron salvarse de la catástrofe aquellos viejos medio impedidos?

Nos parece más plausible que estos detalles novelescos deban ser interpretados alegóricamente y quieran decirnos que las pesquisas de los cabalistas de Sura en Roma naufragaron, es decir, fracasaron, y que, después de aquello, siempre en seguimiento de lo que habían venido a buscar a Occidente, es decir, del tesoro del Templo, hubieron de proseguir su búsqueda en Al-Andalus.

Sea como fuere, ya tenemos a Moisés ben Hanok en Córdoba. La pudiente aljama cordobesa lo redime de la esclavitud y lo pone al frente de la escuela rabínica. Notable y repentino ascenso del recién llegado. Ben Hanok no descuidaría la tarea que le había traído a Occidente. Trabajó amistad estrecha con los Chaprut de Jaén. Y un vástago de esta familia, H~y ben Chaprut, sería su más aventajado discípulo, el heredero de sus enseñanzas más secretas, su sucesor en los arcanos de la Cábala.

Ben Hanok nunca regresó a la lejana Sura con el material que había venido a buscar a España. La Hermandad de



Sura acabó por apagarse y desaparecer en el plazo de una generación. Pero la llama de su sabiduría, atesorada en Mesopotamia durante siglos, prendió en la lejana Sefarad. Ben Hanok había encontrado en Chaprot a un brillante discípulo digno de ser portador del Sello. Los acontecimientos de la vida de Ben Chaprot no dejan lugar a dudas. Su fulminante ascenso a las más altas esferas del poder y otros peculiares acontecimientos de su biografía sólo pueden entenderse en el contexto de alguna forma de iniciación que le otorgara superioridad sobre sus posibles competidores. Hasday ben Chaprot destacó más que ninguno de sus contemporáneos por su brillantez y cultura. Fue igualmente famoso como médico, como diplomático, como canciller y como ministro de asuntos exteriores. Un hombre tan polifacético debía de estar muy ocupado en los negocios de la corte y en la alta política. Extraña por tanto que, además, se dedicase con ahínco a una serie de actividades en apariencia absurdas o al menos ilusorias. Por ejemplo, se obsesionó por la suerte de las diez tribus perdidas de Israel y puso en juego todo su poder como ministro plenipotenciario del califa para esclarecer el destino de aquellas tribus perdidas después de la caída de Samaria, en el año 721 antes de Cristo, cuando los asirios deportaron a casi todos los israelitas y los dispersaron por su dilatado imperio. Habían transcurrido ya más de mil años y Chaprot hace de la búsqueda de aquella gente una de las cuestiones más importantes de su vida. Llega a averiguar que en el lejano Oriente, entre el Caspio y el Volga, existe un pueblo que profesa la religión judía. Son los kázaros. Escribe una larga epístola a su rey, un tal José, convencido de que ha dado al fin con las diez tribus perdidas.

Pero ¿por qué las diez tribus? ¿Por qué este ministro del califa cordobés descuida los graves asuntos de Estado para mover cielo y tierra en busca de unas personas de las que no han quedado más que lejanos ecos envueltos en la broma de la leyenda? Sólo cabe una explicación lógica: lo que Ben Chaprot buscaba con tanto afán era algo relacionado con sus estudios. Entre la gente deportada por los asirios viajaban algunos grandes maestros. Era más que probable que entre ellos se hubiese conservado la tradición salomónica, que ellos fuesen portadores de algunas claves de las que sólo la noticia llegó a la Hermandad de Sura. Porque es evidente que esta búsqueda estuvo inspirada por Ben Hanok, que se trataba de encontrar algo que

los mismos cabalistas de Sura habían buscado afanosamente. Quizá lo mismo que habían venido a buscar a Occidente. La Hermandad de Sura descendía de los judíos deportados a Babilonia tras la derrota de Judá en 587, es decir, siglo y medio después de la desaparición de las diez tribus. En este tiempo pudo forjarse la leyenda rabínica sobre los secretos perdidos con la gran diáspora en este pueblo siempre hambriento de Sabiduría.

En su carta a los kázaros, Ben Chaprot anuncia que está dispuesto a abandonar todo para irse a vivir con ellos. ¡Curiosa decisión! El privado del califa de Córdoba, el hombre más culto de la ciudad más culta del Estado más culto de Occidente, un hombre que está en la cima del poder y del privilegio, se nos muestra dispuesto a iniciar una nueva vida entre pastores medio analfabetos que habitan en chozas plantadas en las inhóspitas orillas del Caspio. ¿Cuál sería el secreto de las diez tribus para que los iniciados estén dispuestos a correr tales aventuras por acercarse a él?

Los correos no funcionaban mejor que ahora. La carta tardó años en llegar a su destinatario y la respuesta del rey José tardó otros pocos años en alcanzar a Ben Chaprot. Una decepción vino a culminar tanta esperanza acumulada en la paciente espera. El rey José informaba que los kázaros no eran descendientes de las míticas diez tribus. Su historia era mucho más sencilla. Hacía poco más de un siglo que uno de sus antecesores se había convertido al judaísmo y a esa circunstancia se debía que su pueblo profesara la religión de Moisés.<sup>5</sup>

Pero hay más circunstancias enigmáticas en la vida de Ben Chaprot. ¿Qué alcance tuvieron sus tratos con los sabios bizantinos? Desde luego excedieron lo que podría ser un mero intercambio diplomático entre dos poderes políticos. Primero le vemos recibir un libro de la embajada de Constantino VIII que visita Córdoba. Luego consigue que el monje Nicolás, venioo de Bizancio expresamente, traduzca al latín el tratado médico de Dioscórides, un texto científico del siglo I después de Cristo. Éste era el texto oficial y ésta la explicación oficial, trasciende a la historia. Pero aquí hay gato encerrado. Para traducir un texto griego al latín hubiesen sobrado sabios en la culta At-Andalus y en cualquier caso el monje Nicolás lo hubiese traducido igualmente bien en Bizancio sin necesidad de trasladarse personalmente a AI-Andalus. El texto que el



monje tradujo no estaba en Bizancio sino en España y era algo más que un libro de medicina. Probablemente se trataba de un código, de una escritura secreta quizá compuesta con letras griegas, pero con un fondo doctrinal muy distinto, un fondo que requería algo más que un erudito en letras griegas.

Pero ¿de qué se trataba?

A los mil años de la muerte de Ben Chaprut nos resulta imposible desentrañar el enigma, aunque los fríos hechos nos señalen que tal enigma existió.

Es evidente que Ben Chaprut no estaba solo. La hermandad de Sura revivió a orillas del Guadalquivir, se robusteció con savia nueva y floreció con renovado esplendor en la ciudad de los califas donde, por cierto, se encontraba entonces la mayor biblioteca del mundo.

Los cabalistas buscan la Mesa de Salomón. La tradición de este tesoro de Sabiduría existe y se confunde con la de un lugar sagrado mucho más antiguo establecido en Jaén. A partir de este punto y siguiendo un proceso cuyos detalles se nos escapan, las dos tradiciones parecen confundirse. Las tres cabezas de la Gran Diosa, concretadas en las tres esferas de piedra que el Dolmen Sagrado encerraba como representaciones del triple principio femenino, se asimilan a tres principios cabalísticos.

La Cábala habla de la «Cabeza del Anciano» identificable con la suprema esencia divina del Creador.»<sup>6</sup> Ésta es la «Cabeza de las Cabezas», pero al propio tiempo es «tres cabezas superpuestas una en otra».<sup>7</sup> Otro pasaje parece más claro y contundente: «el Anciano está constituido por tres cabezas reunidas en una sola».<sup>8</sup>

Así pues, tenemos tres esferas de piedra de un vetusto santuario que representaban un principio abstracto: la divinidad creadora de la Diosa Madre, cuyo atributo es la Sabiduría.

- En un momento histórico se asimilan --por los cabalistas-- a los tres principios de la Creación representados por el *Anciano de los Ancianos*, cuyo atributo es también la Sabiduría. Los templarios lo llamarían Bafomet, cambia la terminología pero el fondo es el mismo. Además en las dos concepciones existe un misterio de la trinidad: los tres principios son, en realidad,

uno solo. La Diosa Madre es en esencia, una y las *Cabezas del Anciano están reunidas en una sola*.

Pero hay más. Volvamos a los principios cabalísticos. La *Cabeza del Anciano* recibe otros dos nombres: el *Gran Rostro* y, vista desde fuera a través de las veladuras del secreto, la *Pequeña Figura*.<sup>10</sup> Ya tenemos los tres nombres de esta única e indivisible trinidad. Nuestra hipótesis es que los cabalistas la asimilaron a los tres principios del Dolmen sagrado, a sus tres esferas.

-Pero volvamos a los textos de la Cábala.

La «Cabeza del Anciano vistió la Corona». La corona es símbolo de soberanía y es tesoro, lo que alude a la realeza, a Salomón y a la riqueza de oro y sabiduría que lo caracterizaba y a su herencia de oro y sabiduría representada por la Mesa.

«Un rocío sale a diario de la Cabeza del Anciano», dice el texto cabalístico, y añade: «Este rocío corre por el vergel sagrado».<sup>11</sup>

Si hemos identificado la *Cabeza del Anciano* con el santuario del Dolmen Sagrado, donde manaba una fuente sagrada, no será arriesgado relacionar este *rocío* que mana, es decir, esta fuente, con la fuente misma. «Este rocío corre por el vergel sagrado» son otras palabras de la máxima cabalística. Y el agua de aquella fuente del dolmen corría ladera abajo por un lugar que ha dejado el nombre de Valparaíso a la calle adyacente. *Valparaíso*, es decir, «El valle del paraíso». Ahí tenemos ya el vergel sagrado de los cabalistas. Es la cabecera de la actual Catedral de Jaén, por donde discurre la moldura gótica del primitivo templo, sobre la que hemos de volver más adelante.

Otra máxima cabalística dice: «Tres letras han sido grabadas en la cabeza de la Pequeña Figura, que corresponden a las tres mentes alojadas en los tres cráneos».<sup>12</sup> Parece, pues, que la Pequeña Figura, que es lo visible y externo de la Cabeza del Anciano o principio, mantiene un mensaje esotérico o contiene un código, contiene escritura.

La Cábala habla de tres letras. Son las tres letras Madres: Alef, Mem y Shin: ¿Son éstas las letras grabadas en la cabeza de la Pequeña Figura?

Pero hay otro pasaje que parece entrar en contradicción con el anterior. Dice: «Cuatro son los cerebros que posee la Pequeña Figura».<sup>13</sup> ¿Son estos cuatro asimilables también a otras tantas letras? Pero las que la Pequeña Figura presenta

son, según la cita textual, tres. ¿Cómo compaginar las dos cifras? Quizá estas cuatro letras son distintas a las tres Letras Madres. Nuestra hipótesis es que podrían ser las que componen el Tetragrammaton: y H V H. Un maestro de la Cábala, rabí Simeón enseña: «El Nombre sagrado ha sido revelado y escondido a la vez». Y H V H es 10 revelado, pero su nombre se esconde también en las combinaciones de las veintidós letras del alfabeto sagrado. Estas combinaciones constituyen las coronas de Misericordia y los 22 senderos de la Clemencia. Trece letras conciernen al Anciano de muchos días, y nueve a la Pequeña Figura. La combinación de Y H V H con las nueve letras de la Pequeña Figura forman el Nombre inefable, el *Shem Shemaforash* pronunciado por el Sumo Sacerdote en el seno del Tabernáculo. <sup>14</sup>

Por donde venimos a saber que las tres letras inscritas en la cabeza de la Pequeña Figura representan cada una de ellas una trinidad de signos, 10 que totaliza nueve. Curiosamente, también los tres principios de la Diosa Madre del dolmen se triplicaban en una cifra de nueve.

### *Conclusiones*

En el siglo X un grupo de cabalistas de la Hermandad de Sura se embarcó en un viaje a Occidente en busca de la Mesa de Salomón.

Un vástago de la familia judía jiennense de los Chaprut, custodia del secreto, recibió enseñanza de aquellos cabalistas y al parecer penetró en el secreto, es decir *leyó en la Mesa*.

Pero Chaprut no obtuvo el éxito completo, o al menos esto es 10 que se deduce de su desesperada e infructuosa búsqueda de las diez tribus perdidas de Israel, entre las que seguramente esperaba encontrar las claves que le faltaban. El mismo sentido pudieron tener sus relaciones con los sabios bizantinos a los que también recurre en busca de ayuda.

Los textos cabalísticos cifran la sabiduría de Dios en tres cabezas que son sólo una, llamada Cabeza del Anciano. Esta recibe además los nombres de Gran Rostro y Pequeña Figura. Del lugar de esta triple cabeza brotan, según la Cábala, los cuatro ríos del Paraíso. Esta alegoría se basa evidentemente en la tradición del Dolmen Sagrado, de aquel santuario

matriarcal donde se contenían las tres cabezas o monolitos de la Triple Diosa, que es en realidad sólo una, santuario del que, efectivamente, brota el manantial de la iniciación, el Caño Santo. Lo que viene a demostrar la estrecha conexión existente entre la Cábala y el santuario matriarcal de la Diosa Madre.

## EL REY DE LA ESPAÑA

Narrar por extenso las circunstancias que rodearon la conquista de Jaén por Fernando III de Castilla nos llevaría demasiado lejos. Así es que nos ceñiremos estrictamente al tema que nos ocupa e intentaremos responder a esta pregunta: ¿participó Fernando III en la búsqueda de la Mesa de Salomón?

Una serie de indicios permite suponer que el rey estuvo interesado en la Mesa directamente o por medio de alguno de sus más íntimos colaboradores.

El relieve de la silla del coro de Jaén que representa al hombre del turbante transmitiendo la tradición del Dolmen Sagrado al rey, manifiesta que Fernando III recibió esta información directamente de algún personaje moro o judío de la ciudad. Y esta creencia estaba aún viva entre los iniciados cuando el obispo Suárez mandó tallar aquellas sillas, a principios del siglo XVI. Igualmente viva se hallaba la tradición en virtud de la cual la Virgen del Soterraño o Antigua no era otra que la imagen depositada por Fernando III en el templo dolménico el día de su entrada en Jaén; o que la dedicación a la Magdalena del templo oracular del manantial hubiera sido igualmente decisión personal del monarca.

Partiendo de la hipótesis de la iniciación directa de Fernando III nos pusimos a estudiar las circunstancias que le condujeron a la conquista de Jaén.

La primera expedición de Fernando III a Andalucía, cuando todavía era un joven de veintitrés años, ocurrió en 1224. En esta expedición, llamada Campaña de Quesada, ocurre un hecho singular. En contra de toda lógica militar, los freires de las órdenes se apartan de la hueste real y, tomando una dirección opuesta a la del joven rey, van a saquear el castillo de Víboras, al sur de Martos, pasando por el santuario de Fuensanta, «la Negra», uno de los antiguos lugares consagrados a la Diosa Madre. La crónica no aclara qué  *fueron*  a hacer a Víboras, aunque asegura que regresaron con un eso:

pléndido botín, cosa difícilmente creíble habida cuenta de que Víboras era un lugar carente de toda importancia económica. Pero probablemente los freires no se pusieron en tal peligro para buscar ganancia material. Buscaban algo más profundo. De hecho los calatravos, herederos directos de los Templarios en sus empresas al sur de Sierra Morena, no cesaron hasta conseguir que Fernando **In**, años después, les concediera un extenso territorio que incluye Martos y Viboras, lugares donde construyeron sendos castillos.

Recordemos que en Martos estuvo el santuario patriarcal de Hércules y cerca de Víboras, el de Fuensania.

En nuestra primera visita al castillo de Víboras sólo encontramos un hacha neolítica rota, similar a la que en 1969 había aparecido en las excavaciones del manantial de la Magdalena. Esto podría ser mera coincidencia, a pesar de que la rotura de hachas neolíticas en señal de exvoto nos indica que se trata de un antiguo santuario de la Diosa Madre.

Pero 10 que no podía interpretarse como coincidencia era la existencia dentro del recinto exterior del castillo de un relieve enteramente similar al que adornaba el dintel de la casa de las almenas, el antiguo solar de los Chaprut, iniciadores de la tradición cabalística en Jaén.

Dedujimos que el maestro de Calatrava sabía algo cuando dirigió aquella expedición precisamente contra el castillo de Víboras. E iba buscando algo que sólo podía encontrar en Víboras. Algo relacionado con todo el asunto de la Mesa de Salomón, y era razonable conjeturar que el rey estaba al tanto de ello. De otro modo no le hubiese permitido partir a una empresa aparentemente absurda, que debilitaba el grueso de su ejército.'

En 1225, del 5 al 20 de julio Fernando III había puesto sitio a Jaén por vez primera. Jaén estaba defendida por un noble castellano enemistado con el rey, don Álvaro Pérez de Castro. Después del breve sitio, Fernando III dirigió sus fuerzas contra tierras de Granada, pero el itinerario que sigue no resulta familiar. Va a Martos y de allí a Fuensanta, al santuario de la Diosa Madre, de la *Negra*, y de allí a Víboras. Son los lugares visitados por los calatravos en la expedición del año anterior. Parece algo más que una coincidencia. Y después, ya en tierras de Granada, recibe una visita de don Álvaro Pérez de Castro, el defensor de Jaén. Después de una larga entrevista

cuyos detalles desconocemos, don Álvaro toma a la amistad del rey y éste lo colma de honores y le otorga toda su confianza. ¿Qué ocurrió en aquella entrevista y cuáles fueron sus términos?

Don Álvaro Pérez de Castro llevaba tiempo residiendo en Jaén y había ocupado allí puestos importantes. Los musulmanes le habían encomendado incluso la defensa de la ciudad frente a su rey natural que venía a atacada. No es descabellado sospechar que en su repentina reconciliación con Fernando 111 pudo tener algo que ver la información que le transmitió acerca de la Mesa de Salomón. Lo cierto es que desde entonces el rey de Castilla se nos muestra obsesionado con la idea de conquistar Jaén. O, por decirlo con las palabras de la crónica: «quel auie gran sabor a toman» (Ocampo). No puede ser coincidencia que en sucesivas expediciones los itinerarios que sigue la hueste real en tierras de Jaén vengán conformados por lugares relacionados con los santuarios asociados al Dolmen Sagrado. En 1228 llega a Castro, (a las Peñas de Castro), y remonta el río de la Plata siguiendo la línea del Cerro Veleta y Otiñar, cuya población destruye como antes destruyera la de Grañena, (la *teua o Carena* de las crónicas), correspondiente al Cerro Pitas, uno de los que esconden tesoros según la tradición. En 1230 vuelve a cercar Jaén y se toma todo el verano para registrar y arrasar sus alrededores. En 1245 pone sitio a la ciudad a principios de agosto, determinado ya a tomada. Y en efecto, después de siete meses de asedio la ciudad se le entrega el 28 de febrero, si bien las tropas cristianas no entran en ella hasta tres semanas más tarde.

La entrega de Jaén es enigmática.

Jaén se entrega mediante un pacto acordado entre Aben Alhamar, el fundador de la dinastía nazarita de Granada, y Fernando 111 después de una entrevista personal. Según la historia oficial, el musulmán se presentó espontáneamente en el campamento cristiano y con gran humildad se entregó al rey de Castilla. Fernando III por su parte correspondió a este hermoso gesto garantizando a Aben Alhamar la supervivencia de su ~ aceptándolo como vasallo.

Demasiado simple para ser verdad. Examinemos el asunto.

Después de siete meses de asedio Jaén estaba perdida. El resto del territorio musulmán, parte del valle del Guadal-

quívir y el futuro reino nazarí de Granada, también estaban irremisiblemente perdidos a medio plazo. El Estado de Al-Andalus era tan caótico que no hubiese tardado en caer en manos de Castilla. Por lo tanto, el pacto de Jaén aparece como un trato completamente desfavorable a los intereses de Fernando III. Un trato del que sólo saca ventajas Alhamar, que lo único que cede es una ciudad de antemano perdida. El vasallaje de su casa hacia Castilla no le podía traer más que ventajas, dadas las circunstancias y lo precario de su situación. Los historiadores lo han comprendido así pero, lejos de admitir que quizá hubo alguna cláusula secreta en el tratado, prefieren inclinarse por una explicación que aluda al buen corazón del rey de Castilla y a la fibra sensible que le tocó aquel caudillo musulmán al ponerse en sus manos porque ya no tenía medios para afrontar su destino.

Una explicación romántica y sentimental para lo que no parece tener explicación lógica. El objetivo último de Fernando III, sin duda el rey más realista de los que han llevado corona en la historia de España, era lisa y llanamente hacerse con todos los territorios musulmanes a uno y otro lado del estrecho de Gibraltar. Sólo la muerte evitó que cruzase a África para proseguir allí sus conquistas.

Entonces, ¿cómo se explica que dejara atrás un gran reino musulmán, que aceptara la supervivencia de una dinastía árabe en Granada y que garantizara la inviolabilidad de ese reino y de esa dinastía al aceptarlos como vasallos de Castilla?

Sólo cabe una explicación: hubo un pacto secreto. Aben Alhaqarofreció a Fernando III aquello que tan enconadamente había estado buscando desde que comenzó sus conquistas, algo relacionado con la Mesa de Salomón.

Esta hipótesis viene reforzada por un hecho probado: desde este momento, el secreto de la Mesa será compartido por las dinastías reinantes en Castilla y en Granada, incluso por encima de sus ocasionales desavenencias y guerras y a pesar de ellas. Tendremos ocasión de confirmarlo más adelante.

Ya tenemos a Fernando III en Jaén donde, a pesar de los graves asuntos que lo reclaman en otros lugares, se demorará residiendo por espacio de siete meses. De lo que hiciera en este espacio de tiempo contamos con algo más que conjeturas. Sabemos que Fernando III se hizo construir un palacio fuera

de los muros de la ciudad, en un lugar despejado frente a la mezquita del Dolmen Sagrado. El lugar escogido para el palacio parece haber tenido algún significado sagrado en la antigüedad, como luego veremos.

El agua de este palacio se encaña desde el llamado palacio de los reyes moros, el lugar del peñón de Uribe de la Magdalena. Extraña circunstancia. Traen el agua de una fuente que está a quinientos metros de distancia cuando existe otra, la del Dolmen Sagrado, que sólo distaba unos cincuenta metros.<sup>2</sup>

El palacio es un edificio civil. Pero aliado, adosada a él, el rey hace construir una capilla y advierte que esa capilla «no podrá demolerse nunca».<sup>3</sup> La suerte de su palacio no preocupa al rey, pero sí la de la capilla adyacente.

¿Qué tiene de particular esta capilla?

Un siglo más tarde, en 1354, el sucesor de Fernando, Pedro I, cede el palacio a los claustrales de San Francisco y les advierte que no se puede tocar la capilla, que debe respetarse tal como está.

En un documento de 1524 vuelve a aparecer la misma exigencia: «ni ahora ni en ningún tiempo no han de poder deshacer una Capilla do se decia misa que la fundó e fizo el señor don Fernando el Santo».<sup>4</sup>

A finales del siglo XVIII otro hombre, que más adelante relacionaremos con la búsqueda de la Mesa, el deán Mazas, dice de la capilla que «se debe mirar con respeto y no permitir jamás que se altere ni deshaga».

Y finalmente, otro posible enterado de los asuntos de la Mesa de Salomón, Muñoz Garnica, clama al cielo y hace lo humanamente posible por evitar la destrucción de la capilla cuando, a mediados del siglo XIX, se aprueba su demolición.

¿Qué es lo que tenía esta capilla, qué secreto encerraba cuando una serie de personas tan significadas, muchas de ellas conectoras del misterio de la Mesa de Salomón, se empeñan en que se respete y se conserve inalterada?

Fuerza es que nos ocupemos del palacio, puesto que su suerte iba unida a la de la capilla. En 1354 el rey Pedro I lo cede a los franciscanos. Reconvertido en monasterio perdurará hasta 1867, año en que fue demolido para construir en su solar el actual edificio de la Diputación Provincial.

En el siglo XV el maestre de Calatrava y el obispo Gonzalo de Stúñiga fundan en aquella misteriosa capilla una Co-

fradía. Es la Cofradía de San Luis de los Caballeros que tendría por objeto recoger y enterrar a los que murieran luchando contra los Il)oros. Las pinturas primitivas, de tiempos de Fernando III, fueron sustituidas por otras nuevas.

Este Maestre de Calatrava tan interesado en hacer obras en la capilla de Fernando III es Luis de Guzmán. Al poco tiempo casa a una hija suya con el heredero de la casa de Messía, señor de la Guardia, que resulta proceder de una familia íntimamente vinculada a otro santuario de la Diosa Madre, el de Santa Eufemia en la parte cordobesa de Sierra Morena. La pareja fundará en la Guardia un monasterio dedicado a la Magdalena. En el centro del patio claustral de este monasterio colocan una escultura de la Magdalena orlada de crípticas inscripciones. Escultura que, andando el tiempo, vendrá a parar al centro del patio del palacio decimonónico que hoy sustituye a la misteriosa capilla del convento de San Francisco. Parece demasiada coincidencia aunque bien es cierto que a veces el azar urde estas simetrías. Entonces, ¿será también coincidencia que en el documento de 1524, antes citado a propósito de la imposición de no demoler la capilla, figure como firmante y testigo Pedro Messía Carrillo? Pero a estos Messía habremos de regresar más adelante.

¿Qué había en la misteriosa capilla de Fernando III? Las descripciones que tenemos son bastante detalladas, pero algo tardías. Ninguna es anterior al siglo XVII y en los cuatro siglos transcurridos desde su fundación muchas cosas pudieron alterarse en aquel edificio. Por ejemplo las pinturas, que el Maestre de Calatrava cuidó de sustituir por otras. Donde vemos a los calatravos que por su parte no cejan en perseguir el emgma...

La joya de la capilla era un Cristo. No un crucificado sino un Cristo muerto que recibe un extraño nombre: el Señor del Trueno.<sup>6</sup> Exactamente la misma denominación del dios masculino y solar que aportaron los pueblos pastores llegados hace milenios a los dominios matriarcales de la Diosa Madre. Por tal nombre, el Señor del Trueno, le conocía el pueblo y así aparece también ocasionalmente en los documentos, aunque su nombre oficial fuese el de Cristo de la Veracruz. La imagen

data del siglo XVII, pero era una simple réplica de otra más antigua desaparecida.

Este Señor del Trueno tenía poder sobre los fenómenos atmosféricos. Su milagro más celebrado consistió precisamente en enviar un espantoso trueno seguido de lluvia después de una alarmante sequía.<sup>7</sup>

El dios de los fenómenos atmosféricos, precisamente identificado con el trueno, representa una pervivencia de aquellos cultos patriarcales que trajeron los pueblos pastores, en todo paralela a la matriarcal representada por las Vírgenes Negras del Dolmen Sagrado. La sacralización del lugar de la capilla del Cristo del Trueno se remontaba probablemente a la época de la llegada de los pueblos pastores a esta tierra. No sería más que el testimonio de un fenómeno imitativo, de un deseo de emular el culto matriarcal, que había sacralizado el santuario vecino aprovechando las corrientes telúricas que aquel lugar señalaba y fijaba, de un deseo, en suma, de usurpar el contenido político de los antiguos santuarios matriarcales.

Al amparo de esta hipótesis la exigencia de Fernando III sobre el carácter inviolable de aquella modesta capilla (recordemos que no podría demolerse nunca) cobra todo su sentido, y nos ayuda a explicar también ese aparente contrasentido de que el agua del palacio adyacente se traiga de tan lejos habiendo un manantial tan cercano. No pueden traer agua del Dolmen Sagrado de las Vírgenes porque este edificio de San Francisco tiene un carácter distinto y hasta opuesto a los que sucesivamente van ocupando el lugar del Dolmen.

Una serie de detalles secundarios viene a confirmar nuestra hipótesis. Por ejemplo, la existencia de pinturas, cuya réplica más antigua conservada data de finales del XIX, en las que advertimos que el Señor del Trueno estaba rodeado por los símbolos del Sol y la Luna, testimonio del sincretismo de principios matriarcales y patriarcales que se intentó en los santuarios de Jaén.<sup>8</sup>

*Alfonso X el Sabio*

~ernando III murió en 1252. Un historiador del siglo XVII, Ordóñez de Ceballos alude a una entrevista que tuvo el rey con su hijo y heredero, el infante don Alfonso, cuando, ya en el lecho de muerte, sentía próximo su fin. Hizo llamar a su

hijo y le confió un gran secreto relacionado con Jaén: que en realidad había recibido la ciudad en pleito-homenaje de Alhamar y que en cuanto el rey de Granada se la reclamase habría de devolvérsela en justicia. Naturalmente ningún historiador moderno presta el mínimo crédito a esta historia. Queda en pie, no obstante, que Ordóñez de Ceballos alcanzó a conocer la tradición según la cual el rey moribundo transmitió a su heredero cierto secreto en su lecho de muerte. Un secreto relacionado con Jaén.

Cosa curiosa. En la lista de los que buscaron la Cava no aparece el nombre de Fernando **III**, pero sí el de su hijo Alfonso X llamado el Sabio. Es razonable pensar que, si no se lo había comunicado antes, el secreto en cuestión podría ser lo relacionado con la Mesa de Salomón.

Existen otros indicios que permiten suponerlo. Por ejemplo, en sus últimos años Fernando **III** había dejado entrever la posibilidad de titularse Emperador. Su hijo retomará ese proyecto con gran ardor. Parece que la posesión del talismán salomónico da a Alfonso X el respaldo espiritual necesario. Incluso le hace perder contacto con la realidad. El rey se vuelve tan soñador que sus proyectos, y hasta su vida, acaban siendo un fracaso. Pero ciñámonos a los hechos.

En 1254 murió el último soberano de la dinastía Hohenstaufen. El trono imperial de Europa quedaba libre. La jefatura de la dinastía gibelina recaía sobre la madre de Alfonso X, la primera esposa de Fernando **III**, Beatriz de Suabia. Por lo tanto los derechos de los Hohenstaufen parecían corresponder al joven rey de Castilla. Los gibelinos italianos, encabezados por Pisa, ofrecieron la corona imperial a Alfonso. Esto ocurría en 1256. Pero había problemas. Para empezar, la corona imperial no era hereditaria sino electiva y dependía del voto de los siete príncipes alemanes. Alfonso X derrochó ingentes sumas de dinero para comprar lealtades en Alemania y en toda Europa. Llegó a titularse «emperador electo» en 1257. Hasta creó una cancillería imperial independiente de la castellana. Pero su elección como emperador no había sido unánime. Algunos electores habían votado a Ricardo de Cornualles, hermano del rey de Inglaterra, de manera que en Europa había dos emperadores, pero sólo un imperio. Mantener la candidatura e imponerse a su rival costaba al rey de Castilla un río de Oro. Sus spendios acabaron irritando a las Cortes castellanas

que se declararon abiertamente contrarias a las pretensiones reales. A pesar de ello, Alfonso X siguió adelante con su proyecto. Tenía la ilusión de poder coronarse emperador de Roma, a manos del Papa, delante de toda la realeza europea: era el nuevo Salomón. La corona imperial era sagrada y él seguramente sentía que tenía que pertenecer al legítimo propietario de la sagrada herencia de la Mesa de Salomón...

Pero sus asuntos acabaron torciéndose. Los musulmanes de los territorios recientemente conquistados por Castilla se sublevaron. Tuvo que acudir a sofocar la rebelión. Mil problemas se le presentaban en la frontera y tierra adentro en Castilla. Desatendió por unos años sus pretensiones imperiales y éstas se le fueron volviendo en contra. El golpe de gracia le vino en 1275, cuando el Papa le negó abiertamente que tuviera cualquier posibilidad de alcanzar el Imperio.

Éste fue el gran fracaso de la vida de Alfonso X. Probablemente no era hombre llamado a las altas empresas de la política o de las armas sino a las más calladas y nobles del estudio y de la ciencia. Por eso le llamamos *el Sabio*. Durante su reinado la cultura adquirió un notable desarrollo. El rey escribió personalmente o dirigió la redacción de una serie de obras que compendian el saber de una época y bucean en el de las épocas precedentes intentando rescatarlo del polvo de olvidadas bibliotecas.

### *El castillo*

Tradicionalmente se ha venido atribuyendo la construcción del castillo de Jaén, llamado de Santa Catalina, a Fernando **III**. Sin embargo el examen más detallado de los acontecimientos del período señala más bien a Alfonso X como su probable constructor. Después de la conquista de Jaén, en 1246, Fernando **III** estuvo demasiado ocupado en proseguir sus conquistas, puestos ya sus ojos en Sevilla y aun en Africa, como para distraer tiempo y recursos, dos bienes de los que nunca anduvo sobrado, en la construcción de un castillo en su lejana retaguardia. A lo que probablemente aluden las palabras de la crónica es a los necesarios reparos de las defensas de Jaén, principalmente su recinto murado y puertas, que debieron quedar deterioradas después de siete meses de asedio.

Fue Alfonso X el que construyó el castillo. Alfonso X disponía de tiempo y sobre todo de dinero. Uno de los hechos que más ha intrigado a los historiadores es la aparentemente inexplicable recuperación de la economía castellana en un período de tiempo comparativamente mínimo. De pronto, la moneda castellana se convierte en la moneda más fuerte de Europa. Durante todas sus campañas Fernando III siempre anduvo corto de dinero. Esta penuria económica limitó bastante sus objetivos obligándolo a pactar más de lo que él hubiera deseado. Pero el hijo parece que dispone de recursos ilimitados. Se ha sugerido que en su tiempo se reanudaría el suministro de oro africano a través de las rutas del desierto. Pero la situación política en África no había sufrido sustanciales cambios que permitan afirmarlo. Evidentemente, la nueva pujanza económica castellana se basa en la abundancia de oro. Pero ¿por qué había de venir de África? Quizá el oro estaba mucho más cerca. Si la tradición de los tesoros asociados a la Mesa de Salomón se prueba cierta, y los testimonios de diversas épocas así parecen indicarlo, el oro pudo, efectivamente, haber estado en España...

No obstante quedaría por explicar por qué Fernando III no dispuso de ese oro y sin embargo su hijo sí, a pesar de que el secreto de la Mesa de Salomón pasó del padre al hijo. Cabe formular una hipótesis: Fernando III dispuso de la información necesaria, pero por alguna razón, no tuvo acceso al tesoro o al menos no lo tuvo hasta muy tarde. Su sucesor estuvo mejor situado para sacar provecho del antiguo tesoro de los godos.

Podría ser. En cualquier caso hay que apuntar que Fernando III fue estadista y militar y su hijo hombre de ciencia. Alfonso X se dedicó a desentrañar los secretos de la Mesa. De esto no cabe duda. Ya vimos antes cómo la Mesa tiene una estrecha relación con la Cábala y la Cábala, por su parte, contiene las claves del conocimiento o de la ciencia.

Alfonso X se rodeó de sabios cristianos, musulmanes y judíos. Lamentablemente una gran parte de su obra conocida se ha perdido, sin contar con la otra parte que sería secreta. Empero, sabemos que hizo traducir la Biblia, el Corán y el Talmud, los tres libros que contienen todas las tradiciones existentes sobre Salomón y su obra. También sabemos que hizo traducir algunos tratados cabalísticos. Esto implica que empleó en sus estudios a un equipo de cabalistas. ¿Qué otra cosa

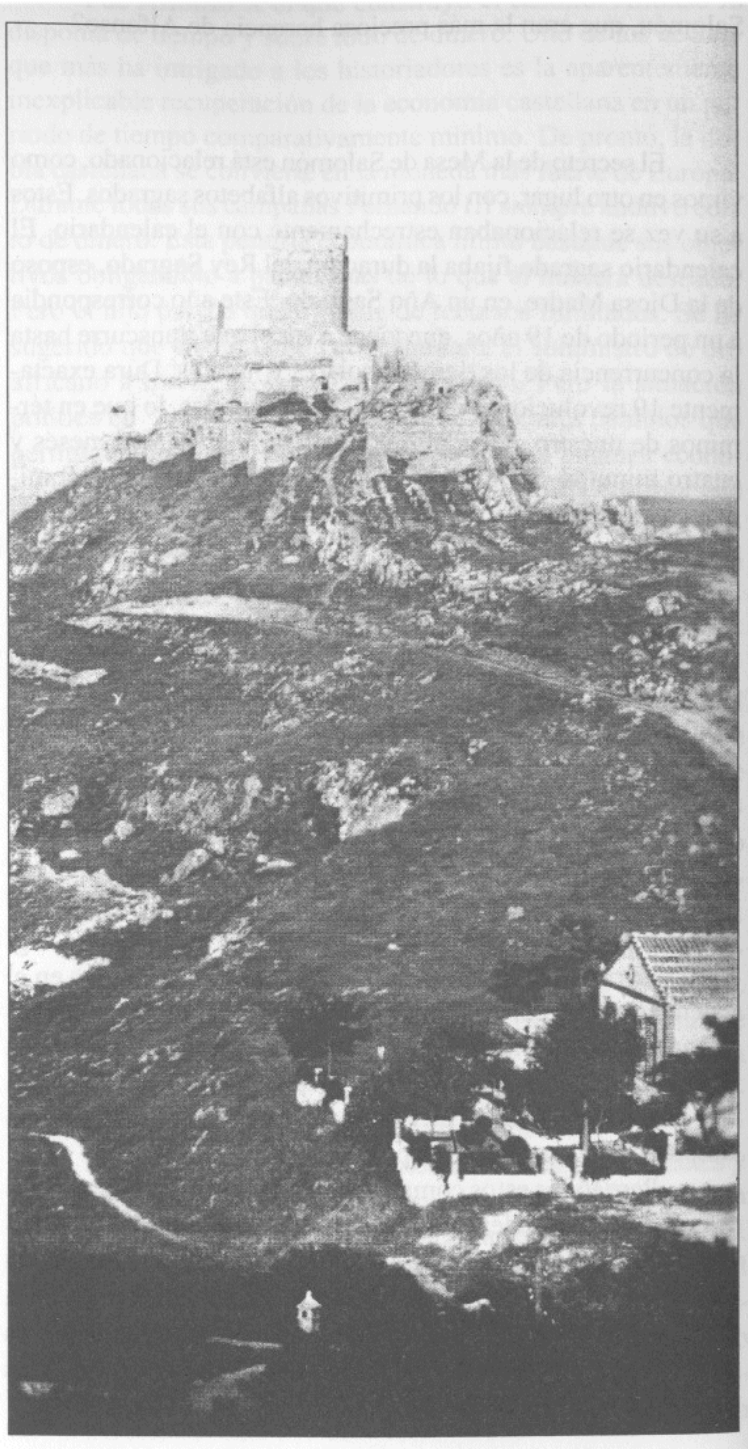
podieron hacer éstos sino estudiar los secretos de la Mesa de Salomón, que eran la más preciosa herencia de Alfonso?

El secreto de la Mesa de Salomón está relacionado, como vimos en otro lugar, con los primitivos alfabetos sagrados. Éstos a su vez se relacionaban estrechamente con el calendario. El calendario sagrado fijaba la duración del Rey Sagrado, esposo de la Diosa Madre, en un Año Sagrado. Este año correspondía a un período de 19 años, que viene a ser el que transcurre hasta la concurrencia de los tiempos solares y lunares. Dura exactamente 19 revoluciones del sol y 235 lunaciones, lo que en términos de nuestro calendario equivale a 19 años, dos meses y cuatro minutos. Se trata del año que los astrónomos denominan *metónico*, porque fue divulgado por Metón el año 433 antes de Cristo.

La iglesia católica, heredera de una tradición solar sacralizadora del calendario, fijó la Pascua como punto de referencia para todas las fiestas de su calendario sagrado. La Pascua tenía que celebrarse el primer domingo después del primer plenilunio que siguiera al equinoccio de Primavera. Obsérvese la profunda implantación del calendario sagrado en la esencia misma del catolicismo. El problema era que un defectuoso conocimiento de los ciclos metónicos acababa alterando la armonía del calendario y su expresión astronómica. El asunto acabó arreglándose con la reforma gregoriana del calendario, cuando Gregorio XIII aceptó los cálculos de Luigi Lilio, en virtud de los cuales hubo que saltar diez fechas en el calendario, que correspondían a los días de desfase que se llevaban desde la última fijación. Esta fue la del concilio de Nicea en 325, cuando se decidió que la Pascua de Resurrección tenía que celebrarse el día 14 de la luna de marzo (primer plenilunio después de la entrada de la primavera).

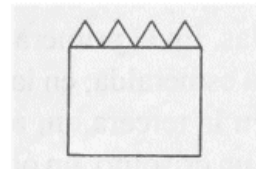
Pero todos estos complicados cálculos y sus consiguientes reformas del calendario habían sido ya propuestos por Alfonso X en sus «Tablas Alfonsíes». Por donde alcanzamos a ver un aspecto de su interés por el calendario alfabético de la Mesa de Salomón, para cuyo estudio reunió a muchos sabios de su época. Las correcciones introducidas por Alfonso X a los





cálculos de Nicea fueron de sólo seis días, que eran los que en su tiempo sobraban al calendario oficial.

Hagamos ahora una excursión al castillo de Jaén. El castillo de Santa Catalina tiene dos entradas: la principal, que mira a la ciudad y por la que penetra el moderno visitante, y otra muy disimulada, apenas una poterna, que da directamente a las rocas y despeñaderos de la otra parte del cerro. Esta puerta está cerrada por una cancela de hierro que nunca se abre. Al lado de su jamba izquierda, sobre uno de los sillares más bajos, es decir, en un lugar escogido para que pase desapercibido, podemos ver, entre otras marcas de cantería, una que nos es familiar:



Se trata de la misma marca misteriosa que encontramos en la casa de los Chaprut, los judíos cabalistas de la Magdalena, y en el castillo de Víboras, tan sospechosamente visitado por los maestros de las órdenes militares. Es la misma marca que vuelve a aparecer en el muro gótico construido por el obispo Suárez como directorio de sus saberes secretos. Una marca curiosa y singular encontrada en edificios de muy distintas épocas, el más antiguo de, por lo menos, el siglo IX, el más moderno de principios del XVI.

No se trata, desde luego, de una marca de cantero. Si lo fuera se repetiría más de una vez en cada monumento, cosa que no sucede. Además, el ejemplar más antiguo conocido, el que presidía el dintel de los Chaprut, era, por su tamaño y situación, más señal heráldica que contraseña de constructor.

El de la casa de los Chaprut presentaba al parecer tres letras o signos inscritos en el interior del rectángulo. En los otros observamos una cuadrícula que los divide en ocho casi-iguales a este número el de los espacios que habilitan los cuatro triángulos del remate superior, el número total de espacios asciende entonces a doce. Son doce espacios dispuestos en tres filas sucesivas de a cuatro.

Regresemos una vez más al coro del obispo Suárez. En el relieve que representa a Cristo cargado con la Cruz camino

del Calvario hay un detalle aparentemente absurdo. De la túnica de Cristo, a la altura del suelo, pende un objeto parecido a una tabla cuadrada que ha sido atada con dos nudos al borde del vestido. Dentro de la tabla aparecen doce resaltes semiesféricos dispuestos en tres filas de a cuatro.

Es evidente que tanto esta curiosa talla como los otros relieves quieren representar la misma cosa. Pero ¿de qué cosa se trata?

La posible respuesta está en la Biblia. En el libro del *Éxodo*, uno de los que los cabalistas usan en sus operaciones. En el capítulo 28, versículos 15 al 30 leemos: «Harás un pectoral del juicio artísticamente trabajado, de hilo torzal de lino, oro, púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí. Será cuadrado y doble, de un palmo de largo y uno de ancho. Lo guarnecerás de pedrería en cuatro filas. En la primera fila pondrás una sardónica, un topacio y una esmeralda; en la segunda, un rubí, un zafiro y un diamante; en la tercera, un ópalo, un ágata y una amatista; y en la cuarta, un crisolito, un ónice y unjaspe. Todas estas piedras irán engarzadas de oro, doce en número según el número de los hijos de Israel; como se graban los sellos así se grabarán en cada una de ellas el nombre de una de las doce tribus... Se unirá el pectoral por sus anillos a los anillos de la túnica para que quede el pectoral por encima del cinturón sin poder separarse de él... Así cuando entre Aarón en el santuario llevará sobre su corazón los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio, en memoria perpetua ante Yavé. Pondrás también en el pectoral del juicio los urim y tummim, para que estén sobre el corazón de Aarón cuando se presente ante Yavé y lleve así constantemente sobre su corazón ante Yavé el juicio de los hijos de Israel».

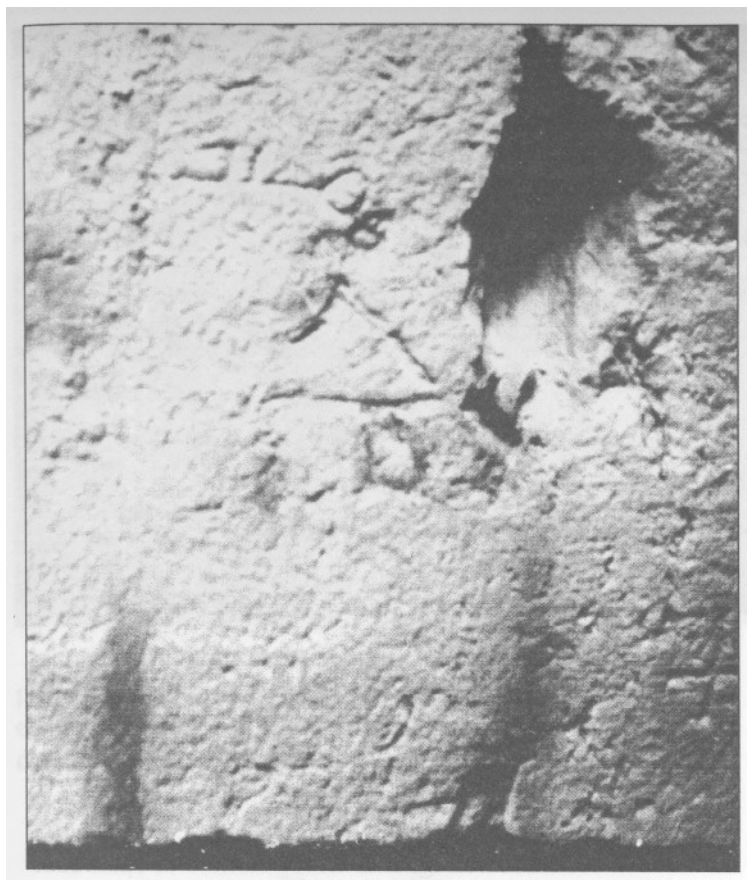
Ahora bien, ¿qué sentido tenía este pectoral tan minuciosamente descrito por Dios mismo?

Vemos que se trata de un cuadrado dividido por doce secciones en las que se insertan, montadas en oro, otras tantas piedras preciosas o semipreciosas, cada una de las cuales representa a una tribu de Israel y lleva inscrito el nombre secreto de esa tribu en su interior.

El pectoral solamente es usado por el Sumo Sacerdote cuando va a penetrar en el sancta sactorum del Templo. Nadie más que él puede usado en esa ocasión especial. Por consiguiente el pectoral tiene alguna relación con la ceremonia que

I

!

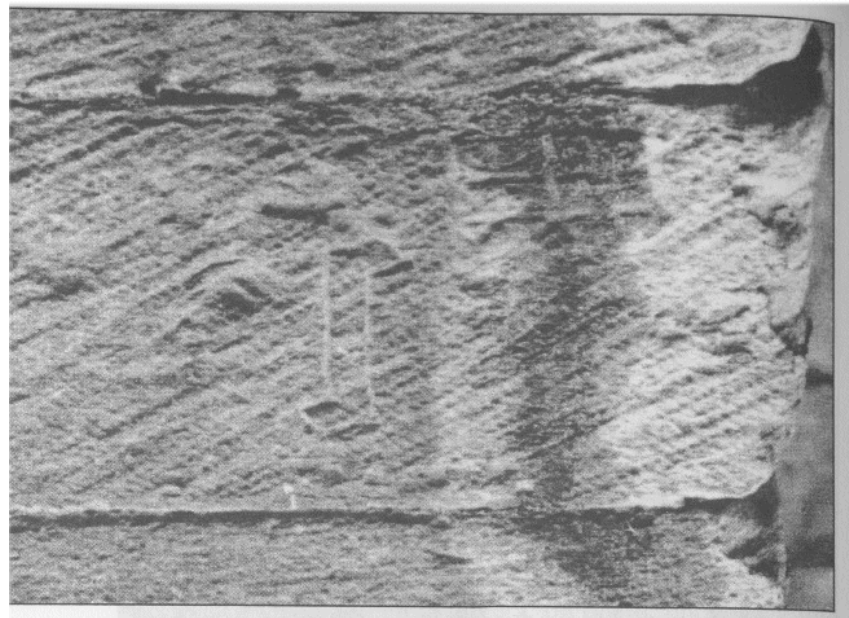
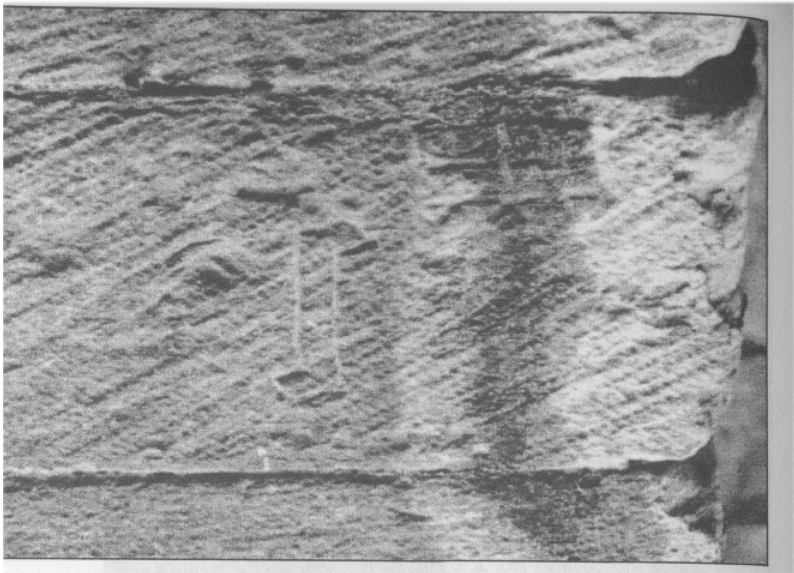


el Sumo sacerdote cumplía una vez al año y siempre en solitario dentro de aquel oscuro habitáculo del Templo.

¿En qué consistía aquella ceremonia secreta? Cedamos la palabra a Robert Graves: «El santo e inefable Nombre de Dios era el nombre que sólo podía pronunciar el Sumo Sacerdote, una vez al año y en voz baja, cuando iba al Santo de los Santos y que no podía ser escrito».<sup>9</sup>

Los valores cabalísticos del Pectoral son muy interesantes. Sus doce piedras se organizan en tres columnas de cuatro piedras cada una; pues bien, en los números 3 y 4 se contiene el gema del Nombre del Poder. El Dios de la Zarza le da a Moisés esta definición de sí mismo: «Soy el que soy». El valor cabalístico de la expresión, reducido a cifras, es 543, que suma 12, el número en el que se contienen el 3 y el 4 (3 por 4, 12; 4 por 3, 12). La cifra 543 es también el Teorema de Pitágoras

*Pectoral del Nombre del Poder en una marca del castillo de Santa Catalina de Jaén. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*



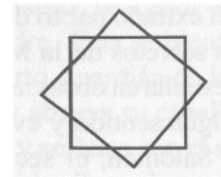
e del  
tica  
;:oto-  
alán

puesto que a triángulo de catetos 3 y 4 corresponde hipotenusa 5. El pectoral forma un rectángulo de 3 por 4 y diagonal 5, que equivale a dos triángulos de 345 o 543. De donde el Dios de Moisés y él mismo forman unidad en el enigma. Por otra parte el valor cabalístico de la voz Moisés es 345 y esta cifra es siempre resultado de una operación sagrada: sus dos primeros números al cuadrado son igual al tercer número al cuadrado:  
 $3^2 + 4^2 = 5^2$

Llevados a la geometría (y no olvidemos que la Mesa de Salomón, sólo contiene tres letras, el resto son trazos geométricos) da las tres Figuras Madres, el triángulo (3); el cuadrado (4); el pentágono (5), de las que se deduce el valor de Pi geoméricamente representado por 345 o 543 (dado que ni con ellas ni con ellas se pueden formar figuras).

El secreto de la sabiduría de Salomón era, según hemos visto, su conocimiento del verdadero Nombre de Dios, que es la llave de la sabiduría y el poder. El secreto de la Mesa de Salomón radicaba en el hecho de que contenía los caminos para deducir ese nombre de Dios que no puede ser pronunciado ni escrito. y la aparición del pectoral del Sumo Sacerdote, el único que puede pronunciar una vez al año aquel nombre secreto, en el contexto de la busca de la Mesa de Salomón, nos conduce, una vez más, al Nombre de Dios, al *Nombre del Poder*.

Pero volvamos al castillo de Santa Catalina. La del pectoral del Sumo Sacerdote no es la única marca curiosa que encontramos en sus muros. Hay otra que solamente se ve en dos lugares del edificio:



La encontramos en el dintel de la puerta de entrada al recinto exterior, también en posición muy baja y disimulada, y en el interior de la torrecilla intermedia del lienzo sur de la fortaleza. Esta última está bien a la vista.

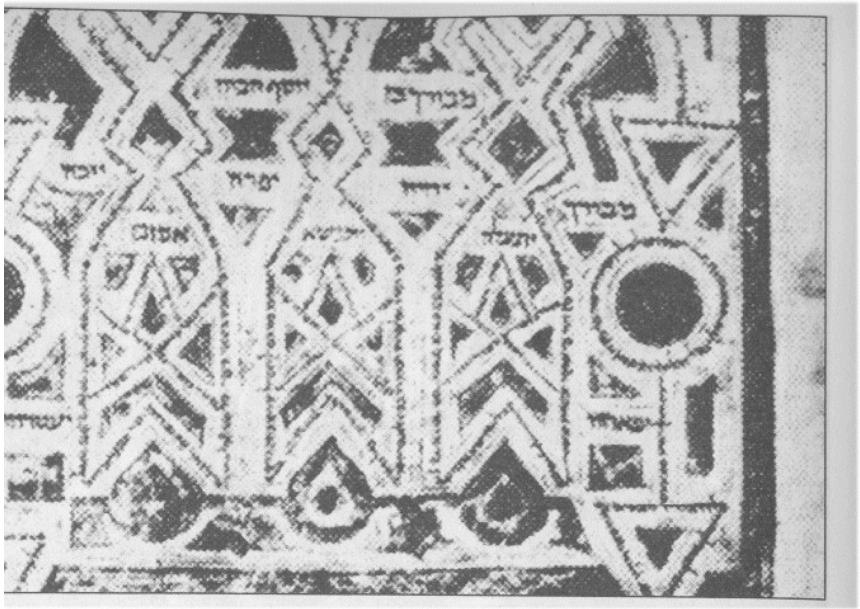
Se trata de un lucero de ocho rayos, una de las marcas que adornaban la portada del libro del gitano, aquel libro del que partiera la primera noticia que nos llegó de la Mesa de Salomón.

Esta marca representaba la superposición de dos cuadrados de manera que forman una estrella de ocho puntas. En su diseño sigue la idea del sello de Salomón que superpone dos triángulos para formar la estrella de seis puntas.

El número ocho tiene un significado concreto.

Pero no acaba aquí la cosa. El mismo diseño de esta

*Pectoral del Nombre del Poder colgado de la túnica de Cristo en un relieve del coro del obispo Suárez. Catedral de Jaén. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*



ral  
'e  
en  
enta-  
lianza  
lebreo,  
708

curiosa estrella se repite hasta la saciedad en la decoración simbólica de las obras nazaríes y muy especialmente en las de la Alhambra de Granada.

La casa real nazarí cuyo primer monarca y fundador fue Alhamar, el que acordó el extraño pacto de Jaén con Fernando **III**, estaba al tanto de los secretos de la Mesa de Salomón. El uso emblemático de esta estrella en obras tanto castellanas como nazaríes debía de tener algún sentido y evidentemente se relacionaba con la Mesa de Salomón, el secreto compartido por ambas casas reales por encima de sus propias diferencias políticas y religiosas. Nuestra conclusión es que este lucero o estrella de ocho puntas podría ser la representación esquemática de la propia Mesa de Salomón.

### *El manantial*

La posesión por la casa real de Granada del secreto de la Mesa de Salomón dejó también profunda huella en ese anónimo testimonio notarial que es la leyenda. Por un texto del siglo XV, el llamado *Floresta de anécdotas y noticias diversas* sabemos que a finales de la Edad Media circulaba una profecía en el barrio de la Magdalena según la cual el rey moro de Grana-

I

da tenía que dar agua un día a su caballo en la fuente de la Magdalena. Al tratar la leyenda del lagarto de la Malena vimos ya que el caballo es el emblema del héroe solar y el que lo monta es el héroe mismo, vencedor de la serpiente representada por la Diosa Madre. Esta serpiente guarda el secreto de la sabiduría, es el lagarto guardián de la Mesa de Salomón. Llega el Rey Sagrado y abreva su caballo en el manantial, es decir, vence al lagarto y se hace con el secreto. Tal era el alcance esotérico de la leyenda. Pero el sencillo pueblo que no estaba en el misterio de la Mesa de Salomón, interpretaba la leyenda exotéricamente. Creían que lo que el vaticinio aseguraba era que el rey moro de Granada habría de reconquistar Jaén algún día. Por eso respiraron tranquilos una buena mañana de 1483 cuando creyeron cumplida ya, y sin daño, la profecía. Pero mejor será que cedamos la palabra al cronista: «Como los moros tenían costumbre de dar agua a sus caballos donde se les ofrece, cuando trajeron al rey Chiquito (se refiere a Boabdil de Granada) y lo pasaron por Jaén, aflojó la rienda y dio agua al caballo en el pilar de la Magdalena lo cual visto por los viejos del pueblo alzaron la voz diciendo que era ya cumplida la profecía».IO

El manantial oracular de la Magdalena escondite de la Mesa de Salomón y morada del dragón que la guardaba con-

*Marca del lucero de ocho puntas en un sillar del castillo de Santa Catalina. Emblema de la Mesa de Salomón, que es común a las casas reales de Castilla y Granada.*

servó siellpresu carácter sagrado al margen de los diversos empleos útiles que la ciudad diera al caudal de sus aguas.

Los reyes de Castilla van heredando el secreto de la Mesa de Salomón, que se transmite en la casa real desde que Fernando III lo obtuviera de Alhamar. Son, en este sentido, Reyes Sagrados, herederos del héroe solar vencedor de la serpiente y conquistador de los secretos de la ~esa. En este contexto hay que contemplar las extrañas pinturas que albergaba la bóveda del manantial. El historiador Jiménez Patón nos da noticia de ellas: «La fábrica de la bóveda es de calicanto costoso, muy enlucida, y pintados en ella todos los reyes cristianos que ha habido después de que fue ganada esta ciudad... hay un pastorcillo que está poniendo un corderillo a una sierpe».<sup>11</sup>

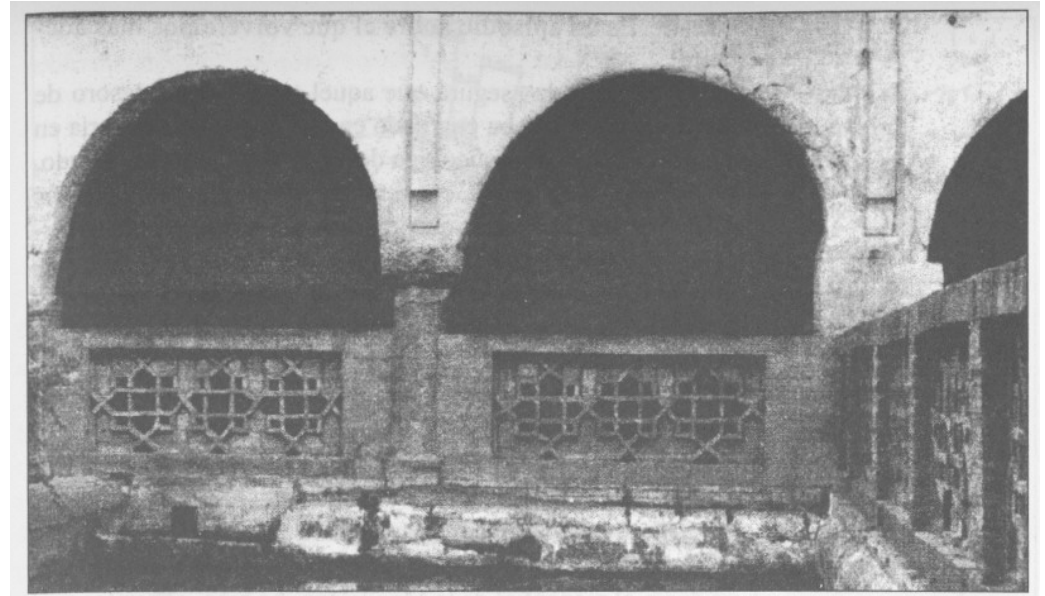
La cosa no puede estar más clara. En la bóveda del manantial, una cúpula octogonal que encierra el espacio sacralizado de la fuente, existe una colección de pinturas que representa al héroe solar que mata al lagarto y a toda la serie de los reyes cristianos desde Fernando III. El sentido de la continuidad de la conquista del primer Rey Sagrado vencedor de la serpiente, el héroe mítico, Hércules o comoquiera que lo llamemos, se expresa en los Reyes de Castilla que van heredando el secreto que aquél conquistó: la Mesa de Salomón.

#### *Otra vez los calatravos*

Los calatravos heredaron de los Templarios ciertos intereses en Andalucía. Esto explica aquella su extraña expedición de 1224 contra el castillo de Víboras, en el territorio del santuario de la Fuensanta, de *la Negra*. Esto explica también que, unos años más tarde, alcancen de Fernando III la concesión de un extenso territorio que incluía Víboras y Martos. En el mismo territorio, hoy término de Frailes existe, otro manantial sagrado de La Negra, no lejos de la casería donde el "santQ" Luisico Aceituna recibía a sus devotos y los sanaba precisamente haciéndoles beber agua de ese manantial.

Los calatravos establecen su encomienda mayor en Martos.

Recordemos lo que significa Martos. Allí está la tercera columna que levantó Hércules cuando vino a España en busca de las manzanas de oro del conocimiento. Allí estuvo el famo-



so templo de Hércules, héroe solar, contrapuesto a los otros Grandes santuarios matriarcales de la región.

Los calatravos se establecen definitivamente en Martos desde 1228, «Desde entonces--escribe Argote de Molina, un ilustre historiador del siglo XVI- siempre tuvo los caballeros más principales de Calatrava y los más valerosos en armas por ser una de las mayores fuerzas de toda la frontera y en quien los reyes de Granada tenían puestos sus ojos».

Los reyes de Granada, herederos junto con los de Castilla de la tradición iniciática de la Mesa de Salomón, veían en Martos algo más que un puesto estratégico de primer orden. Pero, aunque intentaron conquistar la Peña de Hércules en diversas ocasiones, nunca consiguieron desocupar a los calatravos de aquella posición.

Ascender a la Peña de Martos constituye aún hoy una notable hazaña deportiva, tan inaccesible y alta está la fortaleza que ocupa su cumbre. Aquel castillo fue construido por los freires hacia 1340. Allí tenían los maestros el tesoro de la Orden~nque esta circunstancia se mantenía en secreto. Pero, como no hay secreto tan bien guardado que no acabe publicándose, a finales del siglo XV este tesoro sería secuestrado por el propio comendador de la Orden rebelado contra su

*El lucero de ocho puntas en la alberca de la iglesia de la Magdalena, frente al manantial donde vivía el lagarto. Es el único resto conservado de la mezuquita.*



maestre. Es, un episodio sobre el que volveremos más adelante.

La leyenda asegura que aquel tesoro era el tesoro de Hércules y que estaba guardado en una cueva que se abría en la propia Peña. Un arqueólogo del siglo XVII, Jimena Jurado, tuvo acceso a esa cueva, encontró en ella ciertas inscripciones latinas de los tiempos en que la Peña estaba consagrada a Hércules, y nos legó el dibujo que reproducimos en la página siguiente. Desde entonces se ha perdido la entrada de la cueva y nadie parece saber dónde se encuentra.

En la antigüedad la sacralización de la Peña de Martos y su consagración a un dios solar fue un asunto directamente relacionado con la existencia de grandes santuarios matriarcales en la región y particularmente en el Dolmen Sagrado de Jaén.

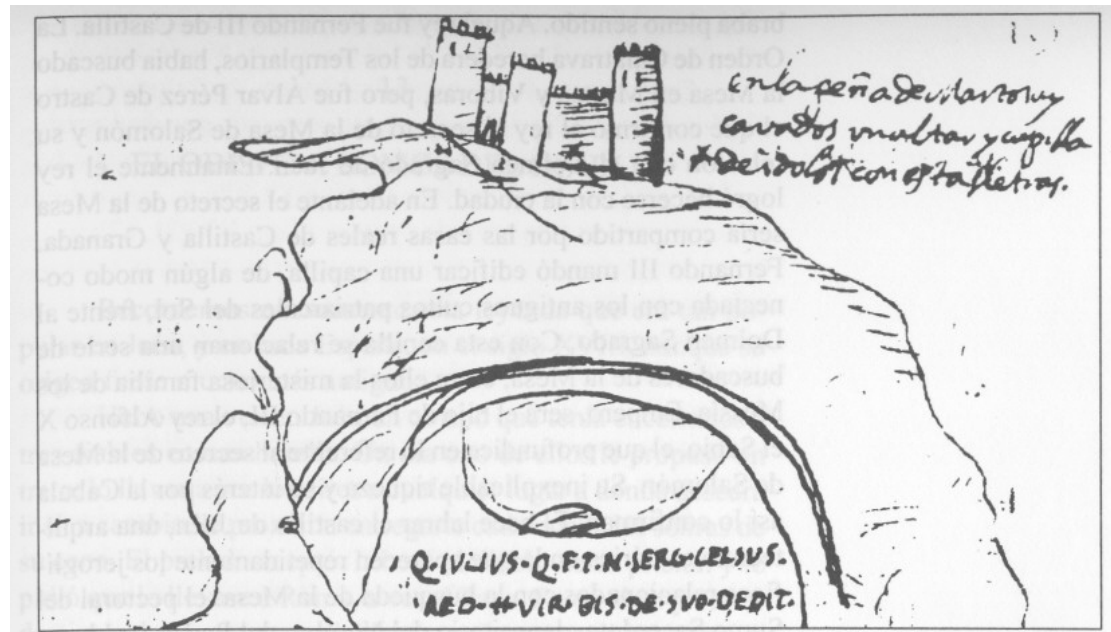
Los calatravos no son ajenos a esa relación de dependencia que parecen existir entre la montaña de su héroe solar y el manantial de la serpiente iniciática a la que éste se enfrenta, es decir, el manantial de la Magdalena. Es más, ponen los medios necesarios para implantarse en el barrio de la Magdalena de Jaén, a pesar de que esta ciudad disfruta de un *status* de realenga que la hace independiente de órdenes y señorios.

Estos intereses calatravos en Jaén se siguen en un principio por personas interpuestas, pero más adelante se hacen más directos desde la fundación, en 1437, de un priorato llamado de San Benito.

Este priorato tendrá su núcleo principal en la iglesia de San Benito que, a su vez, estará comunicada directamente con otras casas propiedad de la Orden que constituían toda una manzana. Todo ello estaba emplazado enfrente del antiguo palacio de los reyes moros, el lugar del Peñón de Uribe y los baños árabes del palacio de Villardompardo, es decir en una zona llena de resonancias iniciáticas para los que buscaron la Mesa de Salomón.

En la iglesia del priorato mandan los maestros pintar una serie de frescos que serían destruidos en 1623 con el pretexto de que «provocaban a risa más que a devoción». <sup>12</sup> Esta manifestación de furor iconoclasta no fue casual ni aislada. Recordemos que por la misma época el obispo Moscoso y Sandoval destruía todas las representaciones de Vírgenes anteriores al siglo XIII con el pretexto de que eran «irrevfrentes» y «provocante s a risa».

Es decir, en un momento de nuestra historia las autoridades eclesiásticas de la diócesis deciden que hay que destruir



una serie de imágenes en las que perduran las tradiciones sagradas del Dolmen. Lo curioso es que esta orden sea válida incluso para el priorato de San Benito que por pertenecer a la Orden de Calatrava, estaba exento de la jurisdicción ordinaria. Con esta reforma desapareció el retablo mayor donde se veían las escenas del descendimiento coronadas por ocho ángeles en talla dorada.

Además del priorato y sus casas, los calatravos poseían una serie de fincas en Jaén, todas ellas estratégicamente situadas. Por ejemplo una casa lindante con la Santa Capilla de San Andrés, monumento iniciático que hablaremos más adelante; una huerta fuera de la puerta del Aceituno y dentro de ella tres albercas, una de las cuales subsistió, ya muy deteriorada, hasta principios de siglo. Era de forma octogonal.

La orden tuvo también un cortijo en el villar de Cuevas, otro en el Cerro Pitas también llamado «del Moro», y otro en las Peñas de Castro. Estos lugares nos resultan familiares. En el Cerro Pitas hubo, o hay, de acuerdo con la leyenda, un fabuloso tesoro. Las Peñas de Castro constituyen, según veíamos al principio, otro de los lugares sagrados de la línea telúrica expresada por la oración del gitano.

A la luz de estos datos, el relieve que representaba a un rey cristiano que es instruido por el hombre del turbante co-

*La Cueva de Hércules en la Peña de Martos, según la vio el arqueólogo Jimena Jurado en el siglo XVII. (Manuscrito 1180 de la Biblioteca Nacional, Madrid.)*

braba pleno sentido. Aquel rey fue Fernando III de Castilla. La Orden de Calatrava heredera de los Templarios, había buscado la Mesa en Martos y Víboras, pero fue Álvaro Pérez de Castro el que confirmó al rey el secreto de la Mesa de Salomón y su relación con el Dolmen Sagrado de Jaén. Finalmente el rey logró hacerse con la ciudad. En adelante el secreto de la Mesa sería compartido por las casas reales de Castilla y Granada. Fernando III mandó edificar una capilla, de algún modo conectada con los antiguos cultos patriarcales del Sol, frente al Dolmen Sagrado. Con esta capilla se relacionan una serie de buscadores de la Mesa, entre ellos la misteriosa familia de los Messía. Empero, será el hijo de Fernando III, el rey Alfonso X el Sabio, el que profundice en lo referente al secreto de la Mesa de Salomón. Su inexplicable riqueza y su interés por la Cábala así lo confirman. Él hace labrar el castillo de Jaén, una arquitectura esotérica en la que aparecen repetidamente los jeroglíficos relacionados con la búsqueda de la Mesa: el pectoral del Sumo Sacerdote, depositario del Nombre del Poder, y el lucero de ocho puntas.

## EL OBISPO A LOMOS DEL DIABLO

Recordemos nuevamente esta leyenda que era tan popular en Jaén, y en toda España, en el siglo XVIII, aunque su origen fuese mucho más antiguo.

Hubo una vez en Jaén un obispo que tenía encerrados a tres diablos en una botella. Un día uno de ellos le propuso un trato: lo llevaría por los aires a cualquier lugar a donde deseara ir si, a cambio, le prometía entregarle cada noche las sobras de su cena. El prelado aceptó. Liberó al diablo de su prisión y le pidió que lo llevase a Roma, a ver al Papa. En un abrir y cerrar de ojos volaron obispo y diablo y aterrizaron en el Vaticano. A la vuelta, el obispo trajo el Santo Rostro que había obtenido del Papa.' Pues bien, volvió el diablo a su encierro de la botella y desde entonces el obispo cenaba solamente nueces y al echarle las cáscaras al diablo le decía: «Ahí van las sobras».

El primer autor que se hace eco de esta leyenda es el padre Feijoo en su ensayo *De la transportación mágica del obispo de Jaén*. Por él sabemos que en cierta iglesia de Roma se mostraba el sombrero que el obispo de Jaén dejó olvidado en su memorable visita.<sup>2</sup>

Pero durante la Edad Media, la versión de la leyenda que circulaba universalmente era algo distinta. En esta versión el que tenía encerrados a los diablos no era el obispo de Jaén sino el mismísimo rey Salomón. Así se refleja, por ejemplo, en el curioso *Virgilio Hispano* que cita Menéndez y Pelayo.<sup>3</sup> Por esta interesante obra sabemos que unos espíritus o genios dieron lugar al *Arte Notoria quae est ars et scientia sancta*.<sup>4</sup> Evidentemente se trata de la Cábala, como el propio Menéndez y Pelayo indica. Pues bien, estos espíritus encerrados se la comunica(on a Salomón y él «los encerró en una botella fuera de uno que era cojo».<sup>5</sup> Recordemos la cojera iniciática del Rey Sagrado.

Pero hay más. Resulta que, según la misma fuente, Aristóteles fue un hombre inculto y de pocas luces hasta que

Alejandro Magno tomó Jerusalén y «él logró saber dónde estaban encerrados los libros de Salomón y se hizo sabio».6

En tiempos de Mahoma la historia de Salomón y los diablos de la botella debió de ser tan conocida que dejó perdurable huella en el *Corán*: «de los schayatin los había que buceaban para él y obraban obra» (Sura XXI, 82); «ooyajuntaron para Salomón sus huestes de genios» (Sura XXVII, 17); «ooy de los genios había que trabajaban entre sus manos por permisión de su señor» (Sura XXXIV, 11).

Por consiguiente, y ya durante la Edad Media, se produce una identificación fundamental entre Salomón y el obispo de Jaén. En cualquier caso se trata del personaje más o menos legendario que tenía poder sobre los genios o diablos y que mantenía a tres de ellos encerrados en una botella.

Estos espíritus ayudan a Salomón a obtener un objetivo que no es otro que alcanzar la Sabiduría perfecta, es decir, el nombre secreto del Dios primordial, el Nombre del Poder. Ya hemos visto que ésta es la razón última de la Cábala. En la versión del obispo de Jaén lo ayudan a volar por los aires para llevar a Jaén el Santo Rostro.

En el extremo opuesto de estas leyendas, aparentemente divergentes, tenemos el objeto precioso, Cábala o Santo Rostro, que, en realidad, no están tan lejos la una del otro como a primera vista parece. Los genios o espíritus que otorgan a Salomón el Conocimiento o Cábala son los constructores del Templo, los que «obran para él», los sabios de Oriente y Occidente que él convocó en aque magno congreso. Aquí tenemos ya la presencia de la sabiduría occidental, de la sabiduría de los sacerdotes de la Diosa Madre. El Santo Rostro es, en realidad, la figuración de la Diosa en uno de sus santuarios más importantes de Occidente, el del Dolmen Sagrado de Jaén. Ya vemos cómo, al final, todos los caminos se confunden para conducir a Roma y no se trata tan sólo de un antiguo dicho.

- Curiosamente, a Roma fue primero el formulario cabalístico de Salomón. es decir su Mesa, y a Roma va, según la leyenda, el obispo volador que trae el Santo Rostro. Y finalmente tanto la Mesa como el Santo Rostro acaban recalando en Jaén, lo que en el lenguaje poético del mito se traduce por la confusión formal de Salomón con el obispo de Jaén.

Nuestro siguiente paso era averiguar quién fue el obispo de Jaén que según la tradición trajo de Roma la reliquia. Fue empresa fácil. Casi todo el mundo estaba de acuerdo en que tan señalado honor cupo a don Nicolás de Biedma y que éste lo alcanzó en 1376.

Si en realidad nadie trajo de Roma la reliquia, que ya existía en Jaén desde los tiempos antiguos y no era sino un *obosom* de la Diosa Madre, ¿qué misterio se esconde en la trama secreta de esta tradición? ¿Era éste el obispo émulo de Salomón que tenía encerrados a los tres diablos en una botella? ¿Era este don Nicolás de Biedma un cabalista que alcanzó a descifrar los secretos de la Mesa y por lo tanto emuló a Salomón? Tal era al menos la lectura que el lenguaje mítico parecía sugerir.

Había más circunstancias curiosas en la vida de este obispo. En 1378 fue promovido al obispado de Cuenca donde acabó sus días. Y es precisamente en Cuenca donde, tres siglos más tarde, surge un individuo que asegura tener encerrados a tres diablos en una botella y que estos diablos le llevan volando a Roma. Por este motivo fue procesado por la inquisición de Cuenca. Hablamos del doctor don Eugenio Torralba, que sostenía ante los inquisidores que el diablo que lo llevó por los aires era un espíritu bueno de nombre Zequiel. No le valió de nada y acabó en la cárcel.<sup>7</sup>

El obispo medieval que fue volando a Roma a lomos de un diablo acaba en Cuenca. Tres siglos más tarde se reproduce la historia también en Cuenca. No es posible que se trate de coincidencias. Pero en cualquier caso, en Cuenca queda uno de los muchos cabos sueltos de esta historia, en espera de que nuevos datos arrojen luz sobre el tema.



## UN RUBÍ EN LA CORONA DE INGLATERRA

Desde Fernando III el conocimiento de la existencia de la Mesa de Salomón va transmitiéndose con la corona de Castilla y pasa de cada rey a su sucesor. Algunos reyes parecen prestarle más atención que otros. Incluso es posible que algunos de ellos, rudos hombres de armas incapaces de comprender cabalmente el alcance del asunto, se desentendieran totalmente de él. A este grupo parece pertenecer Sancho, hijo de Alfonso X, que reinaría de 1284 a 1295. A primera vista parece paradójico que este rey, hijo del Sabio más devotamente dedicado a descifrar los secretos de la Mesa, no parezca siquiera haber tenido noticia de ella. Es muy probable que su padre nunca le confiase el secreto. Tengamos en cuenta que este infante se rebeló contra Alfonso X y trató por todos los medios de destronarlo. El rey lo desheredó y murió maldiciéndolo.

Sin embargo, es evidente que Alfonso X se cuidó de que alguno de sus más leales colaboradores transmitiese la preciosa herencia del secreto de la Mesa a su nieto, el rey Fernando IV el Emplazado. En éste no sólo volvemos a encontrar las trazas del conocimiento de la Mesa de Salomón, sino que su propio interés por ella llega a costarle la vida después de una compleja serie de acontecimientos cuyas circunstancias están del todo oscuras.

Fernando IV acude en 1312 a sitiar Alcaudete, ciudad del reino de Granada distante de Jaén tan sólo un día de marcha. Al pasar por Martos, refiere la leyenda, llevaron a su presencia a dos hermanos, los Carvajales, que estaban acusados de asesinato. El rey, en juicio sumarísimo, los condenó a morir despeñados, dentro de jaulas de hierro, desde la célebre Peña de Martos, la mítica columna de Hércules. Pero antes de que se cumpliera la cruel sentencia, los Carvajales emplazaron al

rey para que compareciese ante el tribunal de la justicia divina en el plazo justo de un mes. Estando el rey en Alcaudete se sintió enfermo y lo llevaron a Jaén. Después de unos días de reposo y cuidados médicos pareció que se reponía y hacía ya animosos planes para volver a Alcaudete y proseguir la campaña. El día siete de septiembre almorzó con excelente apetito y luego se retiró a echar la siesta. Cuando sus criados fueron a despertarlo lo encontraron muerto.

Éstos son los términos de la leyenda que, desde su mención en la crónica atribuida a Fernán Sánchez de Tovar, suele aparecer en los historiadores de los siglos XVI y XVII.

Examinémosla más detenidamente. El rey muere un siete de septiembre, es decir, precisamente el día anterior al orto helíaco de la estrella Spica, cuyo nacimiento ocurre el ocho de septiembre. Por consiguiente, trasplantado a los términos del mito, la muerte del rey propicia el nacimiento de la Diosa Madre. Por lo tanto el rey no es sino un Rey Sagrado. Y muere precisamente en Jaén, en el palacio real, junto al Peñón de Oribe donde se sacrificaban los Reyes Sagrados en los tiempos del Dolmen. Y su muerte resulta ser precisamente el acto más importante de su corta vida, puesto que incluso los historiadores que no dan crédito a la leyenda siguen llamando al rey «El Emplazado».

La misma tradición asegura que el cadáver del rey fue velado, o incluso sepultado, en el Arco de San Lorenzo de Jaén. El Arco de San Lorenzo es el último resto de una antigua iglesia que desapareció en 1825. En el espesor de su torreón absidal se abre una capillita gótico-mudéja notable por su cerámica.

La iglesia de San Lorenzo pertenecía al hospital que fundó don Luis Lucas de Torres, un religioso del siglo xv. Este personaje pertenecía a la familia de los Torres, una de las dos familias jiennenses de las que tenemos la certeza de que estuvieron en posesión del secreto de la Mesa de Salomón. Era además hijo del condestable Iranzo, otro de los nombres de la lista de los que buscaron la Cava, del que muy pronto hablaremos por extenso. Por lo tanto, cabe señalar que desde el siglo esta iglesia está estrechamente vinculada a personas conocedoras de la tradición de la Mesa. Más adelante veremos cómo un criado del condestable Iranzo, un tal Juan de Olid, su secretario, que parece ser también heredero de sus conocimientos sobre la Mesa, es sepultado en esta parroquia. Las piezas del

rompecabezas parecen coincidir. Es muy posible que alguien, en el siglo XIV, o incluso en el XV, tuviese interés en fraguar la leyenda de la muerte sacrificial del Rey Sagrado coincidiendo con el nacimiento de la Diosa Madre y tuviese el mismo interés en señalar este Arco de San Lorenzo, relacionado con los poseedores del secreto de la Mesa, como lugar de sepultura del rey.

Hay otra circunstancia que viene a confirmar nuestra hipótesis. Esos hermanos Carvajales, despeñados desde el precipicio de Martos, de cuya existencia histórica dudan todos los historiadores, existieron de verdad y fueron dos personas de carne y hueso. Sólo que no existieron cuando el rey Fernando IV sino mucho después, precisamente en la misma época del condestable Iranzo, con el que tuvieron alguna relación. Y no cabe hablar de coincidencia de nombres puesto que estos dos individuos eran precisamente comendadores de la Peña de Martos.<sup>1</sup>

La *Crónica del condestable Iranzo*, precioso documento del siglo XV, revela que, siendo comendadores de la Peña de Martos, los Carvajales se rebelaron contra la Orden de Calatrava y se quedaron con el tesoro de su Maestre Pedro Girón, que se custodiaba en aquella Peña.<sup>2</sup> Interesante noticia. Así que existió un tesoro de los calatravos guardado en la Peña de Martos, en aquella roca levantada por Hércules. Aquel Pedro Girón, maestre de Calatrava, alcanzó noticia del secreto de la Mesa heredado por la casa real de Castilla. Por fantástico que parezca no vio mejor medio para apoderarse de él que casarse con la heredera del trono castellano, la princesa Isabel, y estuvo a punto de conseguirlo, pero murió en misteriosas circunstancias, probablemente envenenado, cuando acudía a las bodas.<sup>3</sup>

Los hermanos Carvajales fueron despeñados, según la versión más popular de la leyenda, dentro de sendas jaulas de hierro que bajaron rodando hasta el pueblo de Martos. En este refinamiento del martirio de aquellos desgraciados se refleja plenamente un mito solar. En algunas sociedades antiguas existía una ceremonia consistente en hacer rodar «ruedas en llamas montaña abajo en los solsticios». A veces «se ataban hombres a estas ruedas».<sup>4</sup> Lo que nos viene a confirmar el carácter ritual de la leyenda de los Carvajales. No olvidemos que la Peña de Martos no es <=> que la tercera columna de

Hércules y que éste es el héroe solar mediterráneo por excelencia.

El sentido religioso del ritual que acompaña a la muerte de los Carvajales queda conmemorado por un monumento que señala el preciso lugar donde las jaulas de hierro se detuvieron, con los ensangrentados cadáveres de los hermanos en su interior, después de haber caído por el precipicio y de haber rodado por la pendiente de la montaña. Es la llamada Cruz del Lloro: un grueso fuste de piedra, evidente residuo de un antiguo menhir, rematado por la cruz de hierro que cristianizó al antiguo monolito.

De donde se deduce que la leyenda de la muerte del rey Fernando IV el Emplazado tiene una lectura secreta relacionada con las tradiciones del sacrificio del Rey Sagrado, y que esta leyenda fue puesta en circulación, en todos sus aspectos, por gente de la familia Torres que estaba en el secreto de la Mesa de Salomón.

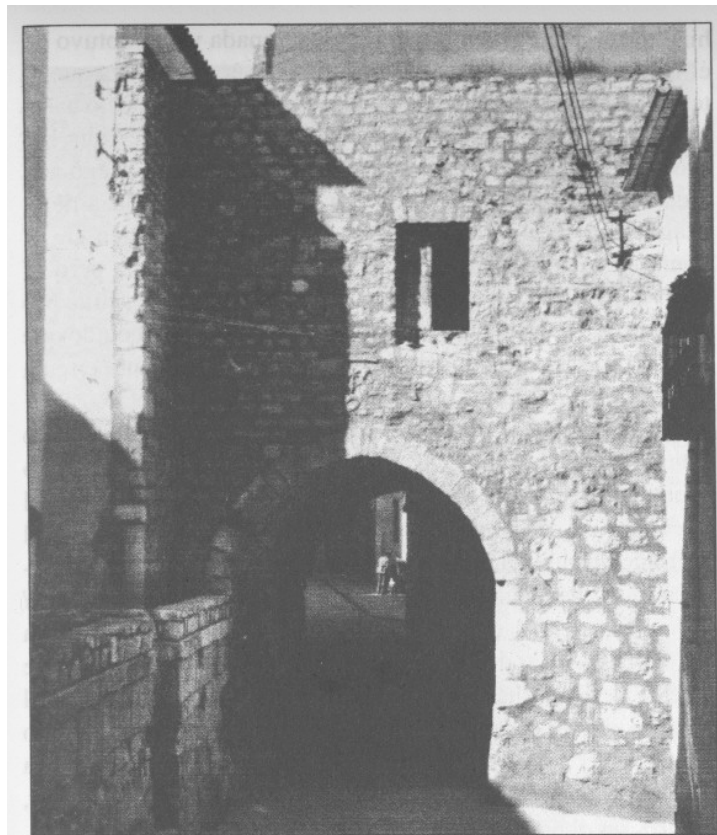
¿Cuáles fueron entonces las circunstancias de la desastrosa muerte de Fernando IV, cuando sólo contaba veintisiete años de edad? Eso es algo que nunca sabremos. Contentémonos con anotar que falleció en Jaén de manera misteriosa y que su repentina muerte parece estar relacionada con el secreto de la Mesa de Salomón. O, al menos, los Torres, que estaban en el secreto, la relacionaron y la hicieron coincidir con una fecha precisa llena de connotaciones míticas.

#### *Agua y almenas*

A Fernando IV el Emplazado sucedió su hijo Alfonso XI. Este hombre mal pudo recibir el secreto de labios de su padre, puesto que sólo contaba un año de edad al morir el rey. Sin embargo, es evidente que el secreto continúa transmitiéndose, pues nuevamente va a manifestarse en el hijo de Alfonso, el rey Pedro I el Cruel.

El reinado de Pedro I el Cruel constituye una página sangrienta de la historia de España. Vemos a Castilla desgarrada en una guerra civil entre los partidarios del rey legítimo y los de su hermano bastardo, Enrique de Trastámara, que pretende la corona. La ciudad de Jaén apoya la causa de Enrique. Así las cosas ocurre un hecho insólito: el rey don Pedro descuida sus urgentes deberes políticos y militares para hacer un

I



viaje de incógnito y sin escolta a través del territorio rebelde. ¿Adónde va? A una ciudad rebelde, donde si lo descubren puede peligrar su cabeza: Jaén.

Resulta difícil creer que este hombre tan poco dado a veleidades místicas y a creer en fantasmas se resolviera a dejarlo todo para ir a Jaén en pos de una leyenda a la que su padre no parecía haber prestado mucha atención. Es posible que Pedro I tuviese pruebas concluyentes que lo tentasen a emprender aquella aventura.

El secreto de la Mesa de Salomón se había transmitido a la casa real de Castilla, pero también a la de Granada desde su ~ el rey Alhamar. En 1362, Pedro I mandó prender y ejecutar al rey de Granada que lo visitaba en el alcázar de Sevilla. Pero antes de matarlo lo registraron y le encontraron «tres piedras falaxes muy notables e muy grandes... e otras doblas e joyas». El rey se apoderó de estas alhajas. Es evidente que

*Arco de San Lorenzo de Jaén, donde la tradición asegura que fue sepultado Fernando IV el Emplazado.*

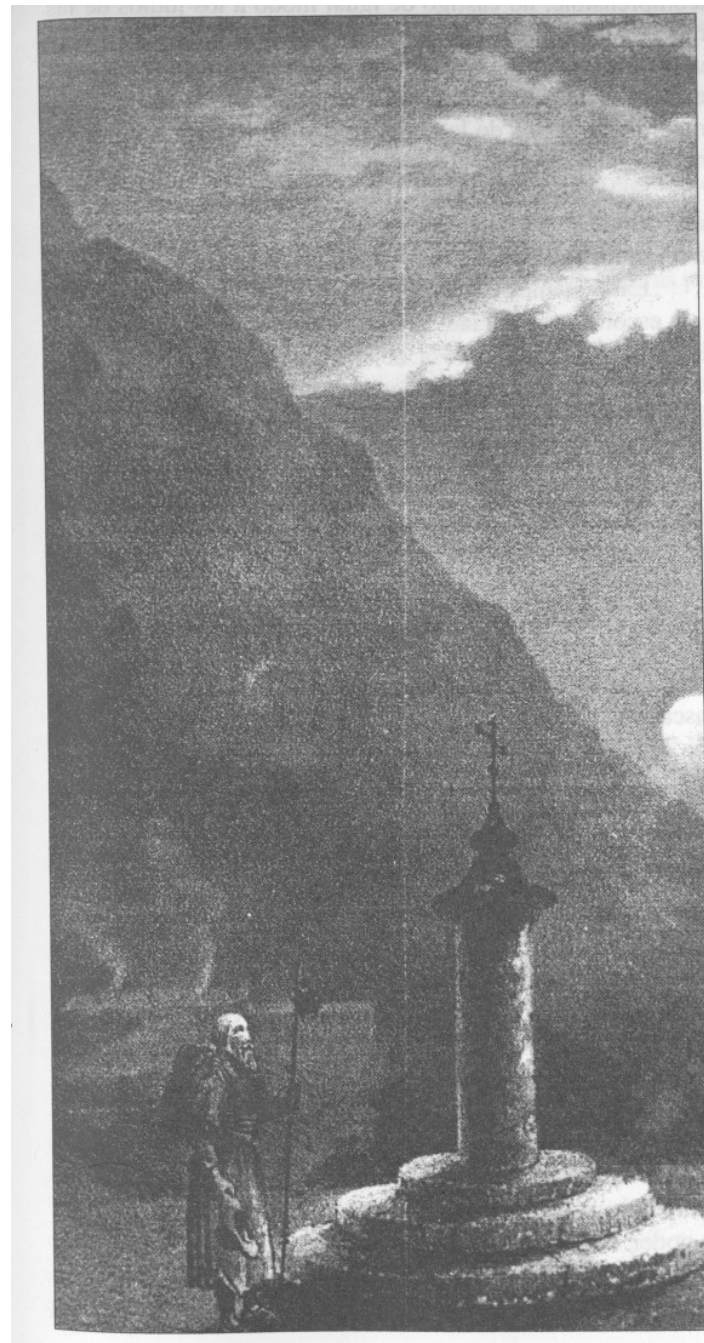
hizo torturar al desventurado rey de Granada y que obtuvo de él la certeza de que la Mesa de Salomón era algo más que el tesoro espiritual que parecía haber interesado a su abuelo hasta el punto de costarle, misteriosamente, la vida. Así es que Pedro I se atrevió a ir a Jaén despreciando el peligro. Llegó a la ciudad de noche y se hospedó en una casa de la plaza de la Magdalena. Según la leyenda el rey no declaró quién era al dueño de la casa, por temor a que éste lo denunciara, pero su anfitrión vino a averiguar que estaba ante el rey de Castilla por el ruido que le hacían las rodillas al caminar. Era conocido que don Pedro padecía de artrosis. Ésta es la leyenda que circula entre el pueblo y que alguien puso por escrito en 1935.<sup>5</sup>

A la mañana siguiente, cuando el rey salió del aposento donde había dormido, encontró al dueño de la casa sentado junto a la puerta, espada en mano. Había estado velando el sueño de su señor como un fiel súbdito. Conmovero por el ejemplo de fidelidad que acababa de presenciar, Pedro I otorgó nobleza a su humilde anfitrión y le concedió el apellido *del Rincón* y, además, otorgó a la casa el privilegio de tener «agua yalmenas».<sup>6</sup> Por donde venimos a averiguar que se trataba de la casa de Ben Chaprut, luego llamada «de las almenas», y el sentido simbólico que a primera vista tiene el curioso grabado de su dintel en el que la línea quebrada superior representaría las almenas y la ondulada inferior, que algunos creyeron ver, podría ser el agua.

Pero una leyenda que deja marcas indelebles sobre una piedra no es tal leyenda. Es historia viva, conservada por vía oral.

¿A qué fue a Jaén Pedro I? Para el pueblo que ha transmitido la leyenda, aquella visita fue simplemente un capricho real sin objetivo determinado. A nosotros nos resulta difícil creer que el rey se pusiera en tales peligros sin un motivo.

Veamos más datos. Al poco tiempo el rey impone a los judíos de Jaén un castigo desmedido; los vende como esclavos a su aliado, el rey Mahomad V de Granada. ¿Qué delito han cometido? Ninguno, simplemente quiere castigar a la ciudad por ser rebelde a su obediencia y partidaria de su hermano Enrique. Ésta es, al menos, la explicación oficial. Una explicación difícilmente aceptable. Los judíos no tenían parte en el gobierno de la ciudad, por lo tanto mal podrían ser responsables de su rebeldía. Por otra parte esta actitud del rey parece



*Peña de Martos y Cruz del Lloro, según un dibujo de Gustavo Doré.*

incompre~sible: no castigó de igual modo a los judíos de las otras ciudades que también apoyaban la causa rebelde. Y, lo que es más extraño, quitando el caso de los judíos de Jaén, Pedro I siempre se mostró decidido protector de los judíos y procuró guardarlos de los brotes de violencia antisemita que empezaban a surgir en algunas ciudades de su reino.

Se deduce que Pedro I tenía algo contra los judíos de Jaén. Alguna falta grave cometieron a los ojos del rey y debió de ser ofensa secreta.

Examinemos los hechos: el rey se presenta de incógnito y sin escolta en la ciudad. Sólo permanece allí por espacio de un día, en la antigua casa de los Chaprut, ahora habitada presumiblemente por sus descendientes, una familia criptojudía que ha adoptado el apellido Salazar y Rincón. Criptojudíos sólo hasta cierto punto, puesto que en lo que ha llegado de la casa hasta nuestros días observamos dos ventanas de obra en forma de estrella de David: la de la calle y la del patio interior. Pero prosigamos con nuestras deducciones. El rey de Castilla necesitaba desesperadamente ayuda para vencer a su hermano rebelde. Es evidente que no alcanzó todo el apoyo que precisaba. Quizá sólo le prestaron ayuda material y lo que él buscaba era la espiritual. En cualquier caso, el auxilio que Pedro I iba buscando se derivaba de la Mesa y, a juzgar por las apariencias, estos Rincón eran los custodios del secreto. Pero los Rincón no quisieron o no pudieron satisfacer las necesidades del rey y Pedro I, que tenía un pronto temible, se vengó cruelmente de toda la aljama de Jaén condenándola a la esclavitud y al destierro.

Es evidente también que en Jaén quedaria memoria de estos sucesos durante algún tiempo y no sólo en la forma de la leyenda que se ha transmitido hasta nosotros. Un obispo de aquella diócesis, Juan de Castro, que la rigió entre 1379 y 1382, es decir tan sólo diez años después de ocurridos los hechos, escribió una *Crónica Verdadera*, hoy perdida, donde se daba noticia de Pedro I y se defendía su vilipendiada figura. 7

Los Rincón, o quienes se entrevistasen con el rey en la casa de las almenas en aquella noche memorable, denegaron a Pedro I el auxilio espiritual de la Mesa que es tanto como decir su poder. Tan sólo le pudieron ofrecer, quizá en un intento de calmar su ira contrariada, el auxilio material entregándole un tesoro fácil de esconder y transportar, es decir, ni oro ni plata

sino piedras preciosas de extraordinario valor. Entre ellas quizá la piedra más preciosa de la Mesa de Salomón, el mayor rubí del mundo.

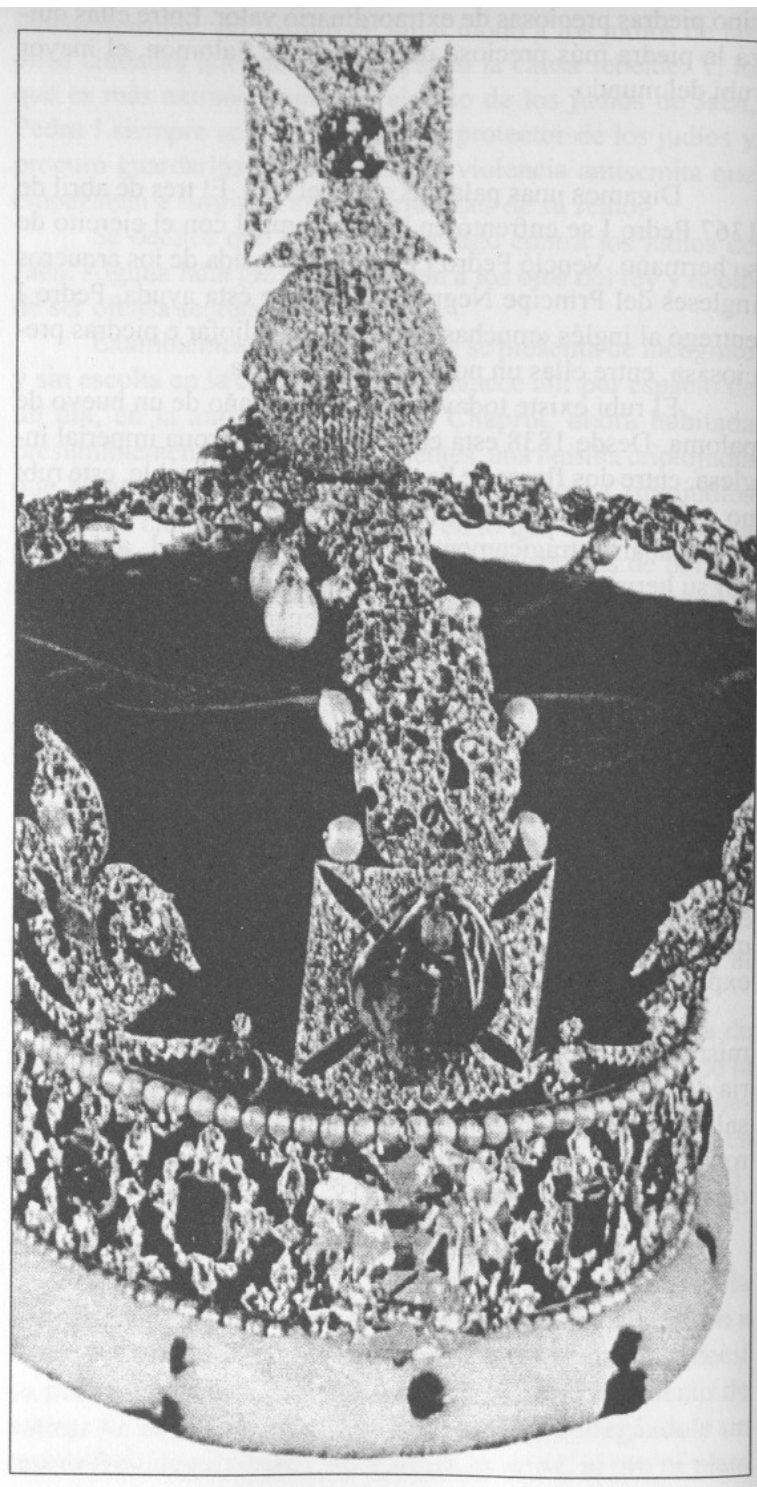
Digamos unas palabras sobre el rubí. El tres de abril de 1367 Pedro I se enfrentó en batalla campal con el ejército de su hermano. Venció Pedro I gracias a la ayuda de los arqueros ingleses del Príncipe Negro. En pago de esta ayuda, Pedro I entregó al inglés «muchas joyas ricas de aljofar e piedras preciosas», entre ellas un notable rubí-espínela.

El rubí existe todavía. Tiene el tamaño de un huevo de paloma. Desde 1838 está engastado en la corona imperial inglesa, entre dos flores de lis. Como toda joya notable, este rubí no está libre de su leyenda maldita. Algunos de sus propietarios acabaron trágicamente. Por ejemplo Pedro I, asesinado por su hermano en Montiel; o el Príncipe Negro, muerto a los pocos meses de heredar el rubí, sin llegar a reinar, cuando sólo contaba 46 años de edad. Un siglo después, el rey Ricardo III se atrevió a lucir la piedra en la corona que llevó al campo de batalla. Aquel día perdió el reino y la vida. Los enemigos que lo rodearon encontraron el rubí entre los matorrales, cerca del cadáver del rey.

Pero no vale la pena seguir la pista del rubí. Esta rara joya, arrancada presumiblemente de la Mesa de Salomón, puede ser admirada por el módico precio de unos peniques por cualquier turista que visite la Torre de Londres, en cuyo tesoro se expone, Así es que volveremos a Pedro I.

El rey fue asesinado por su hermano en 1369. Aquel mismo año hubo tantos linchamientos de judíos que la mayoría de ellos prefirió fingir que se convertía al cristianismo para salvar la vida. Algunas familias deportadas a Granada regresaron a Jaén donde perdurarían, observando secretamente la fe de sus mayores, hasta el siglo XIX.

!te  
cuya  
'uhí de  
corona  
•enton-  
m la  
'ción de  
coso



## ASESINATO EN LA CATEDRAL

En el siglo XV existieron en Jaén al menos dos familias conocedoras de la tradición esotérica de la Mesa de Salomón. Éstas eran la de los Torres y la de los Rincón, algunos de cuyos individuos buscaron la Cava en distintas épocas de acuerdo con el documento del archivo catedralicio.

De los Rincón, probables descendientes de los Chaprut, los cabalistas judíos de la Magdalena, ya hemos hablado anteriormente. Veamos ahora a los Torres.

En esta familia encontramos a un alcaide de los alcázares de Jaén llamado Pedro Ruiz que murió en 1410 guerreando contra los moros. Su hijo Fernando Ruiz es señor de Villardompardo y casa con Inés de Solier, francesa, hija de Arnau de Solier. Estos Solier procedían de la Provenza. Quizá esta circunstancia no sea del todo ajena al asunto de la Mesa de Salomón.

A esta pareja le nacieron varios hijos. El primogénito, Pedro, murió, como su abuelo, guerreando contra los moros de Granada y no dejó sucesión. El segundo, Carlos, casó con la hija del señor de Santa Eufemia. Recordemos que santa Eufemia era la cabecera militar del valle de los Pedroches, al norte de la provincia de Córdoba, un lugar señalado en los cultos a la Diosa Madre. Tuvieron una hija llamada Teresa que casó con Miguel Lucas de Iranzo sobre el que en seguida volveremos. Tanto este Miguel Lucas como su suegro Carlos de Torres aparecen en la lista de los que buscaron la Cava. El tercer hijo de Fernando Ruiz fue Juan de Torres y el cuarto María de Torres que casó con Fernando de Portugal, hijo del infante don Dionis.

Todos los miembros de esta familia tuvieron capilla y entelTamiento en la Catedral de Jaén.'

En la familia de los Torres se mantenía el antiguo sacerdocio femenino adscrito a la Diosa Madre, ahora disfra-

zada, de acuerdo con los tiempos, de Virgen María. El antiguo colegio sacerdotal había tomado en el siglo XV la forma de una extraña congregación religiosa no adscrita a orden o disciplina alguna y, por tanto, totalmente independiente de la autoridad eclesiástica.

En tiempos de Enrique IV estaba al frente de aquella casa una tal Marina de Torres.. «que estaba cerca de la Magdalena (citamos textualmente de la crónica), religiosa muy devota y honesta».2

Las funciones oraculares que esta congregación desarrollaba dos milenios atrás seguían manteniéndose, como podemos entrever por la documentación de la época. Por ejemplo, en 1468, cuando le nace un hijo al condestable Iranzo, anota el cronista: «Dos caballeros tomaron a su señoría en los hombros y llevaronlo así hasta una casa que está cerca de la dicha iglesia de la Magdalena, do estaban ciertas dueñas emparedadas de muy santa vida. y allí estuvo grande hora con ellas rogádoles que rogaran a Dios por el hijo que había nacido».3

Es de suponer que el oráculo que dieron a Iranzo sería muy favorable tratándose de un miembro de la familia. Por cierto que la madrina del bautizo fue precisamente aquella doña Marina de Torres, «madre de las emparedadas, dueña de muy santa e honesta vida».4 El padrino fue el guardián del monasterio de San Francisco, sede del Señor del Trueno, 10que tampoco parece casual.

La casa donde estaban las emparedadas vino, con la mudanza de los tiempos, a dividirse en varias fincas independientes. La principal existió hasta el siglo pasado y era de doña Violante de Torres. En su amplio corral guardaban, en tiempos de Iranzo, una torre de madera y otros extraños artilugios que solía usar el Condestable en sus celebraciones.

La parte donde vivían las emparedadas herederas del oráculo se denominaba popularmente «Ca!a de la Virgen» y subsistió, con muchas reformas, hasta hace cosa de veinte años en que también fue demolida. Asistimos a su destrucción y al traslado al museo provincial de un precioso arco de yesería fechable en la época de Iranzo, con cenefa inscrita. En este arco aparece el escudo de armas de los Torre que trae cinco torres de oro en campo de plata.

Pero ya va siendo hora de que dejemos a la familia Torres y nos ocupemos del condestable Iram:o.

Nuestra hipótesis es que el condestable Iranzo llega a Jaén comisionado por el propio rey Enrique IV para que se ocupe de los intereses de la casa real de Castilla sobre la Mesa de Salomón.

A mediados del siglo XV el secreto era compartido por las citadas familias de los Torres y los Rincón y por las casas reales castellana y granadina.

Examinemos ahora una serie de extrañas circunstancias que atloran en la documentación de la época.

Miguel Lucas de Iranzo había sido uno de los íntimos amigos del príncipe Enrique en su depravada juventud, cuando el futuro rey y sus amigos escandalizaban a la corte con sus abiertas relaciones homosexuales. Ya rey, Enrique IV favorece a Iranzo extraordinariamente y, a pesar de su origen plebeyo, le otorga, en el mismo día, cosa nunca vista, los títulos de barón, conde y condestable de Castilla. Pero las circunstancias que rodean este súbito encumbramiento de un don nadie, cuyos únicos méritos parecían haberse demostrado hasta entonces en la alcoba real, no dejan de sorprendernos.

Iranzo había estado «preso con grandes guardias»5 en el alcázar de Madrid. ¿Cuál era el motivo de tan severa prisión? Que «el rey deseaba hacerlo uno de los mayores hombres de este reino».6 ¿Cómo puede entenderse que el rey mantenga a un hombre varios meses en un calabozo de palacio porque piensa otorgarle los más altos cargos? Absurdo. ¿No será más bien que durante esos meses Iranzo tiene que permanecer en el palacio *protegido* con guardias e incomunicado, que no preso, para preservarlo de posibles peligros? Esta explicación resulta mucho más satisfactoria que la oficial, pero tiene el inconveniente de que viene a planteamos un nuevo interrogante: ¿qué tramaban el rey e Iranzo?

Enrique IV saca a Iranzo de su pretendida prisión para ennoblecerlo delante de toda la corte, en una solemne ceremonia que es prolijamente descrita en la *Crónica*. El cronista anota que, además de la corte, asisten a la ceremonia unos caballeros alemanes. ¿Qué papel tienen estos caballeros alemanes? ~nes son? Más preguntas que no tienen respuesta. No obstante, hemos de señalar que durante el resto de su vida, entre los hombres de confianza que siempre lo acompañan, tendrá Iranzo a un alemán llamado Juanes.7 Y, por cierto, también a un italiano, de nombre Juliano, «bien gentilhombre».8

~tro enigma. El rey ennoblece a Iranzo haciéndolo barón, conde y condestable. Lo normal es que el nombramiento de los dos primeros estados vaya acompañado de su denominación. ¿Barón de qué, conde de qué? Pero en todos los documentos queda un espacio en blanco que nunca será cubierto.

Ya ennoblecido y convertido en condestable, Iranzo acompaña al rey en una serie de viajes que parecen tener por objeto la visita a santuarios marianos. Estamos en 1458. El rey y su condestable van al monasterio de Arlanza,<sup>9</sup> al de Mejorada,<sup>10</sup> a Santa María de Rayuela.<sup>11</sup> En este monasterio aragonés permanece Iranzo por espacio de varios días. Van finalmente a Guadalupe el 5 de diciembre de 1459, «donde estuvo ciertos días que no salió del monasterio». <sup>12</sup> Parece que en Guadalupe ha encontrado Iranzo lo que buscaba. En cualquier caso volverá a este lugar en diversas ocasiones.

Resulta curiosa esta repentina devoción mariana del antes depravado Iranzo.

Al poco tiempo, y a pesar de que por su cargo es un hombre público que debe ocuparse de las milicias del rey, Iranzo se pierde durante dos meses. Nadie sabe nada de su paradero. Oficialmente ni siquiera lo sabe el rey, al que Iranzo parece rehuir. Años después su cronista anotará que estuvo oculto en una aldea de Cuenca llamada Urcas.<sup>13</sup>

Nuevamente Cuenca, el lugar donde acabó el obispo de Jaén que voló a lomos del diablo, aquel Nicolás de Biedma, émulo de Salomón y el lugar donde la Inquisición procesaría al doctor Eurgenio Torralba, que sostenía haber heredado los poderes de aquel obispo. A la vista de estos datos se hace ya evidente que Iranzo va buscando el camino secreto para acceder a la Mesa de Salomón o para descifrarla. Nos confirma esta idea el hecho de que don Lope Barrientos, el obispo de Cuenca en tiempos de Iranzo, anduviese también en tratos secretos con el rey, del que había sido preceptor, y con el propio Iranzo. El obispo de Cuenca que habría necesariamente heredado los papeles que aquel antecesor suyo, don Nicolás de Biedma, dejara al morir.

¿A qué se dedicó Iranzo durante aquellos dos meses pasados en Cuenca?

En 1461 vuelve Iranzo de nuevO a Guadalupe y, a su regreso, pasa una noche encerrado en la catedral de Jaén.<sup>14</sup> ¿Qué busca Iranzo en el antiguo santuario de la Diosa Madre? En

cualquier caso Iranzo está en la lista de los que buscaron la Cava.

Pero no debemos pasar por alto las relaciones de Iranzo con Guadalupe. En otra ocasión recibe y hospeda a José de Villagranca, «hombre de buena discrección que había tenido cargo de oficios que había tenido cargo y aun hacienda del prior y frailes de Guadalupe». <sup>15</sup> Está claro que se trata de un emisario del prior de Guadalupe, pero nos quedamos sin saber los tratos que Iranzo, o su señor el rey, se traen con los frailes.

Iranzo fue a Guadalupe por los menos en otras dos ocasiones. Estando allí recibió a Juan de Foix, enviado del rey de Francia, y quedó citado con él para verse de nuevO en Bailén. <sup>16</sup> Iranzo trata a este hombre con sospechosa cortesía. Se entrevista, efectivamente, en Bailén y el francés se demora allí por espacio de doce o trece días. ¿Qué misión tenía que cumplir este enviado del rey de Francia cerca de los frailes de Guadalupe y de Iranzo?

Sea cual fuere la ligazón que Enrique IV tuvo en vida con Guadalupe, lo cierto es que la siguió manteniendo después de muerto puesto que allí recibió sepultura. Su momia, examinada por una comisión de arqueólogos en 1946, había aparecido oculta «en un escondrijo más que cripta detrás del retablo del Monasterio». <sup>18</sup> El rey Enrique IV no fue cojo en vida. Sin embargo los pies de su momia muestran «una inclinación exagerada hacia afuera, en la posición llamada pie valgo». <sup>19</sup> ¿La cojera ritual del Rey Sagarado?

### *El exilio del Iranzo*

Pero regresemos a Iranzo. Cuando el rey lo hace conde y condestable de Castilla, el joven Lucas parece tener un espléndido porvenir por delante. Sin embargo toma una decisión aparentemente absurda: deja la corte y se exilia voluntariamente en Jaén, donde pasa el resto de su vida. Deja la brillantez y el halago de la corte para ir a encerrarse a una ciudad de la frontera, una ciudad poblada de gente violenta y siempre amenazada por el vecino reino de Granada. Los que habían conocido a Miguel Lucas en su depravada juventud difícil-



mente podían creer que tal mudanza se hubiese operado espontáneamente.<sup>20</sup> En una carta que escribe al Papa en 1471, Iranzo justifica así su decisión: «por servicio de Dios, ensalzamiento de su fe, defensa de esta frontera, acordé desterrarme de la corte».<sup>21</sup>

Todos estos datos parecen confirmar nuestra hipótesis. Enrique IV heredó, con la corona, cierto conocimiento de la existencia de la Mesa de Salomón y escogió a su amigo de confianza para que velase por sus intereses en Jaén. Iranzo colaboró fielmente con su rey, pero también contó con una serie de fieles colaboradores, algunos de los cuales probablemente estaban en el secreto. Quizá ese criado alemán; quizá su hermano Alonso de Iranzo, arcediano de Toledo que, sin embargo, residía en Salamanca donde estaba estudiando. Otro colaborador probable es un tal Chaves, que el día de San Juan de 1458 intenta pasar la frontera con unas cartas secretas de Iranzo y del rey destinadas al sultán de Granada. Recordemos que la casa real de Granada comparte también los secretos de la Mesa. Pero esta correspondencia es interceptada en la frontera y se hace pública. La explicación oficial, que exculpa tanto al rey como a Iranzo, es que las cartas eran falsas. Pero, dato curioso, Iranzo no se atreve a ajusticiar a Chaves sumárisimamente, como hace con otros reos de menores delitos, sino que lo mantiene en prisión hasta la llegada del rey para que sea éste el que decida. El rey opta por eliminar a este testigo peligroso y Chaves es ajusticiado.<sup>22</sup>

Parece que después de este episodio hubo algunas diferencias entre el rey e Iranzo. Nuevamente mediaría para avenirlos don Lope Barrientos, el obispo de Cuenca. En cualquier caso el proyecto real sobre la Mesa de Salomón se vería primero estorbado y después definitivamente relegado por la presión de los graves acontecimientos que siguieron: la rebelión de la nobleza hizo peligrar el trono de Enrique IV y tanto él como Iranzo estuvieron muy ocupados en años sucesivos por las operaciones militares.

### *Los gitanos*

¿Qué sentido tienen las misteriosas relaciones de Iranzo con ciertos extraños personajes tradicionalmente identificados

como gitanos? Un grupo de ellos llega a Jaén y él los hospeda a mesa y mantel durante un mes.<sup>23</sup> En enero de 1470 va Iranzo a Andújar y allí aparece «un caballero que se llamaba el conde de la Pequeña Egipto con su mujer la condesa doña, Luisa y hasta cincuenta personas».<sup>24</sup> Iranzo los hospeda durante una semana y cuando reemprenden el camino les entrega una suma de dinero. A los quince días llega el «duque Paulo de la Pequeña Egipto» e Iranzo hace otro tanto.<sup>25</sup>

Hay una característica común que identifica a varios nombres de la lista de los que buscaron la Cava: la aparente posesión de ilimitados medios de fortuna. En distintas épocas estos personajes asombraron a sus contemporáneos por su riqueza en apariencia inagotable. El lector de la *Crónica del condestable* no puede dejar de preguntarse a lo largo de sus cuatrocientas páginas de --por otra parte-- entretenida lectura, de dónde sacaba Iranzo tanto dinero. Desde que llega a Jaén, Iranzo gasta a manos llenas. Su corte particular compite y hasta aventaja en gasto y largueza a la corte del rey su señor. Es más, incluso a veces tiene que socorrer al monarca: «Los dineros que le dio al rey para ayuda de sus gastos los cuales eran tantos que todos los cortesanos partieron maravillados de donde lo podía cumplir».<sup>26</sup>

Es decir, que tampoco sus contemporáneos se explicaban de dónde sacaba el condestable tanto dinero. «Para todos había abundancia y fartura», señala el cronista en otra ocasión.<sup>27</sup>

En cuanto llega a Jaén, Iranzo se hace construir un fastuoso palacio del que aún hoy quedan exiguos pero impresionantes restos en el antiguo casino de la calle Maestra. Por cierto que este palacio queda emplazado en el camino sagrado que conducía desde el santuario dolménico hasta el manantial oracular de la Magdalena, al igual que los otros palacios construidos o habitados por otros buscadores de la Cava. Nos referimos a los del obispo Suárez y al de los condes de Villardompardo.

Volvamos al palacio de Iranzo. En la sala principal colgaban tapices con la historia de Nabucodonosor.<sup>28</sup> La elección del tema no parece casual y desde luego no es casual que el anónimo cronista repare en este, al parecer, insignificante detalle. Pero el cronista del condestable ya nos tiene acostumbrados a estas extrañas precisiones. No le importa sugerimos que

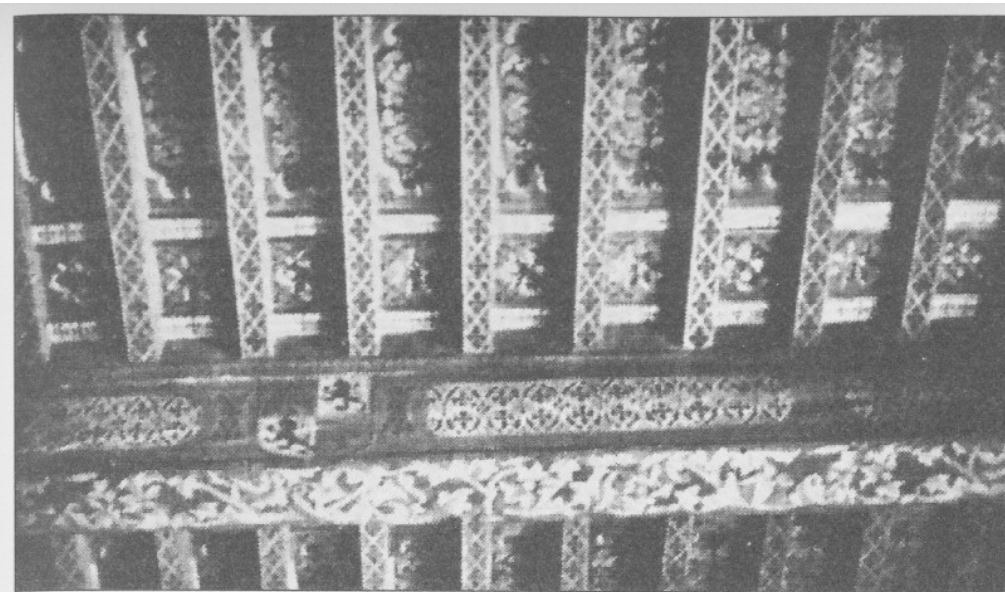
sabe ~ucho más de lo que declara y hasta en una ocasión se le escapa llamar a Iranzo «otro segundo Salomón».29

Caso extraño. A instancias de Iranzo, el rey permite la fundación de una casa de la moneda en Jaén.30 Una ciudad menor, perpetuamente amenazada por los moros, fronteriza, parece el lugar menos apropiado para hacerla sede de una casa de la moneda. A no ser, claro está, que el oro abunde en ella y que alguien esté interesado en que se amonedé allí mismo para que su circulación sea más discreta. El rey está muy interesado en la nueva ceca cuya moneda, la «jaenciana» será pronto muy estimada. Va a visitarla en 1469.31 ¿Y quién se encarga de la tesorería de esta casa? Un tal Fernando Lucas, que resulta ser primo de Iranzo y que acaba casándose con la hija de Pedro de Escavias, el mejor amigo del condestable.32

En tiempos de Iranzo todavía quedaban importantes vestigios del santuario dolménico. Recordemos que este santuario se componía de un gran dolmen y de tres caminos marcados por menhires, que describían la triple lazada constitutiva del Nudo de Salomón. Todo ello se disponía en las inmediaciones del Dolmen Sagrado mientras que el nudo propiamente dicho estaba en su interior. Sobre el dolmen se había edificado una mezquita. Los caminos probablemente habían caído en desuso, pero todavía quedaban vestigios de ellos, particularmente en la zona despejada de casas, es decir, extramuros y en la plaza que hacía de antesala de la nueva iglesia.

Por alguna razón. Iranzo decidió arrasar todos estos vestigios. En palabras de la *Crónica*, «allanó la plaza de Santa María» y el terreno extramuros quitando «las grandes piedras que en ella había».33 Aprovechando aquellos trabajos practicó excavaciones junto a la puerta de Santa María, que era la que daba a la calle Campanas. ¿Qué buscaba? No lo sabemos. Tampoco sabemos si lo encontró. ¿Quizá las antiguas tres cabezas del dolmen?

Otro interés de Iranzo fue el alcázar nuevo, es decir, el castillo construido por Alfonso X. Por hacerse con él llegó incluso a casar a su hermana con el hijo del alcaide del alcázar, boda a todas luces desigual puesto que la hermana del condestable de Castilla hubiera podido aspirar a mucho más.34 Por cierto que años más tarde Iranzo haría encarcelar y matar a este cuñado suyo por causas que desconocemos. Iranzo consigue finalmente del rey que le entregue el alcázar y no ceja



iii

hasta colocar en su alcaidía a su propio hermano, el comendador de Oreja. Cuando ya tiene Iranzo el castillo gasta una fortuna en obras cuyo desarrollo supervisa personalmente. Más que obras debieron de ser excavaciones, puesto que el alcázar nuevo estaba en perfecto estado.35 Y en cuanto puede deja su palacio de la ciudad para irse a vivir al castillo, pretextando mayor pureza de aire en tiempos de epidemia.36

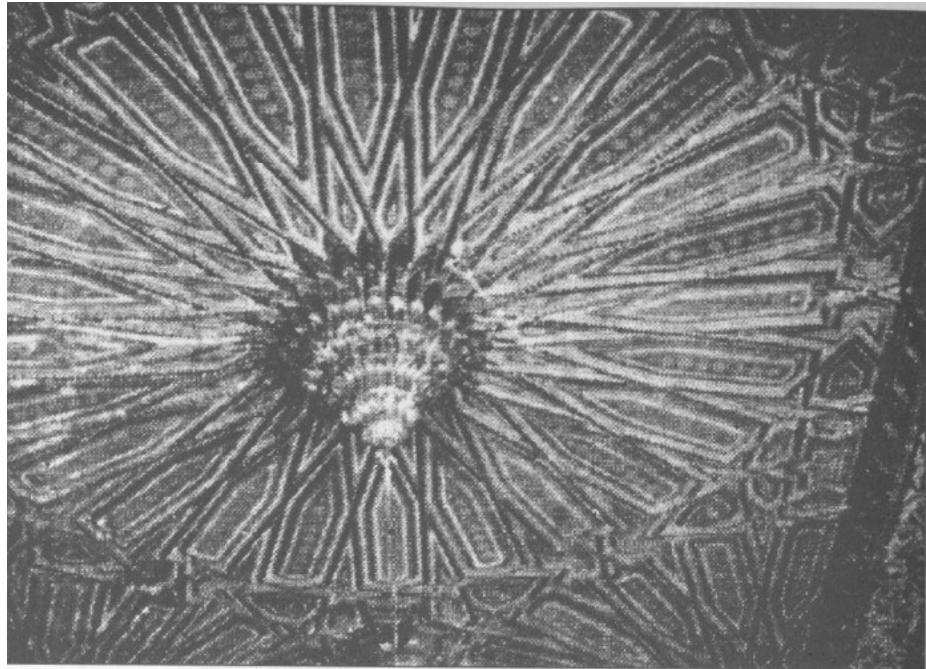
*Detalle del artesanado del palacio del Condestable. En el lateral de las vigas maestras podemos apreciar escudos heráldicos con los leones y castillos de la casa real*

### *Una extraña ceremonia*

No menos extraña nos parece la conducta del condestable en otras señaladas ocasiones. Por ejemplo su modo de celebrar el día de san Juan, la fiesta del solsticio de verano, una fiesta eminentemente solar.37

11

La *Crónica* describe con puntillosa minuciosidad lo que Iranzo hacía cada año en aquella fecha señalada, como si se tratase de la más estricta ceremonia litúrgica. Tres horas antes de amanecer se limpiaba el suelo en el palacio, la calle adyacente y la plaza. Sobre el piso barrido y regado se esparcía juncia. Las paredes se tapizaban con cañas verdes y ramos. Dos horas antes de amanecer sonaba la trompetería y recorría las calles convocando a los caballeros. Regresaba la trompetería



rtesonado  
'alacio del  
ranzo, hoy  
iesapareci-

al palacio de Iranzo, seguida por los jinetes que se le habían ido uniendo y salía Iranzo a caballo a juntarse con ellos. El condestable vestía aquel día un traje dorado y su paje iba ataviado del mismo color. Recordemos que es el color del sol. De esta guisa iban todos a la Catedral, es decir al Dolmen Sagrado, y de allí al río. Esto ocurría, precisa la *Crónica*, media hora antes de que despuntase el sol. Siguiendo a caballo el camino del río, el sol saldría cuando ellos estuviesen precisamente en el Cerro de las Canteras, el lugar donde hubo al parecer un laberinto de tapias cuya piedra central, con indescifrable inscripción que parece ibérica, se conserva.

Pero sigamos a la alegre comitiva del condestable. Al llegar al río se engalanaban con flores y ramos y de esta guisa regresaban a la ciudad donde ya les estaban aguardando los criados del condestable con un banquete de frutas y vino. Pero antes de alcanzar la puerta de Santa María, los que regresaban engalanados de verde topaban con otro grupo de jinetes que les estaban esperando fuera de las murallas. Entre los dos grupos se trataba una reñida escaramuza sólo que, en lugar de lanzas aceradas, empleaban inocentes cañas y, en lugar de cortantes hierros, espadas sin filo. La pelea fingida se hacía junto

a la puerta de Santa María y en la plaza homónima, es decir, en los dos únicos espacios despejados que quedaban del antiguo camino iniciático del Nudo de Salomón en tomo al Dolmen Sagrado. Evidentemente, el combate de un grupo de hombres adornados con ramas y flores y otros sin adornos representaba, aunque ellos no tuviesen memoria de ello, el antiguo conflicto entre los cultos solares y lunares, entre los seguidores de la Diosa Madre agrícola, que serían los verdes, y los pastores adoradores del Dios del Trueno.<sup>38</sup>

Examinemos ahora otra curiosa ceremonia celebrada el 7 de mayo de 1470. Se trata del amojonamiento de los términos de Jaén y Andújar que estaban en litigio desde antiguo. Están presentes el deán de Jaén, el prior de Santa María y el guardián del convento de San Francisco, sede del Señor del Trueno, lo que no parece casual.<sup>39</sup> Iranzo coloca el primer mojón en el pozo de Corbul, en medio del arroyo Salado. Pero dispone una extraña ceremonia acuática de difícil interpretación: primero arroja una lanza al pozo, clara metáfora de la lucha del héroe solar contra el dragón acuático. Luego un criado suyo se lanza al pozo y rescata el arma.<sup>40</sup> A continuación un grupo de niños, convocado a tal fin, empieza a formar algarrabía, unos mojan a otros, con el agua del pozo.

En lo alto del Cerro Corbul, el condestable levanta un gran majano de piedras y otro más grande al pie de los Llanos de Santa María.<sup>41</sup> Los majanos de piedra son pervivencias de las alineaciones megalíticas y el nombre Llanos de Santa María nos viene a confirmarla inspiración de la Diosa Madre en este tipo de obras. Pero la ceremonia no acaba aquí. Al levantar el majano de Santa María, los muchachos que acompañaban a Iranzo, «jugaron un rato en derredor (del majano, es decir, del menhir, de la Piedra), el juego de las yeguas en el prado y luego diéronse de puñadas».<sup>42</sup> Es decir, se trata de un juego probablemente propiciatorio de la fecundidad, reliquia del culto a la Diosa Madre, que termina en simulacro de pelea, evocación de los conflictos provocados por la llegada de los pueblos del Trueno.

Pero el día trae más curiosas pervivencias. En otro de los mojoneros, los muchachos «mataron un carnero a cañaverazos

y le cortaron la cabeza que fue soterrada».<sup>43</sup> El carnero es símbolo 'solar. Su vellocino es lo que buscan los argonautas. Estos muchachos oficiantes de antiguas ceremonias sacrifican al carnero y luego entierran su cabeza, que en otras circunstancias habría sido disputada pues constituía un manjar exquisito. y la entierran en el centro del mojón. Y proponen llamarlo «el del Carnero», pero Iranzo interviene para que se llame más bien «del Cordero».

Es evidente que todas estas extrañas ceremonias están llenas de sentido y que están dotadas de un orden preciso. Que nosotros seamos capaces de penetrar este sentido es harina de otro costal. En cualquier caso existe un claro paralelo oriental en los cultos de Mitra, que hacía brotar un manantial donde se lanzaba su lanza y sacrificaba toros iniciáticos en la gruta sagrada.

Algo más sabemos del alcance que tenía otro uso estrictamente observado por la corte local de Iranzo. El lunes de Pascua, el condestable repartía el hornaza a sus colaboradores y al pueblo.<sup>44</sup> Recordemos el valor del hornaza como ofrenda a la Diosa Madre en el Dolmen Sagrado. Al segundo día, Iranzo organizaba un banquete en la fuente de la Peña, otro lugar consagrado a la Diosa Madre cuyo prado se llama, aún hoy, Valparaíso.

¿Valparaíso? Así se denomina también a la calleja que estaba encima del Dolmen, hoy cabecera de la Catedral que lo suplanta. ¿Coincidencias? En este caso también será coincidencia que la bandera que el condestable lleva contra los moros sea «de damasco carmesí, de tres puntas, con una roca bordada».<sup>45</sup> La Cabeza del Dolmen Sagrado y el número tres. No cabe emblema de significado más evidente.

*El asesinato*

Todas las pruebas señalan que Iranzo consiguió algb. El rey le encomendó una misión en Jaén. Una misión relacionada con la Mesa de Salomón. Iranzo emparentó con la familia de los Torres, tuvo acceso a la parte material del tesoro. Esto es evidente. Pero ¿consiguió todo lo que se había propuesto o lo que el rey su señor le había ordenado? Evidentemente no. Parece que en última instancia fracasó. Hubo demasiadas cir-

cunstancias adversas. Primero, la muerte de su hermano del que quizá dependía el éxito de la parte espiritual de la empresa. Luego, la prolongada y difícil guerra civil que resultó especialmente devastadora para Jaén y su comarca. Después, los ataques de los moros granadinos, y finalmente los enemigos personales que Iranzo se granjeó en Jaén desde su llegada a la ciudad. El condestable consiguió abortar algunas conjuras tramadas contra su persona, pero no pudo descubrir a tiempo la última.

El día 21 de marzo de 1473, festividad de san Benito, Iranzo había ido a oír misa a la Catedral y estaba arrodillado en las gradas de su capilla mayor, justamente encima del santuario dolménico. Entonces «entró un hombre arrebozado y le dio en la cabeza con el mocho de la ballesta que traía».<sup>46</sup> Iranzo murió en el acto. A continuación, el populacho se lanzó contra las casas de los conversos, descendientes de los judíos, en la Magdalena, y las saqueó y mató a muchos de ellos.

Oficialmente, el asesinato de Iranzo había sido un acto espontáneo del pueblo que ansiaba atacar a los judíos conversos, protegidos del condestable. Lo que es evidente es que hubo una relación directa entre el asesinato y la subsiguiente matanza de conversos, puesto que los dos actos ocurren casi simultáneamente.

¿Por qué protegía el condestable a los conversos? Primero, evidentemente, por simple humanidad y por justicia, porque los conversos eran súbditos laboriosos y pacíficos. Pero seguramente había más razones. La familia de los Torres, con la que Iranzo había emparentado, eran notorios descendientes de conversos, que habían entroncado con casa noble lavando con ello la impureza de sus orígenes. En puridad podría decirse que muy pocos linajes nobles del siglo XV estaban limpios de sangre judía. Pero todas estas circunstancias que condujeron a la muerte de Iranzo parecen ocultar asuntos más graves, asuntos que no se reflejan en la documentación de la época y cuyo alcance, por tanto, sólo podemos conjeturar. Quizá el condestable se apoyaba en algunos criptojudíos -muchos con-  
lo eran-- para adelantar en su misión de buscar la Mesa de Salomón cuyo mensaje, no lo olvidemos, estaba cifrado y esta cifra constituía la materia de la Cábala...

Pareció que el crimen iba a quedar impune. Pero dos años más tarde, Enrique IV llega a Jaén de incógnito. Otra

curiosa coincidencia. Un antecesor suyo, Pedro I, había visitado Jaén de incógnito ciento diez años antes y también por un asunto relacionado con la Mesa de Salomón. Recordemos que Pedro I se hospedó en la «casa de las almenas», que era de la familia Rincón. Pues bien, Enrique IV también se hospeda secretamente con la familia Rincón. ¿Qué motivo le traía a Jaén? Aparentemente, sólo vengar la muerte de Iranzo. Según la *Crónica*, a la mañana siguiente de su llegada, se presentó en el ayuntamiento, preguntó por ciertos regidores y jurados de la ciudad, los hizo comparecer, luego convocó al verdugo local y le ordenó que los colgara a todos de las ventanas del ayuntamiento. Precisamente enfrente de Santa María, el santuario dolménico donde habían asesinado a Iranzo. «y fecha esta justicia luego se partió de Jaén a la corte donde tenía su asiento».47

Es una curiosa historia. Un año después murió Enrique IV en circunstancias un tanto extrañas, después de haber escapado, casi moribundo, de su alcázar de Madrid con dirección a algún lugar del Pardo, adonde sus menguadas fuerzas no le permitieron llegar. Ya vimos antes que lo sepultaron en Guadalupe, aquel santuario mariano que tanto parece importar en esta historia.

Miguel Lucas de Iranzo dejó sólo un hijo, Luis Lucas de Torres, que se hizo fraile franciscano. El mayorazgo de la casa recayó en su sobrino Remando de Portugal.48 Luis Lucas de Torres sólo contaba cinco años cuando asesinaron a su padre. Parece que fue un sacerdote ejemplar. Fundó un hospital en una propiedad de la familia, en la calle Madre de Dios (= Diosa Madre) y encargó de su rectoría a uno de los incondicionales colaboradores de su padre, a Juan de Olido Este Juan de Olid, secretario de Iranzo durante muchos años, casado con una mujer de la casa de los Torres, la Rendeler que sería a la condesa, parece que estuvo también en el secreto de la busca de la Mesa de Salomón. Incluso es muy posible que sea el autor de la *Crónica del condestable*, y es evidente que el autor de la *Crónica* estaba en el secreto.

A Juan de Olid y a su esposa les dieron sepultura en la parroquia de San Lorenzo, que pertenecía al hospital fundado por don Luis. En el aposento alto del Arco de San Lorenzo

vemos las armas de los Olid, cuyo contenido iniciático es patente: lunas de plata invertidas y estrellas o soles de oro; el sincretismo salomónico en la heráldicajiennense del siglo xv.

Igualmente iniciática parece la fuente en el patio de la casa de los Torres en la calle de San Andrés. Ésta era de cante-ría y ochavada. Ya veremos el significado del número ocho que tanto se repite en la tradición de la Diosa Madre. Además tenía cuatro caños con sus correspondientes arriates, que subdividían el patio en cuatro cuadrantes para hacerlo alegoría del paraíso.49

Desgraciadamente la actuación de Iranzo y sus colaboradores nos plantea muchas preguntas de difícil respuesta. Casi toda la información que tenemos procede de su anónimo cronista particular, que parece recrearse a veces en detalles reveladores sólo para un iniciado, pero que, fiel a su compromiso secreto, siempre acaba vedándonos el acceso a la información fundamental. Quizá ésta se contenía en esos dos últimos años de la vida de Iranzo, entre diciembre de 1471 y marzo de 1473, que la *Crónica*, misteriosamente, no recoge. Pero tampoco podemos descartar la posibilidad de que esta información haya sido escamoteada después de la muerte de Iranzo.

Veamos en qué se fundan nuestras sospechas en este sentido. El manuscrito de la *Crónica* se transmitió de la familia Torres al obispo Suárez, que llega a Jaén veintidós años después de la muerte de Iranzo. Quizá fuera el propio Suárez, o alguno de sus descendientes que heredaron el manuscrito, el que suprimió esos dos enigmáticos años que faltan en la *Crónica* después de utilizar la información que contenían en su propio provecho.

## EL OBISPO INSEPULTO

En la primera mitad del siglo XVI un grupo de iniciados desarrolló una intensa actividad en Jaén. Entre ellos destacan las figuras del obispo Suárez y el protonotario papal Gutierre Doncel. De cuantos buscaron la Cava ninguno enduvo más cerca de alcanzar no solamente el tesoro material sino el espiritual de la Mesa de Salomón. Parece que, además, se esforzaron en transmitir sus conocimientos y hallazgos a la posteridad, aunque siempre en la forma esotérica que requiere la Cábala, «manteniendo voluntariamente estos velos» como aconseja un principio cabalístico.<sup>1</sup>

Don Alonso Suárez de la Fuente del Sauce fue obispo de Jaén desde 1500 hasta 1520. Todo es singular en la vida de este hombre. Había nacido en un pueblecito de la actual provincia de Ávila, en Fuente del Sauz, cerca de Arévalo. Fue hijo de una familia humilde. Según una información testifical de algunos paisanos que lo conocieron en su infancia guardab"avejas.<sup>2</sup> En cuanto a nobleza, «nunca la tuvo ni eran sus padres hidalgos ni tenían armas ningunas».<sup>3</sup>

Como Hércules y como otros héroes solares desveladores del secreto de la serpiente, este hombre fue pastor. La historia, la biografía de un hombre de carne y hueso, puede, de este modo, entroncar fielmente con los patrones del mito. Claro que debe de tratarse de una simple coincidencia. Pero hay demasiadas coincidencias en esta historia. Siendo todavía muchac~o y pastor «fue a un sastre a que le hiciese un capote y yéndoselo a poner el dicho sastre al dicho obispo le dijo: «Paréceme un obispo con ese capote».<sup>4</sup> Muchos años después el humilde pastor llegó, efectivamente, a obispo tal como le Pfofetizara aquel humilde alfayate rural. Entonces mandó buscarlo y «le dio de comer por ello», es decir, le concedió una pensión vitalicia.<sup>5</sup>

Don Alonso Suárez ascendió de su humilde estado e hizo carrera. Isabel la Católica lo eligió para la sede de Mondoñedo.<sup>6</sup>

Después fue inquisidor general, obispo de Lugo y comisario general de la Santa Cruzada. En Mondoñedo y Lugo empezó a interesarse por los temas de la sabiduría antigua y desde su puesto de inquisidor general entró en contacto con algunos cabalistas.

En 1499 era obispo electo de Málaga pero, al quedar oportunamente vacante la sede de Jaén, porque su obispo Fray Diego Deza pasaba a Sevilla, don Alonso consiguió ocupar el puesto.

El pontificado del obispo Suárez en Jaén ocupó los últimos veinte años de su vida. Fue extraordinariamente fructífero. Aunque la biografía de este personaje está todavía por escribir, los datos que conocemos son suficientes para plantearnos una serie de preguntas de difícil respuesta. La primera es, ¿de dónde sacaba don Alonso las fantásticas sumas de dinero que gastó en edificar puentes, templos, casas, fortalezas y conventos? No quedó rincón en su diócesis donde no levantara iglesias y monumentos. Aún hoy, cuando muchas de estas obras se han arruinado y perdido y sólo queda constancia documental de ellas, nos admira encontrar por doquier el familiar escudo del obispo en tantas y tantas edificaciones, en el singular puente de Baeza, sobre el Guadalquivir, en San Andrés de Baeza, en la capilla de San Ildefonso, en la Catedral de Jaén, en la impar sillería de su coro, para cuya talla hizo venir a un artista nórdico, probablemente alemán, el famoso Gutierre Guierero, del que volveremos a hablar.

Además de estos edificios, don Alonso ordenó levantar otros de uso civil: un castillo en Begijar, del que aún subsiste la espléndida torre del homenaje y un palacio en Jaén de cuya portada perduran elementos.

¿De dónde procedían las ingentes sumas de dinero que requerían estas obras?

Pero hay más. Don Alonso Suárez trajo a Jaén a una numerosa familia formada por sobrinos carnales y sobrinos nietos. Todos eran de humilde origen. A todos enriqueció. Fundó tres mayorazgos en sus sobrinos «sólo de los bienes 'que adquirió y en modo alguno con las rentas eclesiásticas ya que la totalidad de ellas la empleó en socorrer a los pobres y en obras».

y hay más. En aquel pueblecito abulense donde estaba la cepa familiar, don Alonso hizo construir un castillo en 1514 y una hermosa capilla dentro de la iglesia del lugar para que sus sucesores tuviesen un digno enterramiento. 8

y todavía gastó más en alhajas y en muebles que se han perdido. De éstos queda el tenebrario del Maestro Bartolomé, que lleva su escudo<sup>9</sup> o la reja de la Catedral de Baeza, despojo de la capilla mayor de la Catedral de Jaén que él empezó a construir y que acabaría demoliendo un sucesor suyo.<sup>10</sup> Podríamos añadir a la lista cinco libros corales, en los que vemos las armas de don Alonso dentro de molduras circulares. I

Queda fuera de toda duda que don Alonso pudo disponer de unas sumas de dinero que excedían con mucho a las rentas de su obispado. ¿De dónde salía el dinero? Probablemente tuvo el mismo origen que el que tan liberalmente derrochara unos años antes el condestable Iranzo.

Pero ¿estuvo solo o lo ayudó alguien en su obra secreta? En nuestra opinión tuvo colaboradores y entre éstos hay que contar al arcediano Martín de Ocón, su amigo, y a su sobrino nieto Francisco Téllez, llamado el Viejo.

En la silla episcopal del coro de su Catedral, don Alonso Suárez nos ha dejado un valioso legado: su retrato rodeado de sus más fieles amigos en aquellos años de fructífera tarea y estudio. Allí podemos contemplar el rostro sereno e inteligente del obispo y las facciones de su provisor, Martín de Ocón; de su secretario racionero, Juan de Medina y de su sobrino nieto Francisco Téllez.<sup>12</sup>

Es revelador que aunque Martín de Ocón colaboró en su cargo con varios obispos de Jaén, sólo se acordaría de don Alonso en su testamento. Más cosas son reveladoras. Por ejemplo: este Martín de Ocón amasa también una considerable fortuna. Era propietario de casas en la calle principal de la ciudad, en la Maestra. Funda una capellanía,<sup>14</sup> gasta una hacienda en la capilla de la puente del Obispo. Además, adquiere una huerta en Otíñar, lindera con el camino de Granada.<sup>15</sup> Recordemos que en esta zona es donde están los grabados rupestres y el dolmen del misterioso alineamiento de nuestra historia. Martín de Ocón deja en su testamento, redactado el 15 de septiembre de 1541, una curiosa manda. Cede sendas sepulturas a los más fieles colaboradores del obispo, a Juan de Medina el racionero, y a Francisco ~z, el sobrino nieto de don Alonso, «por la mucha conversación que con él he tenido y buenas obras que de él he recibido y por otros justos respetos».<sup>16</sup>

¿Qué sentido tendrán estas últimas palabras: «por otros justos respetos»? Probablemente nunca lo sabremos. El testa-

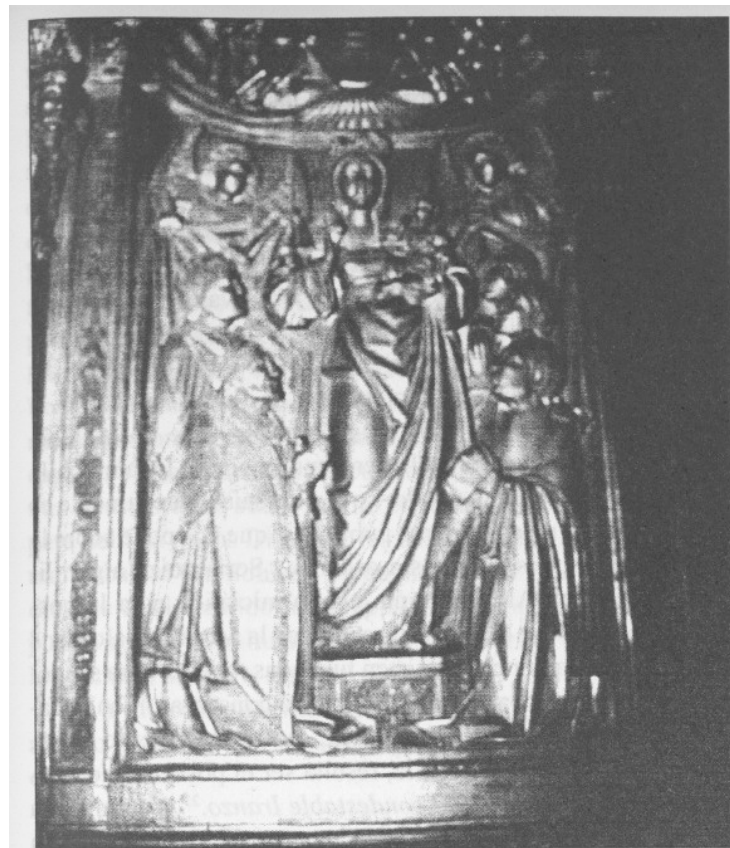
mento era un documento público y esa críptica frase quedaba para ser justamente interpretada por aquellos que estuviesen en el secreto de las relaciones existentes entre este grupo de fieles seguidores de don Alonso.

Martín de Ocón deja dispuesta una crecida suma de dinero para que con ella se adquieran ornamentos de culto. A primera vista se trata de una donación piadosa que un canónigo rico hace a su iglesia. Pero, si examinamos la letra menuda del documento con más detenimiento, inmediatamente nos asombran una serie de exigencias aparentemente absurdas. Veamos. En estos ornamentos se tienen que bordar las armas del obispo Suárez en un plazo de dos días después de recibida la herencia. De lo contrario todo pasaría a ser propiedad de las monjas de la Coronada. Recordemos que este monasterio había sido construido por el obispo Suárez precisamente.

Extraña exigencia. Todo el mundo sabía que el procedimiento normal consistía en poner las armas del obispo que en el momento de la donación estuviese al frente de la diócesis, no las de uno de sus predecesores ya fallecido. Pero el testamento de Martín de Ocón lo deja todo bien atado, se pondrán las armas de don Alonso Suárez «e no otras algunas».I?

y hay más. Esos ornamentos no saldrán de la Catedral bajo ningún pretexto: «Que no se pueda prestar los dichos ornamentos a otra iglesia ni monasterio ni a lugar ni persona alguna aunque haya mandamiento o licencia del Prelado o del cabildo... que estén en la dicha iglesia y no sirvan a otra parte ninguna». 18

¿Qué sentido tienen todas estas exigencias? Es evidente que no se trata de unos simples ornamentos por mucho que puedan parecerlo. Martín de Ocón no quiere que se dispersen. Deben permanecer para siempre en la Catedral. Sólo deben usarse en ella. Quizá esta colección de ornamentos encerraba algún código. En sus minuciosos bordados podía quizá leerse un mensaje, probablemente invisible para el profano que no estuviese en el secreto, pero mil veces mejor guardado que cualquier tipo de mensaje escrito y confiado a un papel, a un pergamino o a una piedra. Algún sentido debe tener en todo ello las armas del obispo Suárez tan insistentemente recomendadas en contra de los usos y tradiciones de la iglesia. A cualquiera le parecería absurda la idea de bordar las armas de un obispo muerto hacía ya más de veinte años. A cualquiera, pero



*El obispo Suárez y sus más íntimos colaboradores retratados por el entallador Guierero en la silla episcopal del coro catedralicio.*

no a nosotros. El escudo de armas del obispo Suárez es todo un catecismo de iniciación. Representa una fuente octogonal de cuyo interior nace un Sauce. Es la Fuente del Sauce. Pero el sauce «es el árbol sagrado de la luna desde Lilit la diosa babilónica».19 Es el árbol consagrado por los griegos a Hécate, Circe, Hera y Perséfone, todas ellas aspectos de la Diosa Madre.20

De la fuente octogonal (octógono sagrado yagua) brota un 'sauce (árbol de la Diosa Madre). La Sabiduría es el árbol que crece de la iniciación.

Treinta y cinco años más tarde (el 19 de julio de 1577) sobrino nieto del obispo Suárez el que otorgaba testamento. Deja dispuesto que quiere recibir sepultura en la capilla del Obispo y, si no puede ser, «sobre el enterramiento del licenciado Martín de Ocón, en la segunda losa».21 Curiosa disposición. Estos hombres han estado tan unidos en vida por los



secretos que han compartido, que no se resignan a separarse en la muerte. «La segunda losa» se refiere a las tres losas que Martín de Ocón encargara para las sepulturas de su capilla.

Hubo un grupo de estudiosos, de iniciados, que rodeó y asistió a don Alonso Suárez en los veinte años de su fértil pontificado jiennense. El grupo mantuvo su cohesión hasta que la muerte acabó por disolverlo. Pero ¿quedaron continuadores? Es posible. En la documentación se observan los rastros de una sórdida polémica entre dos descendientes de don Alonso. Se disputan un objeto de apariencia baladí: «una mochila carmesí bordada en oro».22 Un sobrino de Francisco Téllez la menciona en su testamento y jura por Dios que no la tiene. Otro sobrino le acusaba de habérsela apropiado. Esta mochila extraviada que alguien ocultó, ¿qué contenía? Nuevamente es un testamento, un documento público, el que nos pone sobre la pista para después dejamos a oscuras. ¿Sería quizá algún libro? ¿Dejó don Alonso algún legado iniciático para la posteridad o se llevó a la tumba el secreto de la Mesa de Salomón?

En cualquier caso, existen fundadas razones para sospechar que algunos papeles del obispo se conservaron en la familia. Una generación más tarde, un descendiente suyo, Ambrosio Suárez del Aguija, resulta ser el poseedor del manuscrito de la *Crónica del condestable Iranzo*.23 Ya vimos en el capítulo anterior que esta *Crónica* fue compuesta por una anónima mano conocedora de la existencia de la Mesa de Salomón.

Don Alonso Suárez era un iniciado. Conocía el lugar donde se asentaba la Catedral. Sabía que aquel collado era, además, un templo del Conocimiento y seguramente sintió que su deber de iniciado era asegurarlo y transmitirlo. ¿Cómo? Él construiría un templo, un nuevo dolmen adecuado a los nuevos tiempos. Naturalmente empezó la obra por la capilla mayor, emplazada justamente sobre el subterráneo del Dolmen Sagrado. Para que el espacio sagrado se respetase escrupulosamente encajó esta capilla literalmente entre las torres de la vecina muralla. A esta muralla estaba adosada la antigua mezzquita de tal modo que la forzaba a describir un quiebro en apariencia absurdo.

Don Alonso Suárez falleció el 5 de noviembre de 1520 y su cuerpo recibió sepultura, por expreso deseo suyo, en el suelo de aquella capilla mayor, es decir, sobre el corazón del Dolmen. y aquí empieza la más rocambolesca parte del asunto. Ciento catorce años después, la capilla de don Alonso fue demolida. La momia del constructor fue desenterrada y trasladada, provisionalmente, a la sacristía del templo. Pero, cuando la nueva capilla quedó construida, en 1664, Y los descendientes de don Alonso solicitaron que su cuerpo fuese devuelto a la primitiva sepultura, el Cabildo se negó. El pretexto era que el Santuario del Santo Rostro debía estar libre de enterramientos. Todavía no se ha resuelto el pleito que siguió. Provisionalmente la momia quedó alojada en una cajonera que hay en esta capilla. Ya han transcurrido cuatro siglos y don Alonso continúa durmiendo el sueño eterno en un cajón. Cada año, la víspera del Día de los Difuntos, los descendientes de don Alonso mandaban al Cabildo seis blandones de cera nueva. Se entendía que si el Cabildo los aceptaba la momia de don Alonso podría recibir sepultura en la capilla mayor. Pero el Cabildo los rechazó siempre, durante siglos.

Y allí continúa enterrado el obispo. La cajonera, adosada al lado izquierdo de la capilla, presenta la siguiente inscripción:

. AQUI YAZE D.n ALONSO SUAREZ DE LA  
FUENTE EL SAUZ, OBISPO  
DE ESTA SIYGLERIA  
FALLECIO A CINCO DE NOVIEMBRE DE 1522.  
SE MANDO TRASLADAR POR LOS SS. DEAN Y  
CABILDO A 24 DE OCTUBRE DE 1664  
EN SEDE VACANTE.

Dentro del cajón hay un ataúd de lata que alberga la momia del obispo, vestida de pontifical, con báculo de madera y las manos cruzadas sobre el pecho. En una cajita hay un pergamino que da somera noticia del difunto.

Don Alonso Suárez se hizo enterrar con un libro y con unos determinados ornamentos. Pero libro y ornamentos han desaparecido. Los ornamentos se cambiaron por los que ahora viste el día 15 de mayo de 1876. Al propio tiempo sustrajeron el libro. Para que no se notara su falta pusieron en su lugar,

sobre, el corazón de la momia, un ejemplar de las *Odas* de Horacio. Es el que todavía acompaña al difunto.

Un somero examen del enterramiento nos plantea una serie de interrogantes:

1. ¿Por qué tanto el epitafio exterior como el pergamino que acompaña a la momia se empeñan en asegurar que el obispo falleció en 1522, cuando en realidad murió dos años antes?

2. ¿Qué contenía aquel libro que acompañó a don Alonso a la tumba? ¿Quién lo tomó y qué se hizo de él?

3. ¿Eran los vestidos pontificales que amortajaban al difunto portadores de algún mensaje secreto como el que su colaborador Martín de Ocón hizo bordar en los que dejó en herencia a la Catedral?

Es razonable suponer que una anónima mano actuó en 1876 para apropiarse de estas vestiduras y del libro. Una anónima mano probablemente surgida del propio Cabildo, que tenía conocimiento de la existencia del testamento iniciático del gran obispo. Esta misma mano registraría los archivos de la Catedral y probablemente se adueñaría de otras claves del enigma y las haría desaparecer, como veremos en los capítulos siguientes.

### *Un laberinto de símbolos*

Don Alonso Suárez no se enfrentó en solitario a la ardua tarea de buscar la Mesa de Salomón. Ya hemos visto que contó con la valiosa ayuda de aquellos tres colaboradores igualmente iniciados a los que hizo retratar en su silla episcopal. Pero la nómina de este grupo de iniciados, el mejor conocido y quizá el que más claramente alcanzó el éxito en su empresa de desvelar el Conocimiento, no estaría completa si no añadiésemos otros dos nombres: nos referimos al tallista Gutierre Guierero y al protonotario papal Gutierre Doncel.

Gutierre Guierero fue el tallista de oscuro origen, quizá alemán, que don Alonso llevó a Jaén para que colaborara en sus ambiciosas empresas artísticas. De él lo ignoramos casi todo. Sospechamos que quizá no fuese creyente, aunque probablemente se trataba de un iniciado. El hecho es que mandó sepultar su cuerpo en la Catedral, un rasgo común a todos los individuos del grupo. Todos aspiran a recibir sepultura en el



*La momia del obispo Suárez en su estado actual. Obsérvese la cajonera donde se alojó "provisionalmente" hace cuatrocientos años y el libro que la acompaña, (Fotografía Ortega.)*



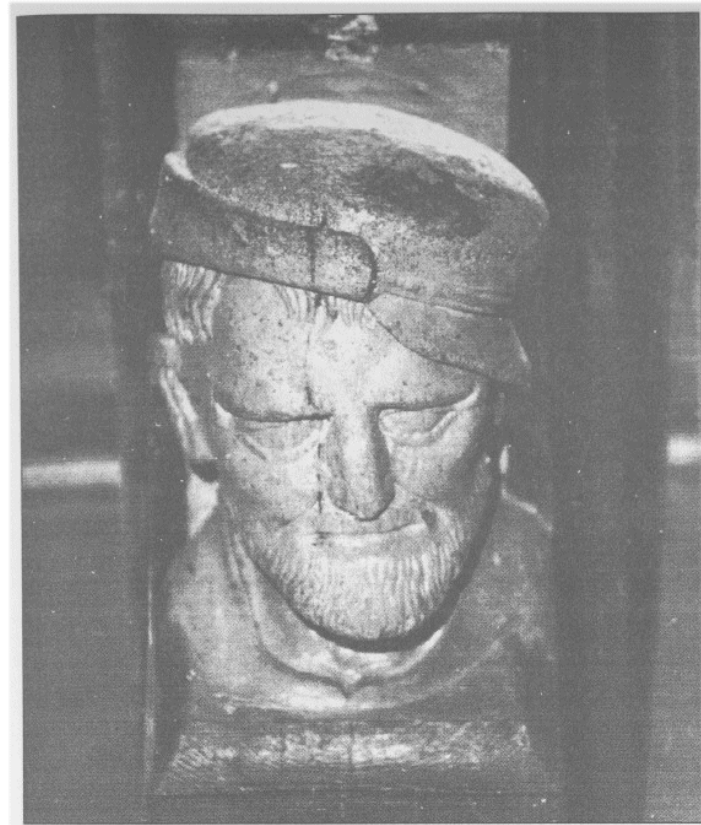
lada en  
de la  
, donde  
lia del  
:0  
rjtedel

Dolmen.<sup>24</sup> Inspirado por don Alonso, despliega un intrincado laberinto de símbolos en sus tallas para la sillería del coro de la Catedral. Todo un libro de conocimiento que está esperando a que alguien sepa y pueda descifrarlo. Aunque a este libro se le han suprimido, con el tiempo, algunas páginas y se le han añadido otras de distinta caligrafía e inspiración.

Gutierre Guierero no se resiste a dejar su testimonio personal en el retrato de los iniciados que él mismo talló primorosamente en la silla episcopal. Su rúbrica consistía en dos aspas: la de la izquierda formada por el cruce de martillo y formón; la de la derecha por dos simples trazos que acotaban su nombre y apellido. Pues bien estas marcas aparecen, llevadas por *Puttis*, en los frisos de las tantas veces mencionada silla episcopal.<sup>25</sup>

Gutierre Guierero trabajó también en la Santa Capilla de San Andrés. Allí talló en 1528 una serie de retratos en las zapatas que sostienen la techumbre de una sala y en la del apeadero del patio. Algunos son rostros angustiados. Uno ha desaparecido. Otro tiene la barba simbólicamente entrelazada en forma de ocho...

Ya que hemos mencionado la Santa Capilla hablemos ahora de su fundador, de Gutierre Doncel. Otra figura enigmática relacionada con el grupo. Desde su infancia está ligado al



*Probable retrato del entallador Guierero en una de las zapatas de la Santa Capilla. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*

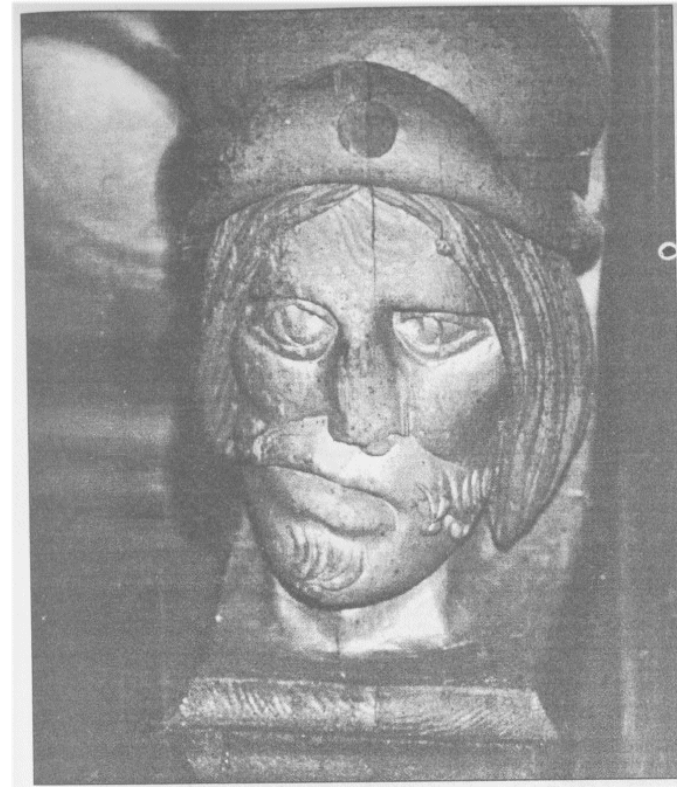
antiguo solar del santuario puesto que estudia en la escuela de la Catedral de Jaén. Luego se ordena sacerdote y, a finales de 1500, coincidiendo con la llegada a Jaén de don Alonso Suárez, marcha a Roma. Otra vez aparece Roma en esta historia y no es fortuito como luego veremos. Los motivos de este viaje son confusos. Se ha señalado que pudo ir a ganar el Jubileo Santo, o porque ya proyectaba fundar una capilla a la Virgen, para alcanzar gracias pontificias.<sup>26</sup> Pero ninguno de estos motivos justifican que Gutierre Doncel se afincase en Roma por el resto de sus días. Sin embargo, allí permaneció hasta su muerte. Est~milde clérigo español, que no tiene valedor ni padrino conocido, escala, en muy pocos años, los primeros puestos de la jerarquía vaticana y llega a ser tesorero, capelián y protonotario del Pontífice. Un ascenso difícil de explicar. Por muchos que fueran los méritos personales de Gutierre Doncel, en



das  
Capilla.  
uín

la Roma de su tiempo sólo se podía hacer tan brillante carrera si se procedía de una familia ilustre y poderosa. Sin embargo, él, al decir de un biógrafo, «como un meteoro llegó de la categoría infusa de expectante a tesorero del papa y protonotario apostólico de la curia romana».27

Pero veamos su actuación en Roma más pormenorizadamente. En 1503, a poco de llegar, alcanzó del Papa Julio II un puesto de racionero en la Catedral de Jaén. Pero cuatro años más tarde cedió este puesto precisamente al secretario del obispo Suárez. En 1508 el Papa le concedió el priorato de San Andrés de Jaén. ¿Por qué el priorato de San Andrés, uno de los más oscuros de la ciudad? Quizá porque aquel edificio ocupaba el solar de la antigua sinagoga, el lugar donde Hasday ben Chaprut, un lejano iniciado, había transmitido los conocimientos que ahora heredaba Gutierre Doncel. O



Talla de Guierero en las  
zapatas de la Santa  
Capilla. (Fotografía de  
Joaquín Galán Rosa.)

es posible que escogiese el lugar por otro motivo. ¿Tuvo en la época dolménica algún significado especial?

Ser racionero o prior en su lejana ciudad provinciana no eran más que migajas caídas de la mesa del Pontífice. Gutierre Doncel estaba llamado a más altas responsabilidades. A los trece años de estancia en Roma continuaba, no obstante, siendo uno más entre los miles de clérigos que rumiaban pacientemente sus ambiciones por los palacios vaticanos. Hasta que, de pronto, en 1513, el nuevo Papa, León X, lo nombra su Tesorero, Capellán y Protonotario. ¿Qué motivos tuvo el pontífice para acumular tan altos cargos sobre un perfecto desconocido en contra de toda lógica?

Lo que sabemos es poco. Sabemos que al poco tiempo Gutierre Doncel derrochaba el dinero a manos llenas en obras pías y edificantes sin dejar de llevar por eso la modesta vida



Guierero en las  
Santa  
Capilla.  
(Fotografía de  
Joaquín Galán Rosa.)

personal que siempre observó en medio del lujo desenfrenado de la corte papa!. Los envidiosos no dejaron de censurar la liberalidad del tesorero, pero el Papa ratificó su nombramiento.

Ya estaba nuestro hombre donde quería estar. Ahora podía entregarse por fin a la obra de su vida, el proyecto cuya realización había acariciado en todos los años oscuros de su permanencia en la ciudad pontificia: la Santa Capilla de San Andrés.

En un principio se trataba de una capilla que había de fundar en la Catedral de Jaén. Pero al parecer tuvo problemas con el Cabildo y finalmente se decidió a construirla en su priorato de la iglesia de San Andrés. Esta Santa Capilla sería, según confesión propia, «la obra en la que he gastado toda mi vida».<sup>28</sup>



Talla de Guierero en  
zapatas de la Santa  
Capilla. (Fotografía de  
Joaquín Galán Rosa.)

Es decir: este hombre no tiene en cuenta sus actividades como alto oficial de la Corte romana. No, lo realmente importante de su vida es, al parecer, la fundación de una modesta capilla en una modesta iglesia de una modesta ciudad española. Evidentemente Gutierre Doncel quiere indicarnos que la Santa Capilla es mucho más de lo que parece, que aquel edificio y las obras con que se cuidó de embellecerlo admiten una segunda lectura más profunda que la primera y superficial que puedan sugerir al visitante.

En 1517 Gutierre Doncel legó todos sus bienes a la Santa Capilla. Aquel lugar había de ser, por su expreso deseo, lugar de peregrinación. Tomemos nota de esto. Desde Roma hizo llevar cajones de tierra, recogida en las catacumbas de Santa Maria del Camposanto, de san Sebastián, san Gregorio y santa Potenciana, para que fuese esparcida por bóvedas y sepulturas



*San  
Jrel  
:te  
la de la  
fia de  
)*

de la capilla.<sup>29</sup> Extraña determinación que no deja de plantearnos algunos interrogantes: ¿llegó alguna otra cosa de Roma además de la tierra, en aquellos voluminosos cajones?

En 1527 las tropas de Carlos V asaltaron y saquearon Roma. Había cambiado el Papa, que ahora era Clemente VII, pero el tesorero papal continuaba siendo Gutierre Doncel. El condestable de Borbón, jefe de las tropas invasoras, había dado orden expresa de que se capturara a Gutierre Doncel, se le respetara la vida y se le condujera a su presencia. Pero el condestable de Borbón murió en el asalto y los que habían recibido la orden pensaron que el interés del caudillo muerto no era otro que averiguar el paradero de los fabulosos tesoros del Vaticano cuyo escondite sólo Gutierre Doncel conocería. Lo capturaron y lo torturaron para que hablase colgándolo por los testículos. Pero Gutierre Doncel murió sin traicionar sus secretos. Los decepcionados lansquenetes que lo asesinaron nunca llegaron a sospechar que los tesoros de Gutierre Doncel no estaban encerrados en ocultos cofres sepultados en el subsuelo de Roma. Estaban a dos mil kilómetros de allí y bien a la vista. El tesoro de Gutierre Doncel era aquella Santa Capilla de Jaén que fue la obsesión de su vida.

Aun hoy la Santa Capilla es un lugar misterioso. Es uno de esos edificios cuya contemplación nos sobrecoge sin que

sepamos a qué se debe la instintiva devoción que inspira. Y no somos los únicos en percibir las claves que sugieren el misterio. El fino escritor Ortega Sagrista escribe de ella: «Es una fachada desconcertante: sus sillares tienen la pátina dorada y refulgente de los años. ¿Por qué el escudo de las cinco llagas? ¿Por qué ese otro con los símbolos de la Pasión? ¿De dónde esas columnas empotradas con fustes de hojarasca? ¿Vinieron de otro edificio demolido? Todo eso choca con el relieve inmaculista del abrazo de san Joaquín y santa Ana ante la Puerta Áurea de Jerusalén».<sup>29</sup>

Acerquémonos, pues, a la Santa Capilla.

Es un lugar de difícil acceso, medio oculto en el dédalo de callejuelas de la Magdalena. Pasa tan desapercibido que la mayoría de los habitantes de la ciudad ignora su existencia.

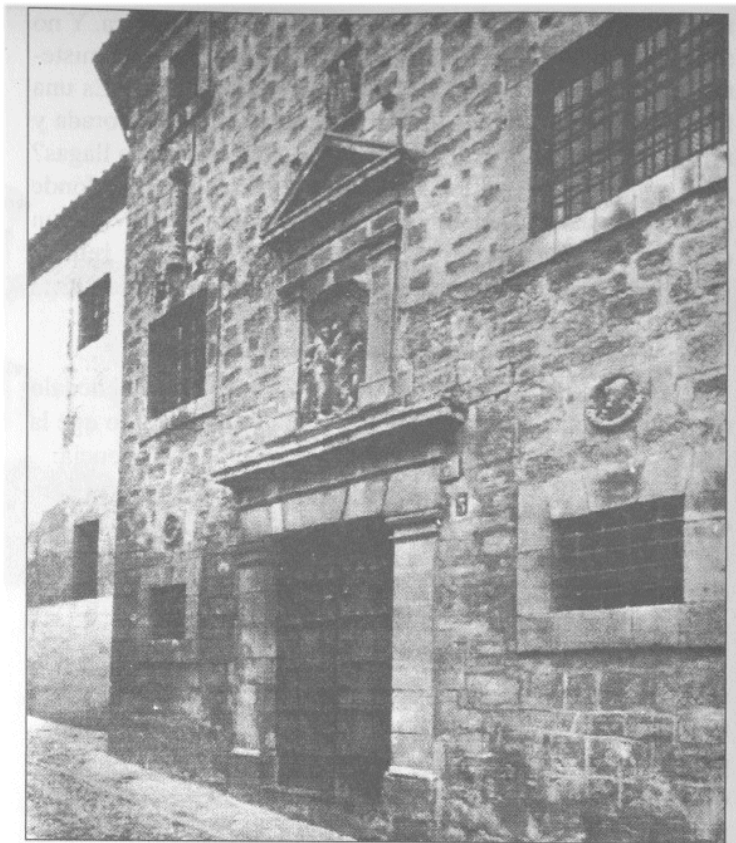
Pero, por otra parte, el edificio es un libro abierto para el que llegándose a él sepa leerlo. Han transcurrido casi cinco siglos desde su fundación. Desde entonces, inevitablemente, este libro de Gutierre Doncel ha perdido muchas de sus páginas a pesar de las precauciones del fundador.

¿Qué precauciones? Por ejemplo, Gutierre Doncel insistió mucho en que las pinturas con que había ordenado adornar la capilla se conservasen perfectamente. «y porque yo hice pintar muchas imágenes las cuales se gastan y mancillan con el humo de la cera que se quema, ordeno que dentro de la Capilla no arda más cera que la que se pone en los altares para decir misa». Estas pinturas desgraciadamente han desaparecido. Pero con todo, la Santa Capilla todavía conserva vestigios suficientes que pueden revelarnos las intenciones de su fundador.

En la Santa Capilla trabajaron arquitectos, escultores, tallistas, rejeros y pintores. Sin embargo las instrucciones del lejano fundador son tan estrictas que los distintos materiales siguen transmitiendo un mismo mensaje después de tanto tiempo. En el relieve que preside la fachada vemos el abrazo de san Joaquín y santa Ana ante la Puerta Áurea de Jerusalén. Este mismo motivo se repite en la Capilla, en la cartela central de su reja, que es obra del famoso maestro Bartolomé. Hay, por consiguiente, una especie de empeño en señalarnos dos temas: el de santa Ana, madre de la Virgen que es, recordémoslo, la Virgen primordial, la que enlaza con la tradición precristiana del santuario de Jaén, y la Puerta Áurea de Jerusalén, clara

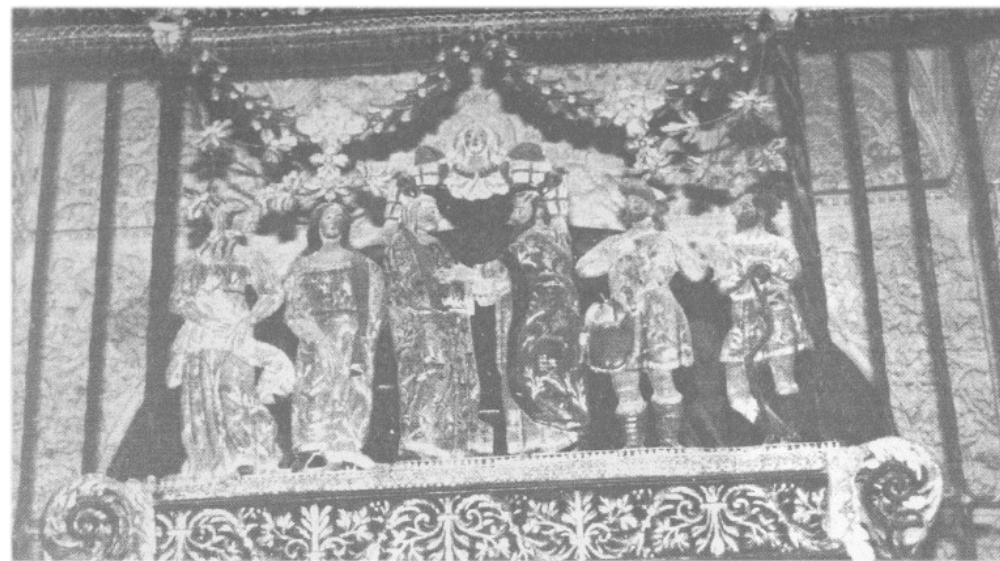
~





alusión al tesoro del Conocimiento que transmite la Mesa de Salomón. En la citada reja del maestro Bartolomé observamos una serie de figurillas femeninas, aparentemente decorativas, que sostienen sendas cartelas en forma de 8. Pero una de las cabezas talladas para las zapatas del apeadero, obra de Guierero, presenta una curiosa barba en forma de 8. Evidentemente una misma lectura esotérica se nos presenta una y otra vez en los distintos materiales.

Volvamos a la reja del maestro Bartolomé. En su parte alta se representa el árbol de Jessé. En el centro está Jacob recostado, con la cabeza apoyada sobre la piedra, y de él parten doce generaciones: seis a cada lado. Éste es el árbol genealógico de la Virgen. Cada figura compone un rosetón d~l simbólico árboPo El mensaje está casi meridianamente claro. Abajo está la Piedra sobre la que se asienta la cabeza de David,



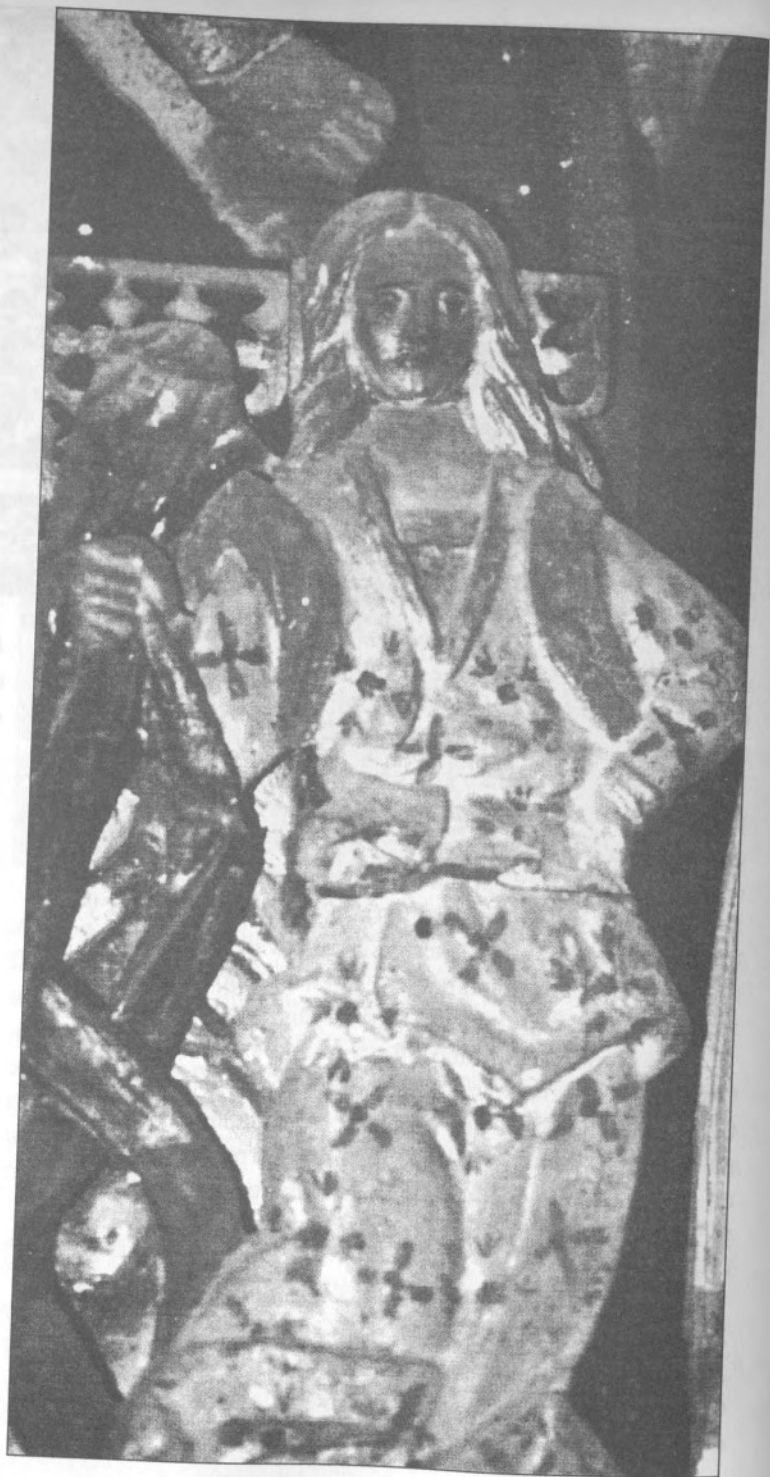
el fundador del Templo -no olvidemos que Salomón edificó el Te~plo en el espacio que Jacob había comprado a tal efecto-. Arriba está la Virgen, la Madre Primordial, la versión cristiana de la Diosa Madre.

*Detalle central de la reja del maestro Bartolomé, en la Santa Capilla.*

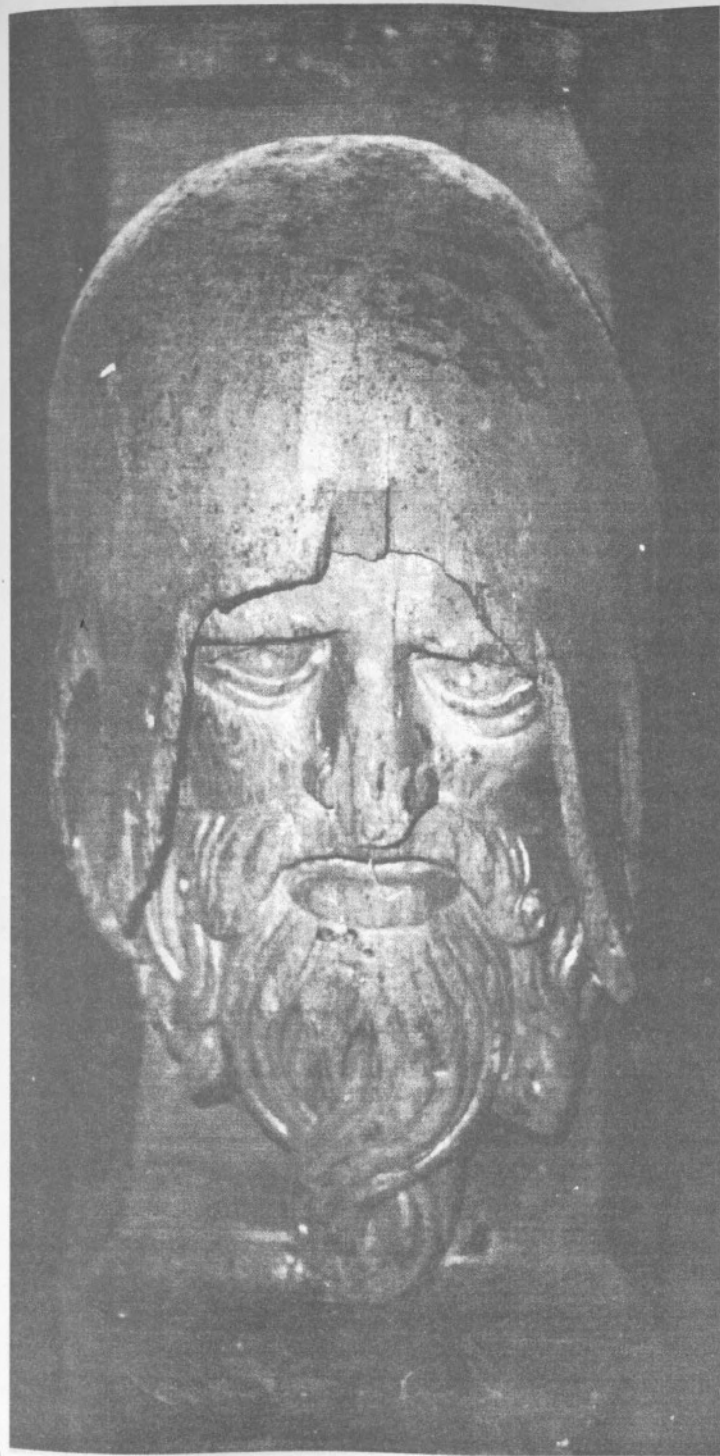
La piedra vuelve a aparecer en el relieve del apeadero o portal que da acceso a la Santa Capilla. Se trata de una imagen de la Virgen rodeada de una serie de lemas y alegorías. Una de ellas, la que lleva la cartela que dice POSUITE representa una fuente. No es una fuente ordinaria. Por encima del pilar y sostenida por una columna, hay una esfera de piedra de la que manan tres chorros de agua, uno superior y dos laterales. Nuevamente el eterno tema del Dolmen Sagrado.

Pero no es lo único que contiene este curioso relieve. Otra de las cartelas reza: SPECVLUM Iustitie (Espejo de justicia). Lo lógico sería que el relieve acompañante representase un espejo. Sin embargo representa un cuerpo cóncavo insertado en una estrella de nueve puntas. Otra vez la esfera de piedra y el número nueve, múltiplo, como veremos, de la Diosa Madre.

Pero sin duda la pieza más importante de la Santa Capilla fue, junto a la reja del maestro Bartolomé, el retablo del altar mayor. Lo pintaron y tallaron Juan de Borgoña y Gutierre Guierero. Este retablo era «objeto de censuras e indevoción del pueblo»Y El testimonio no deja de sorprendernos. Aquel

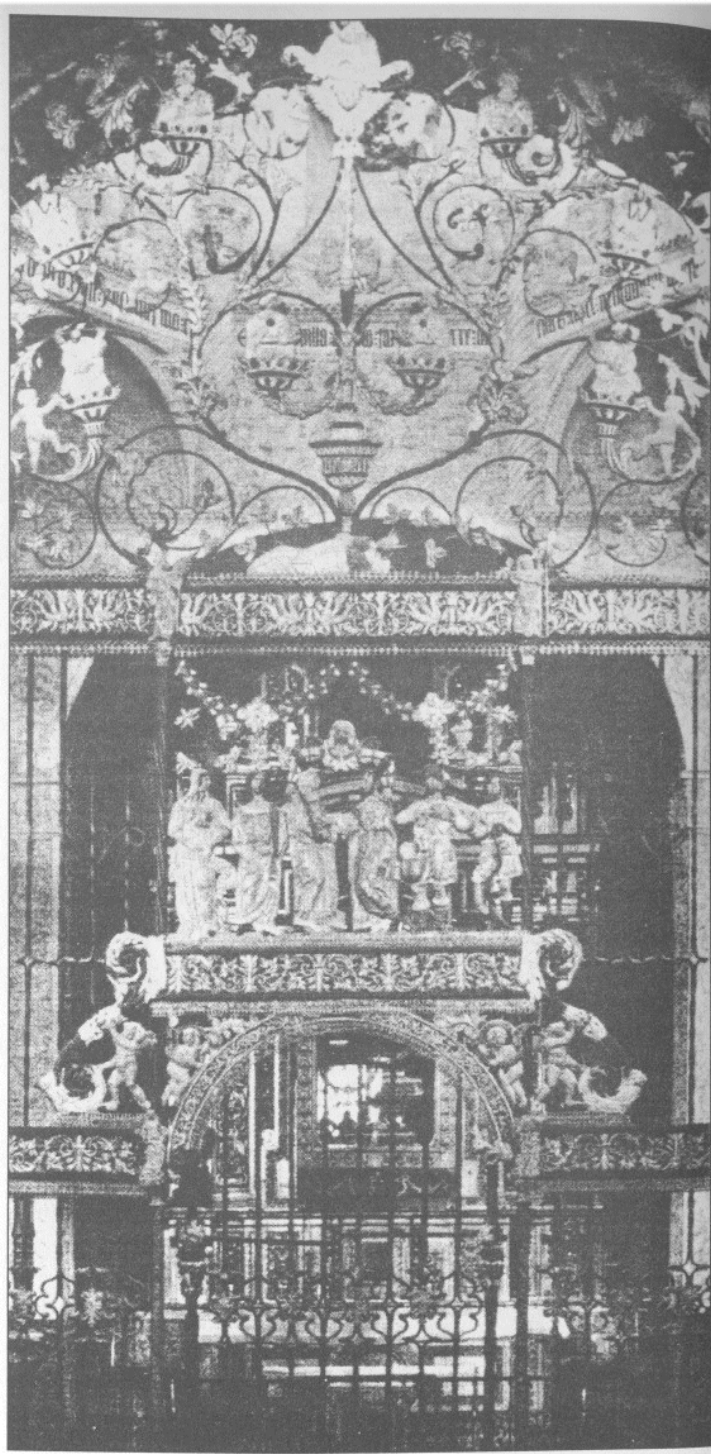


...stiene  
...ma de  
...e la reja  
...tolomé  
...illa.  
...Joquin



Cabeza con barba en  
forma de ocho. Talla de  
Guierero en la Santa  
Capilla. (Fotografía de  
Joaquín Galán Rosa.)



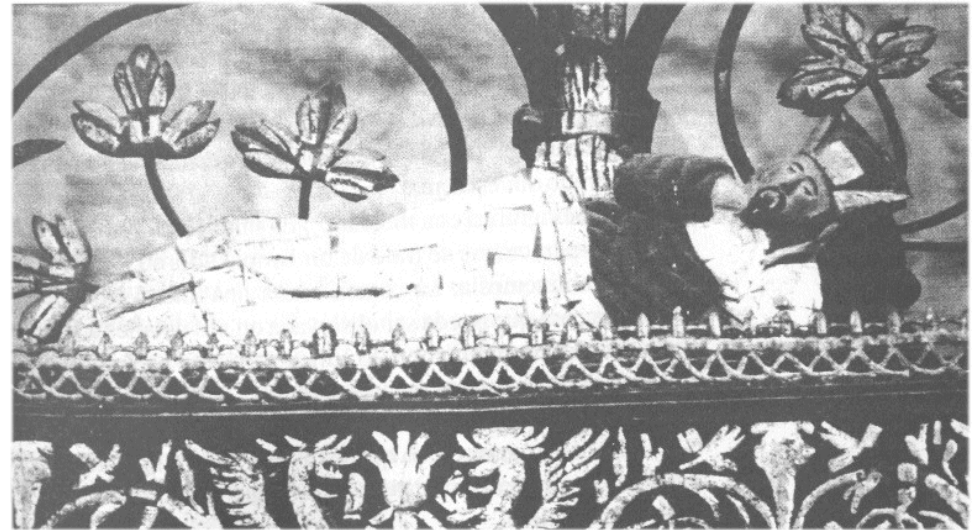


Maestro  
 '1 la Santa  
 an Andrés.  
 el abrazo de  
 y Santa Ana  
 Jerta Aurea  
 . Arriba, el  
 :oby la  
 re la Virgen.

retablo debía de ser, ciertamente, una obra singular; quizá la página más interesante y reveladora de este libro de compleja simbología que es la Santa Capilla. Inevitablemente atrajo las miradas de los sacerdotes. En vida del fundador nadie se hubiese atrevido a poner la mano en aquel retablo, pero siglo y medio después (1698) aquella obra aparentemente absurda, cuyas figuras sólo provocaban la «indevocación del pueblo» fue desmontada y sustituida por otro retablo más convencional. Para ello se buscaron peritos que falsearon la verdad exagerando el mal estado de la obra que se quería suprimir.<sup>32</sup> El retablo antiguo se entregó a un tal Juan de Acuña (1699). Lo único que quedaba de la obra primitiva, una imagen de la Virgen enviada desde Roma por el fundador, resultaba «inadecuada». Por lo tanto se sustituyó por otra en 1735. ¿Inadecuada por qué y para quién? Preguntas como tantas otras que quedarán sin respuesta. No obstante la imagen nueva conservaba algún rasgo de la antigua: una monumental peana con tres rostros tallados. Nuevamente la piedra esférica y la Trinidad.

Con ser irreparable no fue ésta la única pérdida de la Santa Capilla. También en la portada se perdieron valiosos y reveladores relieves cuando la desmontaron y rehicieron en el siglo XVIII pretextando que amenazaba ruina.

*Jacob sueña con la cabeza sobre la Piedra. Detalle de la reja del maestro Bartolomé en la Santa Capilla. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*



De la Catedral iniciática que intentó construir el obispo Suárez, sólo ha quedado un muro. Es justamente el que corresponde a la cabecera del templo que servía de cerramiento a la Capilla Mayor, el preciso habitáculo de las Vírgenes Negras, establecido sobre el Domén Sagrado. Por lo tanto este muro tendría, dentro del conjunto del edificio, una especial significación.

Sin embargo su conservación hasta nuestros días parece obra del azar. Los que demolieron el resto de la obra del obispo Suárez pensaron que este muro era lo suficientemente sólido como para servir a la nueva Catedral renacentista y, por consiguiente, lo respetaron. Ésta es una explicación, la oficial. Pero la razón de la preservación del muro pudo muy bien ser otra.

El arquitecto de la nueva Catedral fue Andrés de Vandelvira, un iniciado, otro de los que buscaron la Cava. Quizá él veló por la conservación de este muro, extraño añadido gótico al templo de *estilo grecorromano* cuya construcción le habían encomendado.

Pero, ¿qué tiene de especial este muro?

Se trata de un muro liso sin ventanas ni puertas. Mide 35 metros de largo por unos 8 de altura. A intervalos regulares presenta seis contrafuertes. A todo lo largo de su extensión y a unos cinco metros del suelo discurre una moldura profusamente decorada con relieves. Debajo de esta moldura, la severa sillería del muro liso; por encima, la misma sillería, plana y sin incidentes. Sobre la extrema simplicidad de tal pauta destaca el prolijo barroquismo de la cenefa en la que no existe un palmo cuadrado sin esculpir.

¿Qué significa esta moldura? ¿Es simplemente un adorno? No parece que se trate de un simple adorno.

Examinémosla. La cenefa está a una altura sabiamente calculada para que pueda ser observada en sus detalles a simple vista pero, al propio tiempo, lo suficientemente alta como para preservarla del desgaste que la actividad humana del entorno ocasiona en las partes más accesibles de los monumentos.

El constructor quiso que estuviese bien a la vista de los hombres pero no a su alcance. Para llegar a los relieves hace falta una escalera.



Si hubiese sido un simple adorno, probablemente sus temas decorativos se habrían repetido regularmente. Es inevitable: el hombre profesa una inexplicable tendencia a la simetría. Pero no. Aunque existen algunos motivos que se repiten, nunca lo hacen regularmente. En cierto sentido, la cenefa viene a ser como un mensaje escrito. Se repiten los mismos motivos, es decir, las mismas letras del alfabeto, cuyo número es limitado, pero las palabras que estas letras forman en sus combinaciones son mucho más variadas. Por lo tanto puede tratarse de un mensaje. De un mensaje que no utiliza letras sino símbolos. Símbolos combinados para formar palabras, palabras que reflejan ideas, ideas que se nos quieren transmitir...

Se podría argumentar que si de lo que se trataba era de transmitir un mensaje, pudieron haber utilizado letras. De hecho a principios del siglo XVI, cuando se hizo esta moldura, todavía perduraba la moda gótica de las cenefas inscritas usadas como 'adorno. Pero no. El obispo Suárez no quiso usar letras sino símbolos. Evitó que su mensaje fuese accesible a cualquiera que supiese leer. Lo que él quería escribir era un texto cifrado, al alcance sólo de los iniciados.

¿Qué quiso transmitir el obispo Suárez en esta obra enigmática?

Talla mariana, del tipo Tata pulcra, de la San Capilla, donde se repiten los temas de la piedra esférica y la fuente sagrada. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)



rosas,  
"-anadas: un  
grico del  
z en la  
de la  
tografía de  
n Rosa.)

Examinémosla. Los seis contrafuertes de que consta dividen el espacio en cinco paneles largos y dieciséis paneles cortos.

La cenefa propiamente dicha está dividida en tres partes. Dos molduras cilíndricas que la limitan por arriba y por abajo y una cinta intermedia. La moldura superior es lisa; la inferior, por el contrario, está profundamente esculpida para que asemeje una gruesa guirnalda de ramas de olivo, hojas de palmera y granadas. Esta guirnalda figura estar atada a intervalos por un cinto de cuero con su hebilla, todo primorosamente labrado en la piedra. La cinta intermedia se compone de una sucesión de elementos propios de la decoración arquitectónica, rasgo frecuente en la época gótica, que rematan en florones. Cada uno de estos elementos presenta, a uno y otro lado, sendos motivos decorativos de inspiración realista. Unas veces son conchas de Santiago o vieiras, otras veces flores de lis, rosas, flores de diversos tipos, en alguna ocasión agrupadas en ramilletes de a tres, cabezas humanas. . .

En el florón superior con que rematan estos elementos también encontramos variados motivos decorativos. Hojas de cardo, tan familiares a los arquitectos góticos, hojas de acanto, vegetales fantásticos, granadas, dragones, figuras humanas en extrñas posturas, a veces abrazadas a coronas vegetales, cabezas de monstruos... En algún caso advertimos una extraña



Cabezas monstruosas  
vegetales imaginario.  
conchas de Santiago  
la ceneta gótica del  
obispo Suárez. Cate  
de Jaén. (Fotografía  
Joaquín Galán Rosa.

planta que da uvas o algo parecido pero forma con sus hojas o sarmientos un Nudo de Salomón. También se observan parejas de animales parecidos al cerdo.

En la base de algunos florones aparece el motivo de las tres esferas de piedra, pero en otros este número aumenta, aunque siempre formando grupos numéricamente significativos.

En la moldura inferior aparece a veces el Nudo de Salomón en el entrelazo de los tallos de la granada. En un tramo se interrumpe bruscamente el decorado de palmas y granadas para dejar paso, sin solución de continuidad, como si se tratara de una obra distinta, al espinoso cardo.

En total son 82 elementos decorativos de inspiración arquitectónica que, si deducimos los que no alcanzan total desarrollo en altura, quedan reducidos a 77, es decir, a 72 más 5. Cada uno de estos elementos tiene un valor distinto por su



propia y diferenciadora decoración y por su relación con los elementos del entorno. Evidentemente se trata de un mensaje cifrado que usa valores iconográficos en lugar de letras.

Este mensaje debe leerse de derecha a izquierda según el sentido en que se leen los textos cabalísticos escritos en hebreo.

### *El Safomet*

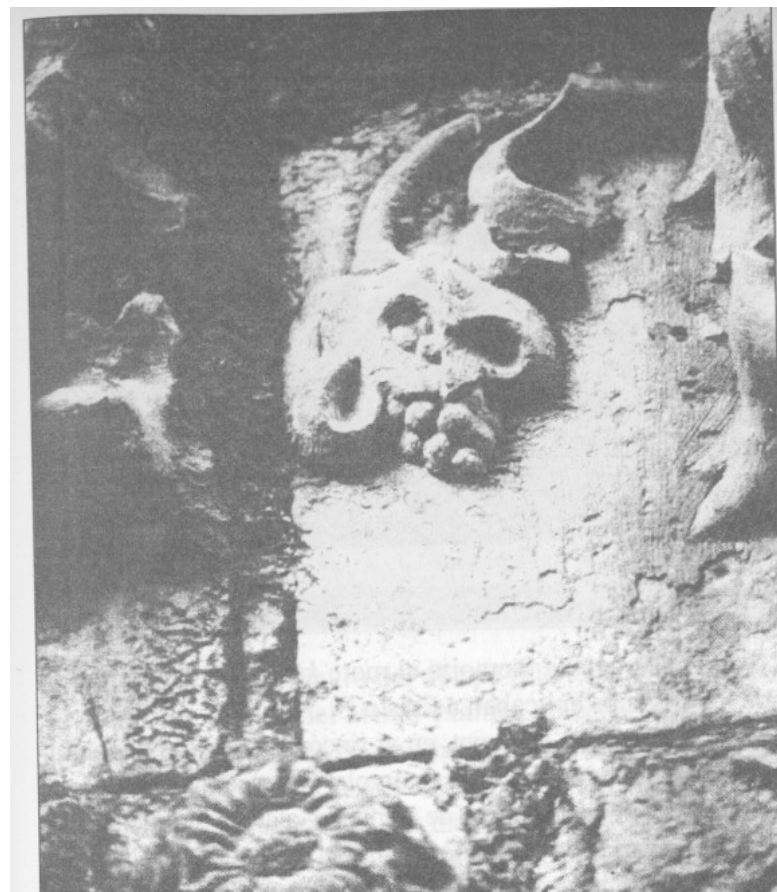
En la esquina del primer contrafuerte, entre los dos primeros paneles, sobre la moldura superior de la cenefa esculpida, aparece una curiosa figura. Se trata de un hombrecito vestido a la usanza del siglo XV y tocado con un turbante. El turbante se anuda según el esquema tripartito del Nudo de Salomón. Tiene la cara redonda y fea, la mirada curiosa e incisiva algo desviada hacia la izquierda, la boca enorme y firmemente cerrada, los labios muy apretados. Está sentado en el suelo a usanza oriental. Tiene las piernas retraídas y los pies juntos por las plantas. Descansa los codos sobre las rodillas y se agarra los tobillos con las manos. La izquierda tiene el dedo índice montado sobre el corazón.

Es Bafomet.

Sobre la figura de Bafomet han corrido ríos de tinta, particularmente a causa de su repetida mención en los procesos contra los Templarios. Según los acusadores de los Templarios, los caballeros de esta orden adoraban a un ídolo o cabeza de ídolo al que llamaban Bafomet. No queda claro si se trataba de un monstruo deforme o de un busto humano o de un ser andrógino. En cualquier caso representaría «el principio de unidad trascendente frente a la apariencia dualista», como apunta Juan G. Atienza.<sup>33</sup>

El Bafomet de los Templarios no es, por tanto, sino una plasmación material de un ente abstracto. Es la Pequeña Figura de la Cábala. Ya hemos citado en otro lugar, en el capítulo dedicado a Ben Chaprut, los textos cabalísticos que hacían referencia a esta Pequeña Figura que representaba lo visible o externo de la Cabeza del Anciano o Dios Primordial.

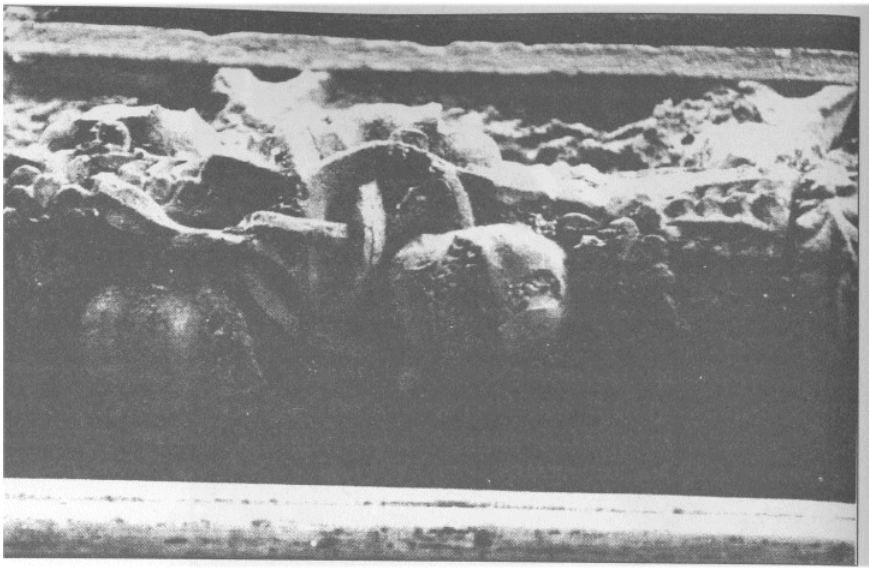
La alegoría que quiso plasmar el obispo Suárez en su moldura gótica estaba clara: esto que sigue es la palabra de Dios Primordial emanada de la Pequeña Figura o sea de su



*Versión del nudo de Salomón en los relieves de la cenefa gótica. obispo Suárez. Catedral de Jaén.*

figuración física, éste es su secreto. Pero al propio tiempo, la Pequeña Figura tiene la boca ostensiblemente cerrada y apretada para indicar su vocación de secreto y la obligación de guardarlo que la Sabiduría impone a los iniciados.

La tradición local asegura que aquella figura de aspecto entre risible y desagradable representa a Mahoma y parajustificarlo aduce que antiguamente tenía el rostro pintado de negro. Por este motivo el pueblo le llamaba «la mona». Sobre ella circulaba una leyenda. Un buen día un mozo le arrojó una piedra que le hizo saltar una esquirla del lado de la nariz. Al poco tiempo el mozo se volvió loco y murió. Desde entonces nadie se atrevía a levantar la mano contra «la mona». La calle Valparaíso, poco más que humilde callejón, por donde discurre la moldura gótica, se conoce popularmente como «callejón de la mona».

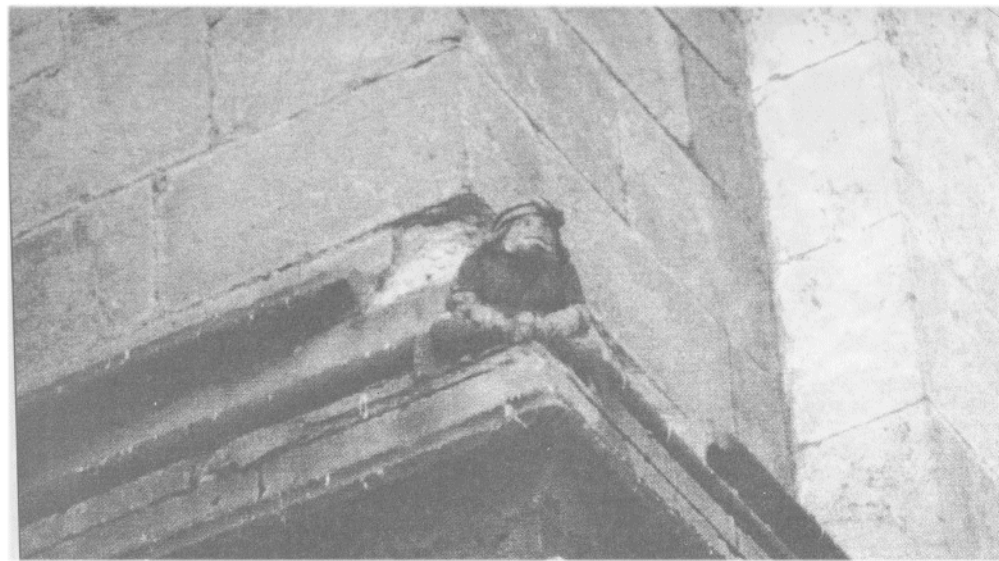


o de Salomón  
fe la cenefa  
o Suárez.

Lo que nos trae a la memoria el mote *kixmi* (es decir, mono) que los paganos aplicaban a Cristo.<sup>34</sup>

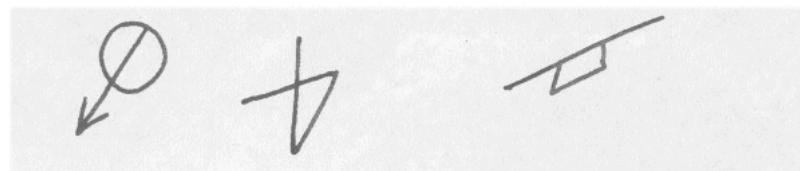
Enfrente del Bafomet, en el rincón que forma el contrafuerte vecino, hay una curiosa gárgola. Representa a un animal compuesto que tiene cabeza de serpiente, alas de murciélago replegadas y garras de águila. Es el dragón medieval, la mítica serpiente de la Malena según la repetida iconografía de la Catedral.

Casi todos los sillares que componen el muro del obispo Suárez presentan marcas de cantero. En la antigüedad cada cantero o equipo de canteros poseía una señal especial que esculpía sobre una de las caras del sillar cuando terminaba de escuadrarlo y lo dejaba listo para ser colocado en el edificio. Esta marca equivalía a su firma. Para unos estas señales tienen una explicación práctica: las hacían para cobrar lo trabajado al final de la jornada o para justificar la excelencia del trabajo frente al capataz o pagador. Pero esta explicación no se sostiene. Si fuera así, a la hora de colocar los sillares en el muro el arquitecto procuraría que tales señales quedasen en la parte oculta de la obra y no en su cara externa, a la vista de todo el mundo. Pero las marcas de cantero están en la cara externa. Son la firma del creyente que está levantando, con el esfuerzo de sus manos, una obra de contenido espiritual. Las marcas de cantero son alegorías de los gremios o grupos a los que perte-



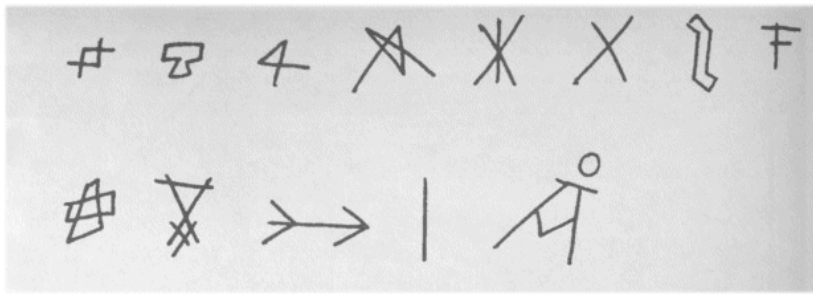
El Bafomet sobre la  
cenefa gótica del obis-  
Suárez. (Fotografía Q  
Joaquín Galán Rosa.

nece el obrero. En el muro del obispo Suárez debieron trabajar, como se deduce del atento examen de estas marcas, dos equipos distintos en dos épocas distintas, probablemente sucesivas. La primera época, que corresponde a los cimientos y dos o tres hiladas exteriores, las más bajas, es posible que pueda datarse en el pontificado del obispo Osorio. A esta parte corresponden las siguientes marcas:



Estas marcas podrían ser versiones muy estilizadas de la flecha que brota de la esfera, de la cabeza de toro y de alguna forma de nivel primitivo basado en algún objeto que flota sobre el agua.

El equipo que relevó al anterior fue más numeroso. Este es el reunido por el obispo Suárez. Estaba compuesto por, al menos, catorce personas Y una de ellas usaba una marca ya empleada en el periodo anterior, la de la cabeza de toro. Es posible que se trate de la misma persona que es de nuevo convocada después de breves años de interrupción.

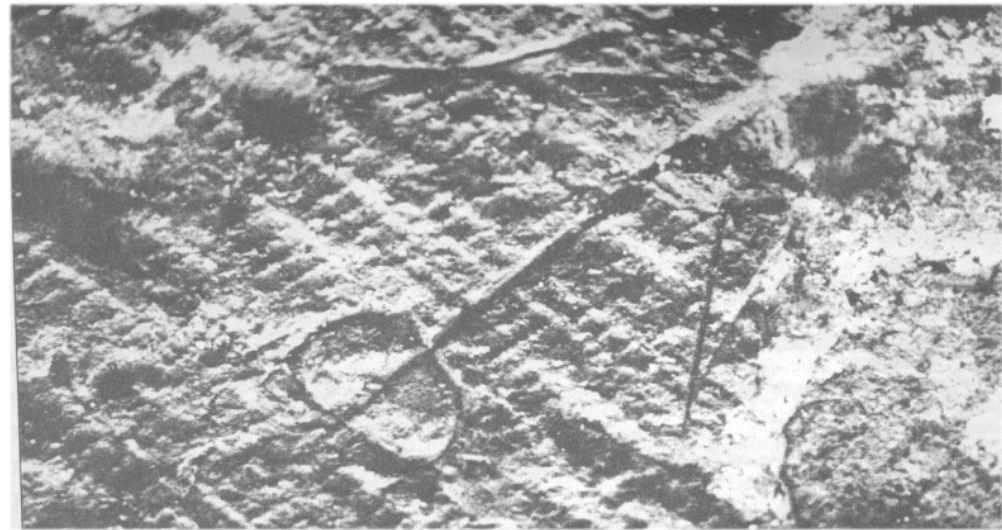
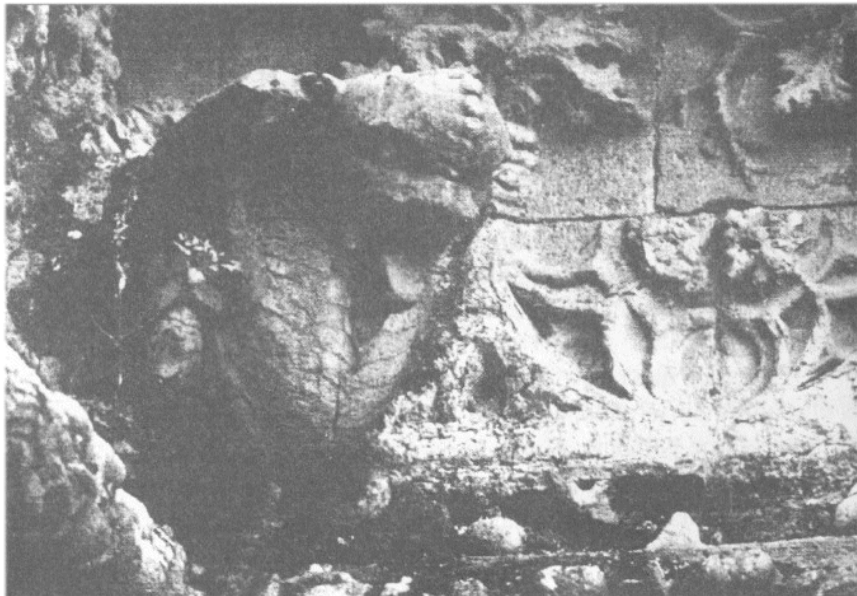


Aparte de los canteros, en la época del obispo Suárez debieron de trabajar uno o varios escultores a los que correspondería la moldura gótica. Se ha sugerido que quizá ésta sea obra de Enrique Egas, un buen escultor que fue visitador y tasador de la obra.

En los signos de cantero de la segunda etapa volvemos a encontrar una serie de elementos que nos son familiares: la flecha, el compás (que traza circunferencias, símbolo del agua desde los tiempos más remotos), la cabeza de toro más o menos esquemática, y dos letras: la *tau* y la *i*.

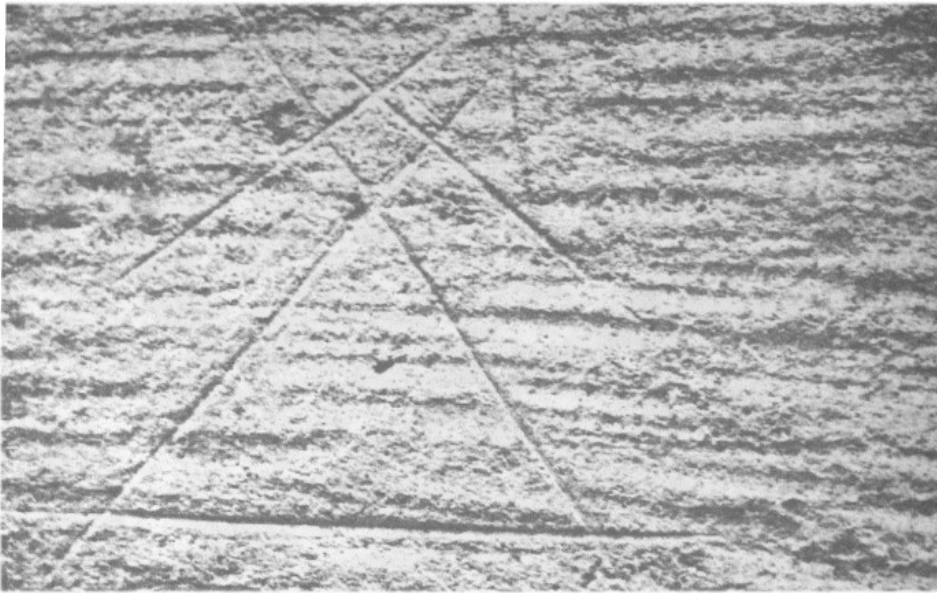
La *i* en su forma gótica coetánea de la obra podría tratarse simplemente de una inicial, quizá la del nombre del condestable Iranzo un iniciado mártir de los secretos del Dolmen Sagrado, asesinado pocos años antes precisamente sobre el espacio central del propio dolmen. También podría ser la inicial de Isis, uno de los nombres antiguos de la Diosa Madre.

'gón,  
,bradel  
(Fotogra-  
Galán

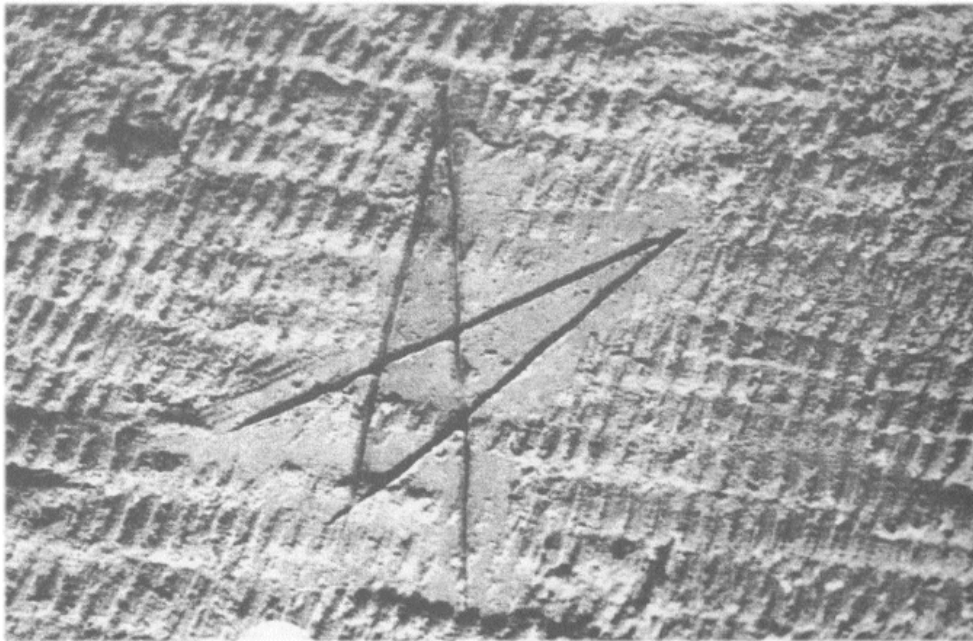


*Marcas de cantero en j  
obra del obispo Suárez2  
(Fotografía de Joaquín  
Galán Rosa.)*





*Itero en la  
o Suárez.  
~Joaquín*



## LOS TEMPLOS DEL SANTUARIO

El Dolmen Sagrado dio paso a la Catedral.

Algunas guías de turismo la llaman «la bella desconocida». La ciudad queda un poco a trasmano de las rutas turísticas más frecuentadas. La relativa vecindad de poblaciones tan famosas como Granada, Córdoba y Sevilla ha contribuido a disminuir su brillo y la ha hecho pasar desapercibida. Pero, aunque la ciudad no tuviera otros monumentos, su Catedral bien valdría una visita.

El mejor conocedor de la Catedral de Jaén, el profesor Galera Andreu, la tiene por «10 más armónico del renacimiento andaluz y quizá en cierta medida lo sea del renacimiento español y un punto de referencia obligado para las grandes catedrales que se construirán en el nuevo mundo».<sup>1</sup>

Pero nosotros vamos a hablar poco del hermoso templo renacentista. Detrás de la armonía y serenidad de la obra acabada se esconde todo un complejo proceso constructivo denso en hombres y aconteceres. Aunque sea de modo insatisfactorio e incompleto, parte de ese pasado nos ha sido revelado porque perdura inscrito en las piedras o en los polvorientos legajos del archivo. Un ilustre visitante del siglo XVIII, don Antonio Ponz, pareció intuirlo cuando escribió: «El todo es grandiosísimo y causa un efecto terrible».<sup>2</sup>

El visitante casual quizá no perciba este efecto terrible por encima de la espléndida belleza de la arquitectura. Es un hecho probado que descubrir el sentido profundo de las cosas, el que subyace en los cimientos del aparente, lleva tiempo y esfuerzo.

Los egipcios habían heredado una tradición en Occidente. Pensaban que debajo de las pirámides que construían se congregaba otra invertida, invisible, subterránea, que venía a completar el sentido de la aparente.<sup>3</sup> También, como vimos en su momento, el templo de Salomón tenía su contrapartida subterránea, y una de sus dos míticas columnas era soterrada, por más que la apariencia exterior atestiguase lo contrario.





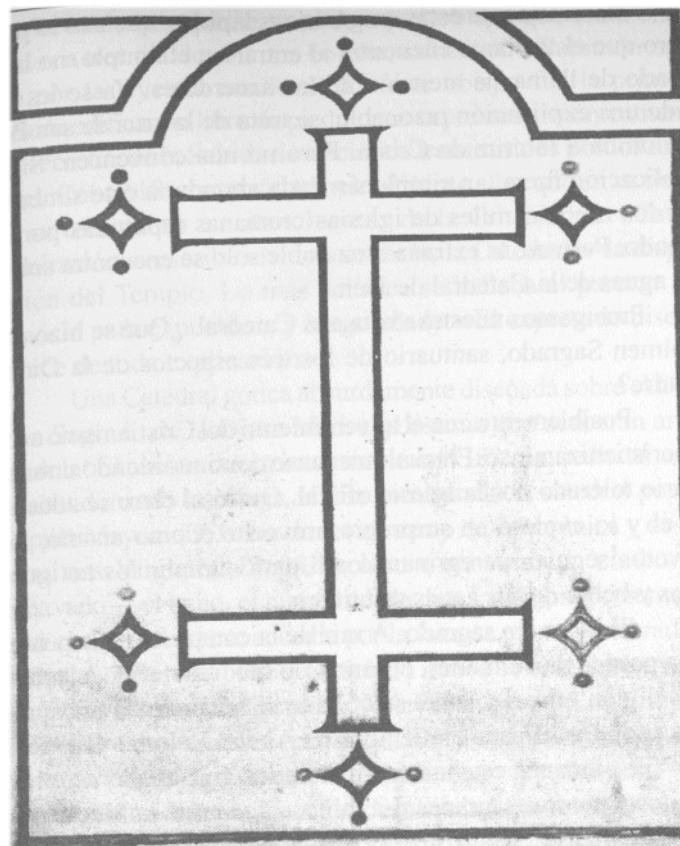
de Jaén con  
definitivo,  
Irésde

A la Catedral dolménica corresponde otra catedral subterránea. El monumento renacentista es sólo apariencia, es sólo el pedestal trucado del verdadero templo, del Dolmen Sagrado, que palpita en el subsuelo perpetuamente recorrido por su misteriosa corriente telúrica.

La *Tabla de Esmeralda*, un texto cabalístico atribuido a Salomón, comienza: «Lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que está abajo es como lo que está arriba...»

El templo subterráneo de la Diosa Madre que está abajo se prolonga en el templo cristiano de arriba.

Pero en la Catedral tal como hoy la vemos se han alterado muchas cosas. Empero, son también muchas las que quedan evidentes para el que sepa leerlas. Los sacerdotes encañaron las fuentes sagradas y las llevaron lejos de allí. No dejaron más agua que la que contienen las pilas de agua bendita. Pero



Una de las enigmáticas  
lápidas que acompañan  
las pilas del agua bendi  
en la Catedral de Jaén.

he aquí que un fiel seguidor de la Diosa Madre se las ingenia en 1780 para dejar su mensaje en estos sustitutos del manantial iniciático. En las pilas del agua bendita de la catedral observamos algo extraño. Cada una de ellas está presidida por una lápida de mármol blanco. Sobre la lápida han tallado la más extraña cruz del mundo: una cruz con un travesaño superior y otro inferior. Es decir, la cruz de arriba se prolonga en la cruz de abajo. O sea: el templo de arriba se prolonga en el de abajo; lo que está arriba es como lo que está abajo. Son dos cruces idénticas que comparten el travesaño vertical. Cada brazo de las cruces remata en un adorno romboidal que contiene tres incisiones circulares. El tres, número de las Diosas Madre del santuario dolménico. Tres veces repetido porque cada una de ellas contiene su propia trinidad, como veremos más adelante.



Naturalmente estas enigmáticas lápidas, que son lo primero que el visitante encuentra al entrar en el templo, no ha dejado de llamar la atención de los sacerdotes. Ya se les ha dado una explicación razonable: se trata de la cruz de san Pedro unida a la cruz de Cristo. Pero no nos convencen. Si la explicación fuera tan simple sin duda abundaría este símbolo por los muchos miles de iglesias cristianas repartidas por el mundo. Pero no, la extraña cruz doble sólo se encuentra sobre las aguas de la Catedral de Jaén.

Prosigamos nuestra visita a la Catedral. ¿Qué se hizo del Dolmen Sagrado, santuario de los tres aspectos de la Diosa Madre?

Posiblemente con el advenimiento del Cristianismo acabó cristianizándose. En cualquier caso continuó siendo un santuario tolerado por la Iglesia oficial. Quizá el clero se adueñó de él y lo explotó en su propio provecho. Como antaño, los devotos seguían peregrinando allí para cumplir los antiguos ritos y beber de sus aguas salutíferas.

El lugar era sagrado. A raíz de la conquista de la península por los musulmanes, el santuario fue transferido a la nueva religión oficial y sobre su collado se levantó una mezquita que sería reedificada en tiempos de Abd el Rahman II (826).<sup>4</sup> Los musulmanes estaban familiarizados con la adoración de betilos y piedras sagradas. La famosa *kaaba* de la Meca, centro espiritual del Islam, guarda una de estas piedras. Así es que no tendrían inconveniente en tolerar e incluso aprovechar aquel santuario.

La mezquita de Abd el Rahman sería de reducidas dimensiones, poco más que un oratorio. Estaba calculado para adueñarse del manantial y del santuario. Pero, con el tiempo, la ciudad creció y aquella llegó a ser su mezquita mayor.

Pasaron los siglos. Cuando en 1246 Fernando III vio por fin cumplida su obsesión de conquistar Jaén, lo primero que hizo fue consagrar aquella mezquita como templo cristiano y en él «*fizoponer altar e hurna a santa María*». Al cambio de religión el lugar seguía siendo sagrado. Los recién llegados conocían su valor y alcance.

Pasó el tiempo. En 1368 la guerra causó estragos importantes en el edificio. El obispo reinante, don Nicolás de Biedma, decidió demoler la obra musulmana para construir en su lugar una Catedral gótica de cinco naves. Este obispo era un inicia-

do. Recordemos que se trata de aquel obispo que tenía encajados a tres diablos en una botella, asimilado a Salomón mirro por la leyenda medieval. De este obispo fue la primera ~ea de edificar un libro de piedra, que expresara armónicamente :os secretos de la Sabiduría iniciátic~ t~ansmitidos por los ~nti-uos. Concibió un extraño templo, dIstÍnto a los que en su ttem-go se levantaban en otros lugares de la Cristiandad. «~ausa Rdmiración --escribe un historiador de la Catedral-la dISpO-sición del Templo. Lo más del área se hallaba al parecer SIn servicio para el pueblo»; y luego añade: «El expresado diseño carece de toda explicación».<sup>5</sup>

Una Catedral gótica absurdamente diseñada sobre el Dolmen Sagrado de la Diosa Madre. ¡Lástima que acabaran arrasándola! El obispo constructor murió en 1383 e inmediatamente se abandonaron las obras. Había comenzado la catedral por su Capilla Mayor, que había de ser el marco de la Verónica y de las otras dos Vírgenes. Llegó, incluso a construir un cimborrio ochavado --el ocho, el número de la diosa, siempre presente-- y un claustro al que se accedía por la famosa puerta «colorada o bermeja».<sup>6</sup> Pero la obra del iniciado nunca se completó. A sus sucesores les parecía absurda. No la entendieron. Los Compañeros que fatigosamente reuniera el obispo para su obra, se dispersaron en busca de nuevos trabajos. Fueron pudriéndose los silenciosos andamios. Un siglo después la falta de reparos y la incuria de los Cabildos habían permitido que la obra de don Nicolás de Biedma estuviese en estado de ruina. Los iniciados seguían acudiendo a ella. Incluso hubo un momento coincidente con el gobierno de uno de ellos, el condestable Irazzo, en que llegaron a concebir esperanzas de ver concluido el gran libro de piedra. Esperanzas fallidas. La ruina del edificio estaba demasiado avanzada y el condestable fue asesinado mientras se arrojaba en el santuario. Malos tiempos para los iniciados. El gran enemigo del condestable, don Luis Osorio, el obispo que cabalgó junto a los Reyes Católicos a la conquista de Granada, ordenó demoler el crucero y la capilla mayor. De nuevo las Vírgenes del Dolmen quedaron a la intemperie.

Pero las viejas piedras seguían atrayendo a sus antiguos peregrinos. Hombres y mujeres afluían para seguir el laberinto de las tres puertas y para beber el agua de la fuente sagrada. Al comienzo de cada primavera seguía renovándose el milagro de las aves negras que acudían. siguiendo un instinto milena-

Respetable, cita que parecía inscrita ya en el código genético de

Todo parecía perdido cuando sucedió el milagro. Ull iniciado más sabio y más ilustre incluso que don Nicolás de Biedma logró el gobierno de la diócesis. Nos referimos al obispo Suárez. Sintiéndose continuador de la obra de los iniciados que lo precedieron, reemprendió, con nuevos bríos, la edificación de la catedral gótica. «Sacó de cimientos la capilla mayor»; es decir, exploró el dolmen soterrado. En ocho años-- otra vez el número ocho-- su maestro de obras, Pedro López, construyó nuevamente la capilla mayor para santuario de las Vírgenes.

Un hado adverso o una desafortunada coincidencia-- pero ¿existen las coincidencias?-malogró nuevamente el viejo proyecto. A la muerte del obispo cesaron las obras. Se dispersaron nuevamente los canteros ante la indiferencia de un Cabildo ignorante o malintencionado. A los pocos años lo Construido volvía a amenazar ruina, o al menos eso era lo que certificaban los maestros designados por el Cabildo para examinar las obras. Nuevamente había que demoler.

Entonces el obispo cardenal Merino concibió la idea de construir nuevamente la Catedral. El cardenal había estado en Roma. Allí había admirado las grandes obras de la Antigüedad y las espléndidas realizaciones del Renacimiento. Se había enamorado del nuevo estilo grecolatino que triunfaba en Italia. Su Catedral sería, por lo tanto, un templo distinto. No la Catedral gótica que habían pensado sus antecesores sino una Catedral renacentista más acorde con el ideal estético de los nuevos tiempos.

De las canteras del Mercadillo volvieron a llegar pesados carros de piedra. El rumor de los canteros llenó otra vez la plaza de Santa María. ¿Quién dirigiría el proyecto de la nueva Catedral? Nuevamente un adepto, Andrés de Vandelvira. Este hombre providencial trazó los planos de 1534.

La Catedral no sería gótica, pero al igual que sus antecesoras guardaría en sus formas el compendio de la perfección, «las medidas escrupulosamente determinadas con arreglo a esa obsesión por la euritmia como «orden divino» que dominaba la idea de la arquitectura en Vandelvira».7 Pero, por desgracia, Vandelvira sólo llegó a supervisar una mínima parte de la obra. A su muerte dejó preparado a otro probable inicia-

do, su discípulo Alonso de Barba, para que fuese su continuador al frente de la obra. Incluso lo recomendó al Cabildo en su testamento, especificando que «tengo mucho comunicado de los secretos de dicha obra y le dexo el modelo della».8 ¿Cabe mayor claridad? Pero el Cabildo se interpuso una vez más. Primero dificultó las obras de Alonso de Barba obligándolo a alterar los planes del maestro. Es patético seguir, reflejados en la documentación, los esfuerzos de Barba por interpretar las rígidas y perentorias instrucciones del Cabildo sin menoscabo de los planes originales de su maestro Vandelvira. A los siete años de la muerte del arquitecto, la comisión se ensañaba con su obra. Un platero, Francisco Merino, y un escultor, Sebastián de Salís, se subían a los andamios a ponerle defectos a las trazas del maestro difunto. Nunca conoceremos qué anónima mano movía los hilos. Lo cierto es que finalmente, en 1594, Alonso de Barba fue destituido como maestro mayor.9 Con él se perdió la última esperanza del templo compendio de la antigua sabiduría, del libro de piedra, del preciso formulario de la Creación. A la postre ganó el Cabildo y hoy sólo podemos decir que el planeamiento general del templo y una mínima pero sustanciosa parte de su fábrica, el lado sur, son obra directa de Vandelvira, el último iniciado que trabajó en la Catedral.

Pero ¿qué quiso expresar Vandelvira? Su obra maestra admite diversas lecturas. Por una parte se trata de la plasmación «de un símbolo religioso tradicional como la Jerusalén Celestial o Templo de Salomón».10 Por otra, es un santuario para custodiar la Verónica. Es más, la propia estructura del edificio está pensada para que se adapte a las necesidades rituales de esa reliquia. Tradicionalmente, la Verónica bendice los campos desde los puntos cardinales del edificio, en sus alturas, y bendice el interior del recinto sagrado desde esos mismos puntos. Existen, por lo tanto, una bendición exterior y otra interior que Vandelvira cuidó de manifestar en su traza mediante la inclusión de galerías y balcones que lo permitiesen, o, por decirlo con palabras de Galera Andreu: «Toda la Catedral puede reCORrerse en el segundo piso merced a la amplitud del hueco de las capillas, el cual se mantuvo igualmente en los pies, tras la fachada permitiendo de esta manera mostrar el Santo Rostro a los cuatro puntos cardinales... y espaciosas dependencias crea-

das con carácter de plano civil para el Cabildo que se aproxima así al ideal del Templo de Salomón».11

La bendición del Santo Rostro conserva todavía los rasgos de un arcaico ritual enteramente ajeno a su actual manipulación cristiana. Los nueve puntos precisos -nueve, otra vez el número familiar de la Diosa Madre- desde los que hay que impartir la bendición de los campos están determinados exactamente con sendas tablillas en las que leemos la palabra «AQUÍ». De este modo las coordenadas astrales que la bendición debe relacionar quedan siempre salvaguardadas aunque el que bendice no sepa calcularlas ni tenga idea del alcance de lo que está haciendo. Los sucesores del obispo Suárez lo dejaron todo bien atado.

Antes de proseguir diremos unas palabras sobre los descendientes de Vandelvira. El único investigador que tuvo acceso a la documentación de los Vandelvira fue, a mediados del siglo XIX, Muñoz Garnica aunque no declara sus fuentes.12 La mujer de Vandelvira se llamaba Luisa de Luna, de la que fueron heredando tan curioso apellido sus descendientes femeninos mientras que los varones seguían usando el apellido del padre.13 Cinco generaciones después del arquitecto, un descendiente suyo, Antonio Melgarejo, se casó con una Antonia de Torres, vástago de los Torres conversos de Jaén.14 Un hijo de esta pareja, Juan de la Cruz Melgarejo Torres, que sería sacerdote en Torredonjimeno, puede ser el mismo José Melgarejo que aparece en la lista de los que buscaron la Cava. Pero existe otra rama de la familia que también emparenta con los Torres. Una nieta del arquitecto, Catalina Vandelvira Luna, contrajo matrimonio en 1616 con Sebastián Cano, hijo de Ana Torres. Tuvieron una hija, María de Vandelvira Luna, que casó con otro Torres, Cristóbal Martínez de la Torre, en 1633. Sus vástagos unen ya los apellidos Torres y Vandelvira: Inés de la Torre Vandelvira y Ana Francisca Vandelvira de la Torre. Esta última también emparenta con un Torres al casarse con Andrés Antonio del Arco de la Torre en 1716. Un hijo de éstos casaría en 1748 con Juana María de Moya y Uribe, descendiente de la rama sevillana de dos familias con

implantación en el barrio de la Magdalena: los Uribe y los Moya.

#### *La Magdalena*

Fernando III hizo construir una iglesia en el lugar del manantial oracular de Jaén y la puso bajo la advocación de la Magdalena. Aquel lugar sagrado había sido sucesivamente templo pagano y mezquita. La alberca de abluciones de la mezquita todavía subsiste adosada a la actual iglesia, que es la que da nombre a todo el barrio.

En el barrio de la Magdalena, el más antiguo y castizo de la ciudad, están enclavados muchos de los lugares constantemente aludidos en estas páginas: el manantial donde tenía su guarida el mítico lagarto; el Peñón de Uribe, que fue piedra de sacrificios; el enigmático palacio de los condes de Villardompardo, construido sobre los baños árabes donde murió el mítico rey' Ali; el palacio de los reyes moros, aquel palacio encantado donde pudo estar escondida la Mesa de Salomón; el priorato de los calatravos; aquella «Casa de la Virgen» donde había una extraña comunidad de mujeres emparedadas...

A nuestro juicio no fue casual que Fernando III dedicara el lugar del Dolmen a santa María y su oráculo a la Magdalena. Veamos quién fue esta María Magdalena.

Según el texto del siglo XIII conocido como *Leyenda Aurea*, que recoge e inspira muchas tradiciones medievales de santos, el nombre de esta santa significa tres cosas: *mar amargo*, *iluminadora* e *iluminada*.16 Siendo así, no fue mala elección la de aplicar este nombre a una fuente como la que custodiaba el lagarto, de aguas tan celebradas por su abundancia, y a un antiguo oráculo que, efectivamente, «ilumina» a quien le consulta. Pero en la leyenda cristiana el *mar amargo* alude a las muchas lágrimas que derramó la penitente. En cuanto a la tercera cualidad, la de *iluminada*, el texto de *la Leyenda Aurea* no puede ser más preciso: «su mente está actualmente ilustrada con la realidad del conocimiento divino».17 ¿Cabe mejor definición del objetivo último de los cabalistas, del secreto último que custodia el mítico dragón de la Magdalena, frente al oráculo de la Iglesia?

Para la *Leyenda Aurea* la Magdalena es hermana de los evangélicos Lázaro, el muerto resucitado por Cristo, y Marta.

Magdalena lavó y perfumó los pies de Jesús y él le perdonó sus pecados y expulsó de ella siete demonios que la atormentaban.<sup>18</sup> Cristo residió en casa de la Magdalena y ella lo acompaña en adelante tanto en vida como en su muerte. Ella perfumó, lavó, amortajó y veló el cadáver de Jesús como haría una buena esposa con el cuerpo de su marido. y quedó junto a su sepulcro cuando todos los demás se marcharon. Ella fue también la primera persona a la que se apareció Cristo resucitado.

Según la tradición medieval, los enemigos de Cristo obligaron a la Magdalena y a otros cristianos a subir en una barca que luego dejaron abandonada en alta mar. La barca cruzó milagrosamente el Mediterráneo y acabó encallando en una playa de Marsella. Los naufragos desembarcaron y se refugiaron en un templo pagano que allí había, en el que se adoraba a ciertos ídolos. Gracias a la Magdalena el vientre de la esposa del rey de aquel país se hizo fecundo y tanto la nueva madre como el marido se convirtieron al Cristianismo. Pero la mujer murió de sobrepeso en el mar y su marido depositó el cadáver en la cueva de una isla. También dejó allí al recién nacido. Luego se hizo de nuevo a la mar y peregrinó a Jerusalén. A los dos años regresó a la cueva y encontró al niño vivo y a la madre no muerta ya, sino tan sólo dormida.

En esta leyenda aparentemente absurda, podemos reconocer los rasgos familiares de una cueva, que es el espacio mágico del Dolmen Sagrado, donde la muerta resucita, que es metáfora de la iniciación. {{la iniciada es una mujer, como no podía ser menos tratándose de un culto matriarcal. Y todo ello tiene relación con la maternidad de la mujer, otro elemento fundamental de los cultos matriarcales de la Diosa Madre.

Magdalena se retiró al desierto durante treinta años. Siete veces al día asistía a los oficios divinos en el cielo, transportada por ángeles, y siete veces al día se alimentaba de manjares celestiales.<sup>19</sup>

Otro ermitaño del desierto la vio un día y quiso acercarse a su cueva. Pero a medida que avanzaba las fuerzas le abandonaban y una potencia misteriosa parecía impedir su progresión. Por tres veces llamó a la santa antes de que ella le respondiera y lo admitiera en su presencia. En esta historia reconocemos la dificultad de aproximación al Conocimiento y quizá el

carácter triple de la Diosa Madre representada por la Magdalena

En el barrio de la Magdalena recogimos en 1968 una canción infantil que podría estar relacionada con las antiguas tradiciones de la santa en sus raíces precristianas:

*María Magdalena que aleja de día  
la mesa onde borda cómo relucía;  
paran pajarillos. paran los corderos  
y paran las piedras que van por los cielos.  
Se asoma a la fuente con su resplandor  
y ve las columnas de casa de Dios.*

Así es cómo la propia leyenda cristiana confirma una serie de elementos precristianos en la historia de la Magdalena. Es, por los detalles de su biografía evangélica, la esposa del Rey Sagrado, que parece ser Cristo. Es decir, una Diosa Madre desdibujada por el mito cristiano que, precisamente por ser una religión solar, concede mucha más importancia al elemento masculino, al Rey Sagrado, que al femenino.

La Magdalena llega a Marsella. No olvidemos que Marsella es el centro pitagórico griego por excelencia.<sup>20</sup> Allí se compendia ese monumento esotérico que es el Tarot, cuyo primer arcano representa precisamente a Salomón delante de su Mesa. En Marsella se instala Magdalena en un templo pagano. Queda patente, por lo tanto, su vínculo con la religión precristiana de Occidente. Finalmente la vemos abogada de preñadas y parturientas para que quede aún más clara su vinculación con la Diosa Madre dispensadora de fecundidad.<sup>21</sup>

Fiel a su primera identidad con la Virgen María, la Magdalena ocupó en Jaén el oráculo de la Diosa Madre del Dolmen Sagrado.

En la iglesia de la Magdalena hay varias cosas que llaman la atención del visitante avisado. Una es el curioso cuadro de la santa moribunda que existe junto a la puerta de entrada a la sacristía. Es una pintura de autor desconocido, pero influido por los grandes maestros italianos del Renacimiento. En este cuadro creemos advertir una incorrección: los ángeles músicos están alegres a pesar de que el tema de la muerte es triste. Hay entre los músicos una figura negra que presenta un crucifijo a la moribunda.<sup>22</sup> ¿Qué significa este jeroglífico?

La Virgen medieval heredera de la Diosa Madre es negra. Tiene que ser negra. El negro es sabio. La sabiduría se obtiene mediante iniciación. La figura negra que conforta a la Magdalena es su Sabiduría, su iniciación.

Reparemos ahora en el relieve que existe sobre la portada principal del templo, frente al manantial, a sólo quince metros de distancia de la guarida del mítico lagarto. Esta portada es gótica tardía, un poco posterior a la cenefa gótica de la Catedral. Data del pontificado del obispo Esteban Gabriel Merino (1523-1535). Representa a la Magdalena haciendo penitencia en su cueva. Lo que nos llama la atención son ciertos detalles del ángulo inferior derecho del relieve. La santa está arrodillada. Tiene delante una especie de objeto esférico con pie de copa, que debe de ser el tarro de los ungüentos que usó para perfumar los pies de Cristo. Se trata de un frasco de curioso diseño por su forma esférica. Evidentemente el hemisferio superior, que es la tapadera, no tiene función alguna. Una tapadera podía haber sido plana. El diseño no tiene más justificación que introducir veladamente ante nuestros ojos la forma de la piedra esférica, del Huevo primordial de la Diosa Madre. El mismo diseño esférico se repite en la Magdalena del coro del obispo Suárez. Hay además, en ésta del manantial del lagarto, una calavera, que es otra forma de la esfera. Y hay una rodilla desnuda que aparece entre los andrajos de la santa. Ungüentario, calavera y rodilla están curiosamente agrupados. Están relacionados entre sí. Quieren aludir a las tres esferas; a las mismas tres esferas que claramente aparecen en el coro de la Catedral y en la cenefa gótica de la calle Valparaíso, obras todas talladas o esculpidas por los mismos años.

Las tres esferas de la Magdalena se relacionan además con un cuarto elemento: un libro abierto que aparece entre ellas.

El visitante observa que la rodilla de la Santa que queda al descubierto es la izquierda. Y mostrar la rodilla izquierda es una señal antigua de iniciación.

Penetramos de nuevo en la iglesia para admirar su joya incomparable. Se trata de una talla de madera que representa la crucifixión. Se atribuye al Indaco (nacido en 1478). En este soberbio grupo escultórico volvemos a extrañarnos de ciertos detalles reveladores: primeramente la cruz no tiene su forma tradicional sino que forma una T. Segundo: la figura de la Vir-

gen está tratada muy secundariamente. La de Cristo también parece ser poco importante. La figura central de todo el conjunto es la Magdalena, circunstancia que, a primera vista, parece incomprensible. ¿Cómo es posible que el escultor haya antepuesto a Cristo y a su madre una figura tan secundaria? A no ser que el artista o el que le encargó la obra estuviese convencido de que la Magdalena es mucho más importante de lo que la tradición exotérica cristiana nos da a entender...

Pero ya que estamos hablando de representaciones de la Magdalena añadiremos una última a este catálogo. Por la misma época en que se hacían las que llevamos enumeradas, se esculpió otra. Ésta se ha fechado en 1577. Se trata de la figura central de la fuente del claustro del convento de Dominicos de la Guardia, a once kilómetros de Jaén. Este convento estaba puesto bajo la adyocación de santa María Magdalena de la Cruz.<sup>23</sup>

La estatua representa a una mujer joven que está sentada sobre un escabel o breve trono. Amplias vestiduras la envuelven, en las que se observa un gusto plenamente renacentista que no acaba de armonizar con la actitud un tanto hierática de la figura. Con la mano izquierda sostiene un recipiente esférico en todo igual al del relieve de la iglesia de la Magdalena. La mano derecha la tiene parada sobre el pecho. Entre los pliegues del vestido, enmarcado por el diseño general de la figura, se distingue un vientre prominente. Éste es un dato tomado de la bizantina Blanquénitissa, inspiradora también de las Virgenes de la O y de las Inmaculadas, todas ellas en última instancia versiones medievales de la Diosa Madre, que encierra en su vientre la promesa de la vida, la fecundidad de la Creación. Idéntica función tiene la roca sobre la que descansan los pies desnudos de la imagen. Recapitémos: una dama tan ricamente vestida tiene, sin embargo, desnudos los pies. Para que estén en contacto con la roca esférica que la sustenta. Una roca irregular y cóncava que desentona también del trono o escabel en que está sentada la imagen. La concavidad del vientre, la de la piedra y la del recipiente esférico son otras tantas indicaciones de la verdadera función esotérica de la Magdalena: es la Diosa Madre, la esposa del Rey Sagrado.

La fuente consta de un «amplio pilón cuadrilobulado en cuyo centro se alza un pilote de sección cuadrada, flanqueado



*lieve de la  
iglesia de  
de Jaén.  
'a está  
a rodilla de  
'lavera y el  
,tografía de  
'lRosa.)*



*Crucifixión de Indac  
la iglesia de la Mag  
na de Jaén*

por cuatro columnillas». Sobre esta base hay una amplia taza a la que dan agua cuatro máscaras de leones que la vierten por sus fauces. Nuevamente la alegoría de las cuatro fuentes o ríos del paraíso. A lo largo del coronamiento corre esta inscripción:

QUI BIBERIT EX AQVA HABUIT ET ITERUM QVI  
AVTE BIBERITE AQVA AVA EGO DABO ET NO SITI ET  
INET NU. JOAN 4 AN. 1577

(Quien bebe de este agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le diere no volverá a tener sed. Juan 4. año 1577)

Hay además, a los lados del pedestal, sendas inscripciones de difícil lectura.

El convento de la Magdalena de la Guardia fue exclaustro en 1836. Abandonado a su ruina y a usos tan peregrinos como alojamiento de una fábrica de aceite, era de temer que la fuente de su patio se perdiese. Entonces, en 1919, don Ramón Espinosa, el benemérito hombre de ciencia del que ya hemos hablado otras veces, inició en un periódico local una campaña para rescatar y salvar esta fuente y la imagen de la Magdalena. Sin embargo, la iniciativa no prosperó. Pasaron los años, que aumentaron el deterioro de la fuente, y finalmente, en 1952, el mismo don Ramón Espinosa consiguió por fin que el monumento se desmontara y se trasladara al museo de Jaén. Pero por aquel entonces el edificio del museo se había habilitado para cuartel. En su patio quedaron arrumbadas las nobles piedras de la fuente durante otra década hasta que por fin, en 1963, don Ramón consiguió que se transportase e instalase en el centro del patio del palacio de la Diputación Provincial, justamente en el lugar donde antes estuvo el edificio del Convento de San Francisco y la iglesia fundación perpetua de Fernando III.<sup>24</sup> Es decir, que la imagen de la Magdalena acabó presidiendo el solar del Señor del Trueno.

En el intervalo del último traslado, la estatua perdió misteriosamente la cabeza. La que hoy luce es obra de un restaurador moderno.

Nos pareció tan enigmática y curiosa esta obra que hicimos todo lo posible por obtener más información acerca de ella.

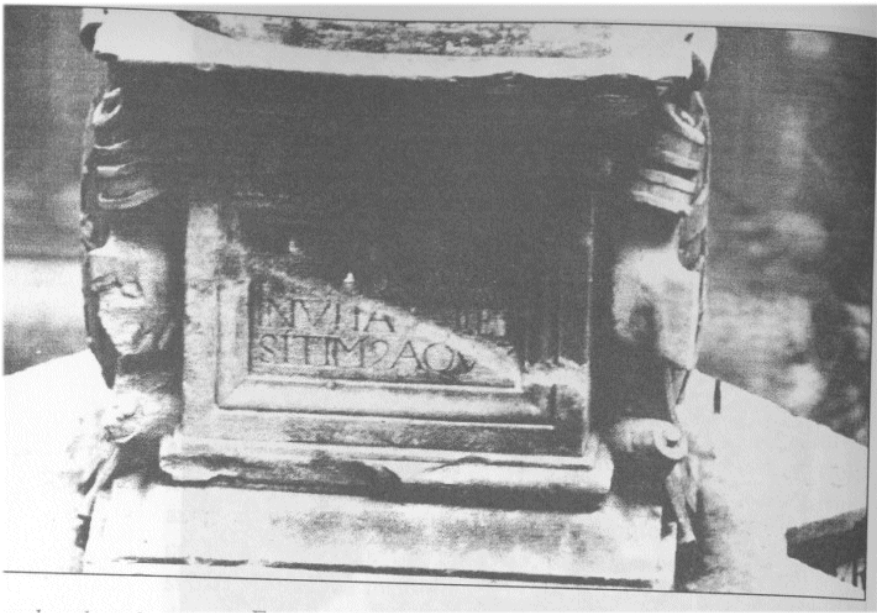
Supimos que el convento fue fundado en 1530 por los marqueses de la Guardia, don Rodrigo Mero y Carrillo y doña Mayor de Fonseca. Supimos además que la Magdalena era una veneración familiar. Una hija de los fundadores también se llamó Magdalena.

Supimos que la familia procedía del antiguo tronco de los Messia y que el escudo de armas que aparecía en el pedestal de la estatua era precisamente el de los Messía.



*Imagen de la Magdale, procedente del convento de la Guardia, hoy en palacio de la Diputación de Jaén. (Fotografía de Joaquín Galán Rosa.)*

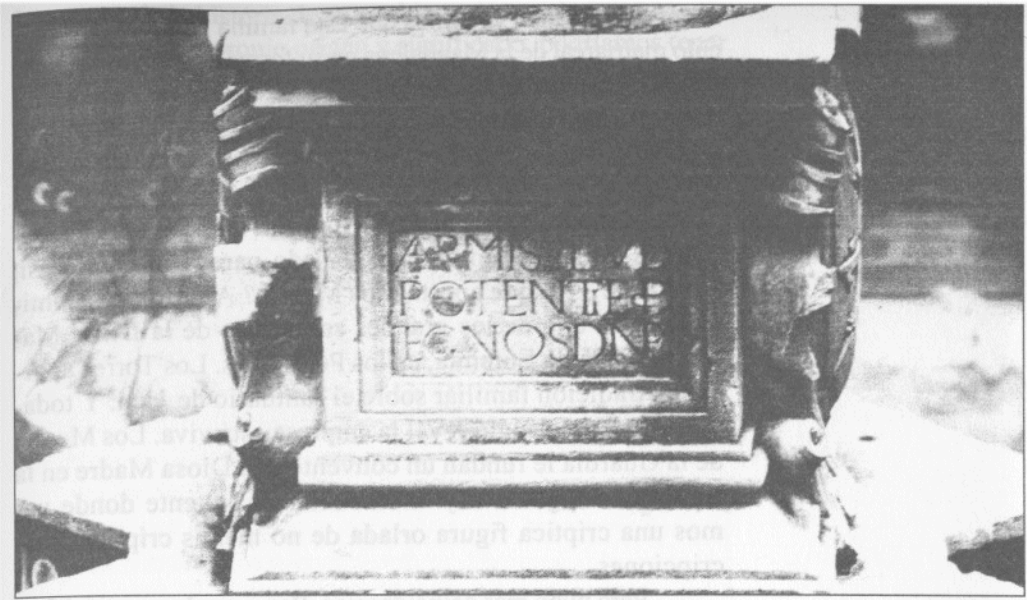




*'n el pedestal  
de la  
re la Guar-  
no han sido  
nente  
Potografía  
~alán Rosa.)*

Esto nos llevó a recabar informes sobre los Messía. Según los antiguos memoriales de la familia, el primer Messía fue un godo llamado Galdín Messiano. Cuando los visigodos invadieron España este individuo se asentó en la parte de Galicia... De allí se extendieron sus descendientes hacia el sur con la conquista cristiana. El primero que atravesó la raya de Sierra Morena fue Arias Díaz Messía, que luchó en la batalla de las Navas de Tolosa (1212).

El árbol de la familia echó sus ramas. Hubo Messías en Sevilla, en Segovia, en Ciudad Real, en Extremadura y en otras partes. Un Gonzalo Messía fue comendador de Segura de la Sierra y luego pasó a Francia huyendo de Pedro 1. En Francia sirvió al conde de Annagnac. De éste descendería el Diego González Messía al que los moros derrotaron junto a un tal Pedro Ruiz de Torres de Jaén en 1410. A partir de este punto la familia Messía parece estar en contacto con la de los Torres de Jaén. Lo que no quiere decir que estas relaciones no puedan ser más antiguas. Las familias emparentan. Un hijo de este Diego, el llamado Rodrigo González Messía, casa con Mencía de Guzmán, hija de María de Torres y del maestre de Calatrava. Lo curioso es que la boda era poco menos que imposible por ser el contrayente maestre de una Orden religiosa, pero el Papa le otorgó dis-



*Inscripción en el pedestal  
de la imagen de la  
Magdalena de la Guar-  
dia. Todavía no han sido  
satisfactoriamente  
descifradas. (Fotografía  
de Joaquín Galán Rost)*

penza por la superior conveniencia de aquel matrimonio. Anotemos esto. El Papa considera conveniente que los Messía emparenten con los Torres. Una hija de esta pareja, Inés Messía de Guzmán, casará con un Gonzalo Messía de Carrillo, señor de Santa Eufemia y vástago de la rama cordobesa de la familia, que hacía dos generaciones había obtenido el señorío de Santa Eufemia y sus lugares aledaños, en la Sierra Morena cordobesa. Así se unen, por lo tanto, el marquesado de la Guardia y el señorío de Santa Eufemia. Una descendiente de esta unión es Guiomar Messía, que casa con Carlos de Torres y Portugal. Este Carlos de Torres es uno de los que aparece en la lista de los que buscaron la Cava. Nuevos vínculos de los Messía con los Torres de Jaén. De esta pareja nacerá Teresa, la esposa del condestable Irazzo, otro de los que buscaron la Cava. Y para rematar nuestra sorpresa, los memoriales de la familia reflejan que muchas mujeres de este linaje ingresaron en el convento de Santa Clara de Jaén.

Del complicado árbol genealógico del linaje se deducía unacosa. En el siglo XV las dos familias, Torres y Messía, injertan algunas de sus ramas, precisamente las más comprometidas en la búsqueda de la Cava, es decir, aquellas que son depositarias del secreto de la Mesa de Salomón. Al estudiarlos Torres en



la época de Iranzo ya vimos que esta familia controlaba el oráculo matriarcal de la Magdalena en su forma evolucionada de la «casa de emparedadas». Pues bien, con el tiempo el oráculo pasa de los Torres a los Messia en el beaterio que doña María Messia y Carrillo, «gran señora de virtud y sangre», tendría en la calle del Rostro.<sup>25</sup>

¿Emparentaron las dos familias para aunar sus esfuerzos en la común empresa? Todo parece indicar lo así. Pero ¿qué es lo que aportan los Messía? Aportan sus dominios sobre uno de los grandes santuarios de la Diosa Madre, el de Santa Eufemia, en los Pedroches. Los Torres aportan su tradición familiar sobre el santuario de Jaén. Y todavía a finales del siglo XVII la empresa está viva. Los Messía de la Guardia le fundan un convento a la Diosa Madre en la figura de Magdalena y hacen tallar una fuente donde vemos una críptica figura orlada de no menos crípticas inscripciones.

Pero hubo más coincidencias. Por ejemplo, en aquel feudo de los Messía existía una ermita de la Virgen Coronada, réplica de la Virgen Negra de Jaén, tutelar de la familia Torres. y aún más. El patrono del pueblo es san Sebastián, el santo cristiano que viene a suplantar al Rey Sagrado, esposo sacrificial de la Diosa Madre. Y precisamente en el Cerro de San Sebastián de la Guardia existen vestigios de poblamiento humano en los tiempos del patriarcado.

Aceptemos que el más remoto ancestro de los Messía es aquel godo Galdín Messiano del que todos aseguraban descender. Pero ¿de quién descendía Galdín Messiano? El nombre no parece provenir de raíz germánica, como sería de esperar en un godo. Más bien parece una palabra oriental. Se parece sospechosamente a la *palabra Mesias*. Mesías significa «ungido». Simplemente eso. Pero, según las leyes de Israel, el unguento -con aceite, el árbol sagrado de la diosa- es el rey. Un profeta enviado de Dios suele ungir al nuevo rey derramando aceite sobre su cabeza y esta ceremonia equivale a su coronación efectiva.

Siendo así cabría pensar que quizá la estirpe de los Messía podía tener alguna relación con la Mesa de Salomón, aun antes de ocuparse directamente de ella.

El título de Mesías se va transmitiendo en la simiente de David y Salomón. Si aceptamos que esta estirpe sobrevivió a

los azares de la historia de su pueblo y alcanzó la Edad Media consciente de su propio origen y significado, podríamos tener ante nosotros a los más legítimos herederos del legado secreto de Salomón.

1'  
I

## EL ÁRBOL SEFIRÓTICO

Muchas páginas atrás mencionábamos el árbol sefirótico al hablar de la Cábala.

El *Sefer Yetsirá*, el Libro de la Creación, considerado el más antiguo tratado cabalístico, enumera los 32 senderos que conducen a la Sabiduría. Éstos son los diez *Sefirot Belimá* y las 22 letras-cifra del alfabeto sagrado.

Los *Sefirot Belimá* o numeraciones puras son esencias efectivas, son los atributos de la divinidad, los elementos más simples, y reducidos a la escala de la inteligencia humana, en que se puede dividir la fórmula de la Creación o el Nombre del Poder. En ellos se contiene, por lo tanto, la potencia de lo creado, el Nombre secreto de Dios.

Tradicionalmente estos diez Sefirot se disponen en forma de árbol. (Recordemos el árbol de la Ciencia, del Conocimiento, en el Paraíso.)

Entre estos *Sefirot* se establece una serie de vínculos denominados canales sefiróticos. Por estos canales «discurre la luz» según los textos cabalísticos, de modo más o menos intenso según la posición relativa que cada uno ocupa dentro del árbol.

Ahorraremos al lector la prolija enumeración de todos los caminos falsos que seguimos antes de descubrir que los lugares sagrados relacionados con la Diosa Madre formaban ellos mismos un árbol sefirótico ajustado al modelo tradicional que dejamos expuesto.

De la oración del gitano se deducía una evidente relación geométrica entre los lugares sagrados del santuario matriarcal. Ya comprobamos que todos se situaban en una línea recta que abarcaba unos doce kilómetros, desde el Barranco de la Tinaja hasta el Cerro Perulera. Esta línea incluía los grabados rupestres y *venus* del Barranco de la Tinaja, el dol-



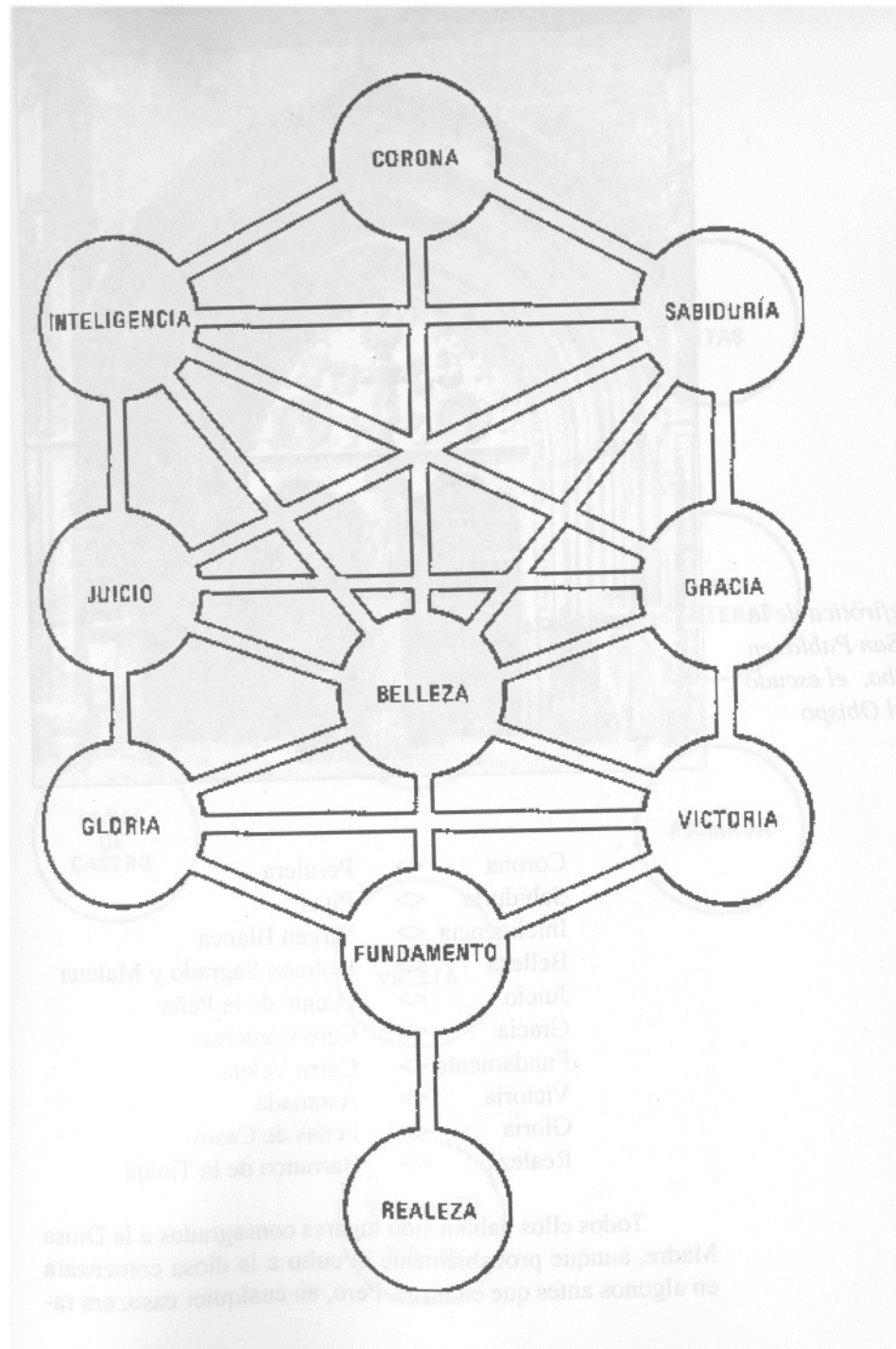
5tica proce-  
nvento de la  
Oyen el  
lén.

men y pinturas del CelToVeleta, el conjunto del Dolmen Sagrado y manantial de la Malena y la piedra esférica del CelToPerulera.

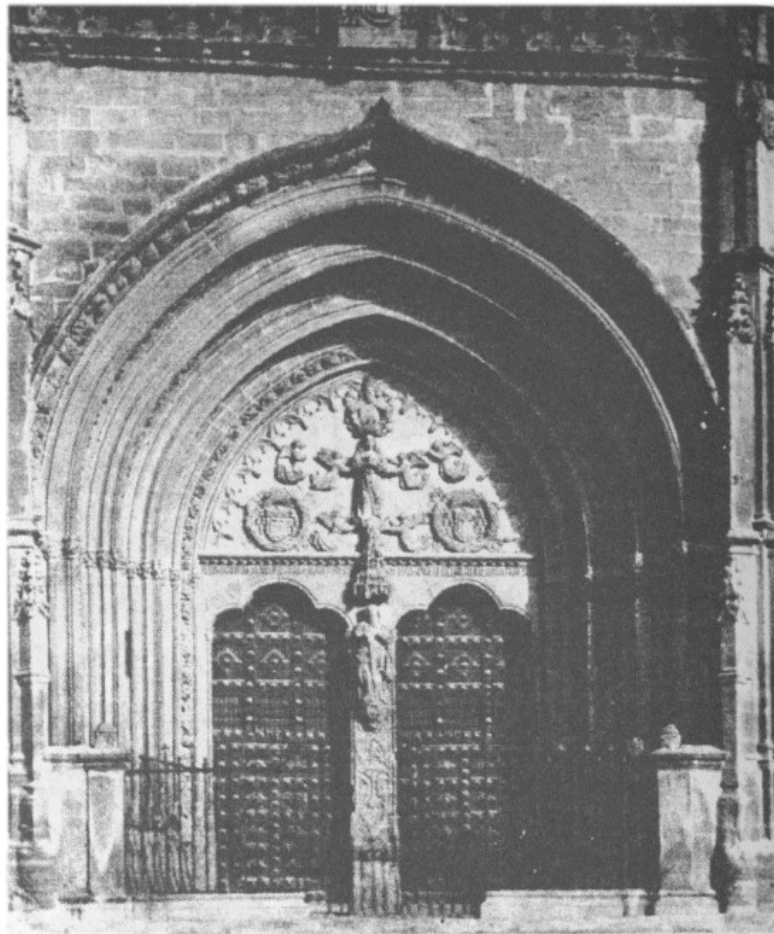
Paralelamente a esta línea y a su derecha e izquierda otros lugares sagrados se organizaban en otras dos líneas algo más cortas. A la izquierda quedaba la formada por las Peñas de Castro o Silla de la Reina la ermita de la Fuente de la Peña (Valparaíso) y la ermita de la Virgen Blanca. A la derecha quedaban la ermita de la Asomada, el laberinto del CelTOde las Canteras y los vestigios legendarios del CelToPitas.

Todos estos lugares relacionados con el culto a la Diosa Madre y la búsqueda de la Mesa de Salomón adoptaban una curiosa disposición geográfica, como se puede ver en la página siguiente.

¿Cuál era el resultado de esta disposición? Resultaba un árbol sefirótico tradicional. Un árbol sefirótico en el que las colTespodencias eran las siguientes:

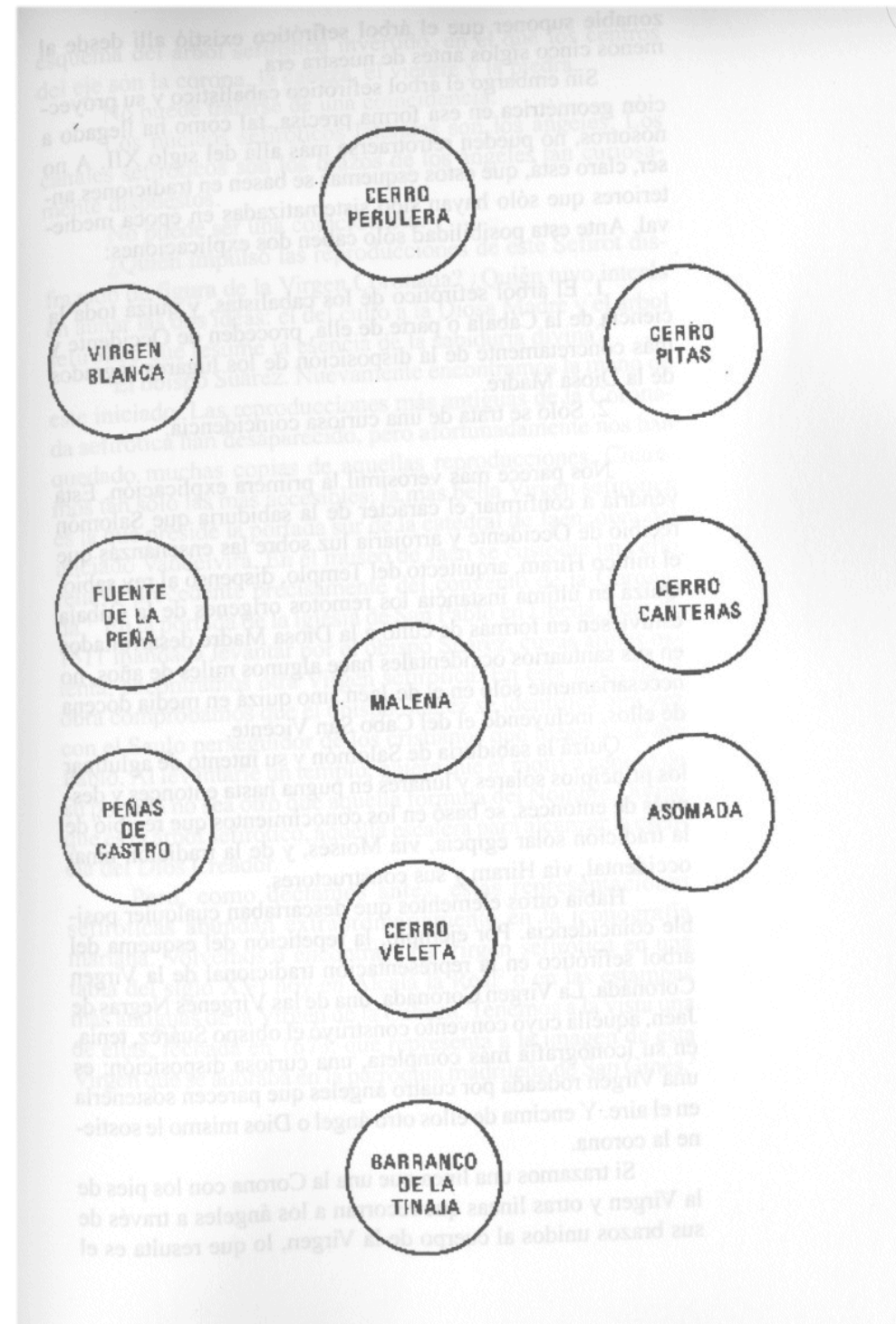


"ótica de la  
n Pablo, en  
r, el escudo  
Jbispo



- |              |   |                         |
|--------------|---|-------------------------|
| Corona       | ◇ | Perulera                |
| Sabiduría    | ◇ | Pitas                   |
| Inteligencia | ◇ | Virgen Blanca           |
| Belleza      | ◇ | Dolmen Sagrado y Malena |
| Juicio       | ◇ | Fuente de la Peña       |
| Gracia       | ◇ | Cero Canteras           |
| Fundamento   | ◇ | Cerro Veleta            |
| Victoria     | ◇ | Asomada                 |
| Gloria       | ◇ | Peñas de Castro         |
| Realeza      | ◇ | Barranco de la Tinaja   |

Todos ellos habían sido lugares consagrados a la Diosa Madre, aunque probablemente el culto a la diosa comenzara en algunos antes que en otros. Pero, en cualquier caso, era ra-



t

zonal suponer que el árbol sefirótico existió allí desde al menos cinco siglos antes de nuestra era.

Sin embargo el árbol sefirótico cabalístico y su proyección geométrica en esa forma precisa, tal como ha llegado a nosotros, no pueden retrotraerse más allá del siglo XII. A no ser, claro está, que estos esquemas se basen en tradiciones anteriores que sólo hayan sido sistematizadas en época medieval. Ante esta posibilidad sólo caben dos explicaciones:

1. El árbol sefirótico que los cabalistas, y quizá toda la ciencia de la Cábala o parte de ella, proceden de Occidente y más concretamente de la disposición de los lugares sagrados de la Diosa Madre.
2. Sólo se trata de una curiosa coincidencia.

Nos parece más verosímil la primera explicación. Esta vendría a confirmar el carácter de la sabiduría que Salomón recibió de Occidente y arrojaría luz sobre las enseñanzas que el mítico Hiram, arquitecto del Templo, dispensó al rey sabio. Quizá en última instancia los remotos orígenes de la Cábala estuviesen en formas de culto a la Diosa Madre desarrollados en sus santuarios occidentales hace algunos miles de años, no necesariamente sólo en el de Jaén sino quizá en media docena de ellos, incluyendo el del Cabo San Vicente.

Quizá la sabiduría de Salomón y su intento de aglutinar los principios solares y lunares en pugna hasta entonces y después de entonces, se basó en los conocimientos que recibió de la tradición solar egipcia, vía Moisés, y de la tradición lunar occidental, vía Hiram y sus constructores.

Había otros elementos que descartaban cualquier posible coincidencia. Por ejemplo, la repetición del esquema del árbol sefirótico en la representación tradicional de la Virgen Coronada. La Virgen Coronada, una de las Vírgenes Negras de Jaén, aquella cuyo convento construyó el obispo Suárez, tenía, en su iconografía más completa, una curiosa disposición: es una Virgen rodeada por cuatro ángeles que parecen sostenerla en el aire. Y encima de ellos otro ángel o Dios mismo le sostiene la corona.

Si trazamos una línea que una la Corona con los pies de la Virgen y otras líneas que recorran a los ángeles a través de sus brazos unidos al cuerpo de la Virgen, lo que resulta es el

esquema del árbol sefirótico invertido, en el que los centros del eje son la corona, la cabeza, el vientre y la piedra.

No puede tratarse de una coincidencia.

Los núcleos sefiróticos laterales son los angeles. Los canales sefiróticos son los brazos de los ángeles tan curiosamente dispuestos.

No puede ser una coincidencia.

¿Quién impulsó las reproducciones de este Sefirot disfrazado de figura de la Virgen Coronada? ¿Quién tuvo interés en aunar las dos ideas: el del culto a la Diosa Madre y el árbol sefirótico que resume la esencia de la sabiduría divina?

El obispo Suárez. Nuevamente encontramos la mano de este iniciado. Las reproducciones más antiguas de la Coronada sefirótica han desaparecido, pero afortunadamente nos han quedado muchas copias de aquellas reproducciones. Citaremos tan sólo las más accesibles: la más bella Virgen sefirótica es la que preside la portada sur de la catedral de Jaén, obra del iniciado Vandelvira. En el museo de Jaén se custodia un bello relieve procedente precisamente del convento de la Coronada. En la portada de la iglesia de San Pablo en Úbeda, obra de 1511 mandada levantar por el obispo Suárez, cuyas armas ostenta, encontramos otra Virgen sefirótica. En esta interesante obra comprobamos que el obispo Suárez se identifica otra vez con el Saulo perseguidor de los cristianos que luego sería san Pablo. Allevantarle un templo, quiere que el motivo central de su portada no sea otro que aquella fórmula del Nombre Divino que es el árbol sefirótico, aquella escalera para alcanzar la esencia del Dios Creador.

Pero, como decíamos antes, estas representaciones sefiróticas abundan extraordinariamente en la iconografía mariana. Volvemos a encontrar una Virgen sefirótica en una tabla del siglo XVI hoy en Alcalá la ReaF o en las estampas más antiguas de la Virgen de la Cabeza. Tenemos a la vista una de ellas, fechada en 1673, que representa a la imagen de esta Virgen que se adoraba en la parroquia madrileña de San Ginés.<sup>3</sup>

t

# TERCERA PARTE

## EL NOMBRE DEL PODER

## LOS QUE BUSCARON LA CAVA

La lista de los que buscaron la Cava contenía una serie de nombres ordenados, al parecer, cronológicamente. El último de ellos era un tal José Ignacio de Carranza, que debió de existir a finales del siglo XVIII. Sin embargo, la lista, escrita en letra afilada, con tinta oscura y ton plumín metálico, parece datar de finales del siglo XIX o de principios del XX.I

Del examen del documento y de las circunstancias de su hallazgo sólo se puede deducir que lo escribió una persona relacionada con la Catedral a principios de siglo.

Pero la lista de buscadores de la Cava propuesta parece que se agota a finales del XVIII. Por lo tanto la anónima mano que la compuso no se consideraba buscadora de la Cava ella misma. Es posible que su interés en el asunto fuese más bien de simple investigador, como lo es el nuestro.

Sin embargo, a nuestro juicio, existió a finales del siglo XIX un grupo de personas que hubiese sido digno continuador de los que buscaron la Cava. Un grupo de personas a cuya cabeza estuvo, probablemente, el canónigo lectoral de la Catedral, don Manuel Muñoz Gámica. Si nuestra hipótesis resultara cierta, es posible que la persona que compuso la lista se relacionase con este grupo. Además del citado Muñoz Gámica pudieron pertenecer al grupo los también canónigos Francisco Femández, Cristino Morrondo y Ramón Rodríguez de Gálvez y un seglar, el catedrático de Instituto e historiador del Santo Rostro, Federico Palma Camacho, gran amigo de los anteriores y tenaz inquisidor de los archivos catedralicios. En su rubrica aparecen siempre tres círculos, quizá representativos del tema secreto del Dolmen.

i. t

Manuel Muñoz Gámica nació en Úbeda el día de Navidad de 1821,2 Una coincidencia anecdótica: aquel mismo día un golpe de viento hizo saltar los pestillos de la Puerta del Perdón de la Catedral de Jaén y la abrió de par en par después de vencer las cuatro gruesas retranca de hierro que la sostenían.

A los 25 años Muñoz Gamica se había ordenado sacerdote y era catedrático de Lógica y director del Instituto de Jaén.<sup>3</sup> Es en el transcurso de su labor en este cargo donde creemos detectar una serie de anomalías que lo hacen candidato a figurar en la lista de los que buscaron la Cava.

Muñoz Gamica era hijo de una familia de clase media acomodada. No poseía bienes de fortuna que pudieran venirle de herencia. Y su sueldo en la dirección del Instituto sólo alcanzaba para vivir con un cierto desahogo. Sin embargo, a lo largo de toda su vida, y ya desde esta etapa temprana, le vemos disponer y gastar crecidas sumas de dinero cuyo origen es absolutamente misterioso. Veamos.

La situación financiera del recién creado Instituto, cuya dirección le había sido encomendada, era desesperada. Su única dotación estaba constituida por las rentas de unas fincas en el lugar de Grañena, que habían pertenecido antes al colegio de Santo Domingo.<sup>4</sup> Estas fincas eran notoriamente exiguas. Sin embargo el joven director se muestra sumamente interesado en ellas, mucho más de lo que cabría esperar en una persona ignorante de las cosas del campo. «Era frecuente verle a caballo recorriendo casi a diario la finca de Grañena», escribe su biógrafo.<sup>5</sup> A poco de aquello, «las menguadas rentas del instituto crecían como por ensalmo».<sup>6</sup>

El biógrafo no se explica de dónde procedía el dinero puesto que, en verdad, la tierra de Grañena no podía dar para tanto. Pero ¿qué tierra es aquella? No es otra que el Cerro Pitas, uno de los enclaves periféricos relacionados con el santuario de la Diosa Madre, un lugar donde, según la persistente tradición, existe un tesoro enterrado. ¿Qué encontró Muñoz Gamica en el Cerro Pitas o en la casería de su finca? ¿Por qué se embarcaba casi a diario en la aparentemente innecesaria excursión ecuestre para ir a aquel cerro?

El Instituto se había instalado en el antiguo edificio que ocuparan en tiempos los jesuitas, en la calle Compañía. A este edificio había ido a parar, trescientos años antes, la primitiva imagen de la Virgen Blanca, ya cambiado su nombre por el de Virgen del Alba. Pero esta imagen había desaparecido mucho tiempo atrás. La iglesia que la contuviera estaba ya en ruinas. El joven director del Instituto decide restaurarla «a su costa».<sup>7</sup>

La restauración fue concienzuda. Se derribaron muros y tabiques bajo la atenta dirección de Muñoz Gamica. Por las



*Don Manuel Muñoz Gamica (1821-1876), quizá el último de los que buscaron la Mesa de Salomón.*

trazas del trabajo es muy posible que nuestro hombre tuviese la esperanza de encontrar, oculta en algún hueco o alacena tapiada, la primitiva imagen de la Virgen Blanca. De hecho uno de los grandes desvelos de Muñoz Gamica fue precisamente el de estudiar las antiguas imágenes de Jaén. En sus días, con los avatares de la desamortización de conventos, corrían peligro muchas imágenes de Vírgenes y copias de Vírgenes. Él hizo todo lo posible por asegurar la supervivencia de algunas. Otro aspecto que nos inclina a incluirle en la lista de los que buscaron la Cava.

Pero regresemos al vetusto edificio de la calle Compañía y a aquel jovencísimo director de Instituto desprovisto de bienes de fortuna que, sin embargo, decide restaurar con dinero de su bolsillo el enorme edificio y la iglesia aneja. Lo que sin duda provocaría las habladurías de sus conciudadanos porque en aquella pequeña ciudad provinciana todo acababa por



saberse. Como también se supo que, además, el joven sacerdote había empezado a practicar de modo anónimo la virtud de la caridad y daba a la gente necesitada «cuantiosas limosnas».8 Curioso parecido con el obispo Suárez que también fue notado en su tiempo por la caridad que hacía con familias venidas a menos.

En vísperas de la revolución de Septiembre de 1868 Muñoz Garnica «se reunió secretamente con los dos más fieles colaboradores entre sus compañeros de cátedra y les expuso la urgente necesidad que había de salvaguardar a toda costa el capital del Instituto formado a la sazón por unos once mil duros que se guardaban celosamente en una alacena de la dirección confiada a su custodia... Bajo la total responsabilidad de Muñoz Garnica el dinero se repartió en once tlegas que se llevaron a la Catedral donde Muñoz Garnica consiguió ocultarlo bajo la sillería del coro hasta que pasó la efervescencia política del momento».9

Este texto es singularmente revelador. Así que después de gastar una fortuna en la restauración del edificio del Instituto y su iglesia y después de dar «cuantiosas limosnas», todavía le quedaban al joven sacerdote once mil duros de plata, que esconde -¿otra coincidencia?- en el coro del obispo Suárez.

Once mil duros de plata suponían una enorme fortuna para la época. Con once mil duros de plata hubiese podido comprar media provincia. ¿De dónde había salido aquel dinero secreto? ¿De la finca de Grañena? Desde luego que no. O, al menos, no del trigo y de la aceituna que la finca producía. ¿De dónde salió entonces aquel tesoro?

A la vista de las otras actividades que Muñoz Garnica desarrolló a lo largo de su corta vida, esta misma pregunta nos asaltará de nuevo una y otra vez, siempre para quedar sin respuesta.

Cuando las autoridades deciden demoler aquel convento de San Francisco, sede del Señor del Trueno, Muñoz Garnica nuevamente se adelanta para intentar salvar el monumento. Y lo hace ocultamente para que nadie pueda relacionarlo con el asunto. Extraño proceder. Por medio de un amigo ofrece hasta diez mil reales para salvar por lo menos la iglesia del edificio. Recordemos que esta iglesia es la misma que levantó Fernando III con el expreso encargo de que jamás fuese alterada o demolida. El templo fue siempre significativo para los buscadores de la Mesa de Salomón.

Pero, a pesar de los desvelos de Muñoz Garnica, el convento pereció bajo la piqueta y con él su iglesia.10

Las muchas obras que emprendió en su vida ocasionaron a Muñoz Garnica cuantiosos gastos; pero él los sufragaba sin aparente esfuerzo. No obstante, no fueron las actividades arquitectónicas el principal capítulo de sus dispendiosos Su mayor inversión económica fue, sin duda, la editorial.

En la España de los tiempos de Muñoz Garnica asistimos a una prolongada polémica entre Iglesia y Estado. La Iglesia ha perdido casi todos sus seculares privilegios, ha visto sus bienes saqueados unas veces por la chusma amatinada, otras por las leyes de desamortización, y es acosada por la propaganda protestante, por los librepensadores, por los masones y por todos sus otros demonios verdaderos o imaginarios. Se siente perseguida y mártir, como en los viejos tiempos del imperio romano. Necesita desesperadamente defensores. Y Muñoz Garnica brillante pluma y acerada inteligencia, se erige en defensor de la Iglesia en sus escritos, que lo lanzan al ruedo de la polémica nacional, y a través de las empresas editoriales y propagandísticas que secretamente financia.

Imposible calcular el dinero que Muñoz Garnica gastó en esta actividad. Los indicios permiten suponer que las sumas desembolsadas directamente o por medio de agentes interpuestos debieron de ser astronómicas.11

En lo que se refiere a su vida privada, nuestro hombre hizo poco por ocultar la extraordinaria abundancia de medios económicos que disfrutaba. Es una persona a la que «le gusta cuidar mucho la figura, cuya ropa es siempre de buen paño y mejor sastre».12 Dotado de elegantes maneras «suele frecuentar las tertulias del Jaén aristocrático».13 «Es aficionadísimo a la buena sociedad».14

Vestir bien y alternar con la aristocracia le supondría cuantiosos gastos. Pero no es todo. Muñoz Garnica está constantemente de viaje. Va mucho a Madrid, «a Italia fue también con gran frecuencia, igual que a Francia».16 ¿Qué graves asuntos reclamaban la presencia de este sacerdote español en Francia e Italia para que tuviese que desplazarse allende los Pirineos con tanta frecuencia? Nunca lo sabremos porque, en cuanto salía del estrecho marco de su ciudad, Muñoz Garnica «cultivó la virtud de pasar desapercibido».17

De estos viajes hubo al menos dos que fueron oficiales. El de 1869 a Madrid, acompañando al obispo Antolín Monescillo que iba a defender a la iglesia desde su escaño de las Cortes, y el de Roma, con ocasión del Concilio Vaticano Primero, también formando parte del séquito del mencionado obispo.<sup>18</sup>

Las estrechas relaciones de Muñoz Gamica con el obispo Monescillo parecen estar justificadas por la intensa actividad política que éste desarrolló. Desde 1865 Muñoz Gamica se dejó involucrar progresivamente en la lucha política. Será uno de los más importantes defensores de la ideología conservadora, del neocatolicismo, en cuyas filas militaba abiertamente.<sup>19</sup>

Sin embargo, la política nacional nunca apartó a Muñoz Gamica de sus intereses específicamente jiennenses. Conservó hasta su muerte su dignidad de canónigo de la Catedral de Jaén rechazando incluso sustanciosas propuestas de promoción, como la de ser elevado a obispo auxiliar de Sevilla.<sup>20</sup>

#### *La alacena del morisco*

Regresemos ahora al asunto de la Mesa de Salomón. Es evidente que el acceso de Muñoz Gamica a sus tesoros debió de producirse en fecha muy temprana a juzgar por la repentina e inagotable riqueza que el joven sacerdote empieza a disfrutar hacia 1846.

¿Tuvo Muñoz Gamica acceso, ya tan joven, al secreto de la Mesa de Salomón? En un escrito suyo fechado en 1846, aparentemente intrascendente, parece darnos una clave cuando dice: «La mezquita y la biblioteca del moro fueron el templo y la ciencia de Oriente y Occidente».<sup>21</sup> Naturalmente Muñoz Gamica podía estar hablando en términos muy generales y así lo entendió, sin duda alguna, su auditorio. Pero nosotros sabemos de él más que sus seguidores y podemos penetrar más allá del aparente sentido de sus palabras. ¿Qué mezquita y qué biblioteca del moro son imaginables en el contexto jiennense en que se produce la alusión?

La mezquita, evidentemente, es la que enlaza, a través del tiempo, el Dolmen Sagrado con la Catedral cristiana. Pero ¿y la biblioteca? ¿Existió una biblioteca del moro?

Apenas medio siglo antes, el 29 de diciembre de 1790, otro sacerdote de la Catedral, el deán Mazas, hizo un curioso descubrimiento. En el derribo de una casa de su propiedad cercana a la Catedral, los albañiles toparon con una alacena tapiada y disimulada. Dentro de ella «se halló un depósito de doce libros y otros papeles en lengua árabe, cinco de ellos contenían el Alcorán completo, los otros eran de exposición del mismo, de liturgia, diversas oraciones y varios secretos naturales y supersticiosos».<sup>22</sup>

Aquí tenemos la biblioteca del moro o, al menos, una biblioteca del moro en la que aparecen escritos sobre «varios secretos naturales y supersticiosos». ¿De qué otro modo definiría el profano lo referente a la Mesa de Salomón y al Dolmen Sagrado, particularmente si no quiere tener problemas con la Inquisición a la que finalmente fueron a parar los papeles? Aunque es lícito preguntarse: ¿fueron todos? ¿Entregó el deán Mazas todo lo que encontró en el escondite o se guardó algo? También Muñoz Gamica debió de hacerse esta pregunta, puesto que una de las actividades a las que con más ahínco dedicó parte de su estudiosa juventud fue a la búsqueda de noticias y papeles que tuviesen relación con el deán Mazas, tanto en la ciudad como en el archivo catedralicio. y así, nuevamente, el camino nos lleva al archivo de la Catedral...

¿Quién escondió aquellos libros y papeles en el hueco secreto de la casa? El deán Mazas sólo aclara que debieron de pertenecer a un morisco que viviría, ocultando su fe, en el Jaén del siglo XVI. Junto con los papeles había algunos otros escritos en castellano y dos pares de anteojos. Conmovedor detalle. En aquella época los anteojos sólo los usaba la gente que leía. El morisco no sólo había vivido ocultando sus creencias sino incluso su mera condición de lector. Exteriormente quiso pasar por hombre de pocas letras.

Lo antedicho nos lleva a planteamos una simple pregunta: ¿tuvo Muñoz Gamica acceso a estos papeles o a parte de ellos? Si el deán Mazas retuvo algunos, como es lo más probable, y los depositó en el lugar más seguro, es decir, en el laberinto de papeles del archivo catedralicio, es muy probable que Muñoz Gamica acabara encontrándolos. De hecho nuestro hombre gastó largas horas de silencioso trabajo en aquel archivo del que fue encargado durante muchos años, así como de la biblioteca de la Catedral.<sup>23</sup>

It  
I

Con él Y después de él trabajaron en el archivo sus más íntimos colaboradores, aquellos cuyos nombres anotábamos al principio. Nuestra sospecha es que la misteriosa lista de los que buscaron la Cava pudo salir de la mano de uno de éstos.

También tenemos poderosas razones para sospechar que fueron Muñoz Garnica o sus colaboradores los que hicieron desaparecer del archivo de la Catedral y de su biblioteca todos los escritos de la época del deán Mazas o anteriores, que hacían referencia, directa o indirectamente, al asunto de la Mesa y al Dolmen Sagrado. De hecho en aquel archivo siempre existió un armario secreto donde se contenía la documentación reservada. A raíz de la revolución de 1868, la Iglesia española comprendió que sus papeles no estaban ya seguros. Al año siguiente el gobierno decretó la incautación de los archivos eclesiásticos.<sup>24</sup> ¡Aquel tesoro que resumía la secular actividad de la Iglesia, que contenía sus secretos, iba a pasar a manos laicas, iba a poder ser examinado por ojos malintencionados! En muchos archivos eclesiásticos los sacerdotes se apresuraron a ocultar ciertos documentos. Jaén no sería una excepción. Es evidente que para cuando la comisión incautadora se presentó en la Catedral con su mandato y credenciales, el avisado Muñoz Garnica habría hecho desaparecer, o habría ocultado en distinto lugar, todo lo que juzgara comprometedor para la Iglesia o para su persona. De hecho su discípulo y gran admirador Palma Camacho muestra, años después, un revelador despego hacia la documentación desaparecida de la Catedral cuando, al tratar de justificar el vacío documental de todo lo referente al Santo Rostro, escribe: «Hay tradición, Nihil quaeras amplius, no busques más».<sup>25</sup>

No es ésta la única circunstancia misteriosa en la vida de Muñoz Garnica. Otra es la sospechosa enemistad con el obispo Escolano. Este obispo hizo todo lo humanamente posible por evitar el ingreso de Muñoz Garnica en la Catedral cuando se presentó a oposición en procura de una canongía. El biógrafo, que es otro sacerdote canónigo de la Catedral, apunta: «Hubo algo oscuro entre Muñoz Garnica y el obispo».<sup>26</sup> Pero no nos explica más, dejándonos con la mosca detrás de la oreja.

Muchos otros detalles de la vida de Muñoz Garnica nos parecen reveladores. Actos suyos que podrían pasar desapercibidos dada su condición de sacerdote, pero que, aun así, corresponden también a los intereses secularmente manifestados

por los buscadores de la Cava: su especial devoción por las Vírgenes Negras de Jaén, sus desvelos por hacerse con las imágenes o simplemente por salvar las que estaban en peligro a raíz de la disolución de los conventos. Muñoz Garnica se nos muestra especialmente devoto de la Virgen de la Capilla, cuyo nombre da al colegio que dirigió, y no menos devoto del Santo Rostro, que solicita ver en 1852 al opositar a su canongía. Y También se ocupó intensamente de la Virgen de la Cabeza, la Virgen Negra de Sierra Morena, sobre la que incluso escribió un librito.<sup>28</sup>

Pero estas circunstancias, con ser misteriosas, no lo son tanto como su muerte repentina el 14 de febrero de 1876 a los 56 años de edad. Un mes antes, exactamente el 17 de enero, había estado en Francia y luego en Madrid en el curso de uno de sus viajes. Estaba sano. No padecía enfermedad alguna. En su partida de defunción no consta el mal que lo llevó a la tumba.<sup>29</sup>

Otra circunstancia misteriosa: «A su muerte sus papeles se repartieron lastimosamente. Unos fueron a la Catedral. Otros quedaron en poder de sus deudos Íntimos tales como don Carlos García de Quesada y el señor marqués de Navasequilla», escribe su biógrafo, y añade: «En la catedral hemos buscado afanosamente sus papeles y no aparecen».<sup>30</sup> Quizá, apuntaremos nosotros, porque alguien buscó estos papeles con no menos afán anteriormente, dio con ellos y los retiró.

Los papeles de Muñoz Garnica fueron a parar a la Catedral a finales de febrero. Alguien los examinó durante los meses de marzo y abril. Siguiendo el hilo conductor de aquellos documentos, ese alguien descubrió el lugar donde se codificaba el testamento iniciático del obispo Suárez. El escondite más impensable de toda la Catedral: la propia tumba del obispo. Recordemos que la momia del obispo lleva cuatro siglos depositada en una cajonera. Pues bien, el 15 de mayo de 1876, a los tres meses justos de la muerte de Muñoz Garnica, alguien abre el ataúd con el pretexto de cambiar la mortaja de la momia y sustrae el libro con que el obispo Suárez se había hecho sepultar, dejando en su lugar otro de aspecto parecido. Este es el que aún hoy acompaña al obispo. Se trata de una edición de las *aJas* de Horacio.

Para terminar con Muñoz Garnica sólo dos preguntas: ¿estaban entre sus papeles los que el canónigo había retirado

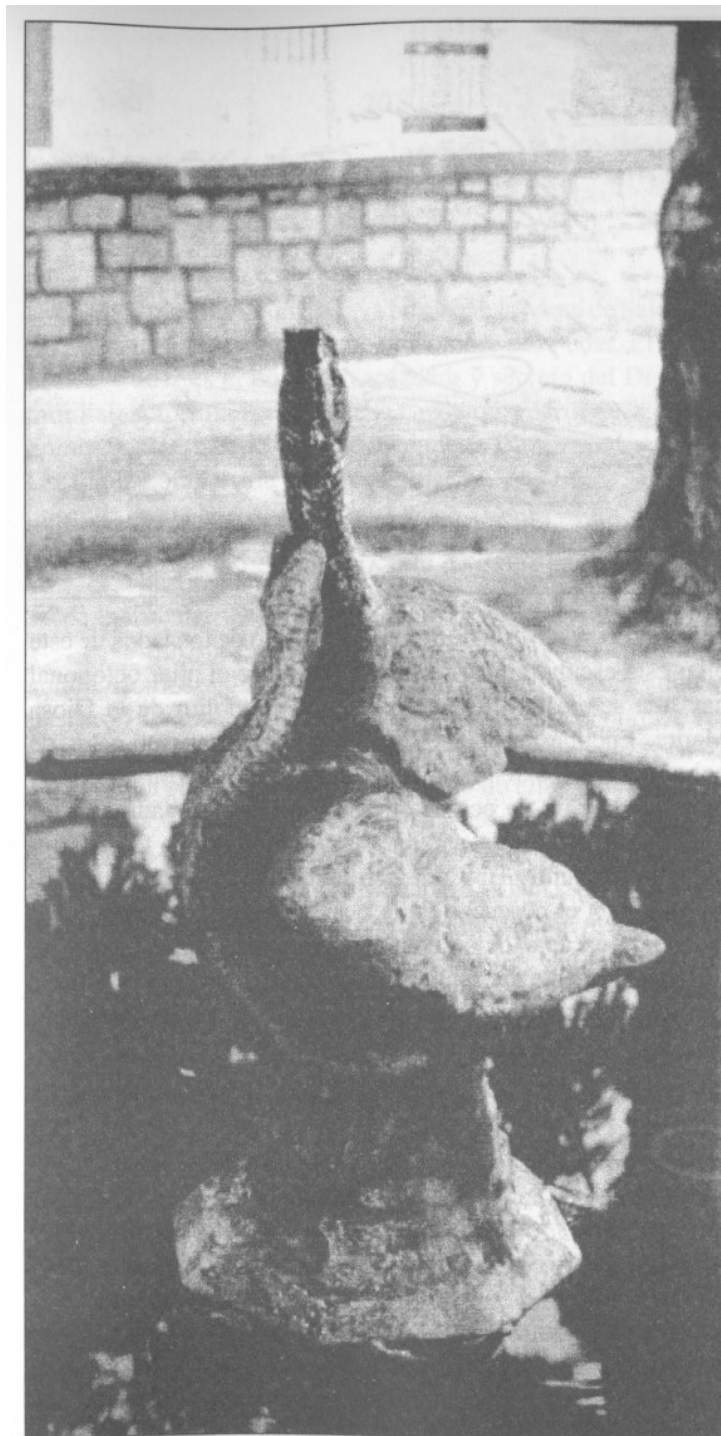
del archivo cuando la incautación gubernativa de 1869, y los que presumiblemente ocultara allí el deán Mazas después de su descubrimiento de la alacena del morisco? ¿Aclararían estos papeles, tan misteriosamente desaparecidos, el secreto de la opulencia de Muñoz Garnica, de sus viajes a Francia y a Roma, de su inesperada muerte y quizá el secreto de la Cava tan afanosamente buscado por tantos?

Arduas preguntas que no tienen respuesta.

Alguna herencia secreta de Muñoz Garnica debió de alcanzar a sus incondicionales colaboradores y amigos, a este reducido grupo de investigadores que anduvo trabajando a finales de siglo en el archivo de la Catedral de Jaén. Uno de ellos Federico de Palma Camacho, escribe un libro tan exhaustivo sobre el Santo Rostro que intenta agotar el tema para que nadie más decida hurgar en el asunto de esta misteriosa reliquia travestida de mujer en hombre barbudo, imagen de un Cristo torturado. En la rúbrica de Palma Camacho aparece siempre, como una señal de reconocimiento, el esquema de los tres círculos que, desde la época en que el obispo Suárez los hizo tallar en el coro, constituyen la obsesión de los buscadores de la Cava.

Este buscador de la Cava y de los secretos de la Mesa de Salomón, que creemos detectar a finales del siglo XIX, dejó otros rastros de su actividad. Si damos un paseo por el barrio de la Magdalena encontraremos un curioso monumento. Se trata de un grupo escultórico que adorna el centro de la fuente en la plaza de Santa Luisa de Marillac. Esta plaza está situada en el epicentro de los lugares iniciáticos descritos en este libro. Está frente al palacio de los condes de Villardompardo, aquellos vástagos de la familia Torres, en cuyos sótanos pueden visitarse los baños árabes donde murió el rey moro, es decir, el Rey Sagrado. Al otro lado de la plaza estaba el palacio de los reyes moros y el mítico Peñón de Oribe. Y finalmente, al otro lado, en la calle Herrerías, el antiguo solar de los Calatravos, el priorato de San Benito.

Pero ¿qué hay de especial en esa fuente? Veámosla. El grupo escultórico que sostiene se levanta sobre un pilar octogonal. Muchas veces ha aparecido ya el número ocho en



*La llamada Fuente. Pato, frente a los baños árabes y al mítico palacio de los reyes moros, en el corazón de la Magdalena.*

## EL NOMBRE DEL PODER

Los que buscaron la Cava buscaban la Mesa de Salomón. La Mesa de Salomón contiene el Nombre del Poder. El Nombre del Poder es el nombre verdadero y secreto del Dios primordial, la fórmula precisa de la Creación a partir de la cual el hombre se trasciende y puede ascender a Dios, comprender su Creación, compartida y reproducida.

Los que buscaban la Cava y la Mesa de Salomón buscaban, por 10tanto, el Nombre del Poder, el Shem Shemaforash.

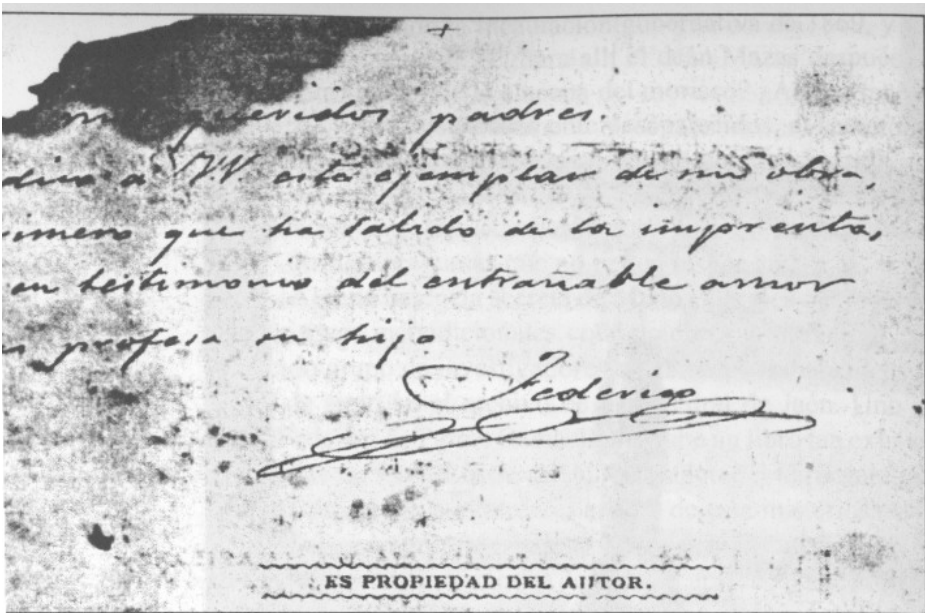
La búsqueda del Nombre del Poder es el último objetivo de la Cábala.

Nosotros no sabemos nada de ese nombre terrible y absoluto. Hemos seguido l~s huellas de algunas personas que 10 buscaron afanosamente, pero no sabemos adónde conduce ese camino ni cuánto camino les quedaba por recorrer al final de sus días. Ni siquiera sabemos si alguno de ellos llegó a alcanzar la meta última.

A 10 largo de nuestro trabajo hemos averiguado algo acerca de los diversos procedimientos que han seguido los que quisieron alcanzar el secreto de ese Nombre. Intentaremos exponerlo ordenadamente.

El Nombre del Poder está relacionado con los alfabetos. Los alfabetos fueron, en sus inicios, sagrados y secretos. Antes de ser alfabetos fueron calendarios relacionadós con los astros y especialmente con la Luna, primer símbolo de la Diosa Madre.

El calendario alfabético implica un año de 360 días, de cinco vocales-estaciones cada una de 72 días con otros 5 días sobrantes.! Es precisamente lo que nos expresa la cenefa gótica de la calle Valparaíso donde el obispo Suárez hizo tallar su mensaje esotérico. Recordemos que se compone de 77 elementos, es decir, de 72 días correspondientes a las vocales-estaciones más cinco días sobrantes. Estos cinco días están a su vez relacionados con el primer número sagrado de la Dio-



de Federico  
lacho, en la  
os tres  
bolizan el  
J.

conexión con la Mesa de Salomón. En uno de los lados de este pilar está esculpida una fecha: 1892. Sobre el pilar octogonal hay una semiesfera que representa al monolito de la Diosa Madre. Encima de ella se levanta una oca con sus patas de palmípeda bien extendidas sobre la esfera de piedra. Recordemos que la pata de oca es otro símbolo relacionado con los cultos matriarcales del santuario. Y finalmente un tercer símbolo: la serpiente. Hay una serpiente que sube a clavar sus colmillos en el pescuezo de la oca. La palmípeda alza la cabeza para escapar de su enemiga y apunta con el pico a las estrellas. Por este pico salía antes un chorro de agua. Ahora la fuente está bastante descuidada y el chorrillo ha dejado de manar.

sa Madre. Pero volvamos al 72. Éste es precisamente el número del canon del santuario de Stonehenge que fue a un tiempo templo y observatorio astronómico.<sup>2</sup> Es el número más grandioso del sol, el ocho, multiplicado por nueve que es, como en seguida veremos, el número de la Luna.<sup>3</sup>

La esencia numérica de la Diosa Madre, en cuyos santuarios se crean los alfabetos sagrados, es el número tres. Pero esta trinidad no es más que un aspecto complejo de la unidad. Este misterio numérico se mantiene, por cierto, en el Cristianismo. En algún caso el tránsito está perfectamente documentado. Por ejemplo el santuario de las tres musas heliconianas que pasa a ser iglesia de la Santísima Trinidad en la época medieval.<sup>4</sup>

El mismo sentido tienen los textos cabalísticos que cifran la trinidad de cabezas que habitan la Cabeza del Anciano o abstracción del Nombre del Poder.

Las vocales originales de la Diosa Madre son AOUEI. El número cinco es el consagrado a la Luna.<sup>5</sup> «Pero la vocal de la muerte I es reemplazada por la consonante regia J y la vocal del nacimiento omega (la O larga) completando la vocal del nacimiento alfa».<sup>6</sup>

Salomón construyó el nombre divino de siete letras. Éste será en adelante el número sagrado por excelencia. Alude a la semana de siete días gobernada por el Sol, la Luna y los planetas.

Después de los conflictos entre principios matriarcales y patriarcales que se suceden en un determinado momento histórico, los principios alfabéticos matriarcales sufren una serie de cambios. Ignoramos cómo se resolvieron éstos en los santuarios matriarcales de la península Ibérica, pero estamos mejor informados de lo que hicieron los griegos. Ellos «eliminaron del alfabeto las consonantes H y F Y las incorporaron al nombre secreto de ocho letras de Dios».<sup>7</sup>

Idénticos o similares cambios se observan en otras culturas mediterráneas que también abrazan un nombre divino de ocho letras relacionado con el principio masculino del sol. El ocho se consagraba al Sol en Babilonia, Egipto, Arabia, quizá porque es numéricamente el signo de la «repetición 2 x 2 X 2».<sup>8</sup>

El candelabro sagrado judío, la Menorah, símbolo de la Creación contiene en sus siete luces las vocales del Nombre

del Poder salomónico. Con los cambios alfabéticos se incorpora un candelabro de ocho brazos (Chanukah) testimoniado en la fiesta hebrea del solsticio de invierno.<sup>9</sup>

Volvamos a contemplar los enigmáticos relieves de las zapatas de la Santa Capilla de San Andrés tallados por Guierero: una barba de anciano tiene forma de ocho, otra está claramente abierta para formar la letra *Omega*.

«El secreto del nuevo Nombre parece relacionarse con la sustitución del sagrado número 7 por el sagrado número 8 y con la prohibición de las letras F y H del alfabeto ordinario.

»¿Era que al nombre se le dieron 8 letras en lugar de 7?

»Simónides agregó Omega (la O larga) y la Eta (la E

larga) a las siete letras originales AOUEIFH inventadas por las Parcas o Mercurio y suprimió la H aspirada otorgando su carácter a Eta.

»El Óctuple Nombre de Dios que contenía la Digamma F (V) Y la H aspirada era, tal vez, JEHUOVAÓ, pero deletreada, por razones de seguridad así:  
JEBUOTAÓ

será la Óctuple Ciudad de Luz en la que residía la Palabra que era Toth, Hermes, Mercurio...

»JIEVOAÓ, la forma anterior de 7 letras, recuerda el nombre Bendito del Santo de Israel. Sólo la podía pronunciar el Sumo Sacerdote una vez al año y en voz baja cuando iba al Santo de los Santos y no podía escribirse. Por lo tanto pasaba de un sacerdote a otro, no escribiéndola directamente sino describiendo el alfabeto escrito que la revelaba...»

Éste era, evidentemente, el secreto de la Mesa de Salomón: la descripción del código alfabético que conduce al Nombre del Poder.

Pero prosigamos con el texto de Graves: «Simónides y Pitágoras estabilizaron la forma de ocho letras JEHUOVAO en honor del inmortal dios solar Apolo omitiendo la I, la vocal de la muerte, y conservando la Y, semivocal de la generación».<sup>10</sup>

Algunos personajes históricos pretendieron conocer el secreto del Nombre, entre ellos el historiador judío Flavio Josefo y el presidente de las academias fariseas.

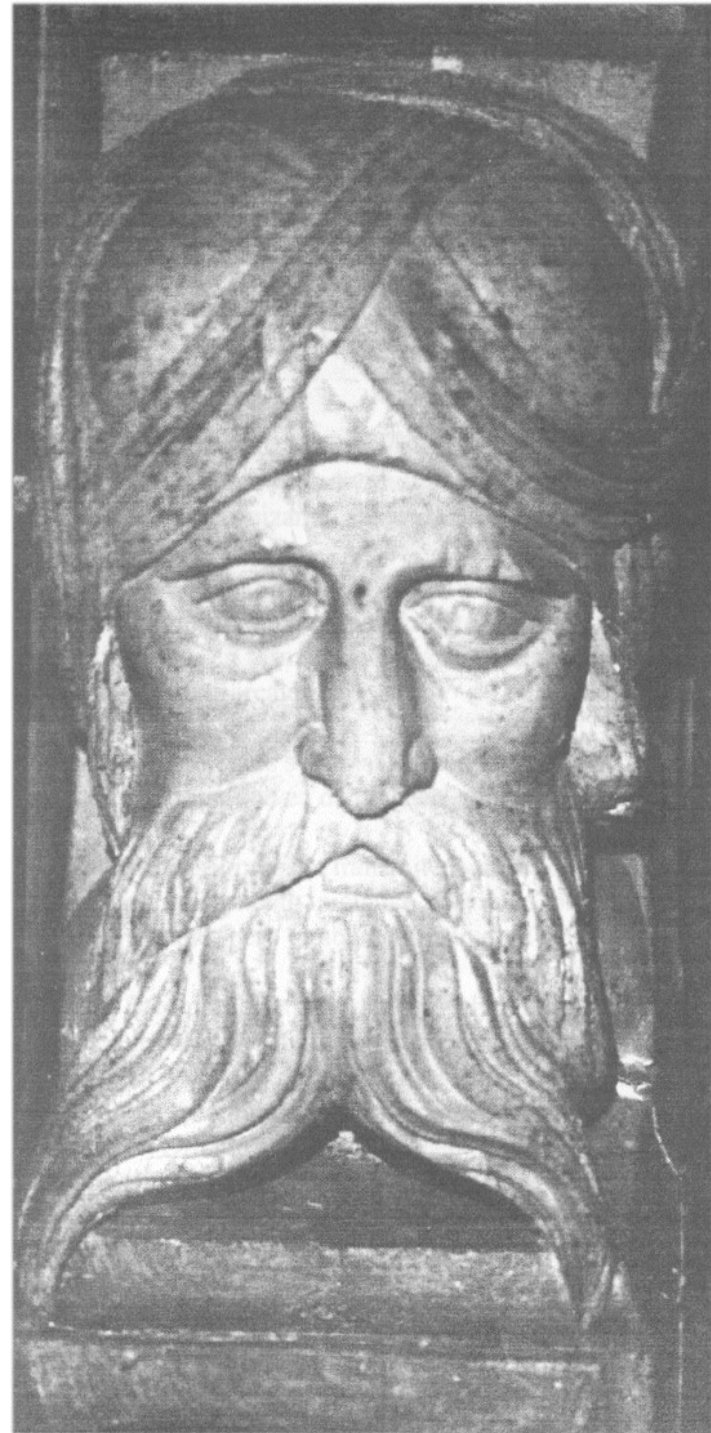
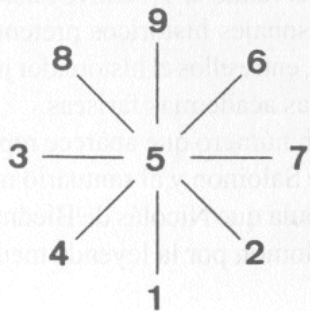
El ocho es un número que aparece repetidamente en relación a la Mesa de Salomón y al santuario matriarcal de Jaén. Lo vemos en la cúpula que Nicolás de Biedma, el obispo volador asimilado a Salomón por la leyenda medieval, quiso alzar

sobre su Catedral iniciática, lo vemos en la compleja simbología de la Santa Capilla, en la estrella simbólica de Alfonso X el Sabio y en las obras de los nazaries granadinos. Vuelve a aparecer en la portada del libro de los gitanos. ..

No es casual que la ofrenda al lagarto de la Malena y a las fuentes iniciáticas sea de panes. En determinadas festividades sagradas, que dejan su huella en el Cristianismo posterior, el pan se dividía en ocho porciones. De aquí procede el nombre de *ochio* que todavía se aplica a cierta torta tradicional de Jaén.<sup>11</sup> Y el número vuelve a repetirse en ciertas Mesas iniciáticas que quieren reproducir, como un eco lejano, la de Salomón. Citemos la de San Martín de Arjona, lamentablemente desaparecida en 1936,<sup>12</sup> o la de la abadía del Sacromonte de Granada que, según la leyenda, perteneció a los reyes nazaries poseedores, recordemos, del secreto de la Mesa de Salomón. La leyenda de la mesa del Sacromonte asegura que el rey moro que la encargó hizo cortar las manos del artesano para evitar que pudiese hacer otra semejante. El contenido esotérico de esta leyenda es bien evidente.

La trinidad de la Diosa Madre de los santuarios matriarcales ibéricos se multiplica en tres trinitades, lo que nos lleva al número nueve. Este cambio puede datarse con precisión en algunos casos. Las nueve musas, por ejemplo, empiezan a derivarse de la trinidad previa en el siglo VII antes de Cristo.<sup>13</sup> En España los romances tradicionales vinculados a arcaicas supervivencias matriarcales nos llevan también a este número. En el romance de la dama Gelda, que va a la ermita de San Andrés a deshacer un sortilegio, nos describen que la devota tiene que tomar nueve ondas antes de la salida del Sol, llevando en las manos nueve hojas de olivo.<sup>14</sup>

El número 9 está relacionado con el 8 en la disposición del ajedrez sufi.



*Cabeza con barba.  
forma de letra OmE  
obra del maestro  
Guierero. (Fotogra.  
Joaquin Galán Ros*

No es éste lugar para extenderse en profundizar los secretos matemáticos del número 9 que tanto interesan a los cabalistas. De todos los número dígitos, el 9 es el mágico por excelencia, puesto que se presta a combinaciones sorprendentes.<sup>15</sup>

Los que buscaron la Cava sintieron predilección por el número nueve. Nueve son, por ejemplo, las misas que deja encargadas en su testamento Andrés de Vandelvira, el arquitecto de la Catedral.<sup>16</sup>

## CONCLUSIONES

1. En el sur de la península Ibérica existieron, en época prehistórica, algunos santuarios dedicados al culto de la Diosa Madre.
2. Estos santuarios se localizaban en lugares donde las corrientes telúricas actúan sobre el individuo potenciando su instintiva sensibilidad y sincronizando sus ritmos con los del Universo.
3. Una serie de conocimientos asociados a la sincronía universal que el hombre alcanzaba en estos santuarios fueron sistematizándose en forma de enseñanzas iniciáticas y ritos de las religiones matriarcales.
4. Estos conocimientos se transmitieron en forma de calendarios sagrados que a su vez dan lugar a alfabetos sagrados.
5. Los alfabetos sagrados se transmiten, junto con otras formas diversas de conocimiento iniciático, a Oriente, principalmente a Grecia y Egipto, pero también al resto de Europa.
6. El rey Salomón abordó el magno proyecto sincretista de avenir los principios religiosos lunares y solares hasta entonces en pugna. Para ello convocó a los sabios de su tiempo, a las personas que detentaban la sabiduría de los antiguos santuarios tanto en Oriente como en Occidente, para que concurrieran a una obra simbólica: la construcción del Templo.
7. El enigma de Salomón será su hallazgo del Nombre del Poder o verdadero nombre del Dios Primordial, común a los principios solares y lunares, que cifra en su enunciación todo el poder de la Creación. Este Nombre es la fórmula pura de la energía de la Creación. A partir de este Nombre, el hombre puede acceder a los secretos de la naturaleza, puede comprenderla y dominarla.



8. El Nombre del Poder o Shem Shemaforash no puede escribirse jamás y sólo puede pronunciarse para provocar el acto mágico de Crear. Por lo tanto su transmisión está sujeta a grandes restricciones. Salomón lo confía a una formajeroglífica de alfabeto sagrado que, aunque evita la escritura del Nombre, contiene las pistas necesarias para su deducción. Este jeroglífico tiene como soporte material un objeto: la llamada Mesa de Salomón.

9. Esta Mesa de Salomón depositaria del Nombre del Poder es confinada en un principio al Templo secreto, pero después sufre diversos avatares históricos. Los romanos la llevan de Jerusalén a Roma; los visigodos, de Roma a Tolosa, y después a algún lugar del reino godo de España.

10. La Mesa queda confinada en un legendario palacio de los reyes, localizable en el santuario de la Diosa Madre de Jaén, uno de los que probablemente habrían suministrado los secretos alfabéticos que posibilitaron a Salomón su hallazgo del Nombre del Poder.

11. Diversos personajes y hermandades buscan en Jaén la Mesa de Salomón a lo largo de la historia. Entre las hermandades cabe señalar a la escuela cabalística de Babilonia y a los calatravos, que han heredado tal empresa de los Templarios.

12. A partir del siglo XIII el secreto de la Mesa de Salomón es compartido por dos familias de Jaén, los Torres y los Rincón, y por las casas reales de Castilla y Granada.

13. Algunos de los personajes que buscan la Mesa de Salomón obtienen ilimitados recursos económicos de origen desconocido, lo que nos lleva a sospechar su posible hallazgo de los tesoros tradicionalmente relacionados con la Mesa de Salomón. Sin embargo, no parece que ninguno de ellos alcance a descubrir el Nombre del Poder, con la posible excepción del obispo Suárez.

14. Durante mucho tiempo existieron documentos referidos a la Mesa de Salomón en los archivos de la Catedral de Jaén que había venido a sustituir al Dolmen Sagrado del santuario

matriarcal. Estos documentos desaparecieron en el último tercio del siglo XIX.

15. El legado esotérico de la Mesa de Salomón se reduce hoy a una serie de restos materiales de muy variada índole: algunas oraciones tradicionales a las que se creía investidas de poderes mágicos y una serie de obras inspiradas por iniciados que buscaron la Mesa. Entre éstas cabe destacar:

-la moldura gótica de la Catedral de Jaén, en la calle Valparaíso;

-la sillería del coro de la mencionada Catedral;

- la Santa Capilla de San Andrés de Jaén;

- el castillo de Santa Catalina, en Jaén;

-la imagen de la Magdalena en la fuente de la Diputación provincial jiennense.

Han pasado dieciocho años desde que iniciamos nuestras primeras investigaciones sobre el caso. Desde entonces no hemos dejado de hacernos preguntas. Creemos haber respondido satisfactoriamente a algunas de ellas. Pero en el curso de nuestras indagaciones han sido muchas más las que han quedado sin respuesta. A veces hemos tenido la sensación de estar desenterrando las piezas de un complicado rompecabezas. En un principio llegamos a creer que tendríamos la capacidad necesaria para resolverlo por nosotros mismos. Hoy ya no lo intentamos. Tenemos más dudas que al principio. Tampoco estamos seguros de poseer todas las piezas del rompecabezas. Incluso dudamos que todas las piezas que poseemos pertenezcan a un mismo rompecabezas.

Nos queda la esperanza de que alguien, algún día, pueda resolverlo.

t

## Capítulo 1. En el principio...

1. Artículo sobre el lagarto de la Malena en el diario *Ideal* de Granada (edición de Jaén) del 28 de junio de 1968. La entrevista a don Ramón Espinosa apareció en el mismo diario, el día 10 de julio de 1968.

2. GARCIA SERRANO, RAFAEL YMANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA: «Hornacinas callejeras de Jaén»: *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 62 (octubre-diciembre 1969), p. 21, estudia esta hornacina y su imagen. Al parecer también recibe el nombre de «Cristo de las Tres Potencias». Hoy ha desaparecido, pero estaba en la fachada posterior del número 24 de la calle Veracruz, que da a la citada calle Abades.

3. MORALES Y MARÍN, JOSÉ LUIS: *Diccionario de iconología y simbología*. Taurus, Madrid, 1984, p. 180.

4. No es casual que una tradición secular imponga en Jaén que la comida del domingo de Resurrección sea, el típico hornazo, es decir, un bollo cocido con un huevo sujeto a la masa por una cruz hecha con dos tiras del mismo material. Véase ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Escenas y costumbres de Jaén*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1977, p. 94. Antiguamente el hornazo se comía precisamente al paso de la procesión. Era una comida iniciática que conmemoraba la resurrección de Dios con que se abre simbólicamente el nuevo ciclo creador que el Huevo representa.

## Capítulo 2. Las piedras de los gigantes

t

1. CARRASCO RUS, J. Y otros: *Las pinturas rupestres del «Cerro de la Pandera» (Jaén). Aproximación al fenómeno esquemático en el subbético giennense* Publicaciones del Museo de Jaén, Jaén. 1980, p. 34.

2. Casi todos presentan una concavidad, que marca el centro, rodeada por dos anillos, pero algunos ejemplares tie-

nen tres anillos e incluso existe uno que tiene cinco. Éste está situado en un lugar del abrigo donde la naturaleza ha tallado una especie de capilla natural, así es que podríamos considerarlo como el sancta sanctorum del conjunto. En este sector los círculos abundan más y están más agrupados. Uno de ellos tiene la curiosa forma de candelabro invertido, con dos prolongaciones, semejantes a cuernos, hacia arriba.

ESLAVA GALÁN, JUAN: «Los grabados rupestres de Otñan»- *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, núm. 18 (diciembre, 1983). pp.15-18

3. Seis de las losas son de parecidas proporciones, pero la séptima y octava, que forman juntas un lado del polígono, vienen a ser la mitad que cada una de las otras.

4. CARRASCa RUS: Op. cit., p. 17.

5. *Ibíd.*, p. 35.

6. MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las religiones*. Ed. Cristiandad, Madrid. 1974, vol. 1.p. 235.

7. FERNANDEZ CHICHARRO, CONCEPCIÓN: «La colección de antigüedades arqueológicas del padre Recío»: *B.I.E.G.*, núm. 20 (abril-junío, 1959) pp. 146-147.

8. Es razonable suponer que hubo más población en el interior, pero la remoción del subsuelo durante siglos ha hecho desaparecer los restos.

9. VALIENTE MALLA JESÚS: «La primera edad del Bronce»: *Historia de España. Historia* 16, Madrid, abril. 1980, p.30.

10. Marroquies Altos y Caño Quebrado se han fechado entre principios del segundo milenio a. de C. y el Bronce Tardío, entrado ya el primer milenio a. de C.

11. ARROYO SEVILLA. EDUARDO: «Algunas aportaciones al acervo arqueológico y artístico de la provincia»; *B. I. E. G.*, núm. 7 (enero-marzo, 1956), p. 15.

CARRASCa RUS: Op. cit., p. 33.

12. DEQUELOR, CHRISTINE: *Las aves mensajeras de los dioses*, Plaza y Janés, Barcelona, 1980. p. 75.

13. CHARPENTIER, LOUIS: *El enigma de la catedral de Chartres*, Plaza y Janés, Barcelona, 1978, p. 25.

14. CHARPENTIER, LOUIS: *Los gigantes y su origen*, Bruquera. Barcelona, 1972, p. 178.

15. *Ibíd.* p. 76.

16. CHARPENTIER: *Chartres*, p. 27.

17. *Ibíd.*, p. 26.

18. *Ibíd.*, p. 26.

19. CHARPENTIER: *Gigantes*, pp. 164-165.

20. *Ibíd.*

21. AL HIMYARI: *Rawd*: trad. par E. LÉVI PROVENÇAL: *La Péninsule Iberique au Moyen Age, d 'apres le «Kitab al-Rawd al-Mi ~afi-habar al-aqtar» d 'Ibn o Abd al -Mu 'nim al-Himyari*, Leyden, 1938, p. 71.

### Capítulo 3. La espiga y la diosa

1. ARROYO SEVILLA, EDUARDO: «Algunas aportaciones al acervo arqueológico de la provincia» . *B. I. E. C.*, núm. 7 (enero-marzo, 1956), p. 17.

2. HENNING. RICHARD: *Grandes enigmas del Universo*, Plaza y Janés. Barcelona, 1971, pp. 193-200.

3. MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las religiones*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1974. vol. 1.p. 196.

4. *Ibíd.*, p. 199.

5. *Ibíd.*, p. 204.

6. VALIENTE MALLA. JESÚS: «La primera Edad del Bronce»: *Historia de España. Historia* 16. Madrid. 1980. p. 26.

La Diosa Madre necesitaba el concurso de un varón que la fecundase a imagen de lo que ocurría en la naturaleza. Por lo tanto le inventaron una pareja. Este compañero de la Diosa era un personaje menor, plasmación de los fenómenos atmosféricos, que unas veces se asimilaba a la Serpiente de la Sabiduría y otras a la Estrella de la Vida. El Hijo nacía de la diosa cada año e iba creciendo con las estaciones, finalmente mataba a la Serpiente y de este modo lograba el amor de la Diosa. Luego perecía y de sus cenizas nacía de nuevo la Serpiente. La Diosa comía el Huevo de la Serpiente y el Hijo volvía a nacer de ella (véase ROBERT GRAVES: *La diosa blanca*, Alianza. Madrid. 1983, p. 544). El Hijo y la Serpiente son fundamentalmente la misma persona fecundadora de la Madre. Cada uno de ellos es el padre del otro para reflejar la alternancia estacional de la vegetación a lo largo del año. El Hijo Estrella es el espíritu del Año Creciente; la Serpiente lo es del Año Menguante. El drama de su enfrentamiento refleja el progresivo debilitamiento

del Sol en el Otoño e Invierno y el subsiguiente fortalecimiento en la Primavera y Verano, un proceso del que depende la agricultura.

7. MIRCEA ELIADE: Op. cit., vol. 1, p. 229.

8. Ibid., p. 126.

689. 9. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, pp. 165,318 Y

10. Ibid., p. 465.

11. Ibid., p. 142.

La cojera es vestigio de una danza ritual, en espiral, inspirada en las danzas de apareamiento de las aves, en particular de la perdiz (véase ROBERT GRAVES: *La diosa blanca*. pp. 459,460 Y 464). La cojera es signo de iniciación. La nómina de dioses o héroes cojos es bastante extensa. Además, tiene una relación histórica con el arte, que fue magia en sus principios, de la herrería (véase GRAVES: Op. cit., pp. 456 a 468). Lo que nos retrotrae a otro suceso que mareó profundamente la vida de los pueblos: la aparición del hierro.

12. Ibid., pp. 442, 450.

13. AGUIRRE SADABA. JAVIER y CARMEN JIMÉNEZ MATA: *Introducción al Jaén islámico (Estudio geográfico-histórico)*, Instituto de Estudios Giennenses. Jaén, 1979, p. 182.

14. GONZÁLEZ LÓPEZ, LUIS: «Eljaenero al-Gazal: Yahya ben Hakam al-Bakri»; B. I. E. G., núm. 6 (septiembre-diciembre, 1955), pp. 65-67.

15. MOZAS MESA, MANUEL: *Jaén legendario y tradicional*, Palomino, Jaén y Pozo, Jaén, 1958, pp. 357 a 361.

16. VALIENTE MALLA: Op. cit., p. 34.

17. La palabra *dios*, de origen común para todas las lenguas indoeuropeas, incluido el castellano, es, por consiguiente, masculina.

18. MIRCEA ELIADE: Op. cit., vol. 1, p. 219.

19. No se trata de coincidencias. La abolición de dicotomías solar-lunar representa la inauguración de una nueva etapa histórica. MIRCEA ELIADE: Op. cit., vol. 1, p. 244.

20. El dios varón será Apolo (el Sol); la diosa será reflejo, cada vez menos importante, de la propia Diosa Madre (véase GRAVES: Op. cit., p. 544).

21. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 65.

Este compromiso se refleja en la situación política. Seis Estados griegos son matriarcales y otros seis patriarcales. Su federación garantiza el equilibrio de los dos principios. Con el tiempo este equilibrio se altera fatalmente puesto que un nuevo dios, Dionisios, viene a usurpar el puesto de una de las diosas, Hestia (Vesta).

22. GRAVES: *Dionisio*, p. 59.

23. MIRCEA ELIADE: Op. cit., vol. 1, p. 182.

24. GRAVES: *La diosa blanca*. pp. 137,442.

25. PAREDES GROSSO, JOSÉ MANUEL: *El jardín de las Hespérides*, Madrid, 1985, P. 37.

26. Incluso algunas de las más significadas diosas individuales del panteón grecolatino proceden de cultos matriarcales de Occidente. Tomemos por ejemplo a la impar Atena, la diosa de la Sabiduría, quizá la más característica del conjunto de dioses griegos. Su origen directo puede trazarse en Libia, a orillas del lago Tritón. «donde parece haber sido primitivamente la diosa triple Libia Neith a la que los griegos llamaban Libia o Lamia» (véase GRAVES: *La diosa blanca*, p. 304). El árbol tutelar de esta diosa de la sabiduría sería el olivo. Y la Triple Diosa del Sur de la península Ibérica, remoto origen de aquella advocación, tiene precisamente al *olivo* y al *manzano* como aspectos del Año Creciente y del Año Menguante en que se divide su ciclo ritual.

#### Capítulo 4. La Mesa de Salomón

1. ESLAVA GALÁN, JUAN: *La leyenda del lagarto de la Malena y los mitos del dragón*, Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba. 1980.

2. Corán, Sura XXVII, 84.

3. *Libro de las Mil y una Noches*; noches 202 y 203.

4. GALL, MICHEL: *El secreto de las Mil y una Noches*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976, p. 129.

5. BEN ABU AL-HAKAM: *Kitab Futuh Misr*; traducción de LAFUENTE ALCÁNTARA, pp. 211 Y 212. (Véase SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO: *La España musulmana*, Espasa Calpe, Madrid, 1978, vol. I. p. 65.)

6. Ibid., p. 66. Procede de AL-MAQQARÍ: *Najh al-tib* (trad. de LAFUENTE ALCANTARA, p. 190).

7. BORGES, JORGELUIS: *Historia universal de la infamia*, Alianza, Madrid, 1971, p.114.
8. MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1956, p. 669.
9. AGUIRRE SÁDABA, JAVIER y CARMEN JIMÉNEZ MATA: *Introducción al Jaén Islámico*, Instituto de Estudios Giennenses. Jaén, 1979, f. 79.
10. *Ibíd.*, p. 78.
11. MOZAS MESA, MANUEL: *Jaén legendario y tradicional*, Palomino, Jaén y Pozo, Jaén, 1958. p. 369.
12. BLANCO FREIJEIRO, ANTONIO: «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén»; B. I. E. c., núm. 22 (octubre-diciembre. 1959), p. 90.
13. OLIVARES BARRAGÁN, FRANCISCO: *Transcripción, comentario y ampliación del Atlante Español de Bernardo de Espinalt*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1980. p.19.
14. FERNÁNDEZ CHICHARRO, CONCEPCIÓN: «La colección de antigüedades arqueológicas del padre Recio»; B.I.E.C., núm. 20 (abril-junio. 1959), p. 140.
15. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Dibujando en Jaén*; Boletín Instituto de Estudios Giennenses. Jaén. 1981, XXVI (Calle Abades).
16. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Gágoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Peralta, Madrid, 1978, vol. 2, pp. 60-61.
17. El Arca de la Alianza era un simple cofre de madera ennoblecido con planchas de oro. En su interior se guardaban las famosas Tablas de la Ley, otorgadas por Yavé a Moisés para sellar su alianza con Israel. También contenía otros objetos rituales. Siendo el hebreo un pueblo nómada, este cofre no había tenido más cobijo que una simple tienda de campaña. Pero Salomón quiso construirle un santuario digno de la grandeza de su imperio. Para ello escogió el monte Moria, frente a Jerusalén. En rigor, la elección de este lugar corresponde a David, su padre. David había comprado el monte Moria al jebuseo Arauná para alzar en él su altar de holocaustos. Así es que fue David el que sacralizó el lugar que antes fuera una simple era barrida por los vientos.
18. Por otra parte el fenicio no desdeñaba la posibilidad

de hacer un excelente negocio puesto que, desde que comenzó su colaboración con Salomón, recibió de Israel unos pagos anuales que se pueden cifrar en 5 millones de litros de trigo y 4 millones de litros de aceite de oliva.

19. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 11.
20. Corán, Sura XXVII, 44.
21. CHARPENTIER, LOUIS: *Los gigantes y su origen*, Bruguera, Barcelona, 1972, p.119.
22. Salomón, prototipo de todos los sabios, resulta ser un pésimo administrador. Gasta tanto dinero en sus obras que su deuda con Hiram se va acumulando hasta el punto de que le resulta imposible saldarla. Al cabo de veinte años de relaciones comerciales tiene que hipotecarle 20 ciudades al norte del Monte Carmelo y gran parte de la llanura de Akkó. Además crece el malestar del pueblo, abrumado por los abusivos tributos.
23. I Reyes, 4, 29 y 30.
24. GRAVES, ROBERT: Op. cit., p. 214.
25. GRAVES, ROBERT: *King Jesus*, cap. XVI.
26. GRAVES: *Dionisio*, p. 215.
27. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza, Madrid, 1983, p. 16.
28. El texto debe aludir al tesoro de las ofrendas que se iba engrosando de día en día con los exvotos de los fieles. Lo confirma el hecho de que, tiempo después, cuando el ejército de Israel saquea la capital de Judá, capture en el Templo un enorme botín que llevaría a Samaria.
29. BLANCO FREIJEIRO, ANTONIO: «El ajuar de una tumba de Cástulo»; *Oretania*, núm. 19 (enero-abril, 1965), Linares, pp. 7-70.
30. GRAVES: *La diosa blanca*. p. 365.
31. El Arca de la Alianza revela, en sus precisas medidas, que estaba dedicada al Sol (GRAVES: *Ibíd.*, p. 370). Moisés había sido sacerdote solar (*Ibíd.*, p. 374).
32. *Ibíd.*, p. 153.
33. *Ibíd.*, p. 388.
34. GRAVES: *King Jesus*, Cap. XVI.
35. BORGES, JORGE LUIS: *Obras completas*, Ultramar, Madrid, 1977, p. 885.
36. GALL: Op. cit., pp. 121-122.

37. Ibid., pp. 113,115.
38. Ibid., p. 113.
39. GRAVES: *La diosa blanca*, p. 59.
40. BORGES: *Obras completas*, p. XXS.
41. MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las Religiones*, Ed. Cristiandad, Madrid. 1974, vol. 1.p. 203.
42. GALL: Op. cit., p. 153.
43. MENÉNDEZ PELAYO: Op. cit., p. 679.
44. Ibid., p. 682.

## Capítulo 5. La Cábala y el alfabeto

1. BORGES, JORGE LUIS: *Obras completas*. Ultramar, Madrid, 1977, p. 209.
2. Ibid., p. 211.
3. Ibid., p.212.
4. GRAD, A. D.: *Iniciación a la kabala hebraica*. Altalena, Madrid, 1984, p. 64.
5. Ibid.. p. 105.
6. KONING. FREDERIK: *Diccionario de Ocultismo*, Bruguera, Barcelona, 1974, p. 66.
7. GRAD:Op.cit..p.64.
8. MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las religiones*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1974, p. 213.
9. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza, Madrid, 1983, p. 530.
10. GARCÍA BELLIDO, ANTONIO: *España y los españoles hace dos mil años. Según la geografía de Strabón*, Espasa Calpe, Madrid, 1968, p. 60.
11. GRAVES: Op. cit., p. 400.
12. Ibid., p. 106.
13. MIRCEA ELIADE: Op. cit., vol. 1,p. 212.
14. GRAVES: Op. cit., pp. 10-14.
15. ARROYO SEVILLA, EDUARDO: "Algunas aportaciones al acervo arqueológico y artístico de la provincia», B. 1. E. C., núm. 7 (enero-marzo, 1956), p. 13.
16. CORCHADO Y SORIANO, MANUEL: «Huellas de inscripciones en la Sierra de Andújar»; B.I.E.C., núm. 101 (enero-marzo. 1980). p. 12 (fotos).

17. MALUQUER DE MOTES: *Tartessos*. Destino. Barcelona, 1984, p. 19.
18. CORCHADO SORIANO: Op. cit.
19. GARCÍA SERRANO, RAFAEL: «Documentos para la historia de la arqueología española. Textos referentes a Martos»; *B.I.E.c.*, núm. 77 Uulio septiembre, 1973), p. 23.
20. ESLAVA GALÁN, JUAN: «La nueva Arqueología», *Historia y Vida*, Barcelona, marzo. 1980, p. 72.
21. Ibid., p. 77.
22. PLATÓN: *Diálogo Critias*.

## Capítulo 6. Ciertas Vírgenes Negras

1. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Cárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, PeraIta, Madrid, 1978, vol. 1,p. 51.
2. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza. Madrid, 1983,p. 544.
3. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral. Barcelona, 1984, p. 86.
4. MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las religiones*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1974. vol. 1,p. 216.
5. OLIVARES BARRAGÁN, FRANCISCO: *Transcripción, comentario y ampliación del Atlante Español de Bernardo de Espinalt*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1980, p.541.
6. El modelo de este prototipo de un icono que había en una iglesia de Antioquía. Este icono se atribuía a san Lucas. Es evidente que tal atribución pasó, con el modelo, a muchas de sus réplicas occidentales.
7. La Glicofilusa o dulce amante es la que juega con el Niño. El modelo más divulgado entre nosotros es la del Perpetuo Socorro con su descolgada sandalia en apariencia anecdótica. Pero estas vírgenes son ya obras del siglo XIII y posteriores y nos interesan menos.
8. SÁNCHEZ DRAG :OP. cit.. p. 153.
9. ATIENZA, JUAN G.: *Guía de la España Mágica*, Martínez Roca, Barcelona, 1981, p. 71.

Capítulo 7. Tres piedras en la Catedral dolménica

1. ARROYO SEVILLA, EDUARDO: «Algunas aportaciones al acervo arqueológico y artístico de la provincia»; B.I.E.C., núm. 7 (enero-marzo. 1956). p. 17.
2. BLANCO FREIJEIRO, ANTONIO: «El ajuar de una tumba de Cástulo»; *Oretania*, núm. 19 (enero-abril. 1965). p. 47.
3. BETTELHEIM, BRUNO: *Heridas simbólicas (los ritos de pubertad y el macho envidioso)*, Barcelona, 1973, p. 108.
4. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Escenas y costumbres de Jaén*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1977, p. 38.
5. BLANCO FREIJEIRO. ANTONIO: «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén»; *B.I.E.G.*, núm. 22 (octubre-diciembre. 1959), p. 95.
6. ORTEGA SAGRISTA: OP. cit., p. 76.
7. GARCIA MERCADAL, J.: *España vista por los extranjeros*, Aguilar, Madrid. s. f.
8. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Gárgoris y Habidiso Una historia mágica de España*. Peralta. Madrid. 1978, vol 1, p. 197.
9. El dolmen, es decir, la campana, ha dejado múltiples vestigios en la toponimia jiennense. En Aljona existe una casería de «la campana» en el lugar donde existió un dolmen de corredor que fue destruido a principios de siglo para aprovechar la piedra. Piedra que los constructores habían transportado desde muy lejos hasta aquel preciso lugar puesto que en Arjona escasea este material. En la Sierra de Jaén existe un monte Campanario que es el lugar donde están las campanas, los dólmenes. También existen Cerros Veleta con dólmenes, por ejemplo el de Otíñar de la oración sanadora del gitano..
10. MORALES TALERO, SANTIAGO DE: *La liturgia de Helvio y Alfonso Vil*, B.I.E. c., núm. 23 (enero-marzo, 1960), p. 15.
11. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «Historia de la Cofradía de la Transfixión y Soledad de la Madre de Dios». *B. lo E. G.*, núm. 113 (enero-marzo, 1983), p. 12.
12. OLIVARES BARRAGÁN, FRANCISCO: «La mayordomía de la Virgen del Collado»; *Once de junio. Miscelánea*

*neo de Estudios Marianos*, Jaén, 1985, P. 447. Según la tradición la encontró un labrador de nombre Esteban Solís Palomares el 26-IV-1232.

13. OLIVARES BARRAGÁN, FRANCISCO: *Transcripción, ampliación y comentarios del Atlante Español de Bernardo de Espinalt*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1980,p.85.
14. ORTEGA SAGRISTA. RAFAEL: «Las antiguas parroquias de San Pedro y Santiago e iconografía de los dos apóstoles»; *B.I.E. G.*, núm. 57 (julio-septiembre, 1968). p. 63.
15. MONTIJANO CHICA, JUAN: «La aportación de la diócesis de Jaén a los martirios de los mozárabes cordobeses del siglo IX»; *B.I.E. G.*, núm. 15 (enero-marzo, 1968). p. 19).
16. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza. Madrid, 1983, p. 89.
17. Ibid.
18. Ibid, p. 543.
19. PIETSCH, ERICH: *Altamira y la prehistoria de la tecnología química*, Madrid. 1974. p. 18.
20. GRAVES: Op. cit, p. 453.
21. CHARPENTIER, LOUIS: *Los gigantes y su origen*, Bruquera, Barcelona, 1972,p.38.
22. SÁNCHEZ DRAGÓ: Op. cit., vol. I. p. 76.
23. GRAVES: Op. cit., p. 185.
24. Ibíd., p. 350.
25. ESLAVA GALÁN, JUAN: «Vestigios de cultos precristianos en algunas ermitas del valle de los Pedroches (Córdoba»); *Acrópolis*, núm. 136 (marzo, 1986), p. 20.
26. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: *Guía artística y monumental de la ciudad de Jaén*, Jaén, 1971, p. 46.
27. SANCHO RODRIGUEZ, MARÍA ISABEL: «Dos documentos importantes para la historia de la Catedral de Jaén»; *B.I.E.G.* núm. 115 (julio-septiembre, 1983).
28. BLÁZQUEZ, JOSÉ MARÍA: *Imagen y mito*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1977, pp.324-325.
29. HAGERTY, MIGUEL JOSÉ: *Los cuervos de san Vicente*, Editora Nacional, Madrid, 1978, p. 14.
30. Ibíd., p. 325.
31. El historiador jiennense Ortega y Sagrista relata un suceso que presencié en tiempos de la guerra civil. Un golfillo

descreído hizo caso omiso a la antigua prohibición y mató a una golondrina. Luego, *poco antes de casarse murió inesperadamente*. La relación causa-efecto la señalamos, poéticamente, nosotros: es difícil hurtarse al castigo de la Diosa Madre.

167. ORTEGA y SAGRISTA: *Escenas y costumbres...*, p.

32. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 11.

### Capítulo 8. La Virgen que pasó por Jaén

1. CERVANTES, MIGUEL DE: *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Libro III. Cap. VI.

2. MARTINEZ DE MAZAS, DEÁN: *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*. Ed. El Albir, Barcelona. 1978, p.147v.

3. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: *Guía artística y monumental de la ciudad de Jaén*, Jaén, 1971, p. 225.

4. *Ibíd.*, p. 230.

5. *Ibíd.*, p. 212.

6. *Ibíd.*, p. 208.

7. GALERA ANDREU, PEDRO: *La catedral de Jaén*. Everest. León, 1983, p.31.

8. CHAMORRO: *Op. cit.*, p. 113.

9. VILCHES, FRANCISCO DE: *Santos y santuarios del obispado de Jaén y Baeza*, Madrid. 1653, f. 251.

10. *Crónica del condestable Iranzo*, Espasa Calpe, Madrid. 1940. pp. 241-2; 306.

11. CHAMORRO: *Op. cit.*, p. 173.

12. MONTIJANO CHICA, JUAN: «Los preladados giennenses y la Virgen de la Capilla»: *B.I.E. G.* .núm. 36 (abril-junio. 1963), p. 69.

13. CHAMORRO: *Op. cit.* p. 264.

14. RODRÍGUEZ MOLINA, JOSÉ: «El patrimonio eclesiástico del obispado Baeza-Jaén»: *B. I. E. G.*, núm. 82 (octubre-diciembre, 1974), p. 52 .

15. KONING, FREDERIK: *Diccionario de Ocultismo*. Bruquera. Barcelona. 1974, p.7.

16. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Gárgoris y*

*Habidis. Una historia mágica de España*. Peralta, Madrid, 1978, vol. 1, p. 51.

Mircea Eliade ofrece una posible explicación. Según él los meteoritos caídos del cielo se consideraban imágenes de la Diosa Madre porque se creyó que eran perseguidos por un rayo, símbolo del dios uránico (véase *Tratado de historia de las religiones*, Ed. Cristiandad, Madrid. 1974, vol. 1, p. 265). Entre estos meteoritos habría que incluir las hachas pulimentadas propias del período neolítico, universalmente conocidas por los campesinos como «piedras del rayo».

17. SÁNCHEZ DRAGÓ: *Op. cit.*, p. 150.

18. MIRCEA ELIADE: *Op. cit.* ,1, p. 266.

19. *Ibíd.*, p. 254.

20. *Ibíd.*, pp. 255 y 256.

21. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barra1. Barcelona. 1984, p. 10.

La aludida piedra de Delfos era ovoide, blanca. y medía unos 40 centímetros de altura.

22. KONING: *Op. cit.*, p. 7.

23. SÁNCHEZ DRAGÓ: *Op. cit.*, p. 152.

24. *Ibíd.* p. 148.

25. *Ibíd.*, p. 152.

26. *Ibíd.*,p. 114.

27. Aquí cabría consignar el tremendo pedestal de la Virgen de la Correa en una capilla lateral de la Catedral de Jaén (véase *B.I.E. C.* núm. 118. p. 76), o la de la Santa Capilla de San Andrés de Jaén que talló Felipe de Mesa en 1735, o la Encarnación de Mancha Real, copiada de la Antigua, que reposaba sobre un colosal cilindro aplastado, o la Virgen de la Guía de Arjona que descansaba sobre una esfera de piedra cuya parte inferior se había retallado en forma cuadrangular para asegurar su estabilidad en la portada del hospital de San Miguel, en 1697.

28. Por ejemplo en el caso de la Virgen del Castillo, en Vilches, que aparece en los antiguos escudos del pueblo.

29. En la parroquia de San Pedro, en Jaén, hoy extinguida, se talló en ella una pila bautismal.

30. La lista de diminutas Vírgenes con enormes peanas de piedra podría hacerse interminable, pero preferimos no agotar la paciencia del lector y limitarla a imágenes antiguas o copias de antiguas. Hay miles de ellas a lo largo y ancho de la



geografía hispana. Desde luego ninguna tan conocida como la Virgen del Pilar de Zaragoza, que descansa sobre una peana también desproporcionada: un cilindro de piedra o pilar mucho mayor que la imagen propiamente dicha.

31. MOLINER, MARÍA: *Diccionario de uso del español*, Gredos. Madrid. 1981, vol. I. p. 181.

32. Circunscribiéndonos de nuevo al reino de Jaén citaremos sendas Vírgenes de la Cabeza en Cazorla. Campillo. Huesa y Linares.

33. Por eso tenemos también Vírgenes de la Peña en Jaén. Segura de la Sierra y Orcera.

34. OLIVARES BARRAGÁN, FRANCISCO: *Transcripción, comentario y ampliación del Atlante Español de Bernardo de Espinalt*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1980, p.549.

35. *Ibíd.*, p. 294.

36. MIRCEA ELIADE: *Op. cit.* p. 265.

37. OLIVARES: *Op. cit.*; p. 71.

38. También abundan las Vírgenes de Aguas Santas o de Fuentes Santas (Fuensanta). Fuensantas hay, sólo en Jaén, por 10 menos tres, cada una de ellas con su ermita de Nuestra Señora: en Fuensanta de Martos, en Villanueva del Arzobispo y en Huelma.

39. MORALES TALERO, SANTIAGO DE: «La liturgia de Hevio y Alfonso VII». *B. I. E. G.* . núm. 23 (enero-marzo. 1960), p. 16.

40. ESLAVA GALÁN, JUAN: *Leyendas de los castillos de Jaén*. Caja Rural de Jaén. Jaén. 1981. p. 13.

41. OLIVARES: *Op. cit.*, pp. 129-130.

42. DE LA TORRE LENDÍNEZ, TOMÁS: «El monasterio de Santa Clara de Jaén: notas para su historia»: *B.I.E.G.* núm. 112 (octubre-diciembre. 1982). p. 66.

43. SANCHO RODRÍGUEZ, MARÍA ISABEL: «Dos documentos importantes para la historia de la Catedral de Jaén»: *B.I.E. G.* núm. 115 (julio-septiembre. 1983).p.26.

44. ULIERTE VÁZQUEZ, LUZ: «Las Sibilas de Jaén»: *Traza y Baza* núm. 8. Valencia. 1982. pp. 58-61.

45. CHAMORRO: *Op. cit.* pp. 82, 288.

46. ORTEGA Y SAGRISTA. RAFAEL: *Dibujando en Jaén*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén. 1978. (Calle Abades).

## Capítulo 9. De Vírgenes y deshonestidades

1. OLIVARES BARRAGÁN, FRANCISCO: *Transcripción, ampliación y comentarios del Atlante Español de Bernardo de Espinalt*. Instituto de estudios Giennenses, Jaén, 1980, p.20

2. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: *Guía artística y monumental de la ciudad de Jaén*, Jaén, 1971. p. 50.

3. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «Historia de las Cofradías de Pasión y sus procesiones de Semana Santa en la ciudad de Jaén»: *B. I. E. G.*, núm.10(octubre-diciembre.1956). p.35.

4. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «Historia de la Cofradía de la Transfixión y Soledad de la Madre de Dios»: *B. I. E. G.* núm. 113 (enero-marzo. 1983). p. 11.

5. *Ibíd.* p. 47.

6. *Ibíd.*

7. *Ibíd.* p. 48.

8. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «La Cofradía de la Santa Vera Cruz de Jaén»: *B. I. E. G.*, núm. 58 (octubre-diciembre, 1968), p. 63.

9. *Ibíd.* p. 45.

10. ORTEGA SAGRISTA: «Historia de las Cofradías...». p.51.

11. HUTIN, SERGE: *Historia mundial de las sociedades secretas*. Luis de Caralt, Barcelona, 1971, p. 65.

12. MARTÍNEZ DE MAZAS, 1.: *Memorial sobre el culto que se da a algunos santos en el obispado de Jaén*, manuscrito de la biblioteca de la Casa de la Cultura de Jaén. pp. ]42-143.

13. GÓMEZ MARTÍNEZ, ENRIQUE: «Aspectos históricos y sociales en tomo al culto a Nuestra Señora de la Cabeza en los siglos XVI y XVII»: *Cuadernos de Historia*, Universidad Popular de Andújar, Andújar. 1983, p. 22.

14. El primer convento, sobre el dolmen, languideció dedicado a diversos usos. En 1808 fue cuartel de las tropas francesas. La desamortización de Mendizáballo convirtió en cárcel, la llamada «cárcel vieja». Hoy ya no existe.

15. ORTEGA SAGRISTA. RAFAEL: «Historia de la Cofradía de la Transfixión y Soledad de la Madre de Cristo»: *B. I. E. G.*, núm. 114 (abril junio. 1983), p. 46.

16. CHAMORRO LOZANO: Op. cit., p. 320.
17. LÓPEZ PÉREZ, MANUEL: *La Virgen Blanca, devoción secular de Jaén*. Jaén, 1976, p. 4.
18. *Crónica del condestable Irazo*, Espasa Calpe. Madrid. 1940, p. 195.
19. LÓPEZ PÉREZ: Op. cit., p. 5.
20. DE VILCHES, F.: *Santos y santuarios del obispado de Jaén y Baeza*. Madrid. 1653,p.251.
21. CHAMORRO LOZANO: Op. cit, p. 103.
22. Ibid., pp. 102-103.
23. Ibid., p. 100.
24. Ibid., pp. 19-20.
25. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza, Madrid. 1983, p. 521.
26. MORALES Y MARÍN, JOSÉ LUIS: *Diccionario de iconología y simbología*, Taurus, Madrid. 1984. p. 40.
27. GRAVES Op. cit., p. 522.
28. JUAN LOVERA, CARMEN: «Santa Ana Triple o la Inmaculada Concepción». *Once de junio. Miscelánea de estudios marianos*. Academia Bibliográfica Mariana de la Virgen de la Capilla. Jaén, 1985. p. 345.
29. ARROYO SEVILLA, EDUARDO: «Algunas aportaciones al acervo arqueológico y artístico de la provincia»: B.LE.G..núm.7(enero-marzo,1956).p.15.
30. JUAN LOVERA: Op. cit., p. 316.
31. DE LA TORRE LENDÍNEZ, TOMÁS: «El monasterio de Santa Clara de Jaén: notas para su historia» *B. l. E. G.*, núm. 112 (octubre-diciembre, 1982), p. 68.
32. Ibid.
33. GONZÁLEZ LÓPEZ, LUIS: «Eljaenero al-Gazal: Yahya ben Hakam al-Bakri»: *B. l. E. G.* . núm. 6 (septiembre-diciembre, 1955). pp. 76-78.
34. A esta antigua canción le puso letra erudita Diego Fernández. Véase *Don Lope de Sosa. Crónica mensual ilustrada de la provincia de Jaén*, año 1920. p. 87.
35. GRAVES, ROBERT: *Los mitos griegos*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 231-232.
36. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Peralta. Madrid, 1978, vol. I p. 170.

37. GRAD, A. D.: *Iniciación a la kábala hebraica*. AItalena, Madrid. 1984, pp.51-52.
38. Ibid., p. 55.
39. Ibid., p. 56.

## Capítulo 10. Hércules en España

1. GRAVES, ROBERT: *Los mitos griegos*, Alianza, Madrid, 1985, vol. II, pp. 160, 161, 172.
2. Ibid., p. 111.
3. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza, Madrid, 1983. p. 306.
4. GRAVES: *Mitos*, vol. II, pp. 176-180.
5. Ibid., p. 181.
6. Ibid., p. 189.
7. CHARPENTIER, LOUIS: *Los gigantes y su origen*, Bruguera, Barcelona. 1972, p. 22.
8. FERNÁNDEZ CHICHARRO, CONCEPCIÓN: «La colección de antigüedades arqueológicas del padre Recio». *B. 1. E. G.*, núm. 20 (abril junio. 1959), p. 122.
9. Ibid.
10. RECIO VEGANZONES, P. ALEJANDRO: «Nueva epigrafía tucitana»; *B. 1. E. G.*, núm. 59 (enero-marzo, 1969), p. 10.
11. FERNANDEZ CHICHARRO: Op. cit., p. 130.
12. Ibid., p. 143.
13. MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las religiones*, Ed. Cristiandad. Madrid. 1974. p. 196.
14. GRAVES: *La diosa blanca*. p. 467.
15. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral, Barcelona, 1984. p. 75.
16. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Peralta, Madrid, 1978, vol. II, p. 159.

## Capítulo 11. El periplo de los babilonios

1. GALL, MICHEL: *El secreto de las mil y una noches*. Plaza y Janés, Barcelona, 1973, p. 96.

2. GRAO. A. D.: *Iniciación a la kábala hebraica*, Altalena, Madrid, 1984, p. 36.
3. GONZALO MAESO, DAVID: «Un jeanés ilustre ministro de dos califas: Hasday ibn *Chaprut*»: *B.I.E.G.*, núm. 8 (abril-junio, 1956), p. 72.
4. ABRAHAM BEN DAVID: *Libro de la Tradición*.
5. El rey José y el ministro Hasday no volvieron a intercambiarse correspondencia. A los diez años el príncipe de Kiev invadió el territorio de los kázaros y destruyó su reino. Finalmente, por uno de esos guiños en que a veces se complace la historia, los kázaros siguieron el nebuloso e incierto destino de aquellas diez tribus perdidas y no volvió a quedar huella de ellos sobre la tierra.
6. GRAO, A. D.: *Libro de los principios cabalísticos*, Edaf, Madrid, 1979, p. 21.
7. *Ibíd.*
8. *Ibíd.*
9. *Ibíd.*
10. *Ibíd.*
11. *Ibíd.*, p. 21.
12. *Ibíd.*, p. 24.
13. *Ibíd.*
14. *Ibíd.*, p. 25.

## Capítulo 12. El rey de la Espada

1. En 1225 ocurre otro hecho difícilmente explicable. Fernando III acababa de regresar a Toledo después de su expedición de verano contra Al-Andalus. Entonces le llegan noticias de que los almohades han puesto sitio a un castillo fronterizo, Garcíez, carente de toda importancia. Su alcaide, un tal Martín Gordillo, estaba en aprietos. En términos estrictamente militares no hubiese valido la pena el esfuerzo de defenderlo cuando al verano siguiente se podría recuperar sin dificultad. Pero Fernando III convoca otra vez a su hueste y vuelve a rebañar las agotadas arcas reales para organizar una expedición de socorro que mandará él en persona. Absolutamente ilógico. Es muy posible que algún día podamos encontrar la razón profunda de esta actitud.

2. MADDOZ, P.: *Diccionario geográfico - histórico - es-*

*tadístico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1846, p. 551.

3. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: *Guía artística y monumental de la ciudad de Jaén*. Jaén, 1971, p. 88.
4. MARTÍNEZ DE MAZAS, JOSÉ: *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*, El Albir. Barcelona, 1978, pp. 60-61.
5. *Ibíd.*, p. 57.
6. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «Historia de las Cofradías de Pasión y de sus procesiones de Semana Santa en la ciudad de Jaén»; *B.I.E.G.*, núm. 10 (octubre-diciembre, 1956), p. 72.
7. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «La Cofradía de la Santa Vera Cruz de Jaén»; *B. I. E. G.* . núm. 58 (octubre-diciembre, 1968). p. 72.
8. *Ibíd.*, p. 74.
9. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*. Alianza, Madrid, 1983, p. 400.
10. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Dibujando en Jaén*, Instituto de Estudios Giennenses, Cuadro XXXV (Plaza de la Magdalena).
11. XIMÉNEZ PATÓN, BARTOLOMÉ: *Historia de la antigua y continuada nobleza de la ciudad de Jaén*. Riquelme y Vargas Ediciones. Jaén, 1983, pp. 16-17.
12. JAVIERRE MUR, ÁUREA: «El priorato de San Benito de Jaén, de la Orden de Calatrava»; *BJE G.*, núm. 8 (abril junio, 1956), p. 11.

## Capítulo 13. El obispo a lomos del diablo

1. Pero con tan mala fortuna que uno de los dobleces del sagrado paño de la Verónica cayó al mar. Lo que explica que, de los tres dobleces originales, sólo se conserven dos: el de Jaén y el de Roma.

2. FEIJOO, BENITO; *Obras escogidas de Feijoo*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1863, pp. 499-500.

3. MENÉNDEZ y PELAYO, MARCELINO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1956, pp. 666-667.

4. *Ibíd.*, p. 667.

5. *Ibid.*, p. 667.

6. *Ibid.*, p. 668.

7. *Ibid.*, vol. II, pp. 305 a 307.

Véase también CARO BAROJA, JULIO: *Vidas mágicas e inquisición*. Finalmente la historia deja una noble huella literaria en el Quijote, en el episodio del Clavileño.

#### Capítulo 14. Un rubí en la corona de Inglaterra

1. *Crónica del condestable Irujo*, Espasa Calpe, Madrid, 1940, pp. 263, 327.

2. *Ibid.*, p. 326.

3. ESLAVA GALÁN, JUAN: *Leyendas de los castillos de Jaén*. Caja Rural. Jaén, 1980, pp. 37 a 41.

4. MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las religiones*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1974. vol. 1, p. 180.

5. MOZAS MESA, MANUEL: *Jaén legendario y tradicional*, Palomino, Jaén Pozo, Jaén. 1959. pp. 137 Y ss.

6. *Ibid.*, pp. 142-143.

7. Curioso personaje este obispo que antes de llegar a Jaén ejerció su ministerio en Aix de Gascuña (Francia) y fue capellán real y confesor de la infanta Constanza. Este hombre debió de estar enterado de muchas cosas. Curioso también que el manuscrito de su crónica acabara en poder de los frailes del monasterio de Guadalupe que de algún modo se relacionaron estrechamente con las pretensiones reales a la Mesa de Salomón, como veremos más adelante.

Véase «Guadalupe, devoción de los Reyes Católicos»); *Historia* 16, núm. 80 (diciembre, 1982), pp. 82-89.

#### Capítulo 15. Asesinato en la Catedral

1. ARGOTE DE MOLINA, GONZALO: *Nobleza de Andalucía*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1957, pp. 651-652.

2. *Crónica del condestable Irujo*, Espasa Calpe. Madrid, 1940, p. 261.

3. *Ibid.*, pp. 376-377.

4. *Ibid.*, p. 379.

5. *Ibid.*, p. 5.

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*, p. 33.

8. *Ibid.*, p. 305.

9. *Ibid.*, p. 23.

10. *Ibid.*, p. 25.

11. *Ibid.*, p. 28.

12. *Ibid.*, p. 31.

13. *Ibid.*, p. 29.

14. *Ibid.*, p. 63.

15. *Ibid.*, p. 273.

16. *Ibid.*, p. 32.

17. *Ibid.*, p. 34.

18. MARAÑÓN, GREGORIO: *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, Espasa Calpe. Madrid, 1975, p. 17.

19. *Ibid.*, p. 25.

Las mismas misteriosas relaciones las heredó su hermana y sucesora en el trono Isabel la Católica. Fue el mismo Enrique IV el que la llevó a Guadalupe en 1464 siendo ella niña todavía. En toda su vida visitaría el monasterio 23 veces quedándose en él a veces por espacio de un mes. ¿Qué significó aquel monasterio para los reyes de Castilla y en especial para Isabel? En 1495, el alemán Munzer escribe: «Gusta la reina sobremana de este monasterio y cuando está en él dice que se encuentra en su paraíso». Véase «Guadalupe, devoción de los Reyes Católicos»); *Historia* 16, núm. 80 (diciembre. 1982). pp. 82-89.

20. El arzobispo de Toledo escribe: «Después de su matrimonio está consagrado a sus deberes conyugales y huyendo de la corrupción de la corte veile retirado en Jaén reformando allí con gran acierto viciosos hábitos inveterados»)(*Crónica de Palencia*, I, 7, 1.))

21. *Crónica del condestable Irujo*, p. 470.

22. *Ibid.*, pp. 18-19.

23. *Ibid.*, p. 87.

24. *Ibid.*, p. 416.

25. *Ibid.*, p. 416.

26. *Ibid.*, pp. 199-200.

27. *Ibid.*, p. 134. 28. *Ibid.*, p. 45.

29. *Ibid.*, p. 67.

30. *Ibid.*, p. 310.

31. Ibid., p. 399.
32. Ibid., p. 406.
33. Ibid., p. 118.
34. Ibid., p. 345.
35. Ibid., p. 351.
36. Ibid., p. 413.
37. CARO BAROJA, JULIO: *La estación del amor*, Taurus, Madrid, 1979, p. 135.
38. *Crónica del condestable Irujo*, pp. 170,172.
39. Ibid., p. 424.
40. Ibid., p. 426.
41. Ibid., p. 427.
42. Ibid., p. 427.
43. Ibid., p. 428.
44. Ibid., p. 75.
45. Ibid., p. 191.
46. Ibid., p. XXII.
47. Ibid., p. XXIII.
48. Ibid., p. XLIII.
49. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Dibujando en Jaén*, I.E.G., p. XLIII (La calle de San Andrés).

## Capítulo 16. El obispo insepulto

1. GRAO, A. D.: *Libro de los principios cabalísticos*, Edaf, Madrid, 1981, p. 15.
2. TORAL y FERNÁNDEZ DE PEÑARANDA, ENRIQUE: «Vivencias del obispo don Alonso Suárez»; *B.I.E.G.*, núm. 110 (abril-junio, 1982), pp. 14-15.
3. Ibid.
4. Ibíd.
5. Pero hay más temas del antiguo mito que parecen proyectarse en la biografía de don Alonso Suárez y los suyos. Por ejemplo, la mutilación ritual del Rey Sagrado. A su tío abuelo «le habían cortado una mano por causa del dicho obispo su hermano». Ibid.
6. MONTIJANO CHICA, JUAN: «Los preladados giennenses y la Virgen de la Capilla»; *B. I. E. G.*, núm. 36 (abril-junio, 1963), p. 76.
7. TORAL y FERNÁNDEZ DE PEÑARANDA: Op. cit., p. 20.

8. COOPER, EDWARD: *Castillos señoriales de Castilla. Siglos XV y XVI*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1980, pp. 1067-1068.
9. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: *Cuía artística y monumental de la ciudad de Jaén*, Jaén, 1971, p. 184.
10. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: «La catedral de Baeza»; *B.I.E.G.*, núm. 22 (octubre-diciembre, 1959), p. 33.
11. HIDALGO OGAYAR, JUANA: «Cantoriales de la Catedral de Jaén del primer tercio del siglo XVI»; *B. I. E. G.*, núm. 72-73 (abril-septiembre, 1972), p. 43.
12. TORAL y FERNÁNDEZ DE PEÑARANDA: Op. cit., p. 53.
13. Ibid., p. 24.
14. Ibid., p. 25.
15. Ibid., p. 26.
16. Ibid., p. 28.
17. Ibid., p. 32.
18. Ibid., p. 32.
19. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 11.
20. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza, Madrid, 1983, p. 225.
21. TORAL y FERNÁNDEZ DE PEÑARANDA: Op. cit., p. 34.
22. Ibid., p. 43.
23. Ibid., p. 49.
24. DOMÍNGUEZ CUBERO, JOSÉ: «Aspectos del plateresco giennense: el entallador Gutierre Guierero»; *B.I.E.G.*, núm. 115 (julio-septiembre, 1983), p. 77.
25. Ibid., p. 81.
26. MONTUNO MORENTE, VICENTE: «Jaén por la Inmaculada»; *B.I.E.G.* núm. 4 (enero-abril, 1955), p. 20.
27. CHAMORRO LOZANO: *Guía...*, p. 237.
28. MONTUNO MORENTE: Op. cit., p. 27.
29. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Dibujando en Jaén* (Calle del Rostro).
30. CHAMORRO LOZANO: *Guía*, p. 248.
31. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «Arte y artistas en la Santa Capilla»; *B. I. E. G.*, núm. 30 (octubre-diciembre, 1961), p. 34.
32. Ibid., p. 35.

33. ATIENZA, JUAN G.: *Guía de la España Templaria*, Ariel, Madrid, 1985, p.213.

34. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Peralta, Madrid, 1978, vol. n, p. 42.

### Capítulo 17. Los templos del santuario

1. GALERA ANDREU, PEDRO: *La catedral de Jaén*, Everest, León, 1983, p. 5.

2. PONZ, ANTONIO: *Viaje de España*, Madrid, 1791, p.178.

3. GRAVES, ROBERT: *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral, Barcelona, 1984,p.215.

4. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: *Guía artística y monumental de la ciudad de Jaén*, Jaén, 1971, p. 115.

5. *Ibid.*, p. 118.

6. *Ibid.*, p. 121.

7. GALERA ANDREU, PEDRO: *Arquitectura y arquitectos en Jaén a fines del siglo XVI*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1982, pp. 100,101.

8. GALERA ANDREU: *La catedral*, p. 10.

9. GALERA ANDREU: *Arquitectura...*, p. 101.

10. GALERA ANDREU: *La catedral*, p. 3.

11. *Ibid.*,p.44.

12. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «La familia de Andrés de Vandelvira»;B.I.E.G.,nÚln.6 (septiembre-diciembre, 1955), p. 10.

13. *Ibid.*, p. 11.

14. *Ibid.*, pp. 13-14.

15. *Ibid.*,p.17.

16. SANTIAGO DE LA VORÁGINE: *La leyenda dorada*, Alianza, Madrid, 1982, p. 382.

17. *Ibid.*, p. 383.

18. *Ibid.*, p. 384.

19. *Ibid.*, p. 388.

20. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza, Madrid. 1983, p. 371.

21. Ésta es la historia que la leyenda y la hagiografía medieval nos transmiten de la Magdalena. Pero la verdadera

historia de este enigmático personaje debió de ser mucho más antigua y confusa. De hecho *dos madres de Jesús son constantemente confundidas y su madre adoptiva aún más, con la María Magdalena galilea o María de Magdala, posiblemente porque ella era conocida como Maria Ma 'gaddla* (=la tejedora) (véase GRAVES: *Dionisio*, p. 93).

22. CHAMORRO LOZANO: Op. cit, p. 194.

23. OLIVARES BARRAGÁN, FRANCISCO: *Transcripción, comentarios y ampliación del Atlante Español de Bernardo de Espinalt*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1980, p. 263.

24. LOPEZ PÉREZ, MANUEL: «El palacio provincial»; *B.I.E. G.*, núm. 119 (julio-septiembre, 1984), pp. 28-29.

25. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Dibujando en Jaén* (Calle del Rostro).

### Capítulo 18. El árbol sefirótico

1. CHAMORRO LOZANO, JOSÉ: *Guía artística y monumental de la Ciudad de Jaén*, Jaén, 1971, p. 320.

ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: «Historia de la Cofradía de la Transfixión y Soledad de la Madre de Dios»; *B.I.E.G.*, nÚln.114 (abril-junio, 1983), p.22.

2. BARBERÁN, CECILIO: «La exposición de los restos del tesoro artístico de Alcalá la Real»; *B.I. E. G.*, núm. 30 (octubre-diciembre, 1961), p. 50.

3. DOMÍNGUEZ CUBERO, JOSÉ: «Aproximación al estudio iconográfico de Nuestra Señora de la Cabeza»; *Cuadernos de Historia de Andújar* Casa de la Cultura, Andújar, 1983, p. 39.

En su evolución posterior esta Virgen sefirótica ha perdido a veces alguno de sus elementos. Es un proceso lógico puesto que su carácter cabalístico es secreto al que sólo tienen acceso algunos iniciados. A esta circunstancia se debe que a veces veamos reproducciones de la Virgen sefirótica en las que faltan los dos ángeles inferiores. Incluso podemos señalar una fase intermedia de simplificación en la que estos ángeles se integran en la Piedra que sirve de peana a la "Virgen.

I~

## Capítulo 19. Los que buscaron la Cava

1. Este documento estaba en los archivos de la Catedral de Jaén en julio de 1968. No estaba ordenado sino que apareció mezclado con muchos otros papeles e impresos de distinto origen y vario contenido, que habían sido desordenadamente amontonados en un rincón de las galerías altas de la Catedral, fuera de la sala entonces dedicada a archivo, que era la que hace esquina de las fachadas sur y trasera del edificio. El montón de papeles a que hacemos referencia se encontraba junto a la ventana que da a la calle Valparaíso. Nos pareció que llevaban mucho tiempo sin tocarse puesto que estaban completamente cubiertos por las deyecciones de vencejos y palomas. En el actual ordenamiento del archivo catedralicio esta sala donde hallamos el papel ha pasado a ser el despacho del director.

2. MONTIJANO CHICA, JUAN YMANUEL LÓPEZ PÉREZ: *Muñoz Carnica, polígrafo ubetense*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1978, p. 23.

3. *Ibid.*, p. 39.

4. *Ibid.*, p. 36.

5. *Ibid.*, p. 42.

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*, pp. 89-90.

8. *Ibid.*, p. 87.

9. *Ibid.*, p. 48.

10. *Ibid.*, p. 92. Las otras empresas en las que Muñoz Gamica gastó grandes sumas de dinero fueron el oratorio de San Juan de la Cruz en beda y la capilla del Salvador en la misma ciudad. ¿Fervor filial del rico sacerdote hacia su ciudad natal o algo más? Pero también adquirió un viejo palacete donde instalar a las hermanitas de los Pobres en el llamado Cuartelillo, calle Pilar de la Imprenta, y fundó y dotó el convento de misioneros carmelitas de Marquina.

11. Desde aquella modesta revista *El Estudio*, que en 1850 creció al amparo de su Instituto, Muñoz Gamica siempre se mostró muy partidario de la propaganda periodística. A nivel nacional sostuvo publicaciones como *El Guadalbullón*, *La Razón Católica*, *El Siglo Futuro*, órgano, esta última, del partido carlista y neocatólico de Necedal, y *La Ciudad de Dios*. Es sintomático que la muerte de Muñoz Gamica provoque la

ruina de una editorial. Nos referimos a la que dirigía su amigo y colaborador López Vizcaíno. Evidentemente la empresa sólo se sostenía gracias a los sufragios de Muñoz Gamica.

12. MONTIJANO CHICA: *Op. cit.*, p. 67.

13. *Ibid.*, p. 71.

14. *Ibid.*, p. 73.

15. *Ibid.*, p. 71.

16. *Ibid.*, p. n.

17. *Ibid.*, p. 132.

18. *Ibid.*, p. 63.

19. *Ibid.*, p. 107. Es muy probable que su apoyo al partido de Necedal, con el que mantenía estrechos vínculos de amistad, fuese, además de intelectual, financiero. De hecho se le acusó repetidamente de «carlista» y «agente de la reacción». *Ibid.*, p. 111.

20. *Ibid.*, p. 100.

21. *Ibid.*, p. 41.

22. MARTÍNEZ DE MAZAS, JOSÉ: *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaen: su estado antiguo y moderno*, El Albir, Barcelona, 1978, pp. 133-134.

23. MONTIJANO CHICA: *Op. cit.*, p. 62.

24. MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1956. vol 11. P. 1050.

25. PALMA Y CAMACHO, FEDERICO: *Noticias del Santo Rostro de Nuestro Señor Jesucristo que se venera en la Santo Iglesia Catedral de Jaen*, Jaén. 1887, p. 22.

26. MONTIJANO CHICA: *Op. cit.*, p. 113.

27. *Ibid.*, p. 53.

28. *Ibid.*, pp. 128 y 152.

29. *Ibid.*, p. 115.

30. *Ibid.*, p. 166.

## Capítulo 20. El Nombre del Poder

1. GRAVES, ROBERT: *La diosa blanca*, Alianza, Madrid, 1983, p. 383.

2. *Ibid.*, p. 407.

3. Ibid.
4. Ibid., p. 541.
5. Ibid., p. 367 Y 658.
6. Ibid., pp. 658.
7. Ibid., p. 652.
8. Ibid., p. 396.
9. Ibid., p. 660 Y 661.
10. Ibid., pp. 399-400.

11. ORTEGA SAGRISTA, RAFAEL: *Escenas y costumbres de Jaén*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1977, PP. 94 Y 127.

12. MARTÍNEZ RAMOS, BASILIO: «La parroquia de San Martín de Arjona»; *B. l. E. G.*, núm. 34 (octubre-diciembre, 1962), P. 62 .

13. GRAVES: Op. cit., p. 548.

14. SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Peralta, Madrid, 1978, vol. 1, pp. 171-172.

15. Tengamos, por ejemplo, la tabla del 9 que los escolares consideran la más difícil. Su construcción es, sin embargo, elemental: en sus productos todas las decenas no son sino la serie de números dígitos en orden natural encabezada por el cero mientras que las unidades forman la misma serie en orden decreciente, cerrada por el cero. Gráficamente se puede disponer así:

<i>1Y serie</i>	<i>2Y serie</i>
0	9
1	8
2	7
3	6
4	5
5	4
6	3
7	2
8	1
9	0

Toda operación que tiene como base el nueve tiene que dar un resultado cuya suma de valores absolutos de sus cifras sea 9 o múltiplo de 9 que, a su vez, pueda reducirse nuevamente al número original, es decir, al 9, según los procedimientos aritméticos que son usuales entre los cabalistas. Del mismo

modo, multiplicando una cantidad cualquiera por un múltiplo de nueve la suma de los valores absolutos del resultado del producto tiene que ser múltiplo de 9. Este tipo de distribución armónica se encuentra también en la tabla del 3 relacionada místicamente con el 9.

16. VAÑO SILVESTRE, RAFAEL: «La iglesia de Santa Cruz, de Baeza»; *B.I.E.G.*, núm. 21 (julio-septiembre, 1969), p.43.